HISTORIAS.

LIBRO XXVI.

(DE ENERO DE 1838 HASTA FIN DEL MISMO AÑO.)

Sumario.

Tercera expedicion de Basilio García.—Expedicion de Negri.—Operaciones en el Norte. Evacuacion de Valmaseda.—Toma de Belascoain.—Toma de Peñacerrada.—Maroto, general en jefe carlista.—Toma de Labraza.—Derrota de Alaix en el Perdon.—Segunda accion de Losarcos.—Merino, Valmaseda, Villoldo y Modesto en Castilla.—Cataluña. El conde de España.—Maestrazgo. Pérdida de Morella.—Gandesa.—Sorpresa de Zaragoza por Cabañero.—Sitio de Lucena. Pérdida de Calanda y Alcorisa.—Acometida á Alcañiz.—Accion de Cañete.—Sitio de Morella. Accion de Maella.—Pérdida de Castillo de Villamalefa.—Aseginato de F. Mendez Vigo.—Accion de Ceste.—Mancha.—Narvaez y el ejército de reserva. Alboroto en Sevilla.—Córtes.

Tercera expedicion de Basilio García. Comenzó el año de 1838 corriendo por doquiera la noticia de que el antiguo comandante de realistas de Logroño, convertido en general, Basilio García, hombre inepto y uno de los corifeos más exaltados de la fraccion apostólica, habia cruzado el Ebro dos dias antes por el vado de Mendavia al frente de cuatro batallones, dos escuadrones con un cuadro de oficiales para formar un regimiento, y dos piezas de montaña. La mision de Basilio García era organizar las partidas de la Mancha, creando con ellas un ejército en la España central. Si el general no era á propósito para el caso, la gente puesta á sus órdenes ni admitia ni podia admitir disciplina. El mismo Garcia, testigo aquí de toda excepcion, la definió gráficamente, segun comunicacion dirigida á Carlos desde la Mancha, con las siguientes frases: *Las fuerzas de Aragon* (se referia á unos batallones de Cabrera que se le

agregaron en la expedicion), *cobardes é indisciplinadas, huyen á la vista del enemigo, atropellan y roban cuanto encuentran. Las fuerzas de la Mancha son aun peores: sus jefes, oficiales y soldados no son más que unos FACINEROS.... Son foragidos que no conocen ni religion, ni rey: son ladrones y NADA MÁS.*

Cruzado el Ebro con pérdida de unos doce hombres, que le llevó la corriente, dirigió García su hueste por los pueblos de las montañas de Logroño y Soria á penetrar en Aragon, llegando á Ateca el 3 de Enero. Encaminóse despues á la provincia de Cuenca, y en el pueblo de Sotoca, distante 16 kilómetros de esta ciudad, le alcanzó Ulibarri, que le seguia desde Navarra, desordenando su gente y haciéndole algunos prisioneros: el 13 dió descanso en Huete á su fatigada gente para llevarla á dormir á Uclés: el 14 entró en la Mancha, y pasando por Lillo, Camuñas y Herencia, tropezó el 19 cerca de Malagon con una pequeña columna, mandada por Minuisir, á la que batió, causándola bastantes muertos y prisioneros. El 25 se corrió hasta la ciudad de Alcaráz, en donde se le unió un tal Tallada, mandado por Cabrera á la Mancha para requisar caballos y realizar exacciones, y juntas las dos fuerzas se corrieron á la provincia de Jaen, entrando en ciudades tan importantes como Úbeda y Baeza. Aquí les sorprendió y batió el general Laureano Sanz el 5 de Febrero, haciendo gran destrozo en la gente de Tallada y cogiéndole buen número de prisioneros. Despues de este descalabro marcharon las dos expediciones por las intrincadas sierras de Segura á la provincia de Murcia, volvieron luego á la de Albacete, y á mediados de Febrero entraron en Huéscar, pequeña ciudad del norte de la de Granada. Al salir de Huéscar se separaron Tallada y García, éste para volver á la Mancha y cubrirla de luto, y aquel para encaminarse al Maestrazgo, cosa que no logró porque, cogido prisionero, fué fusilado por haber él sacrificado dos meses antes á varios oficiales del ejército. Llegó García el 26 á Calzada de Calatrava, villa de 800 vecinos, á 34 kilómetros de Ciudad-Real, defendida por unos 100 hombres entre nacionales y soldados, que se refugiaron en la iglesia, que servia de fuerte, despues de convenir con los carlistas en

que no serian molestados, dejándolos á ellos instalarse en la poblacion. Pero faltando García á lo pactado, intimó al dia siguiente la rendicion, que fué rechazada. Entonces García, dando gusto á Orejita, que era hijo del pueblo, ordenó á sus vándalos que hiciesen fuego sobre la iglesia, en la cual, además de los nacionales y soldados, se habian refugiado unos 70 seres inocentes entre niños y mujeres, y que los dos cañones derribasen las puertas del templo. Realizado esto á los pocos disparos, todos los refugiados allí se subieron á la torre, y Orejita y los suyos llevaron inmenso combustible de leña, de retablos, vigas, bancos, sillas, cargas enteras de guindillas y cantidad prodigiosa de fósforos, que colocaron en medio de la iglesia, y poniéndole fuego se salieron á ver el efecto que producía. Confundíase el incesante faego de fusilería con los lamentos de hombres, niños y mujeres que demandaban piedad desde la torre, cuyas campanas empezaron á tocar en señal de auxilio, porque á los infelices les ahogaba el humo y el calor despedido por la hoguera que calcinaba rápidamente la techumbre del templo. En situacion tan tremenda el prior calatravo de la villa, que estaba al lado de los facciosos y tenia entrañas de tigre, pronunció esta horrible frase: *Ahora si que está bien templado el órgano.* Tambien se dijo entonces con visos de certeza que viendo tan infame sacerdote descolgarse del tejado un nacional y echar á correr así que pisó el suelo, se dirigió á unos carlistas para decirles: *Dar caza á aquel conejo, que se escapa,* siendo en el acto sacrificado á balazos el pobre nacional. El inmenso clamoreo de los que demandaban misericordia no hacia mella en el corazon de García. Viendo algunos desventurados que la bóveda, ya calcinada, del templo se iba á hundir con estrépito, procuraron salvar la vida en los extremos del tejado; pero las balas enemigas se la quitaban sin piedad. Unos cuantos hombres, niños y mujeres se deciden á arrojarse desde lo alto, y el bárbaro carlista les recibe con las puntas de las bayonetas. Faltaba aun lo más horrendo de este sangriento drama: á los pocos minutos húndese la bóveda del templo, produciendo un ruido espantoso, y perecen allí martirizados en medio de sus hirvientes escombros hasta 160

séres humamos entre hombres, mujeres y niños.

A los pocos dias el brigadier Narvaez, que fué á la Calzada con una columna, castigó como se merecia al prior calatravo, quien tuvo la desvergüenza de presentársele y decirle que era amante del trono constitucional. Narvaez, despues de probada su infame conducta, le mandó fusilar junto á las ruinas del templo.

Desde la Calzada se encaminó García el 3 de Marzo á Puertollano, villá célebre por sus baños, á 30 kilómetros de Ciudad-Real y 6 de Almodovar del Campo. Aquí necesitaba otras víctimas la barbarie carlista y desgraciadamente las obtuvo. Refugiados los liberales con sus mujeres é hijos en el fuerte, que era la iglesia, se les intimó la rendicion, que rechazaron como bravos. Hizo García lo que en Calzada, y á los pocos disparos de sus dos cañones cayeron por tierra las puertas del templo, en el que los carlistas pusieron otra hoguera igual á la de aquella villa: entonces demandaron piedad las mujeres y los niños, á los que se ayudó á bajar de la torre por medio de escalas que mandó proporcionar García, al propio tiempo que hizo saber á los defensores que no tenian más remedio que perecer abrasados ó entregarse á discrecion; prefirieron esto último para morir fusilados todos hasta el número de 43 en las cercas del pueblo.

Despues de recorrer García diferentes poblaciones de la aterrada Mancha, perseguido por seis columnas á las órdenes de Mendez Vigo, que mandaba las armas de Extremadura, Narvaez, Pardiñas, Flinter, Sanz y Guajardo, que debieron haberle destrozado, llegó á Valdepeñas el 13 y allí sostuvo una accion con Flinter, de la cual éste salió victorioso, cogiendo varios prisioneros, algunos de los cuales fueron asesinados por los francos que llevaba consigo. Desalentado con el revés de Valdepeñas se subió García á los montes de Toledo, y entrando en Menasalbas, en donde fusiló á varios nacionales, y en otros pueblos, se corrió á tierra de Extremadura, de la que contramarchó para ir á Manzanares, en cuya villa no pudo entrar el 31. En principios de Abril volvió á los montes de Toledo, que le sirvieron de refugio durante muchos dias, y el 28 atravesó el Tajo por un vado cerca de Puente del Arzobispo,

encaminándose á la Vera de Plasencia, que dejó trás de sí, ganando el puerto de Baños para ir á Béjar, en donde Pardiñas le derrotó el 3 de Mayo, dispersándole su gente, haciéndole muchos muertos y cogiéndole al pié de 1.000 prisioneros, en cuyo número estaban el partidario manchego el Tercero y otros, que no sufrieron la suerte de los infelices de Calzada y Puertollano. García, cubierto de oprobio á causa de sus infinitos crímenes, incendios, asesinatos, saqueos y robos, hasta de alhajas de varias iglesias, y de ridículo por su torpeza, se encaminó con los pocos que le quedaron por entre montes y páramos al Maestrazgo, y en tal desprecio le tuvieron los suyos desde la jornada de Béjar, que poco á poco le fueron abandonando en la huida, y se presentó casi sólo á Cabrera durante los últimos dias de Mayo. Del Maestrazgo regresó absolutamente sólo á Navarra en el mes de Diciembre, y en fuerza de regalos á Carlos y sus cortesanos, logró ser bien recibido por el príncipe. ¡Lástima grande que así escapase este malvado á la justicia de los hombres!

Expedicion de Negri. Seguia el furor por las expediciones en la ambulante corte de Carlos, esoque tan funestos resultados le habian producido todas, inclusa la que libró mejor que fué la de Gomez. Significaban las expediciones dos cosas, que habia en el campo carlista superabundancia de guerreros y torpeza para dirigirlos. Reunidos á mediados de Marzo en Orduña 9 batallones, los 7 castellanos y dos alaveses con 6 escuadrones y unos cuantos cañones se dió órden al conde de Negri de ponerse al frente de ellos para penetrar en Castilla la Vieja no con un plan fijo sino en busca de aventuras. Era Negri un antiguo partidario de Carlos, al que sirvió de gentil hombre en vida de Fernando, y no solo carecia de conocimientos militares sino que no habia hecho la guerra por encontrarse preso en los 4 años primeros de ella en Madrid, Valladolid y Cádiz de donde logró escaparse para ir al real de su príncipe cuando éste se hallaba en Cantavieja con su expedicion. Desaprobaron los militares carlistas algo entendidos que se encomendase la expedicion á un cortesano y hasta el viejo Gomez Labrador escribió desde Paris á Carlos diciéndole, «que por sus servicios al absolutismo

tenia el derecho de manifestarle, que no debia darse la cartera de la guerra á los abogados ni el mando del ejército á los gentiles hombres.»

Era 2.º de Negri el mariscal de campo Zabala y comandante general de la caballería Lopez Delpáu: fueron tambien agregados á la espedicion Balmaseda y el cura Merino, aquel con el mando de una brigada y este como jefe de la caballería que habia hecho ir años antes al Norte desde la sierra de Búrgos. Fué tambien agregado á la espedicion en clase de comisario régio el famoso Zorrilla, padre del poeta de este apellido, fanático feroz y hombre de malas entrañas como lo habia demostrado desempeñando la fiscalía de la Inquisicion de 1814 á 1820 y luego una subdelegacion de policia de Madrid del 23 en adelante. Al mediodia del 14 salió la espedicion de Orduña y subiendo á la Peña Vieja, logró burlar la vigilancia del ejército de la izquierda y avanzó hasta Quincoces, luego á Castrobato y despues á Baranda, en cuyas inmediaciones arrolló una pequeña fuerza liberal, continuando sin obstáculo hasta Sencillo y Santa Gadea para cruzar el Ebro, aquí de poco caudal, por el puente de la Aldea, é ir á dormir el 17 á los Carabeos, partido de Reinosa. El 18, faldeando las montañas meridionales de dicho partido penetró la espedicion en la provincia de Palencia. y el 19 se fué á dormir é San Salvador cerca de Cervera de Pisuerga, habiéndose separado aquel dia el cura Merino con sus dos escuadrones para ir á la sierra de Búrgos, como poco antes lo hiciera Balmaseda con unos cuantos caballos. El 20 subió el puerto de Piedrasluengas en la provincia de Palencia para caer sobre Potes, capital de la Liébana. En la gran bajada que hay del puerto de Piedrasluengas á Potes, cubierta de robles seculares, de que otra nacion que la española sacaria inmenso partido, está el pueblecito de Bendejo, poblado por unos 250 habitantes y en cuyos alrededores esperaba el general Latre á la espedicion que habia ido persiguiendo desde tierra de Villarcayo de órden de Espartero. Latre tenia colocados en muy buenas posiciones sus 4.500 soldados, y los espedicionarios llevaban empapados sus vestidos por la abundancia de nieve que habia caido en su marcha por lo alto del puerto, sin embargo de lo cual Ne-

gri mandó acometer, no siendo aún el mediodía, y los batallones 1.º y 5.º de Castilla se arrojaron á la bayoneta contra los liberales, á los que arrollaron quitándolos sus primeras posiciones: hizo entonces Latre que su reserva entrase en acción, y recuperó el terreno perdido: ordenó despues el jefe liberal que varios de sus batallones atacasen en columna cerrada la derecha carlista parapetada en escelentes posiciones cerca del pueblo, pero fueron rechazados por una, dos y tres veces, aun cuando en la última se puso Latre á su cabeza para recibir una grave herida, lo que, unido á estar ya próxima la noche, le obligó á refugiarse en Potes mientras que los carlistas vivaquearon sobre el campo de batalla. Fué ésta muy sangrienta, pues quedaron tendidos en el campo más de 1.000 hombres entre muertos y heridos, siendo de los carlistas unos 400 y de los liberales los restantes. Latre se portó con valor, pero torpemente en esta acción, pues contando con más gente que Negri y más descansada, fué vencido por éste. Latre dejó el mando de su columna al general Iriarte. A la fecha marchaba ya el conde de Luchana con una respetable columna camino de Leon, creyendo que Negri penetraría en Asturias; pero este retrocedió desde Bendejo á San Salvador por el mismo puerto de Piedrasluengas, y despues de un día de descanso se dirigió por el nordeste de la provincia de Palencia á la de Búrgos, yendo á dormir el 27 á Belorado y el 28 á la rica villa de Ezcaray, en donde vistió y calzó á sus soldados. De Ezcaray, atravesando el fragosísimo puerto de la Demanda, cubierto de nieve, pasó á Quintanar de la Sierra en donde descansó tres días: el 2 de Abril se fué á dormir á Osma y avanzando despues por San Esteban de Gormaz y Riaza logró penetrar en Segovia en la tarde del 6, habiéndose retirado al alcazar su guarnicion. Cuando Negri entró en Segovia sus perseguidores Iriarte y Ribero se hallaban el que ménos á 100 kilómetros de distancia. Cuatro días descansó Negri en Segovia y el 10 salió de ella con el atrevido pensamiento de penetrar en Valladolid, creyendo que podría hacerlo con impunidad, como meses antes lo verificára Zariátegui. Las circunstancias eran otras, y la capital de Castilla la Vieja estaba apercebida para rechazar al carlista, quien se pre-

sentó antes del mediodía del 12, miércoles santo, despues de haber cruzado el Duero por Boecillo, en las alturas de San Isidro, próximas á la puerta de Tudela, en donde hoy está la estacion del ferro-carril. Mandó Negri un parlamentario pidiendo que se le permitiese entrar en la ciudad, cuyos débiles y aspilleros muros estaban á cargo de soldados, nacionales y estudiantes del batallon de Minerva, hallándose estos en las mismas puertas de Tudela frente al enemigo, quien en vista de la negativa de la plaza marchó tranquilamente á Cabezon, en donde pasó la noche: el 13 se fué á dormir á Dueñas, y el 14, viernes santo, pasó por el campo de Palencia á orillas del canal de Castilla, á donde no le alcanzaron las balas de cañon que se le dirigieron del palacio episcopal, convertido en fuerte, yendo á dormir á Becerril de Campos y Paredes de Nava. El 15 avanzó á Sahagun sorprendiendo á un destacamento de francos, que cayó prisionero despues de ligera lucha y luego torció á la izquierda para ir á Mayorga, y en sus cercanías le dió alcance Espartero, cuya sola caballería puso en espantoso desorden á los expedicionarios, que dispersos y en gran manera mermados torcieron á la derecha, y pasando por cerca de Sahagun fueron á dormir el 18 á Velilla de Guardo en la provincia de Palencia. Desde aquí se encaminaron á la Liébana pasando mil trabajos al atravesar los puertos cubiertos de nieve, y el 19 ya de noche entraron en Potes, de cuya villa les hizo salir al siguiente dia Iriarte despues de batir la más numerosa de sus brigadas. Desanimado el caudillo carlista con su gente descalza, fatigadísima y sin municiones, sin plan fijo ni casi esperanza de salvarse se dirigió por entre ásperos montes cubiertos de nieve y en medio de un temporal horrible al próximo valle de Cabuérniga y luego á Bárcena para ganar los puertos de Reinosa, y por la provincia de Búrgos ir á las sierras de Soria. Perseguido por Iriarte y Castañeda y esperando Espartero en Búrgos saber sus movimientos para lanzarse de nuevo contra él, bajó Negri á Aguilar de Campoó y dando allí un ligero descanso á su gente, se entró en la inmediata provincia de Búrgos con 2.000 hombres escasos para llegar, despues de unos 100 kilómetros de apenas interrumpida marcha, en la cual perdió entre

enfermos y rezagados la mitad de su fuerza, al pueblecito de Fresno de Rodilla á 2 kilómetros de la Brújula el 27, en cuyo día le alcanzó Espartero con su caballería, derrotándole completamente. Negri con muy pocos de los suyos logró escapar de la accion y refugiarse en el pueblo de Barbadillo de los Herreros, desde donde se fué á Quintanar de la Sierra. Aquí, al verse rodeado solamente de una docena de ginetes, determinó pasar al bajo Aragon, y despues de correr mil riesgos pudo presentarse á Cabrera. Tan desastroso fin tuvo la expedicion de Negri, que si fué inepto para dirigirla, no se mostró cruel ni devastador en las diferentes comarcas que recorrió, por más que alardeaba de intolerante absolutista.

Operaciones en el Norte. Evacuacion de Valmaseda. A poco de regresar Cárlos de su expedicion se trasladó á Llodio, villa sita entre Orduña y Bilbao, y no muy contento de Sebastian de Borbon, le hizo dejar el mando del ejército que dió á Guergué, militar sin conocimientos y de escaso carácter para hacerse respetar en él. Con tal enemigo tenia que habérselas Espartero, quien cada día lograba más prestigio en el ejército por ser el primero en los combates, por su llaneza con el soldado y su desvelo por endulzar la triste situacion de éste, que no podia serlo más, teniéndole el gobierno sin los recursos necesarios para hacer la guerra. En los principios de 1838 pensó el conde de Luchana que era conveniente abandonar á Valmaseda, lo cual se explica por no tener ya Bilbao necesidad de socorro, que en caso habia de recibir por aquella vía, y poniendo por obra el pensamiento, se presentó á últimos de Enero en el valle de Mena, en donde reunió 23 batallones con numerosa artillería, contando las fuerzas que él llevó y las divisiones de Latre, Buerens é Iriarte. Para abandonar á Valmaseda y salvar los 1.000-hombres que la guarnecian con sus pertrechos, hospital, etc., habia necesidad de alejar al carlista de las inmediaciones, en las que se habia fortificado de una manera formidable pensando tomar la plaza y rechazar los ataques del liberal, si acaso pensára penetrar en el corazon de Vizcaya por aquella parte. El 29 de Enero practicó Espartero un reconocimiento de las posiciones del enemigo, y el 30 dispuso su gente para atacarle desde

Mercadillo, que hizo ántes desalojar, y desde Villasana. Los carlistas contaban con 14 batallones y mucha artillería, ventajosamente colocada. Mandó Espartero á Latre que acometiese primero, y tras éste lo hicieron Iriarte y Buerens, lanzándose despues él á la pelea con su escolta y un escuadron de caballería ligera. Al bravo empuje de los liberales abandonaron los carlistas sus primeras posiciones, y desde ellas pudo ya Espartero dar las convenientes órdenes para la evacuacion de Valmaseda; pero en esto supo que Iriarte se habia lanzado con solos dos batallones en medio de la segunda línea enemiga y que seria copado completamente como no se le socorriese pronto. Entonces ordenó Espartero que sin perder momento avanzasen hacia la segunda línea enemiga ocho batallones y varias piezas de montaña, y colocándose él á su frente con la escolta llenó de entusiasmo al soldado, que se arrojó intrépido contra el carlista, tomándole en medio de un fuego horrible de fusil y de cañon la ermita dicha de Santa Isabel cerca de Orrantia: esto salvó al comprometido Iriarte. Tales lances, que costaron mucha sangre á ambas partes, intimidaron á los carlistas hasta el punto de no oponerse á la evacuacion de Valmaseda, que se hizo tranquilamente en los primeros dias de Febrero, sacando ante todo la artillería y pertrechos, y luego las camas y enfermos, etc. Los carlistas ocuparon la plaza el 5 de dicho mes.

Toma de Be- En últimos de Enero desempeñaba el virei-
lascoain. nato de Navarra el general Alaix, al que Diego

Leon, que operaba con una columna en los alrededores de Pamplona, propuso conquistar el pueblecito de Belascoain distante 18 kilómetros de aquella capital y 6 de Puente la Reina. La empresa era dificultosa, y así se lo dijo Alaix á Leon; pero este jefe, que era valeroso hasta la temeridad y estimaba en poco la vida del soldado, de cuya situacion angustiosa no se dolia para tenerle en anticipadas é inútiles formaciones y en revistas de sus escuadrones, que no pocas veces dió como en espectáculo á sus numerosas queridas, tomando sobre sí la responsabilidad de la empresa, despues de atacar el 27 al pueblo de Lagarda, que tomó, se decidió á conquistar á Belascoain, defendido por más de 3.000 hombres, repartidos en varias casas aspilleras

de las 50 con que el pueblo contaba, en el puente fortificado sobre el Arga y en varios reductos artillados. Dirigióse Leon, ante todo, contra el pueblo, y sosteniendo una lucha de cuatro horas ordenó á la infantería que acometiese á la bayoneta, y en poco tiempo se hizo dueño de la población. No era esto lo más importante: lo eran los formidables reductos y el puente, desde los cuales hacia el carlista un horrible fuego de fusilería y de cañon. Para tomar el puente y los reductos habia necesidad de cruzar el rio: ofrécese á ello el coronel Mannel G. Concha, quien protegido por el fuego de la artillería, cruza el rio con el agua hasta los pechos al frente de dos escuadrones y de seis compañías, y tras él se lanza Leon á pié y pasa tambien el rio, siguiéndole entusiasmada toda la columna. Al ver esto los defensores del puente y reductos los abandonaron despues de unos cuantos disparos y Leon se posesionó de ellos. Por este hecho de armas hubo premios en abundancia, y Leon obtuvo la gran cruz de San Fernando y más tarde el título de conde de Belascoain.

Por la misma época se portaba tambien brillantemente en Guipúzcoa el comandante general L. O'Donnell, teniendo á raya desde la línea de San Sebastian á los carlistas y atacándoles con ventaja fuera de ellas en Urnieta, el monte Gárate y otros puntos: el gobierno premió sus servicios nombrándole mariscal de campo. Tuvo entonces O'Donnell que vencer inmensas dificultades por la falta de recursos en que el gobierno le tenia, y hasta pasó por la vergüenza de que varios legionarios ingleses se despidieran de su servicio por no haber podido satisfacerles sus atrasos. Para los soldados españoles que tenia á sus órdenes no habia recibido en los últimos siete meses más que el haber en dinero de seis dias, y tenia á varios en cueros, á muchos descalzos y á casi todos haraposos y sin poder cubrir las más urgentes necesidades.

Toma de Peñacerrada.

Despues de algunos encuentros ligeros en todo el país vasco-navarro, de un ataque infructuoso á Viana por parte de Guergué, de la toma por éste de Nanclares, que luego abandonó por su proximidad á Vitoria, determinó Espartero, destruida la expedicion de Negri, tomar á Peñacerrada, que los carlistas habian for-

tificado de una manera formidable. No lo fué ménos el apresto que para la empresa hizo Espartero á mediados de Junio: reunió 18 batallones, tres compañías de ingenieros, cuatro escuadrones de húsares, dos baterías de obuses de á 12, otra de cohetes á la eongreve, dos morteros y 24 cañones, uno de ellos de á 24 y cuatro de á 16: hizo tambien que Zurbano le ayudase con su partida, fuerte ya de dos batallones y tres escuadrones. Noticioso Guernú del proyecto de los liberales acudió al socorro de la plaza con cuatro batallones, un regimiento de caballería y algunas piezas. El caudillo liberal formó de sus tropas dos divisiones, que se subdividieron en seis brigadas: Mandaban las primeras Buerens y Ribero, y las segundas se pusieron á cargo de Otero, Lacron, Puig Samper, Medinilla y Parra: los húsares estaban á cargo de su coronel Zabala y la artillería al del brigadier Pont: J. Antonio Van-Halen era el jefe de estado mayor. El 19 de Junio se aproximó Espartero hasta ocupar la altura de Larrea cerca de la Venta de Moraza, junto á la cual tenian los carlistas fuertes atrincheramientos defendidos por una batería, que empezó á hacer fuego no más divisar á los liberales. A la izquierda, en donde se hallaba Zurbano, sostuvo éste un nutrido fuego de guerrillas; pero yendo en su contra fuerzas superiores, tuvo que replegar su gente hasta que Espartero acudió con su escolta y logró contener al carlista haciendo algunos prisioneros. En esto iba declinando el sol, y Espartero dió orden de suspender todo ataque hasta el siguiente día. Al amanecer del 20, habiendo situado convenientemente las piezas de batir durante la noche, mandó Espartero romper el fuego contra la plaza, que contestó con el suyo de fusilería y de cañon. Ni las piezas carlistas causaban gran daño á los liberales, ni las de éstos abrian brecha en la sólida muralla del castillo: al ver esto los dos batallones de Luchana, compuestos en su mayor parte de los prisioneros hechos á las expediciones de Gomez y de Negri, pidieron con grandes gritos ir al asalto. Miétras tanto los carlistas hacian descender de las alturas que ocupaban á varios batallones que acometieron á la columna de Zurbano y á la brigada de la guardia real, las que les rechazaron ayu-

dadas por los húsares. En esto la columna de ataque se dirigió intrépida al castillo, provista de escalas y acompañada de varios zapadores con hachas y lanzafuegos para quemar las puertas; pero los sitiados empezaron á arrojar granadas de mano, piedras y frascos llenos de pólvora que causaron muchas muertes, aunque no impidieron que los que sobrevivían continuasen en su tarea de proporcionarse con picos colocacion para las escalas, que al fin resultaron cortas, haciéndolo al amparo de un cañon colocado en la contraescarpa, que al propio tiempo demolia la muralla. La lucha se habia hecho ya general y la sangre corria en abundancia, sin que se divisase un fin próximo. En esto observó Espartero que podia hacerse dueño del castillo echando abajo las puertas que tenia á su frente, y haciendo colocar convenientemente cuatro obuses, logró verlas por tierra, y entonces penetraron en el castillo los soldados de la libertad, quienes respetaron á sus valerosos contrarios. Resistíase aun la plaza, por lo que hubo necesidad de formar un campo atrincherado para cañonearla y rendirla; pero al propio tiempo era preciso atacar y vencer á las numerosas fuerzas que la apoyaban desde sus próximos atrincheramientos. Despues de dos dias de continua pelea ordenó Espartero que las baterías de brecha no cesasen de hacer fuego, y poniéndose él á la cabeza de 10 batallones, animándolos con frases enérgicas y entusiastas para que no se valiesen más que de la bayoneta, se lanzó contra el atrincherado enemigo, que le rechazó por primera vez; pero que, no pudiendo resistir el segundo empuje de los liberales, abandonó sus trincheras pronunciándose en retirada, dando esto ejemplo á los de la plaza para que la abandonasen, como lo hicieron al anochecer de aquel día. Los combates de Peñacerrada costaron al carlista 300 muertos y 800 prisioneros: los liberales tuvieron más de los primeros: dejaron los carlistas en poder del ejército liberal once cañones y muchos efectos militares.

Maroto general en jefe carlista.

La pérdida de Peñacerrada alarmó á la córte carlista, establecida á la sazón en Estella, en donde se manifestó la indisciplina de algunos batallones navarros, que á gritos pidieron la libertad de Za-

riátegui y Elío, presos por supuestos delitos de infidencia durante su expedición, lo que produjo el fusilamiento de un oficial carlista y el asesinato del brigadier Cabañas. Por aquella época habia un tal Muñagorri levantado en Guipúzcoa la bandera de *paz y fueros*, que era lo mismo que proclamar la muerte del carlismo. Demostraban ambas cosas claramente que los partidarios de los fueros para sus provincias y del despotismo para el resto de España tenían un príncipe tan inepto como indigno de los sacrificios que por él habian hecho y estaban haciendo. Síntomas eran estos de muy mal agüero para la causa carlista, cuyo representante se hallaba entregado, ahora más que nunca, á una camarilla de ignorantes y fanáticos, como Abarca, A. Teijeiro y otros de su jaez, incluso uno llamado el *Mantero* por haber vendido mantas en Portugal, en donde se unió á Cárlos, quien á semejanza de su hermano Fernando para con Chamorro dió su gran confianza á aquel hombre vulgar. Despreciaba esta camarilla á los hombres entendidos en la milicia, y mientras que el soberbio Abarca decia, creyendo que podian resucitarse los tiempos de Pizarro, *que queria generales que no supiesen escribir*, Guergué dijo á Cárlos repetidas veces y éste lo oyó con imbécil complacencia: *Señor; los brutos hemos de llevar á V. M. á Madrid*. Príncipe que tales cosas oía estaba ya irremisiblemente perdido.

La toma de Peñacerrada por Espartero, soliviantando los ánimos de los hombres un poco pensadores del carlismo, compelió mal de su grado á Cárlos á encargar á Maroto, que poco más de un mes antes llegára de Burdeos á Guipúzcoa, el mando del ejército. Háse dicho por muchos que Maroto estaba vendido á la fecha á los liberales, lo cual es evidentemente falso. Maroto era absolutista de raza, y aunque conecedor del carácter y condiciones de su príncipe se encargó del ejército carlista con la mejor buena fé. Así lo dió á demostrar en la alocucion que dirigió á sus tropas en Estella el 28 de Junio, en la cual por cierto y para fanatizar á los suyos trataba con notoria injusticia al ejército liberal. Pero la camarilla declaró á Maroto desde los primeros momentos una guerra implacable, y halagando á Balmaseda con el mando en jefe, plan

á que se plegó este ambicioso, inepto y bárbaro jefe, sólo pensó en hacerle sucesor de Maroto, desacreditándole al efecto con toda clase de calumnias; y como Cárlos toleraba y aún alentaba estas indignas maniobras, tenia que recojer en su dia el justo premio de su conducta.

Toma de Labraza. Presenta Espartero su dimision. Despues de tomar Peñacerrada intimó Espartero la rendicion al fuerte de Labraza, sito en la Rioja alavesa y cuya posesion interesaba á los liberales para comunicarse con los próximos puntos fortificados de Laguardia y Viana. Negándose á la rendicion los defensores de dicho punto, hizo Espartero que jugase la artillería el 15 de Julio: á los primeros disparos enarbolaron aquellos bandera blanca y se rindieron á condicion de ser cangeados. Despues de este suceso instaló Espartero su cuartel general en Logroño, y viendo á su ejército completamente desatendido, en términos que la miseria hacia desertar á muchos soldados, dirigió apremiantes reclamaciones al ministerio de la guerra, á cargo hacia poco tiempo de Latre, y como éste contestase con buenas palabras que el general en jefe no veia traducidas en hechos, presentó su dimision, que al fin retiró porque se lo rogaron encarecidamente Cristina y sus mejores amigos. El 1.º de Setiembre volvió Espartero á repetir sus quejas haciendo ver al gobierno que se le desertaban muchos soldados por no poder sufrir ya las privaciones en que se les tenia, y que los carlistas se aprovechaban de esto, dando á los que se pasaban á sus filas una ó dos onzas de oro siendo infantes y 5 á los que lo hicieran montados; pero el gobierno continuó en sus promesas, el ejército en su penuria y el general en jefe en su desesperacion.

Derrota de Alaix en el Perdon. Dejó Espartero á Logroño el 3 de Setiembre y se encaminó á Lodosa y luego á Artajona, en donde el 5 celebró consejo de generales para tratar de acometer á Estella, cuyas fortificaciones habia mejorado Maroto. No considerándose bastante fuerte para la empresa regresó el 12 á Logroño, visto lo cual por Maroto se encaminó á Durango, porque mientras bullia en la mente del caudillo liberal apoderarse de Estella, en la del carlista se albergaba la idea de poner nuevo sitio á Bilbao.

El 19 pasaron el Arga por encima de Puente la Reina varios batallones carlistas deseosos de habérselas con Ezpeleta y Alaix, que ocupaban con escasas fuerzas la villa de Artajona y otras inmediatas. Salióles Alaix al encuentro, y después de rechazarlos cerca de Legarda, se encaminaron á las inmediatas cumbres del llamado Perdon, tomando ventajosísimas posiciones: ordena Alaix desalojarlos de ellas, y poniéndose á la cabeza del regimiento de Zaragoza trepa animoso por la montaña; pero una descarga del enemigo, matando á varios soldados, hiere de gravedad al coronel Bayona y de mayor aun al general, que cae de su caballo, llenando de estupor á todos los suyos: los soldados de Zaragoza, viendo tendidos á su coronel y al general, vuelven la espalda para guarecerse entre los otros cuerpos, que llenos de miedo se desordenan sin pelear y dan así al carlista un triunfo, que no fué completo por la serenidad de Casero, coronel de San Fernando, quien supo inspirar aliento á sus soldados para que hiciesen frente al envalentonado enemigo, y el arrojo del capitán de caballería Domingo Dulce, que con muy pocos jinetes cargó diferentes veces á las masas contrarias, logrando contenerlas y sacar de entre ellas á Alaix y á Bayona para conducirlos á la próxima villa de Puente la Reina, en donde se guarecieron los restos de la columna vencida. Perdieron los liberales en la acción 200 hombres muertos, más de 500 heridos y 600 prisioneros: la baja total de los carlistas no pasó de 200.

Segunda acción de Losarcos.

En principios de Diciembre determinó Diego Leon dirigirse en busca de los carlistas, que ocupaban Losarcos y sus inmediaciones: llevaba una respetable columna con cuatro piezas de artillería y bastante caballería. Súpolo Maroto y reforzó su gente de Losarcos, dando órden á Carmona para que ocupase ventajosas posiciones y á Balmaseda (que acababa de regresar de la sierra de Búrgos asolando los pueblos por donde pasára, en especial del valle de Mena) para que con su caballería y tres escuadrones navarros se opusiera á la caballería liberal. Dió Leon la órden de acometida, que realizó el coronel Concha, contra el cual salieron los escuadrones navarros, pero dos de granaderos y lanceros de la Guardia

real, despues de porfiada lucha, hicieron volver grupas á aquellos. Entonces se lanzó el resto de la caballería liberal contra la infantería enemiga, que tenia en apuro á Concha, y la desordenó completamente, declarándose la victoria por los liberales, aunque sin ventajas tangibles para ellos. Carmona, que pudo acaso decidir la acción en favor de los suyos, no se presentó en el campo de batalla, y Balmaseda retrocedió con su caballería castellana sin pelear: ambos quisieron, más que el triunfo, el vencimiento de sus compañeros en la ruin idea de desacreditar á Maroto, Carmona por el ódio que le tenia y Balmaseda porque esperaba que así le elevaria luego la camarilla á general en jefe. Este bárbaro partidario, menospreciando el tratado Eliot, habia asesinado unos 20 dias hacia á varios prisioneros que hizo cerca de Viana. Espartero fusiló, por via de represalias, á otros prisioneros carlistas, y ofició sobre el caso á Maroto, quien mandó arrestar á Balmaseda, aunque para darle luego libertad.

Al acabar la narracion de los sucesos del Norte durante el año de 1838, hemos omitido un suceso, del cual vamos á decir cuatro palabras. La soberbia princesa de Beira, madre de Sebastian de Borbon, llegó de incógnito á las provincias para casarse con Carlos, su cuñado, lo cual tuvo lugar en Azcoitia en últimos de Octubre: murmuróse mucho de tal casamiento en el campo carlista por ser los novios viejos y hermanos y no traer la de Beira auxilio alguno para el ejército ni para el país.

Merino, Balmaseda, Villoldo y Mosto en Castilla. Relacionadas en cierto modo con los sucesos del Norte las correrías de estos partidarios, vamos á ponerlas en conocimiento del lector de la manera más lacónica posible. Saliendo de Orduña dichos partidarios con la expedicion de Negri, el primero que abandonó á éste fué Balmaseda, haciéndolo de allí á poco Merino, y ambos se encaminaron á la sierra de Búrgos. El cura, como capitán general de Castilla la Vieja, queria que le estuviera subordinado Balmaseda, pero éste obró por su cuenta, cuidándose poco de la autoridad de Merino.

A los cuatro dias de separarse de Negri instalóse el cura con sus 200 caballos entre Aranda y Lerma, y em-

pezó á recoger los mozos del país para formar dos batallones; pero la persecucion incesante de que fué objeto por fuerzas de caballería que contra él mandó Espartero del Norte, le obligaron á pasar al Bajo Aragon al frente de unos 900 infantes y 250 caballos. Permaneció en Aragon al lado de Cabrera desde Mayo á principios de Setiembre, en que volvió á su sierra favorita; pero sorprendido y derrotado en Carrascosa tuvo que volver á las provincias, presentándose en Valmaseda á Cárlos, quien contra el parecer de Maroto le obligó á hacer otra expedicion en últimos de Octubre. Vadeó Merino nuevamente el Ebro y se encaminó con unos 1.000 infantes y dos escasos escuadrones á los pinares de Soria, en donde nada hizo en pró de la causa carlista por perseguirle sin descanso tres columnas á cargo de Hoyos, Albuin y Rodriguez. La fortuna, que parece huye de la vejez, habia abandonado al anciano guerrillero, y de esta escursion, así como de la otra, no sacó más que desengaños, haciendo pasar mil trabajos á su gente y llenando de duelo á los pueblos, porque su corazon no perdió la crueldad que de jóven manifestó contra los franceses y de edad adulta contra los liberales. Sorprendido y derrotado el 30 de Octubre cerca de Bilbiestre escapó á uña de caballo, y apenas pudo reunir al siguiente dia 400 infantes y 100 caballos, con los cuales tomó el camino del Norte, pasando por el valle de Esgueva á Castrojeriz, Herrera de Pisuerga y Aguilar de Campó, en cuyos pueblos hizo grandes exacciones: de Aguilar torció á la derecha para ver de cruzar el Ebro, y pasando infinitas amarguras llegó con muy pocos jinetes á la tierra de los privilegios, de la cual ya no salió más que para ir con Cárlos á Francia, en donde falleció el año de 1844.

Durante las dos expediciones de Merino habian recorrido las provincias de Búrgos y Palencia para llenarlas de terror por sus violencias y atrocidades los dos partidarios del país, que mandaban unos 80 caballos, Epifanio Carrion, alias Villoldo, y Modesto el estudiante, éste de no buenos antecedentes y de mucho peores aquél, pues que habia estado en presidio por asesino alevoso en su pueblo de Fromista, y luego de sacristan del de Villoldo se fué á

la facción huyendo de la justicia por varios excesos: las tropas liberales les obligaron á refugiarse en las provincias ántes de concluir el año. El Villoldo tuvo un fin desastroso: acogido al convenio de Vergara como teniente coronel, se levantó en la provincia de Palencia cuando los sucesos de San Cárlos de la Rápita, y cogido incontinenti fué fusilado en dicha ciudad.

Balmaseda, que era tan valiente como feroz, instalado que se hubo en la sierra de Búrgos, supo un día que descansaba con punible descuido en Ontoria del Pinar una columna de 700 hombres al mando del coronel Mayols: contaba solamente Balmaseda con 200 infantes y 70 caballos, y en su bravura se decide á sorprender á los contrarios y coparlos: rodea el pueblo con la mayor parte de los suyos, y con los restantes, poniendo fuego á las primeras casas, se dirige á la en que estaba Mayols: éste se resiste; pero vé que va á ser víctima del fuego y se entrega prisionero con toda su gente: aunque algunos intentaron escaparse, no lo lograron por impedírselo el enemigo. Perseguido Balmaseda por Albuin, hizo marchas y contramarchas, hasta que el 21 de Agosto penetró en Roa por fuerza y puso fuego á la iglesia, en donde se refugiaron los nacionales, á los que salvó la aproximación de tropas constitucionales, que alejaron al carlista no sin dejar éste en la villa rastros de sangre y vandálica devastación. En principios de Setiembre logró Balmaseda hacer en Quintanar otra sorpresa enteramente igual á la de Ontoria, copando de noche la columna que mandaba el coronel Coba, quien cubierto de heridas cayó prisionero con cerca de 400 de los suyos, habiendo perdido entre las llamas y en la pelea otros 300. Fué tan bárbaro Balmaseda, que al siguiente día de su triunfo fusiló entre soldados y oficiales á más de 60. Herido gravemente Coba, fué colocado en una carreta de bueyes, á la que se puso fuego á la salida del pueblo, pereciendo tostado aquel bravo militar en medio de atrocísimos tormentos: consintió Balmaseda que por uno de los suyos, natural de Quintanar, se diese tan horrible muerte á Coba, porque éste habia maltratado á su madre el día anterior.

No le fué tan favorable la suerte á Balmaseda á los po-

cos dias en el campo de Lara, en donde Albuin le causó bastantes muertos y le hizo 300 prisioneros, rescatando algunos soldados de los sorprendidos en Ontoria. Este revés y la incesante persecucion de Albuin le obligaron á regresar al Norte, señalándose en su retirada por las exacciones, asesinatos y otras atrocidades que cometió.

Cataluña. El conde de España. En el momento que Urbiztondo abandonó la Cataluña, la junta superior acordó darle un sucesor en la persona del tristemente célebre Carlos España, y miéntras que el pretendiente aprobaba tal nombramiento, se designó para el mando en jefe de todas las partidas catalanas á José Segarra, aquel coronel del regimiento de Zamora, de alma envilecida y odiosísima memoria, quien ejerciendo el cargo de fiscal de causas en Barcelona, fué el seide más bajo é infame del frances españolizado.

En el primer medio año de 1833 ocurrieron diferentes encuentros en toda Cataluña, pero sin importancia para ambas partes. Meer acosaba á los carlistas por do quiera; pero éstos se le escabullian, marchaban y contramarchaban, y cuando veian las tropas liberales á alguna distancia, daban un golpe de mano sobre algun punto débilmente fortificado, cometiendo con los vencidos un sinnúmero de atrocidades. El feroz Tristany era el que más se distinguia en este modo de hacer la guerra: habiendo entrado en Monistrol de Monserrat á mediados de Abril, no sólo degolló á los liberales que se resistieron débilmente, sino á mujeres, niños y ancianos, saqueó la villa y permitió que su gente hiciera violencia á una porcion de mujeres.

El 20 de Julio, procedente de Lille, en donde el gobierno francés le tenia preso, llegó el conde de España á Cataluña, siendo recibido por el Ros de Eroles cerca de la Seo de Urgel. El 4 entró en Berga, habiendo salido á recibirle la junta, varios partidarios y el pueblo, que á porfía le victorearon y obsequiaron. Le creian su salvador, y como á tal le recibieron. Dióse él por muy contento de tanto agasajo, sin considerar que su conducta criminosa le habia creado enemigos terribles entre los mismos carlistas, á los que persiguiera durante la guerra de los agraviados. Alguno de la junta no le miraba bien por

esto, y él procuró atraerse á los que creia ofendidos, como sucedió con el partidario Ibañez, alias el *Llarch* (largo) *de Copons* que mandaba en el campo de Tarragona unos batallones de gente desalmada, y se declaró, por nombrarle brigadier, su más fiel servidor, eso que le habia echado al presidio de Ceuta en 1823.

Sin embargo del entusiasmo que C. España supo inspirar á todas las partidas, éstas continuaron en su antigua indisciplina, debido á lo cual inauguró aquél su mando de un modo fatal, porque perdió la plaza de Solsona, que conquistó el baron de Meer en 22 de Julio despues de porfiada lucha: continuó ésta contra el palacio episcopal, defendido por 700 hombres; pero abierta brecha en él, tuvo que entregarse á discrecion á los cinco días, sin embargo de haber acudido España en su socorro para ser batido y bien escarmentado por el liberal en las cercanías de la ciudad.

Dueño Meer de Solsona, salió de ella con ánimo de abastecerla, lo cual logró llevándola un gran convoy, que en vano trató de arrebatarle España, atacándole en varios puntos del tránsito. A este suceso sucedieron otros dos, uno desgraciado para los liberales y otro próspero: fué éste la toma de Ager al norte de la provincia de Lérida, y aquél un combate desgraciado que la guarnicion de Villedfranca del Panadés sostuvo contra numerosas fuerzas carlistas en las inmediaciones de la villa, perdiendo los liberales al pié de 200 hombres, todos muertos por no querer entregarse prisioneros.

Inactivo el conde de España respecto del enemigo por dedicarse á organizar su gente, valiéndose para ello del terror, sin considerar que no es posible ejercer éste á un general en campaña sin que adquiriera ódios y malas voluntades, fáciles de satisfacer en un momento dado, nada notable pudo hacer en el resto de 1838, y la historia de la guerra de Cataluña en esa época solo registra sucesos aislados y crueles, entre los que descuellan el ataque á Viedra por haberse insurreccionado la guarnicion liberal que tenia, la cual le costó bien caro, y luego la persecucion que á los carlistas hizo Meer en el norte de dicha provincia de Lérida, obligándolos á atravesarla en direccion de

la de Gerona, á donde llegaron con notables bajas, desmoralizados y abatidos.

A estas fechas habia perdido C. España mucho prestigio, y para su desdicha se indispuso con la junta de Cataluña, porque la anuló: en su amor al despotismo no queria superior, ni siquiera daba derecho á que se inspeccionasen ni criticasen sus operaciones.

Maestrazgo. Año de desdichas sin fin para la causa cons-
Pérdida de Mo- titucional y de inesperados triunfos para Ca-
rella. brera ofreció esta comarca durante el año 1838. Por doloroso que sea el consignarlo debióse esto principalmente á la torpeza de los jefes del ejército, de quienes se burló aquel cabecilla sin talento pero audaz, sin estudios ni conocimientos militares ni de otra clase pero activo, de formas ordinarias y hasta groseras pero astuto como el zorro y sanguinario y feroz más que el tigre y la hiena. Esto arguye doblemente contra los caudillos constitucionales, porque la ventaja en conocimientos, disciplina, armamento y plazas fuertes estaba de su parte.

Empezó el tortosino su campaña de este año apoderándose de la rica villa maritima de Benicarló, poblada por unos 7.000 habitantes, en la cual penetró el anterior para saquearla uno de sus tenientes. Acercóse á ella el 22 de Enero, y no rindiéndose su guarnicion, compuesta de 200 soldados y 60 nacionales, empezó á cañonearla hasta abrir brecha: resistiéronse con valentía los sitiados esperando socorro, pero no prestándose ni Oráa, que estaba en Valencia, ni Borso, que se hallaba en Murviedro, tuvieron que capitular á los 5 dias. Quedó toda la guarnicion prisionera de guerra para ser conducida luego á la recién conquistada Morella y otros puntos, en donde por los malos tratamientos sucumbieron muchos. Cabrera toleró á los suyos que saqueasen las casas de los liberales; impuso al ayuntamiento 8.000 duros de multa y se llevó de la villa multitud de toneles de ricos vinos y aguardientes, sumiendo en la miseria á sus dueños.

Hallábase el tortosino celebrando su triunfo cuando recibió la noticia de haber tomado los suyos la importantísima plaza de Morella, suceso que tuvo lugar de la manera que vamos á ver, lo que arguye terriblemente, no

contra la lealtad, pero sí contra la vigilancia de Oráa, de quien se diría que habia perdido en el Centro casi todas las brillantes cualidades que desplegara en el Norte. Cier- to que Oráa demandaba continuamente al gobierno tropas y recursos, pero ántes debió demandarse á sí propio vigi- lancia continua y prevision perenne, que son las cualida- des esenciales de un buen general. Procedente de la es- pedicion de Zariátegui habia ido al Maestrazgo el jóven oficial catalan Pablo Alió, con el audaz proyecto de asal- tar el castillo de Morella, hacia tiempo bloqueado.

Es Morella, cabeza del Maestrazgo, fuerte por su posi- cion topográfica entre asperísimas sierras, y además la de- fiende una muralla de 7 piés de espesor y 30 y aun 35 de altura en varios puntos: hay en ella convenientemente re- partidos hasta 14 torreones. Su castillo, coronando en la cúspide de la montaña, en cuya falda se sienta la villa, es casi inexpugnable por estar sobre la roca viva, cortada naturalmente á escarpa: comunicase el castillo con la villa llegando las murallas de ésta hasta cerca de él y teniendo allí un camino cubierto. Dentro de los muros, sólo tiene Morella unas 800 casas para su poblacion de 7.000 ha- bitantes. Firme el Alió en su plan entusiasmó á unos 60 voluntarios aragoneses y castellanos, éstos de los que allí habia conducido Merino, y el 25 de Enero, provistos de es- calas, se acercan silenciosos al castillo, le escalan unos 4 ó 5 entre ellos Alió y tras ellos los restantes, hiriendo al primer centinela y corriendo contra los segundos, que se refugian en el cuerpo de guardia dando voces de alarma: los carlistas se apoderan en un instante de todo el castillo, y aunque los refugiados en el principal les hacen diferen- tes disparos, fingen aquellos que han escalado la fortaleza fuerzas numerosas y abandonan su puesto y el castillo, bajando precipitada y cobardemente á la villa. El gober- nador de la plaza, que no acierta á concebir la pérdida del castillo, reúne en pocos minutos la guarnicion y trepa há- cia la fortaleza creyendo reconquistarla, pero los 60 va- lientes carlistas, que se habian apoderado de las municio- nes del castillo, rechazan al gobernador con granadas de mano y otros proyectiles, obligándole á abandonar no sólo la empresa sobre el castillo sino la misma plaza de More-

lla. Todo esto tuvo lugar en una hora, al cabo de la cual Alió dió la señal convenida á las fuerzas carlistas que bloqueaban la plaza, las que se precipitaron sobre ella ocupándola en medio de vítores á Cárlos y Cabrera. El gobernador de la plaza, que se retiró á Vinaroz con ménos de la mitad de la guarnicion, dijo que el carlista la habia tomado por traicion: dijera que por descuido suyo y de sus superiores y habria estado más en lo cierto. Es lo vergonzoso para el liberal que Alió conquistó á Morella con sesenta hombres y que su conquista sólo le costó dos heridos. En cambio la pérdida de esta plaza costó á los liberales torrentes de sangre, que tan funestas consecuencias acarrear en la guerra la impericia, ó el descuido ó la falta de prudencia en jefes y generales.

Gandesa. A todo se atrevieron ya los carlistas, viéndose dueños de Morella. Cabañero se presentó delante de Teruel, en cuyas cercanías sostuvo un choque con la guarnicion que salió en su contra, y otros partidarios recorrían no sólo el Maestrazgo sino el llano del Bajo Aragón y casi toda la marina de Valencia. Por quinta vez pusieron asedio á Gandesa, villa catalana, sita á unos 10 kilómetros á la derecha del Ebro y unos 50 por encima de Tortosa. Constaba la villa de 500 casas, iuclosos dos pequeños arrabales, y circuíala una débil muralla, que se comunicaba con un pequeño castillo. En los anteriores sitios, que Gandesa supo rechazar cubriéndose de gloria, por lo que las Córtes la concedieron el título de ciudad, la defendieron unos 200 soldados y 300 y pico nacionales; en éste solamente habia dentro de la plaza cinco soldados y 350 nacionales. El 1.º de Febrero se presentó Cabrera delante de la plaza con 1.000 infantes, 400 caballos y un tren de batir. Al momento y sin intimacion de ninguna clase empezó á batir las murallas y á arrojar granadas contra la poblacion. A los pocos disparos se abrió una ancha brecha, que los sitiados repararon, presentando mientras tanto sus pechos al sitiador, que no se atrevió á dar el asalto. Continuaron el fuego los sitiadores en los días 11, 12 y 13, al que los sitiados contestaron con bravura. En la noche del último dia intentaron los carlistas dar el asalto; pero los valientes nacionales, ayudados por mujeres, niños y

ancianos, pues que en toda la villa no habia más que liberales, les rechazaron causándoles grandes pérdidas. Continuó el fuego durante el resto del mes de Febrero, y el entusiasmo de los sitiados crecia á mamera que veian convertido en escombros su querido pueblo por las granadas y balas de cañon del carlista, esperando naturalmente que una columna liberal iria en su socorro. Así sucedió, presentándose el 1.º de Marzo el brigadier Santos S. San Miguel, que hizo levantar el sitio; pero para proponer á los bravos gandesanos que abandonasen la poblacion por las grandes dificultades que habia para socorrerla. Anegados en lágrimas aquellos héroes, sucumbiendo á la terrible ley de la necesidad y seguidos de sus esposas, hijos y demás deudos, despues de destruir los objetos que no podian llevar consigo y poner fuego á sus moradas para que no sirviesen al carlista, abandonaron la poblacion el 2 de Marzo y protegidos por San Miguel, que tuvo la suerte de derrotar á Cabrera, apostado á una hora de distancia con el sólo objeto de apoderarse de los infelices gandesanos y hacer con ellos una horrible hecatombe, llegaron á Fábbara y de aquí marcharon unos á Zaragoza y otros á Mequinenza, para volver á sus hogares despues de dos años y medio de emigracion. El heroismo de los gandesanos y su sufrimiento no tuvieron iguales en esta guerra asoladora.

Sorpresa de Zaragoza por Cabañero. No creyendo ya Cabrera ninguna empresa imposible para sus voluntarios, encomendó á J. Cabañero la arriesgadísima empresa de tomar á Zaragoza sorprendiéndola de noche al frente de 1.200 infantes y 300 caballos. Cabañero, que era hombre animoso y contaba con muchos partidarios dentro de la ciudad, se encaminó desde tierra de Gandesa al frente de su pequeña tropa y descansando el 3 de Marzo en Belchite, por medio de una marcha forzada llegó á las cercas de Zaragoza á la una de la madrugada del 5. En el acto dispuso que un oficial, conocedor de la poblacion, se dirigiese con 14 voluntarios, provistos de escalas, hácia la puerta del Cármen, que estaba cerrada: suben á la muralla 5 hombres y bajando al interior de la ciudad abren á hachazos la puerta, se avisa á Cabañero y este introduce en la poblacion su in-

fantería. que coloca en la parroquia de San Pablo, plaza de San Francisco y calles del Carmen, San Ildefonso y otras hasta llegar al mismo Coso: la caballería la dejó junto al puente sobre el Huerba. Empezó la gente de Cabañero por dar vivas á Carlos V, llevando la alarma por todas partes: entonces acuden los nacionales desde sus casas á los puestos señalados, se aperciben los cuerpos de guardia y empieza la pelea de hombre á hombre y de peloton á peloton en medio de la oscuridad de la noche. Estas luchas aisladas dieron lugar á que se reuniesen tropas y nacionales en gran número, y acometiendo á los carlistas en los principales puntos en que se habian instalado les fueron desalojando de ellos, sin que en ninguno opusieran séria resistencia. La sorpresa estaba frustrada antes de las ocho de la madrugada de dicho dia 5: los carlistas que pudieron, incluso Cabañero, dirigiéronse hácia el puente del Huerba, á ampararse de la caballería, llevándose unos 50 prisioneros que habian hecho durante la noche. El batallon titulado 6.^o de Aragon quedó todo prisionero despues de cebarse en él muchos nacionales, que no querian dar cuartel. Salváronse unos 400 infantes y los 300 caballos. Dejaron los carlistas tendidos en las calles cerca de 200 muertos y 70 heridos: los liberales tuvieron 11 muertos y 52 heridos.

La sorpresa sobre Zaragoza de parte de Cabañero, cuyo valor para acometerla pasó de heróico, arguye poca vigilancia y reprehensible descuido en sus autoridades, más no traicion. Algunos zaragozanos, pasado el peligro, en el que probablemente cumplirian mal con su deber, creyeron lo contrario, y soliviantando á los más desalmados, promovieron un tumulto que dió por resultado la prision del capitán general J. Bautista Esteller, á quien el golpe de Cabañero habia trastornado el juicio, para que de ella le sacára al siguiente dia un grupo de malvados, que diciendo le llevaban al principal, le dieron cobarde y traidoramente muerte cruel en el camino. Más de seis años despues el general Breton hizo fusilar al que habia sido capitán de nacionales Laguna y á otros por suponerlos, al parecer sin serlo, asesinos del desgraciado Esteller.

Sitio de Lucena. Pérdida de Calanda, Alcorisa y Samper. A mediados de Marzo puso Cabrera nuevo asedio á Lucena de Castellon, á cuyo socorro acudió Borso, quien no pudo entrar en la villa, á pesar de sostener para lograrlo récio combate con los sitiadores; pero acudió luego Oráa con respetables fuerzas (con las cuales no quiso habérselas el tortosino) y levantó el sitio abasteciendo de todo á la poblacion.

Mejor fortuna alcanzó Cabrera en Calanda, importante villa de la provincia de Teruel cerca de Alcañiz, la cual rindió á mediados de Abril capitulando su guarnicion en mal hora, porque el feroz tortosino faltó vilmente al convenio asesinando luego en Morella á 22 de los capitulados y arrojando al Ebro á los restantes.

Al ver esto las guarniciones de Alcorisa y Samper abandonaron sus pueblos, refugiándose los del primero en Montalvan y los del segundo en Zaragoza.

Acometida á Alcañiz. Atrevióse tambien Cabrera á acometer á Alcañiz.

Alcañiz en los primeros dias de Mayo. Circunvaló la poblacion y empezó un horrible fuego de artilleria, que abrió brecha en un convento próximo á la muralla: un faccioso, que habia sido fraile de dicho convento, se brindó á guiar á 4 compañías, que penetraron en él, pero despues de sangrienta refriega, en la cual pereció el fraile, fueron rechazados los carlistas con gran pérdida. A los cinco dias de sitio supo Cabrera que se acercaba Oráa á salvar la ciudad y levantó el campo.

Accion de Cañete. Como acabamos de ver, los carlistas del Maestrazgo invadian á la sazón comarcas muy distantes del teatro de sus fechorías.

Una fuerte partida carlista se corrió á tierra de Cuenca, y se apoderó de Cañete; pero el comandante general de la provincia A. Azpiroz salió en su busca y dándola alcance la derrotó completamente cogiendo más de 300 prisioneros incluso el jefe.

Sitio de Morella. No podia avenirse el veterano Oráa con la pérdida de Morella, y ardiendo en deseos de recuperarla se dirigió al gobierno para que le enviase 16 ó 20 batallones, que no se le podian mandar, artillería, raciones en grau número y demás necesario para una empresa hasta no más árdua y arriesgada. El gobierno le

facilitó algunas fuerzas. la mitad de las raciones que pidió y cuantos elementos pudo proporcionarle para ir sobre la plaza, que á tan poca costa poseia ahora el tortosino, quien la habia puesto en pocos dias en un estado formidable de defensa. Tambien ayudaron á Oráa en cuanto pudieron las diputaciones de Castellon y Teruel.

En el último tércio de Julio emprendieron su marcha sobre Morella, segun el plan de Oráa, cuatro divisiones, la que guiaba él desde Teruel, otra desde Alcañiz al mando de S. San Miguel y otras dos desde Castellon al mando de Borso y el jóven general Pardiñas. Sabedor Cabrera de que se acercaban los liberales, salió á su encuentro colocando en ventajosas posiciones á Llagostera, Forcadell, Pertegaz y hasta al cura Merino que se hallaba allí al frente de la poca gente que llevó de la sierra de Búrgos: diferentes encuentros á cual más sangrientos sostuvieron los liberales para acercarse á la plaza y conducir por aquellas escabrosidades el tren de batir y demás aprestos para el sitio, pero al fin logró Oráa ver á todas sus tropas rodeando á Morella el 9 de Agosto. Tenia el jefe constitucio-
nal espedita la comunicacion con Alcañiz, unos 60 kilómetros distante, porque de aquí recibia municiones de boca y guerra aunque no en suficiente cantidad. El 14, despues de haber rechazado varias salidas de los sitiados, dió órden Oráa de romper el fuego de artillería contra la plaza, batiendo en brecha el muro comprendido entre la torre Redonda y la puerta de San Miguel: abierta brecha el 15, dispuso Oráa el asalto por la noche, no estando apagados los fuegos enemigos y no sabiendo que los sitiados habian construido tras del boquete abierto un espaldon con sacos de tierra, poniendo encima de él y á sus lados inmensa cantidad de combustibles. Tres columnas fueron encargadas del asalto, la primera á las órdenes del coronel Ortiz, la segunda á las del de igual clase Oxolm y la tercera á las del brigadier Mir. Avanza la primera columna, provista de escalas, pero al acercarse á la muralla ponen fuego los carlistas al combustible del espaldon, y de un lado y de otro de él arrojan granadas de mano y otros proyectiles que hacen cejar á los acometedores, refugiándose entre los suyos con notables pérdidas. Continuó el 16 el fue-

go de la artillería, y ensanchada la brecha, creyó el liberal poder dar nuevo asalto el 17, verificándole á la derecha del anterior. Si desgraciado fué el de la noche del 15, aún lo fué más el del 17, viéndose rechazados los asaltantes sin poder uno de ellos trepar al muro y sufriendo muchísimas pérdidas, entre ellas las del comandante de E. M. Alonso y coronel Portillo de Velasco, el gobernador de la plaza cuando la sorprendió Alió, que habia jurado reconquistarla ó perecer al pié de sus muros.

Convencido Oraá de la imposibilidad de tomar á Morella, reunió consejo de generales y por unanimidad se acordó levantar el sitio y que el ejército se retirara á Alcañiz, lo cual efectuó lenta y trabajosamente bajo la sábia direccion de Oraá los días del 18 al 21, salvando los parques de artillería é ingenieros, conducidos en más de 100 carros, y escarmentando, por sus acertadas medidas, á los carlistas, que en las cuatro primeras horas de camino le molestaron amparados de lo fragoso del terreno por donde marchaban las entristecidas tropas constitucionales, á las que se habia llevado á una empresa imposible, dada la falta de elementos para realizarla, cosa que, por desgracia, no tuvo presente el veterano Oraá. Este, contra quien se pronunció la opinion pública acusándole de una manera injusta, puesto que era un esclarecido patriota, fué separado del mando, que se dió á Juan Antonio Van-Halen. En el sitio de Morella tuvieron los liberales, entre muertos y heridos, al pié de 2.000 bajas, y los carlistas ménos de la mitad.

Accion de Maella. Luego que llegó Oraá en su retirada á Alcañiz dispuso que el general Pardiñas operase con su columna en el Bajo Aragon, que Borso se fuese á Castellon, como San Miguel á Zaragoza, y él se encaminó á Ternel, á donde el ministro de la guerra Latre le citó para conferenciar sobre el desastre de Morella.

Pardiñas, que era un bravo, però de no grande inteligencia, ansiaba habérselas con Cabrera, no sólo para desquitarse del fracaso de Morella sino para achicar al hasta no más enorgullecido tortosino. Corrian los últimos días de Setiembre y Pardiñas salió de Alcañiz al frente de unos 4.000 hombres, los 3.500 infantes y los 500 jinetes. Cabrera,

que tuvo noticia de los movimientos del jefe liberal, bajó de Morella á su encuentro al frente de cinco batallones y unos 600 caballos. El 1.º de Octubre diéronse vista carlistas y liberales junto á Maella, villa distante 16 kilómetros de Caspe. Dió Pardiñas la órden de acometida, y al primer empuje de los suyos logró ver deshecho el centro enemigo: al observar esto Cabrera, que habia recibido una herida en un brazo, se dirige al ala izquierda y mostrándola su mano ensangrentada, entusiasmo á los soldados, que llenos de furor se arrojan sobre los liberales, arrollando cuanto encuentran á su paso. Pardiñas, que habia tenido la inadvertencia de no formar reserva, ve su gente deshecha por do quiera, y lleno de desesperacion corre de aquí para allá animando en vano á los que huyen, presa de vil miedo. Entonces, maldiciendo de la cobardía de los suyos, se lanza ciego hácia el enemigo para que le dé muerte gloriosa de una lanzada ó un balazo. No consigue esto el desgraciado, y apeándose de su caballo coge el fusil de un granadero y parapetado trás de un árbol se prepara á morir matando: dispara el fusil y en el acto es herido de gravedad por enemigos disparos; saca su espada para pelear todavía moribundo, pero una lanzada dió fin á su gloriosa vida, segada en la flor de la edad. Muerto el general, la dispersion fué completísima: gracias á la caballería del Rey, que se salvó en Caspe, se libraron de caer prisioneros muchos infantes. La derrota fué espantosa: de los 4.000 hombres de que constaba la division llegaron á Caspe 1.200: 600 quedaron tendidos en el campo y más de 2.000 prisioneros. Los carlistas tuvieron 360 bajas. Despues de la accion no se cubrió Cabrera de ignominia, porque la ignominia valia más que ser tan depravado y feroz: él se presentó ante el mundo tal cual era, como un mónstruo vomitado por el averno. A los 160 jinetes que cogió prisioneros les mandó matar á cuchilladas sobre el campo de batalla, inventando la mentira de que les hacia morir así porque al principio de la accion no dieron cuartel á algunos de los suyos. Dióle una leccion de humanidad su comandante Cristóbal Espinosa, porque al recibir la órden de que acuchillase y lancease á dichos prisioneros, contestó, *que no tenia lanza despues de la accion*. En la misma

tarde fusiló al capitán de Córdoba Urquiza, hijo y hermano respectivamente de las dos desventuradas que fusiló en Valderrobles cuando la muerte de su madre: también fusiló á 27 heridos que hizo sacar para el sacrificio del hospital de Maella, y por último, á los pocos días sacrificó en el Horcajo á los 96 sargentos prisioneros de esta acción, porque no quisieron tomar parte en las filas carlistas, y uno de ellos dijo, que *antes morir que tomar parte con los drones.*

Pérdida de Castillo de Villamalefa. La catástrofe de Maella aterró á Aragón y llenó de alarma á todo el país, envalentonando más y más al carlista, que aumentó notablemente en el Maestrazgo sus fuerzas de todas clases. Llagostera recibió orden de acercarse á Zaragoza, y entrando en Urrea de Jalón, villa distante de aquella ciudad unos 20 kilómetros, la incendió y saqueó, asesinando á unos cuantos nacionales, á dos dementes y á un lisiado. A los pocos días acometió el feroz partidario á Caspe y se apoderó de varias casas, retirándose la guarnición al recinto fortificado de la villa. Empezó Llagostera á cañonear dicho recinto, que creyó hacer suyo, porque Cabrera bajó de Morella á ayudarle; pero el nuevo general en jefe del Centro Van-Halen, acudió al socorro de los sitiados, y el tortosino no quiso esperarle. En últimos de Octubre, pasando los puertos, se presentó Llagostera junto á Castillo de Villamalefa, villa cercana á Lucena, con un pequeño, pero fuerte castillo, á cargo de unos 70 nacionales de la población y de la inmediata de Zucayna, mandados por el párroco Mariano Renau, que odiaba á los bandoleros de su país. Llagostera se había acercado sigilosamente en inteligencias con tres traidores nacionales del mismo pueblo, quienes, estando celebrando misa el cura, subieron al castillo, y cerrando la puerta de él echaron sogas para que subieran los carlistas emboscados en las inmediaciones. El cura y varios nacionales, al ver perdido el castillo, se refugiaron en dos edificios, y después de ligera resistencia, capitularon con la condición de ser respetados en sus personas y bienes y de que serían cangeados á los quince días. Llagostera, que firmó la capitulación, quiso que se respetase, pero el infame Cabrera dió orden de que fueran fusi-

lados en Villahermosa, á donde habian sido conducidos, lo cual tuvo efecto respecto de 58 en la mañana del 28. Llevó más adelante su ferocidad el tortosino: entre los prisioneros habia seis niños de 10 á 14 años, hijos de otros tantos nacionales fusilados, y un anciano de 70, á los que no quisieron fusilar los satélites del mónstruo y por los que le demandaron piedad: á los diez dias mandó Cabrera *que todos fueran fusilados, sin excepcion de clases, sexos ni edades*, y el 6 de Noviembre fueron sacrificados los niños con el anciano. ¡La pluma se nos cae de la mano al estampar estos horrores! Por último, el cura Renau, conducido á Onda, en donde estaba Cabrera, rechazó la proposición de ganar la vida revelando los nombres de los confidentes de que se habia valido durante la guerra, y murió con heróico valor. Cabrera fué á presenciar el asesinato. y realizado éste, prorumpió en indecentes gritos y en diabólicas carcajadas.

Asesinato de F. Mendez Vigo. Las atrocidades de Cabrera con los prisioneros de Maella y otros, produjeron un alboroto el 23 de Abril en Valencia, pidiendo represalias los bullangueros. El general F. Mendez Vigo, que mandaba en la ciudad, salió solo á disolver los grupos: logrólo con todos los que encontró, y despues fué á otro numeroso, á cuyo jefe, que era el más alborotador, convenció tambien, diciéndole que habria represalias, pero no asesinatos: retirábase ya el general muy satisfecho á su morada, cuando de un grupo de hombres con mantas salio un tiro que le dejó instantáneamente sin vida junto á un convento de monjas. ¡Maldad execrable que sólo cometen los cobardes! Narciso Lopez, que sucedió á Mendez Vigo, hizo fusilar á 13 oficiales carlistas prisioneros. Esto empeoró la guerra. El feroz tortosino fusiló á los de Castillo de Villamalefa, y á su vez los liberales fusilaron en Valencia hasta 56 prisioneros en la idea de contener á Cabrera, que ya llevaba sacrificados, segun varios historiadores, *ciento ochenta y dos nacionales y soldados* ANTES de la muerte de su madre, y despues hasta Noviembre de 1838 *mil doscientos ochenta y tres*, habiendo hecho perecer de hambre, desnudez y otras privaciones en los depósitos más de DOS MIL. Van-Halen dió entonces una terrorífica órden ge-

neral fecha 1.º de Noviembre, que ni con mucho concluyó, como él se prometía, con el derramamiento de sangre.

Accion de Cheste. En últimos de Noviembre Llagostera y

Forcadell invadieron varios pueblos de las orillas del Júcar y del Turia, y saqueándolos á su placer, hicieron rico botin, que se encomendó al último para conducirle á Morella. Salió Borso en su persecucion, y cerca de Cheste, villa distante 3 kilómetros de Chiva y 22 de Valencia, ordenó al coronel J. Pezuela que acometiese al carlista con sus cuatro escuadrones: cumplió perfectamente Pezuela su cometido, arrollando al enemigo y desordenándole por completo ántes que llegara Borso con la infanteria. Forcadell escapó por entre los montes con el convoy, pero dejó en el campo varios muertos y 170 prisioneros. Van-Halen, que odiaba el inútil derramamiento de sangre, tuvo que sucumbir á que fuesen fusilados en Sagunto ó Murviedro unos 60, salvando los restantes á título de enfermos y heridos. Como era consiguiente, estas ejecuciones produjeron otras de parte de Cabrera, y así la guerra tomó un carácter propio sólo de las tribus salvajes. Borso, que se opuso á los fusilamientos, dimitió el mando y diósele por sucesor á Pezuela, que fué nombrado brigadier por su brillante hecho de armas.

Con otra invasion de Llagostera en la cuenca del Jalon y nueva acometida á Urrea, que volvió á incendiar asesinando á unos cuantos nacionales, concluyó el año de 1838, en el cual Cabrera se habia enorgullecido tanto con sus triunfos y los de otros que llegó á creerse un semi-Dios. Hizo de Morella, además de una plaza fuerte de primer órden, laboratorio de toda clase de efectos de guerra, lugar de una academia de cadetes y asiento de un cabildo eclesiástico con dos obispos á su frente, Herrero Valverde, prelado de Orihuela y el de Mondoñedo L. Borricon, que no lo era poco en el ejercicio de su ministerio, fanatizando las almas y echando combustible al gran fuego de la guerra civil.

Maucha. Antes de la invasion de Basilio García en este país el gobernador militar de Toledo, brigadier Flinter, logró derrotar á Jara junto á Yébenes, causándole muchos muertos y más de 1.000 prisioneros, sin que él tu-

viera una sola baja, lo cual se explica por lo ruin de la chusma llamada carlista, que no sabia manejar el fusil. Mientras recorrió García las sierras de Alcaráz y Segura, hubo varios encuentros sin importancia en toda la Mancha; pero cuando el antiguo comandante de realistas de Logroño abandonó el suelo manchego para ser derrotado en Béjar, el feroz Palillos, que contaba con 200 infantes y 300 caballos, intentó apoderarse por sorpresa de Ciudad-Real, de cuyas murallas tuvo que alejarse bien escarmen-tado el 18 de Mayo. En malhora quiso perseguirle en su huida el que desempeñaba interinamente el cargo de coman-dante general, enviando contra él 80 hombres, entre nacionales y soldados, con un cañon de á cuatro: volvió la cara Palillos, hallándose ya cerca de Miguelturra, y des-pues de recibir el primer cañonazo, que no le causó daño alguno, lanzó un escuadron contra los liberales, quienes abandonando la pieza, echaron á correr para sucumbir misérrimamente al filo de las espadas enemigas: el que no pereció de esta manera fué cogido y fusilado, sin que se salvase uno sólo de los 80.

Habia el gobierno, en vista del aumento del bandole-rismo manchego y cediendo á enérgicas reclamaciones hechas desde la tribuna, mandado formar del otro lado de Despeñaperros el llamado ejército de reserva, que puso á cargo del ya mariscal de campo Narvaez. Decidido éste á exterminar á los bandidos manchegos, atravesó los puer-tos en el último tercio de Junio, y dividiendo sus fuerzas en varias columnas, logró en gran parte su objeto, ba-tiendo á los principales cabecillas y escarmentádoles con grande y merecido terror, que alcanzó á los paisanos que les prestaban ayuda. En unos tres meses hizo Narvaez más por la pacificacion de la Mancha que todos los anteriores jefes en el trascurso de cinco años. El gobierno, en premio de sus servicios, le nombró capitán general de Castilla la Vieja, con facultad de conducir allá parte de su ejército de reserva, y le dió por sucesor á Noguerras. Antes de entregar á éste el mando no quiso Narvaez dejar impune un crimen de esos que merecen todo el rigor de las leyes. Un partidario liberal, vecino de Manzanares, de apellido Gonzalez Calero, despues de haber prestado emi-

nentes servicios al frente de 200 francos, cedió á la tentación de la avaricia, y se compuso con los cabecillas Archidona, Pili, Veneno y otros en que se repartiesen con él los robos que ellos hicieran á cambio de perseguirlos solamente *pro formula*. Acogidos al indulto, que por delitos políticos ofreció Narvaez, los citados Archidona, Pili y Veneno, que fueron encerrados en la cárcel de Manzanares para ver si resultaban ó no contra ellos delitos comunes, el primero declaró el papel que habia desempeñado Calero. Sometido éste á un consejo de guerra, despues de haber confesado su negro crimen, fué condenado á muerte, que sufrió el 27 de Setiembre, siendo fusilados despues que él Pili, Veneno y Archidona; de modo que al delatar éste á Calero dictó su sentencia de muerte.

En el resto del año viéronse tan disminuidos los cabecillas manchegos por la persecucion de los liberales, que el gobierno creyó ya innecesario allí el ejército de reserva, y le disolvió para reforzar los del Centro y Norte.

Galicia y Asturias. — Tambien aquí decreció la guerra, á pesar de los esfuerzos del clero para aumentarla.

Perseguidos sin descanso los partidarios carlistas, entre los que se distinguian un fraile llamado Saturnino, que era de los más feroces, otro de apellido Taboada, el cura Freijó, apodado tambien el arcadiano de Mellid, Gullade y Moreno, no se les dió lugar á que se organizasen ni pensarán en sérias empresas. El capitán general J. Valdés, más por pacificar á toda costa la tierra que por recelos de que la guerra tomase incremento, autorizó la formación de una gran partida de francos para perseguir al carlista, ofreciéndola grandes premios en dinero (cosa inmoral, por más que se haya puesto en práctica en casi todos los pueblos), por cada cabecilla que aprendiera ó matase, siendo de 100.000 rs. el que recibiria por la cabeza del arcadiano de Mellid, 40.000 por la de Fr. Saturnino, etcétera. En el año de 1838, sin contar con los que perecieron en refriegas, fueron cogidos y fusilados los cabecillas Cochero, Parrapeira, Moreno, Feas y otros.

Narvaez y el ejército de reserva. Alboroto en Sevilla. — Ya vimos arriba como, despues de pacificar, aunque no del todo, la Mancha, fué Narvaez nombrado capitán general de Valladolid con

facultades de llevar á sus órdenes una parte del ejército pacificador que condujo á Madrid, acantonándole en los pueblos próximos. Era Narvaez enemigo de Espartero, quien, en verdad, habia dado pruebas de no serlo suyo. Devorábale la ambicion, que á todo trance queria ver satisfecha, y para lograrlo, ya se entendia con los moderados, que le habian nombrado mariscal de campo en la idea de convertirle en instrumento de sus planes, ya con los progresistas, que le creian capaz de ser su salvador: ni unos ni otros llegaron á comprender al soberbio general, que sólo aspiraba á la dominacion, apoyándose en quien pudiera satisfacerla. En vez de irse á su capitania general, logró en últimos de Octubre un decreto del ministerio Frias, al que presentó un plan disparatado de pacificacion de toda España para que se organizara en Andalucía, bajo su mando, un numeroso ejército con el cual decia que habia de esterminar ante todo á Cabrera y luego á los carlistas catalanes, para caer despues sobre el país vasco-navarro y vencer al carlismo en sus últimos atrincheramientos. Lo que él queria era convertirse en una especie de dictador é imponerse al gobierno y al general en jefe del ejército del Norte. Pero en el momento que tal plan fué del dominio público, desaprobáronle los militares entendidos, como despues le desaprobó Espartero, y Narvaez, que habia jugado con unos y con otros, se vió envuelto en sus propias redes. Hubo un conato de alboroto en Madrid, y Narvaez se presentó con varios batallones durante la noche del 28 de Octubre en el principio de la calle de Segovia y en algunas próximas á su derecha, alarmando al gobierno y al capitán general, que le hizo retirar: él se disculpó de su paso con alguno de los ministros, que temió se alterase el orden en la corte; pero el gobierno le obligó á dimitir (como al encargado del departamento de la guerra, que suscribió el decreto de creacion del ejército de Andalucía), recibiendo licencia para irse á Loja á restablecer su salud.

Bien pronto dió Narvaez nuevas muestras de su desmedida ambicion, figurando en un ridiculo movimiento que tuvo lugar en Sevilla á mediados de Noviembre, habiéndole promovido los progresistas más ardientes, que

pusieron al frente de la sublevacion á un hombre tan contrario á sus ideas como el general Córdova, que se hallaba allí de cuartel; tumultuáronse los progresistas sevillanos, sin saber lo que querian, lanzándose por el camino opuesto al que debieron seguir, cosa muy comun en las poblaciones y parcialidades de ellas por temperamento impresionables y ligeras. Córdova dijo más adelante que, á la mira de impedir que el movimiento tomase un mal carácter, se puso al frente de la junta que se creó con acuerdo de la milicia y de casi todas las autoridades. Narvaez, que á la sazón marchaba de Madrid para Loja, fué nombrado vicepresidente de la junta, y en vez de ir á esta ciudad se fué á Sevilla á colocarse al lado de Córdova, y tan á las claras descubrió su juego, que uno de los primeros decretos que hizo adoptar á la junta fué la creación del ejército en Andalucía, cuyo fracaso en Madrid acababa de producir su disimulado destierro. El capitán general, conde de Cleonard, que se hallaba en Cádiz, publicó una alocucion terrible contra Córdova y Narvaez, y éstos contestaron con otras, pretendiendo hacer ver que se habian sacrificado por la causa del orden, cuando estaban al frente de una insurreccion y dando en ejercicio del poder soberano decretos contrarios á los del gobierno de la nacion. Mas no se contentó el capitán general con dar la alocucion, sino que mandó tropas sobre Sevilla al mando del general Sanjuanena: éste penetró en la ciudad sin ser hostilizado, é intimando á Córdova y Narvaez que se sometiesen, disolviendo la junta, asi lo verificaron despues de varias contestaciones y pláticas, marchándose los milicianos á sus casas y ellos al extranjero. Narvaez habia conmovido al país por dos veces para no ver realizado su sueño lisonjero.

Cortes. Con urgencia reclamaba el estado del país la conclusion de la guerra que le devoraba, pero ni el gobierno ni las Córtes se hallaban á la altura de su mision para proporcionarle tal ventura. Entretuviéronse generalmente estas Córtes en ridiculas discusiones, en tratar de nimiedades y en producir escándalos, descuidando la gran cuestion de allegar recursos para atender al ejército, que sin ellos no podia dar fin á la guerra. Durante el mes

de Enero definió bien un diputado con un dicho agudo á Córtes y ministerio: acababa de sostenerse un proyecto de ley sobre recursos de nulidad, cuando se levantó y dijo: *la discusion sobre recursos de nulidad prueba la nulidad de nuestros recursos*. Otro diputado de la oposicion calificó de calumniador al ministro Castro porque habló mal de algunos empleados depuestos. En otra sesion San Miguel dijo que era preciso esterminar al partido carlista, ferocidad que luego quiso disimular, diciendo, que el esterminado deberia ser el principio. Bartolomé Gallardo, aquel bibliotecario de las Córtes de Cádiz, que tanto escándalo produjo *con su Diccionario crítico burlesco*, convertido ahora en diputado por Extremadura, descendió hasta el extremo, vergonzoso aunque no nuevo en él, de robar unos manuscritos regalados al Congreso por el erudito Salazar, y dió con esto ocasion á que hubiera en el palacio legislativo bofetadas é insultos de todos géneros y á que se le despojara ignominiosamente de su investidura. La oposicion progresista, representante del partido que siempre se distinguió por su candidez infantil, empezó sus ataques, aun cuando de un modo vergonzante, contra la reina gobernadora, tratando de poner en frente de ella al infante Francisco Borbon, eso que la constaba que éste no servia para nada. No obstante de saber tambien esto el gobierno, desterró al infante á Francia, despues de rechazar el Senado su pretension para formar parte de él por derecho propio. En medio de esta y otras parecidas miserias, hubo algunos diputados que, viendo el estado lastimoso del pais y el no ménos triste del ejército, propusieron que no se tratase más en las Córtes que de las cuestiones de hacienda y guerra, pero su voz se perdió en el torbellino de encontradas pasiones, que, echando á un lado el patriotismo, aspiraban á la dominacion por el sólo hecho de dominar, lo cual constituye el crimen mayor en el hombre público. Entrando en la discusion de los presupuestos, que Mon presentó con un déficit espantoso, pidió este ministro facultades para levantar un empréstito de 500.000.000, que las Córtes le concedieron despues de larga y enojosísima discusion, Aprobado el presupuesto de la real casa y luego el de Gracia y Justicia, para no

pagar á la magistratura, ni á las monjas, ni á los esclaus-trados, se leyeron los de Guerra, que ascendia á 800.000.000, y los de Gobernacion, Marina y Hacienda que subian á casi 500, y como ni el gobierno ni las Córtes sabian de donde sacar el dinero para cubrirlos, se prescindió de la discusion de ellos, só pretestó de no llevar con ella el des-aliento al país. En cambio se autorizó al gobierno para que cobrase por un año más el suprimido diezmo, que en general se resistió á pagar el labrador, y para que reali-zase los 800.000.000 de contribucion extraordinaria, que al tiempo de disolverse decretaron las Córtes constituyen-tes, lo cual dió escasísimos resultados. Tambien decreta-ron las Córtes la quinta de 40.000 hombres que el gobier-no las pidió. Cansados al fin ministros, diputados y sena-dores de discusiones estériles y faltos de aliento por su impotencia para hacer algo en pró del país, autorizaron las Córtes al gobierno para que siguiera cobrando las contribuciones ordinarias, con arreglo á los presupuestos de 1835, cerrándose la primera legislatura el 17 de Julio, pero con tal descrédito del ministerio Ofália que al mo-mento cayó para ser reemplazado por otro del mismo co-lor moderado bajo la presidencia del viejo duque de Frias, que era sordo y distraido, y se rodeó de completas nulida-des: obtuvo la cartera de Gobernacion el marques de Val-gornera, la de Gracia y Justicia Ruiz de la Vega, la de Marina Aldama, la de Guerra interinamente un brigadier y la de Hacienda fué encomendada al leonés Vigil de Qui-ñones, llamado tambien marques de Montevirgen, que Mon le dejó en peor estado que él la recibió, aun cuando para mejorarla y salir de apuros acometió la levantada empresa, que le propuso un aventurero suizo, de limpiar las letrinas del hospital de San Roque de Santiago de Ga-licia en busca de un enormísimo tesoro que suponía en-terrado allí en 1809, tesoro que se redujo á disminuir el español con lo facilitado al suizo y á apestar la ciudad por la revolucion asquerosa de materias hediondas.

El nuevo ministerio dió comienzo á su dominacion ex-pulsando brutalmente de Madrid á todas las mujeres é hijos de los carlistas en armas, órden atrocísima que fué duramente censurada por todos los buenos ciudadanós:

expidió despues el decreto sobre la creacion del ejército de Andalucía, del que tuvo que volverse atrás, como arriba vimos, y convocó las Córtes para el 8 de Noviembre; pero el 7, á consecuencia de un alboroto promovido por los progresistas, en la idea de derribarle por la fuerza, puso en estado de sitio la capital. Reunidas las Córtes el 8 bajo la presion del estado de guerra, Cristina leyó el discurso de costumbre, lleno de promesas tan lisonjeras como inútiles, por lo que nos dispensamos de analizarle. Como la mayoría era moderada nombró presidente á Isturiz. Antes de entrar en la discusion del mensaje régio, y despues de un diluvio de interpelaciones y proyectos sin importancia, presentóse una proposicion por el diputado Seoane para que se examinára el estado del Tesoro, el de la deuda flotante, las contratas de todas clases hechas para el ejército durante los tres últimos años, el contrato con Rostchild sobre azogue y la venta de las alhajas de las iglesias. Al apoyar Seoane esta proposicion, que fué aprobada por unanimidad, para no dar al fin ningun resultado, acusó á Toreno de malversador.

Entróse despues en la discusion de la contestacion al discurso de la corona, que con lijeras enmiendas fué aprobado. Entonces Lopez y otros progresistas pidieron un voto de censura, que fué aprobado, votándole varios moderados, mediante á una enmienda que reducía la censura á la parte administrativa. El ministerio dimitió, y despues de larga y laboriosa crisis se formó otro el 8 de Diciembre, bajo la presidencia de Perez de Castro, que se encargó de la cartera de Estado: á Arrazola (L) notable jurisconsulto valisoletano pero de ideas retrógradas, se le dió la de Gracia y Justicia; al jóven acomodaticio y sin historia política Hompanera la de Gobernacion, á Pio Pita Pizarro, que de progresista se habia vuelto moderado, la de Hacienda y á Chacon la de Marina, quedando Alaix en el departamento de la Guerra, que ya desempeñaba en las postrimerías del anterior gabinete. Era el nuevo un ministerio de coalicion, incompatible con las Córtes, en cuyo seno no hacia fortuna la idea de union, por lo que aquel las suspendió á los tres meses para disolverlas á los seis con contentamiento del país, al que muy poco ó nada habian servido.

HISTORIAS.

LIBRO XXVII.

(DE ENERO DE 1839 HASTA EL CONVENIO DE VERGARA.)

Sumario.

Cataluña.—Asesinato del Conde de España.—El Maestrazgo.—Inauditos horrores en la Mancha.—La guerra en el Norte.—Muñagorri. Abirana.—Intrigas contra Maroto.—Fusilamientos de Estella.—Ramales y Guardamino.—Nueva accion de Belascoain.—Arroniz.—Situacion de Maroto.—Sube Espartero á la llanada de Alava para volver luego á Vizcaya. Se apodera de Villarreal y de Durango.—Convenio de Vergara.—Entrada de Carlos en Francia.—Asesinato de Vicente Gonzalez Moreno.—Córtes.

Cataluña.—Asesinato del conde de España.

Como la verdadera guerra civil terminó en Vergara, porque la lucha que continuó por algunos meses en el hispano oriente, debe llamarse *Guerrea de Cabrera*, es de necesidad relatar lo ocurrido en toda España ántes que en el Norte, donde tuvo lugar el gran acontecimiento que lleva el nombre de convenio de aquella villa guipuzcoana.

Retirado á Berga el conde de España, despues de su excursion al valle de Aran, más que en asuntos de la guerra, se ocupó en cometer inauditas crueldades: creía el tan insensato como malvado, que habian vuelto los años de 1827 y 28 para dar rienda suelta á su ferocidad, la cual le valió de parte de sus mismos soldados el dictado de *Corta-cabezas*, (*trenca caps*).

Miéntas el feroz francés españolizado buscaba con su infame conducta una muerte digna de su vida, Meer se acercó á la villa de Ager, del partido de Balaguer, que tenian bien fortificada los carlistas, y la puso sitio: resis-

tiéronse éstos con valor; pero destruida casi toda la villa por la artillería liberal, la abandonaron sus defensores en la noche del 12 de Febrero. Mejor fortuna tuvieron los carlistas en Pons, partido de Solsona, en donde entraron á mediados de Marzo, merced á un traidor, que puso á su disposicion la villa, metiéndolos en ella por su casa, que daba ai campo: gracias que la guarnicion, defendiéndose en las calles, logró escapar y acogerse á una columna que recorría el país, mientras que los carlistas pusieron fuego á la poblacion. En últimos de Abril, despues de intentar España, aunque en vano, apoderarse de un convoy destinado á Solsona, se dirigió á la importante villa de Manlleu, á seis kilómetros de Vich, cuyo primer muro asaltó haciendo retirar al segundo á sus defensores, que le hicieron tan horroroso fuego, que le obligó á retirarse, despues de incendiar muchas casas del primer recinto, sin mirar si eran de liberales ó carlistas. En su retirada tropezó con la division de Carbó, y acometiéndola con brio logró desordenarla desde el primer momento. De nada sirvió que el jefe liberal corriese de un lado para otro arengando á los suyos en la idea de llevarlos al combate: la caballería dió la señal de la huida y la infantería siguió su ejemplo, cebándose los carlistas en los fugitivos, á los que sin piedad acuchillaban y fusilaban. Perdió Carbó 300 hombres entre muertos y heridos y unos pocos prisioneros, además de dos piezas de artillería. Otra desgracia tuvo la causa liberal con la sorpresa hecha por el *Largo de Copons* sobre el batallon franco de Reus cerca de Santa Coloma en la provincia de Tarragona, al que destruyó en pocos momentos, fusilando despues de la refriega á 27 de los muchos prisioneros que hizo. A últimos de Mayo ocurrió la desgracia de Ripoll, industriosa villa de unos 300 vecinos, sita en la montaña de la provincia de Gerona, junto á la confluencia de los rios Ter y Fraser, bien amurallada y defendida por 600 hombres entre nacionales y soldados. Púsola asedio el conde de España el 22 de dicho mes, y durante cinco dias no cesó de hacer fuego de cañon y de fusil sobre la plaza, que le contestó con valor y entusiasmo: abierta brecha, rechazaron los sitiados dos asaltos; pero haciendo España que vadeasen el

Fraser grandes masas carlistas, logró penetrar en la villa despues de porfiada lucha, refugiándose los defensores en la iglesia fortificada del convento de benedictinos, que habia servido de panteon á varios condes soberanos de Barcelona, y casi todo el vecindario en otro templo dedicado á San Eudaldo. Los carlistas respetaron á los niños, ancianos y mujeres que se habian refugiado en la última iglesia, en cuyo altar mayor colocaron cientos de luces para alumbrar el Sacramento, y se dirigieron contra la iglesia del convento, cuyos defensores les recibieron á balazos: esperaban que los socorriese alguna columna liberal, pero en vano. Al colocar España un cañon de á 12 en frente de la puerta, el comandante de los libres, perdida toda esperanza, mandó enarbolar bandera blanca, para firmar una capitulacion, en cuya virtud la guarnicion se entregaba prisionera de guerra, conservando los oficiales sus espadas y equipajes: con este convenio quiso salvar el heróico comandante los 400 hombres que aun le quedaban; pero no salvarse él, porque prefirió quitarse la vida de un pistoletazo á entregarse al feroz conde de España. Dueño éste de Ripoll, hizo conducir los prisioneros á Berga, y todo el vecindario á Camprodon y San Juan de las Abadesas, y dando despues á saco la villa, la incendió, poniendo una pirámide en medio de la plaza con la siguiente inscripcion: *Aquí fué Ripoll*. Hoy, merced á la laboriosidad de sus hijos, es Ripoll mucho más hermosa que antes que la incendiase España.

La catástrofe de Ripoll produjo la destitucion de Meer, que fué reemplazado por Valdés, tan desgraciado en el Norte y no muy afortunado en Cataluña. Posesionado del mando, salió el 1.º de Julio en persecucion de las facciones, y creyendo España que se encaminaba á Berga con suficientes fuerzas y material para sitiarla, hizo que so pretexto de despejar el terreno para ver bien al enemigo, se incendiaran todos los pueblecitos, caseríos y hasta molinos harineros que existian dentro del rádio de 15 ó más kilómetros. Esto produjo una exaltacion terrible en todos los naturales contra España, al que ya odiaban de muerte los misuos soldados que mandaba por las crueldades ejercidas contra ellos, pues que enviaba á la horca, levantada

permanenteamente detrás de su vivienda, por pequeños motivos, hacia que por otros livianos se cortase la mano derecha de algunos y decretaba á su antojo otras atrocidades.

Nada hizo Valdés en su correría durante los meses de Julio, Agosto y Setiembre, si no contamos el acudir al socorro de Camprodon, sitiada y bombardeada por Brujó, que fué rechazado con no pocas pérdidas. El jefe liberal se retiró despues á Granollers, dando lugar con su inaccion, que achacaba á falta de fuerzas, á que España se presentase el 8 de Octubre delante de Moyá, industriosa y rica villa del partido de Manresa, á unos 40 kilómetros de Barcelona, y escalándola repentinamente, la puso fuego despues de haber degollado á varios de sus habitantes unos cuantos nacionales y soldados, que se refugiaron en la iglesia parroquial, capitularon con Brujó, y así salvaron sus vidas, ya que no sus bienes, porque de todo fueron despojados, á pesar de las protestas de Brujó.

La celebracion del convenio de Vergara, que sirvió á los más acérrimos enemigos de España para calificarle de traidor, suponiéndole dispuesto á acogerse á él, cosa que jamás pasó por su mente, permitió á Espartero mandar algunos auxilios de tropa que le pidió Valdés, al que envió cuatro batallones, dos escuadrones y una batería, bajo las órdenes del general A. Aspiroz. Con este refuerzo determinó Valdés conducir un convoy á Solsona, y á mediados de Noviembre se halló con él á unos 12 kilómetros de esta ciudad: allí, bien parapetados y atrincherados en el elevado y asperísimo terreno que da subida á Solsona, le esperaban unos 8.000 carlistas á las órdenes de Brujó, decididos á copar el convoy y batir á los 6.000 hombres que guiaba Valdés: cuatro dias y cuatro noches de incesantes y terribles refriegas, ocurridas en barrancos, despeñaderos, montañas y bosques, y esto en medio de un temporal horrible de nieblas, lluvias y nieves, costó á los liberales el introducir el convoy en Solsona y luego retirarse á Biosca con más pérdidas que las que causaron al enemigo, quien no ménos rendido que el liberal se fué á Sanahuja.

En esto habia ya ocurrido la trágica muerte de C. España del modo siguiente:

Execrado por todos á causa de su despotismo y locuras, que siempre demandaban sangre, la junta superior catalana, de cuyo seno salió la primera voz de que el conde era traidor y como tal aprobaba el convenio de Vergara, logró destituirle por medio de una órden que obtuvo de un Ramirez de la Piscina, quien, emigrado ya en Francia despues del citado convenio, lo propio que su rey, la dió á nombre de éste sustituyendo á España con Segarra. La mayoría de la junta quiso prenderle y mandarle á Francia, pero la justicia providencial lo dispuso de otra manera. El 26 de Octubre acordó la junta celebrar sesion en su ordinario local, que era la casa de la rectoría del pueblecito de Abia, tres kilómetros distante de Berga, y á ella asistió España. Apenas se habia dado comienzo á la sesion cuando el vocal Ferrer, de acuerdo con todos sus compañeros y con los voluntarios que custodiaban la casa, se arrojó sobre el descuidado conde cogiendo con su izquierda la mano derecha de este y tapándole con la otra la boca: entonces entraron en la sala dos hombres armados, uno de los cuales quitó el sable á España y otro levantó un puñal sobre su cabeza para no abandonar su posicion hasta tener bien asegurada á la víctima. Aterrado España, pidió explicaciones sobre lo que le pasaba, y haciéndole ver que estaba destituido por el rey á causa de sus crueldades, incendios y violencias de todos géneros en los mismos pueblos carlistas, se le intimó que se preparase á marchar en el acto á Francia. Respiró con esto el conde, y conforme con su suerte, aun cuando muy abatido, rogó humildemente á dos eclesiásticos de la junta, Sapons y Villela, que le acompañasen, saliendo garantes de su vida, como así se lo ofrecieron. Hiciéronle bajar de la sala de sesiones, y montándole en una buena mula, siendo ya la hora de las nueve de la noche, salió de Abia acompañado de Sapons, Villela, Ferrer, un hermano de éste y el estudiante Maciá. A las cuatro de la madrugada del 27 llegó la comitiva á la abadía de Sigque, y faltando á su palabra, se volvieron desde este punto Villela y Sapons, dejando dueño absoluto de España al cruel Ferrer, que era su mortal enemigo. Antes de salir de la abadía de Sigs que quiso Ferrer humillar á España,

al que obligó mal de su grado á que cambiase su vestido de general por uno viejo de un paisano, dejándole solamente el tricornio para que su figura fuese hasta no más grotesca. Al anochecer del 27 continuó su marcha Ferrer con el que podemos llamar su prisionero y los que se decian custodios de éste, y andando toda la noche y descansando durante el dia 28 para emprender de nuevo la marcha por la noche, al amanecer del 29 se encontró la comitiva entre Coll de Nargó y Orgañá, villa esta de unos 150 vecinos, distante 18 kilómetros de la Seo de Urgel, Segre abajo. Allí metieron al conde en una casa de campo, encerrándole en un cuarto, y Ferrer se fué á Orgañá para ponerse de acuerdo con el titulado brigadier Prat, el capitán Baltá y otros á fin de asesinarle, accion que todos aprobaron calificando á España de traidor, incendiario y verdugo de los suyos: al efecto convinieron en que el sacrificio se haria sobre el puente del Segre, llamado del Espia, tres kilómetros distante de Orgañá: á eso de las nueve de la noche del referido dia 30 sacaron al conde de su encierro el hermano de Ferrer, el estudiante Maciá, el subteniente Solana, un brigadero y un mozo de escuadra para conducirle montado sobre un mal macho al lugar del sacrificio, en donde le esperaban ansiosos de acabar con él el capitán Baltá y un tal Morera: así que el Baltá divisó la comitiva se dirigió al conde, y dándole un fuerte palo en la cabeza le derribó de su cabalgadura; levantóse trabajosamente el anciano y suplicó á Baltá que no le maltratasen; pero éste y Morera, despreciando sus súplicas, le ataron los brazos con unas cuerdas y así le subieron al macho con ánimo de desmontarle en el momento en que se hallasen sobre el inmediato puente del Espia, que es de un solo ojo bastante grande: puestos en medio de él, cogió Baltá un largo cabo que sobraba de la cuerda con que se ataron los brazos del conde, y haciendo un lazo se le arrojó al cuello, y tirando con todas sus fuerzas hizo caer al desventurado anciano de espaldas: púsole entonces su pié derecho sobre la cabeza, tiró de la cuerda y le medio ahorcó: en horrible agonía la víctima, cortaron los verdugos un pedazo de la cuerda y con ella le ataron los piés, y despues de desnudarle, le lanzaron desde lo alto

del puente al Segre, en cuyas ondas desapareció. A los pocos días el agua le arrojó junto á una isleta inmediata. Tal fin tuvo el conde de España, á quien la historia no puede ménos de mirar como uno de los más abominables monstruos que han deshonrado la humanidad.

El Maestrazgo. A principios de 1839 seguía en aumento el O'Donnell, general en jefe del desvanecimiento de Cabrera por causa de sus Centro. triunfos (algunos, como el de Morella, inesperados y no debidos á él), en términos que soñó en apoderarse dentro de un no lejano término de Madrid, apoyándose en una línea de puntos fortificados de las provincias de Cuenca y Teruel, y lo que es más de extrañar, se creyó buen general, cuando no pasaba de un mediano guerrillero sin instrucción y sin talento. El 3 de Enero se dirigió contra Villafamés para alejarse á los dos días á invadir la huerta de Valencia y sacar de ella abundantes recursos. Gran contratiempo y bien sentido experimentó el tortosino en principios de Febrero con el apresamiento que los faluchos guarda-costas hicieron de un bergantín inglés que, cargado de fusiles, había arribado á los Alfaques: apenas empezó el buque á dar su carga de 7.000 fusiles á las lanchas que habían de recibirlos, fué cogido y llevado á Barcelona con casi todo el cargamento. Por el mismo tiempo que esto sucedía, el comandante general de Cuenca, José Martín Iriarte, logró batir á Arnaiz en las cercanías de Utiel, causándole bastantes muertos y haciéndole 150 prisioneros. Quiso Cabrera indemnizarse de las anteriores pérdidas atacando á la pequeña villa de Montalvan, de la provincia de Teruel, sita como á la mitad del camino entre esta ciudad y la de Zaragoza, y defendida por unos 200 nacionales y una compañía del provincial de Búrgos: cuando iba á ponerla asedio á mediados de Marzo supo que Van-Halen se dirigía con respetables fuerzas sobre la próxima villa de Segura, cuyo magnífico castillo habían permitido poner en formidable estado de defensa á los carlistas las torpezas de los jefes liberales, como sucedió en Castellote y otros puntos importantes de las provincias de Teruel y Cuenca, y entonces corrió el tortosino al encuentro del jefe liberal, y en la Fuen de Minuesa se trabó una reñida acción, que sólo dió por resultado el perder

cada parte un centenar de hombres. Van-Halen siguió su marcha hácia Segura, para donde por otro lado partió Cabrera con el objeto de poner fuego á toda la villa inclusa su iglesia, conservando el castillo, al que se subió decidido á rechazar á su contrario; más éste, viendo la villa incendiada y lo formidable de la fortaleza, desistió de su empresa.

Tales horrores seguia cometiendo Cabrera con los prisioneros que caian en su poder, fusilando á muchos y dando mal trato á todos, que el mismo Carlos, por conducto del obispo Abarca, desaprobó su conducta, no por sentimientos humanitarios é ideas de justicia, sino por cálculo, puesto que le decia estas hasta no más horribles palabras: *es cierto que la experiencia nos enseña los FELICES RESULTADOS y mayores ventajas que nos acarrea la GUERRA Á MUERTE, pero se quejan ágricamente nacionales y extranjeros contra tales procederes que los más de los dias hacen desaparecer de la escena politica infinidad de personas realistas los enemigos con sus represalias* á QUE V. E. HA DADO LUGAR. Sin duda que esto obligó á Cabrera a recibir propicio la proposicion que le dirigió Van-Halen para poner fin á los horrores de la guerra por medio de un convenio parecido al tratado de Elliot, el cual se celebró firmándole Cabrera en el castillo de Segura en 1.º de Abril y Van-Halen en Lécera á los dos dias. Por dicho convenio, compuesto de once artículos, algunos de ellos criticados por los vocingleros que no sufrían ni directa ni indirectamente los horrores de la guerra, se daba cuartel á todos los prisioneros, no se podría mandar ninguno de los carlistas á Ultramar, y se establecía el canje de tiempo en tiempo con parecidas bases á las del tratado Elliot. El primer canje que se verificó tuvo lugar en la villa de Onda, entregando los carlistas 658 prisioneros y los liberales 862. Ya veremos cómo el convenio de Segura-Lécera no fué religiosamente observado, siendo Llagostera y Cabrera los primeros que le quebrantaron á poco más del mes de celebrado.

La retirada de Segura sin atacar al castillo, en lo cual obró cuerdamente Van-Halen, costó á éste el mando del ejército del Centro, que confió el gobierno á Noguerras

y por hallarse enfermo fué interinamente á manos de B. Amor, al que burló el tortosino haciendo una correría á Castilla la Nueva, de donde sacó abundantes recursos, miéntras que el jefe liberal le creía al frente de Villafamés. Por este tiempo vino de las provincias al Maestrazgo al frente de un brillante escuadron el feroz Balmaseda huyendo de las iras de Maroto, que hubiera dado cuenta de él como la dió de Guergué y otros en Estella.

Regresado que hubo Cabrera de su excursion hasta cerca de Guadalajara, puso sitio á Montalvan. El 19 de Mayo presentó una docena de batallones delante de la plaza y seis piezas de grueso calibre que, haciendo un fuego tan continuado como horrible, abrieron brecha al momento: dada la órden de asalto fué rechazado, como otros dos el dia 20. El general Ayerbe, que supo el apuro de los sitiados, marchó á su socorro con una columna de 5.000 hombres; pero el 21, como dos kilómetros ántes de llegar á Montalvan y junto del pueblo de Utrillas, le esperaban numerosas fuerzas carlistas en excelentes posiciones, que el liberal mandó tomar á la bayoneta apoyando la carga dos regimientos de caballería mandados por F. Serrano (hoy capitán general) y Velarde, que llevaron sus jinetes, con asombro del enemigo, por sitios casi inaccesibles para infantes. En la refriega, que duró poco, pero que fué reñidísima, perdieron los liberales 300 hombres y más los carlistas. Ayerbe, viendo levantado el sitio de Montalvan, retrocedió á tierra de Alcañiz: entonces los carlistas volvieron sobre aquella plaza el 26 en número de 6.000 hombres capitaneados por Cabrera. Muy prontó logró éste que su artillería abriera brecha, y lanzando á ella un batallon le vió rechazado con grandes bajas por los milicianos y provinciales de Búrgos. Merece ser citado aquí un rasgo de inaudita barbarie del tortosino con desprecio del convenio de Segura-Lécera: estando el hospital lleno de heridos de ambos bandos, el comandante de nacionales pidió hablar desde la muralla á Cabrera, al que dijo que respetase su artillería el edificio, aun cuando no fuese más que en obsequio de los suyos: el feroz guerrillero aprobó el pensamiento y dijo al comandante que se izase bandera blanca sobre el tejado del hospital: hizolo así éste, y en el

acto empezaron las piezas carlistas á arrojar bombas y granadas sobre el sagrado edificio, que en aquel dia quedó convertido en un monton de ruinas, siendo sepultados en ellas trece heridos del mónstruo y otros tantos liberales. Continuaron los carlistas el sitio y los sitiados rechazando varios asaltos hasta que Ayerbe acudió de nuevo en socorro de la plaza el 7 de Junio, en que alejó de ella al enemigo; mas viéndola en malísimo estado, como que habian caido en su recinto 3.000 balas y 600 granadas y varias minas habian volado gran parte de la muralla, determinó abandonarla, y así lo realizó el 11 recogiendo su guarnicion y todo el vecindario. Como á unos 8 kilómetros de Montalvan y cerca del pueblecito de la Hoz de la Vieja, esperaban á Ayerbe Cabrera y Balmaseda: acometieron primero los liberales con su caballería, que jugó un importante papel en esta accion, en que se distinguieron Balmaseda y Serrano, pues que se dieron muchísimas cargas, en una de las cuales se peleó á culatazos con las carabinas. La victoria fué de los liberales, si bien Cabrera se la atribuyó en órden general del siguiente dia. Las pérdidas de ambas partes fueron considerables.

Nombrado Nogueras como arriba vimos, general en jefe del ejército del Centro hallándose enfermo en Zaragoza, hizo un esfuerzo por ponerse al frente de sus tropas y salió para Calatayud; pero aquí se agravó su mal y tuvo que volverse á aquella ciudad. Entonces, prévio el parecer pedido á Espartero por Alaix, fué nombrado general en jefe del ejército del Centro el jóven mariscal de campo Leopoldo O'Donnell, que aceptó el cargo porque así se lo rogó el conde de Luchana.

Cuenta un biógrafo de Cabrera que miéntras que O'Donnell marchaba de las provincias del Norte para el país valenciano por Zaragoza, en donde le entregó el mando Nogueras, Daroca, Teruel y la parte meridional del Maestrazgo, un Antonio Lopez Moel, de oficio picador, salió de Madrid con ánimo de envenenar al tortosino, y que vendido aquél desde ántes de su salida de la corte, le prendió Forcadell cerca de Segorbe para presentársele á su jefe, quien le interrogó y luego entregó á un consejo de guerra: éste condenó al Lopez Moel á la pena de deca-

pitacion, que tuvo lugar en medio del campamento al frente de Villafamés.

En el primer tercio de Julio llegó O'donnell á Segorbe y se encontró con que el general Aznar, que habia conducido un convoy á Lucena, se veia encerrado en ella con los 2.000 soldados que guiaba, y como no le era posible salir por haberse aproximado á la plaza numerosas fuerzas carlistas, el nuevo general en jefe dispuso ir inmediatamente en su socorro, conducir otro convoy, ya necesario por la estancia de Aznar, y salvar á Lucena, escarmentando al envanecido carlista, cosas todas absolutamente precisas si habia de vigorizarse el espíritu de los valencianos, hasta no más abatido, y el de la tropa y milicia, que no se hallaba muy levantado. Revistó O'donnell en Segorbe 12 brillantes batallones, que componian una fuerza de 7.000 hombres y al pié de 1.000 jinetes. Hizo dos divisiones de la infantería, una que encomendó al general Azpiroz (Francisco J.) y otra al brigadier Hoyos: la caballería la mandaba el jóven general R. Schely, cuya lanza habia adquirido justa fama en el Norte. Al amanecer del 16 de Julio emprendió O'donnell su marcha para Lucena, y quiso hacerlo con notable rodeo por Adzaneta á dar á la sierra de Useras en la idea de burlar al carlista, que le esperaba en opuesta direccion, parapetado tras de grandes atrincheramientos. Al saber los carlistas la inesperada direccion de O'donnell, cambiando de frente, salieron el 17 á esperar al liberal en dicha sierra de Useras, próxima á la plaza. La mayor parte de las dos divisiones de Hoyos y Azpiroz entraron en ataque al momento, éste de frente y aquella procurando envolver á la izquierda carlista, que se resistió tenazmente, protegida por dos cañones colocados en una grande eminencia; pero haciendo O'donnell entrar de refresco á un batallon de Almansa, éste dió tan brillantísima carga á la bayoneta que el enemigo tuvo que abandonar sus ventajosas posiciones, aunque causando notables bajas. Pasáronse los carlistas á otras buenas posiciones, y entonces O'donnell, corriendo de acá para allá, alentando á los unos y entusiasmando á los otros con sus palabras, su atlética figura y marcial continente, lanzó de nuevo sus batallones contra el enemigo, quien no pudien-

do resistir las cargas á la bayoneta de aquellos, echó á correr refugiándose en las asperezas de los próximos montes. Con esto quedó libre Lucena de su décimo asedio y abastecida por mucho tiempo y libre Arnar con su columna. Costó este triunfo á O'donnell nnas 400 bajas, teniendo ménos los carlistas por pelear desde ventajosísimas posiciones. El coronel Oxholm murió de las heridas que recibió en la accion. O'donnell fué justamente recompensado con el empleo de teniente general y más adelante se le agració con el titulo de conde de Lucena.

Marchó desde esta villa el general en jefe á Valencia, en donde se le recibió con aplauso, y no queriendo perder tiempo ni que se entibiase el entusiasmo del soldado, decidió sitiar á Tales, pueblo distante 18 kilómetros de Castellon á su occidente y 5 de Onda, villa fortificada por los liberales. Tenia Tales un buen castillo sobre una eminencia próxima y unas murallas débiles con dos torreones muy bien reparados y artillados: pueblo, castillo y torreones contaban con 400 hombres de guarnicion, pero en las inmediaciones tenia Cabrera unos 2.000 voluntarios más. El 1.º de Agosto se presentó O'donnell sobre Tales con las mismas fuerzas que pelearon cerca de Lucena, y despues de hacer un reconocimiento del castillo, mandó á Azpiroz que desalojase á dos batallones carlistas de unas alturas inmediatas, lo que ejecutó con prontitud y felicidad este general. La toma de Tales ofrecia sérias dificultades por lo fuerte de su bien artillado castillo, pero vino á aumentarlas la presencia de Cabrera, que condujo allí gran número de gente, convencido de la importancia de conservar la plaza y más de impedir á O'donnell que ciñese su frente con los laureles de una segunda victoria. A luego de aproximarse Cabrera se lanzó contra la division de Hoyos, pero éste le rechazó conservando sus posiciones. Al fuego de cañon del castillo y torreones de Tales, contestó el de tres grandes piezas liberales, que no sólo apagaron aquel, sino que abrieron ancha brecha durante los dias 11 y 12. Mientras esto sucedió, estuvo Cabrera ocupado noche y dia en atrincherar su campamento, haciendo en él grandes parapetos é infinitas cortaduras. Observólo O'donnell y el 14 dispuso el ataque, ordenando á la division Azpiroz

que envolviese al tortosino por la izquierda, mientras que Hoyos debería acometer de frente, y tan bizarramente des-
empeñaron ambos su cometido que al primer empuje hi-
cieron correr á los carlistas, dejando así desamparado al
pueblo, el cual fué ocupado por las tropas liberales, refu-
giándose sus defensores en el castillo. Pareciéndole ver-
gonzoso á Cabrera no volver á la pelea, rehizo sus desor-
denados batallones y se arrojó sobre el centro liberal, que
le rechazó con grandes pérdidas, haciéndole retirar ya
cerca del anoche. Una hora despues se rindió á discre-
cion el castillo, que al siguiente dia fué demolido, como
las fortificaciones del pueblo. El nuevo triunfo de Odon-
nell, que causó magnífico efecto en todo el país, le costó
unos 700 hombres fuera de combate: los carlistas tuvieron
más de 1.000 sin contar 350 prisioneros.

Vinieron á amargar estos triunfos dos contratiempos
para la causa liberal, uno el experimentado en la provin-
cia de Valencia por Ortiz, comandante de la ribera del
Guadalaviar, que le costó más de 600 bajas hechas por
Arévalo, y el más importante de Carboneras, pueblo cer-
cano á Cañete y á 30 kilómetros de Cuenca, en el cual
entró el mismo Cabrera despues de porfiadísima lucha y
ponerle fuego, rindiéndose por capitulacion una columna
de más de 2.000 hombres, mandada por el coronel Perez,
que creia buenamente al tortosino á unas 40 leguas de
distancia.

En esto llegó á noticia de los carlistas del Maestrazgo
y del ejército del Centro la celebracion del convenio de
Vergara. Odonnell se dispuso á pasar á Aragon en espe-
ras del general Espartero, encargado de pacificar con el
ejército del Norte el Maestrazgo y Cataluña, y Cabrera,
despues de una reunion de jefes, lleno de furor, que es el
peor de los consejeros, y de ambicion mundana, que es
gangrena del corazon humano, juró continuar la guerra
cuando ésta no podia ya representar más que su sed insa-
ciable de sangre y su orgullo tan satánico como im-
potente.

Inauditos hor-
rores en la Man-
cha.

Ningun interés ofrecen para la historia las
insignificantes acciones que tuvieron lugar
persiguiendo los liberales las partidas carlistas y de latro-

facciosos de la Mancha, Extremadura, Toledo, Avila, Asturias y Galicia, y no escribiríamos ya nada referente á estos países, mucho ménos cuando luego vino el convenio de Vergara á dar fin á la guerra, sino fuera por narrar con honda pena y los ojos llorosos las atrocidades de un general bárbaro, que asesinó cobardemente á muchos seres inocentes, á mujeres embarazadas y á niños de corta edad! Llamábase este execrable general Trinidad Balboa. Nombrado comandante general de las provincias de Toledo y Ciudad-Real, se propuso acabar por medio del terror con las partidas carlistas, y hollando, no sólo las leyes escritas, sino las de la moral y de la humanidad, dió un bando feroz segun el cual debian sufrir la pena de muerte, previo sorteo, ¡horroriza estamparlo! sin distincion de *sexos ni edades*, algunos de los parientes más próximos de los carlistas que matasen á cualquier liberal. Entre otros espantosos crímenes que produjo el ferocísimo bando, merece ser citado en primer lugar el asesinato en la villa de Fuente del Fresno de Francisco Martin, niño de seis años hijo de un carlista en armas. Cogieron los soldados á la infeliz criatura, y llevándola uno de la mano llegó al lugar del suplicio: durante el camino el pobre niño se dirigia á los soldados pidiéndoles naranjas y tostones: ¡desventurado! Puesto en el sitio fatal, un soldado, en medio del inútil y cobarde llanto de muchos de sus compañeros, arrojó una naranja al suelo animando al niño á que fuese á cogerla, y hallándose á cierta distancia, una descarga le derribó hiriéndole en el vientre: el ángel que se siente herido y con las entrañas fuera de su centro, las coge con sus manecitas y medio incorporándose exclama: ¡no matar! ¡no hacerme pupa! pero otra descarga ordenada por el tigre que mandaba el piquete y hecha por los llorosos soldados, dejó tendido y sin vida á la tierna víctima. Otro niño de ocho años, hijo del carlista apodado Contento, fué tambien fusilado en Villarrubia de los Ojos de Guadiana, sorprendiéndole en un tejado, á donde el inocente habia subido á coger pájaros y del que no queria descender; pero los verdugos le bajaron, y sacándole á las cercas del pueblo, le mataron á tiros. A la mujer de otro faccioso, llamado el Manco de Cañamon, la mandó fusilar Balboa en re-

presalia de haber aquél cortado una oreja á un conductor de pliegos, eso que se hallaba preñada, y luego por varias muertes que hizo el Manco vengando á su mujer, fusiló á una hermana del mismo que tambien se hallaba embarazada. ¡Tal mónstruo, adornado con una faja de general, no fué castigado ni por los tribunales ni por el gobierno! ¡Y tampoco lo fueron los jefes de los piquetes y soldados, que á sabiendas aesionaron á los dos inocentes niños, para hacer lo cual no habia ordenanzas ni leyes de ninguna clase que á ello les obligase. ¡Oh vergüenza para España! La revolucion francesa no ofreció, en medio de sus horrores, espectáculos tan atroces y abominables como éstos, realizados en la Mancha por el bárbaro Balboa.

La guerra en el Norte. Muñagorri. Aviraneta. Intrigas contra Maroto.

El vasco Muñagorri, que en Abril de 1838 levantó la bandera de paz y fueros en el campo carlista y tuvo que escapar á Francia para salvar su vida, volvió á seducir al gobierno,

ansioso de paz á toda costa, hasta con menoscabo de la unidad y honra nacional, y obtuvo de él dos millones y más de reales para otra tentativa que fracasó en principios de 1839. De una parte los carlistas en armas del pais vasco-navarro, comprometidos por su rey, no podian hacer caso de un aventurero que les ofrecia la conservacion de sus privilegios sin garantía de ningun género, y de otra no dominaba en el ejército carlista del Norte, como en tiempo de Zumalacárregui, el elemento vasco-navaro, sino el castellano, que era dueño de la corte del pretendiente, y los castellanos no defendian allí los fueros, sino el absolutismo. De modo que no calculando esto el gobierno y facilitando fondos á Muñagorri á fin de que organizase en Francia una fuerza de 1.000 y pico de hombres, que pisó el territorio español entre Irún y Vera para deshacerse como el humo, se acreditó de más insensato que lo era en sí el plan de aquel vasongado, al que apoyaban ingleses y franceses, importándoles poco ó nada que los vasco-navarros viviesen á costa de la España, envilecida y deshonrada con la existencia de sus privilegios.

Tambien el intrigante Aviraneta logró por entonces del gobierno que le facilitase fondos para ir á Bayona y al mismo campo carlista á introducir en él la discordia; pero

aun cuando dió algunos pasos con tal objeto no consiguió nada, si se exceptúa el vivir á costa de la nécia credulidad del gabinete español, sobre todo del ministro Pizarro, que premió con largueza su disparatada concepcion de aprisionar á Carlos en Azpeitia y embarcarle para Inglaterra.

Era objeto Maroto al comenzar el año de 1839 de un odio profundo de parte de la camarilla de Carlos. Tal ódio, manifestado desde el momento en que tomó el mando del ejército, adquirió cada dia mayores proporciones. Calumnias, injurias, bajezas, intrigas, sospechas y falsedades, todo se puso en juego contra el general en jefe carlista, que no era acreedor á ser así tratado, porque su fidelidad no podia ser más acrisolada. Y tan cierto es esto que en el momento de tener noticia de los planes que se ponian en juego para dividir al partido carlista, se lo comunicó á su rey con toda lealtad. Pero al hacerlo le propuso, ó que le relevase del mando, ó separase de su lado á los cortesanos Abarca, Teijeiro y otros que le vilipendiaban, desacreditando su autoridad de general en jefe, le permitiese castigar á los generales Guergué, Francisco García, Sanz y Carmona, quienes, instrumentos ciegos de la camarilla, estaban en abierta pugna contra su mando, y que se colocase en el ejército á generales arrinconados y perseguidos por sus ideas de templanza y de justicia, como Villarreal, Latorre, Zariátegui, Elio y otros. Carlos, que temia y necesitaba á Maroto, no se atrevió á relevarle; pero tampoco hizo nada de lo que su general en jefe le pidió en pró de su causa: en su necedad no comprendió el pretendiente que con tal conducta mataba su causa, porque disgustaba á todos, á Maroto porque no podia hacer nada de provecho en medio de las mil contrariedades que le rodeaban, y á la camarilla porque aborrecia de muerte á Maroto, y pensó dársela cuando se la presentase ocasion para ello, fuese como quisiera, y no podia aquietarse á no verle fuera del mando. De aquí el que Maroto, convencido de la nulidad de su rey empezase á meditar seriamente sobre la paz, que tanto necesitaba el país, y de aquí tambien el que los generales adictos á la camarilla se decidieran á conspirar á las claras contra el general en jefe resueltos á esterminarle. Tan

fatal conducta no hay que extrañarla en el príncipe, cuyo fanatismo llegó hasta el extremo de mandar un comisionado á Maroto para que atacase á principios de año á Espartero, en la seguridad de vencerle, *porque así lo había vaticinado una monja nécia y embaucadora, en quien el pretendiente tenia fe ciega.*

Arreciando las intrigas de los cortesanos y adelantada la conspiracion de los generales para derribar á viva fuerza á Maroto, éste se decidió á ir á ver á Cárlos, quien de Azpeitia se habia trasladado á Vergara: aqui enteró al pretendiente de la conducta de los generales Guergué, García y otros, que estaban seduciendo tropas para derribarle y aun darle muerte, como él estaba decidido á castigarlos con arreglo á las leyes militares. Procuró Cárlos calmar á Maroto, quien así que salió de la presencia de su rey, ordenó el arresto del general Pablo Sanz y el del intendente Uriz, que andaba en los manejos de los conjurados, y mandó á Carmona, que estaba en el cuartel general, que partiese para Estella á decir á sus compañeros en conjuracion García y Guergué, que al siguiente dia se presentaria en Estella para fusilarlos. No admitiendo las disculpas que intentó darle Carmona, partió éste para Estella con su terrible comision, de la cual se rieron néciamente así García como Guergué diciendo, *que se alegraban de la ida de Maroto á Estella para fusilarle en el momento que llegase.*

Fusilamientos de Hombre Maroto de energía y de palabra, Estella.

cumplió ésta presentándose en Estella al frente de numerosas fuerzas el 17 de Febrero. Allí le confirmó el gobernador de la plaza la conspiracion de García, Guergué y otros jefes, alentados por Teijeiro y demás de la camarilla, y allí se convenció de que los conjurados no contaban con los elementos que creian para llevar á cabo su plan. Persuadido ya de esto García, procuró escapar en aquella noche disfrazado de cura, pero la guardia de una de las puertas de la ciudad le arrestó para ser despues conducido á la prision. Guergué y Sanz, que no quisieron ó no pudieron salir de Estella, fueron tambien presos como el intendente Uriz y el brigadier Carmona. En la misma noche reunió Maroto á cuantos generales y jefes de cuerpos habia en Estella, y todos convinieron en que los presos

eran acreedores á una muerte inmediata como comprendidos en el rigor de la ordenanza, ménos dos (Negri y Silvestre) quienes, reconociendo la culpabilidad de aquellos, opinaron porque se les formase la correspondiente causa. Maroto, oidos estos pareceres y el del auditor de guerra Arizaga, que opinó por la muerte inmediata, dió orden de que los presos fueran fusilados al siguiente dia 18, sin formacion de causa y por ende sin ser oidos ni defendidos, lo cual comunicó á las ejecuciones el carácter de asesinatos. Tuvieron lugar los suplicios en el castillo del Puig delante de tres compañías de soldados que habian servido á las órdenes de los ejecutados. García, despues de hablar á los soldados, recibió la muerte con serenidad, Guergué sin pronunciar una soía palabra, Carmona diciendo que moria inocente, Sanz con conformidad cristiana y Uriz con notable abatimiento.

Los fusilamientos de Estella, desorganizando el ejército carlista, prepararon el convenio de Vergara: el gérmen de la division, que por torpeza del pretendiente trabajaba hacia tiempo á sus tropas, tomó desde entonces colosales proporciones, que fatal y necesariamente tenian que dar su fruto en no lejano porvenir. Puso Maroto en conocimiento de su rey la noticia de los fusilamientos por medio de una carta, en la que se lee esta frase fria, indiferente y que demuestra la insensibilidad del corazon de aquel caudillo: *Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, el brigadier Carmona, el intendente Uriz, y que estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, á hacer lo mismo con otros varios, etc.* Recibida que fué por Carlos la carta de Maroto, se encendió en ira, y oyendo el parecer de la camarilla, dió un manifiesto, fechado en Vergara el 21 de Febrero declarando á aquel traidor, despojándole del mando y autorizando á todos para tratarle como á tal traidor. Circulóse por todas partes con profusion el manifiesto, que lejos de producir el efecto que se propusieron Carlos y su camarilla, fué recibido con indiferencia. Por lo que respecta á las tropas que guiaba en persona Maroto, éste las formó para que las fuese leído el manifiesto, y concluida la lectura, las dijo: *Aquí me*

teneis, yo soy ese traidor que se os manda asesinar: todos y cada uno de vosotros podeis hacer lo que mejor os parezca. ¡Soldados! A nadie quiero comprometer en causa que me es personal. Las tropas prorumpieron en aclamaciones unánimes en favor de su general. Desde este momento el rey de los carlistas estaba muerto: su causa acababa de sucumbir ante la enérgica resolución del general en jefe, quien le trataba como se merecía, pisoteando la majestad, que encontró arrojada al suelo por el mismo que la llevaba.

En el acto, y aprovechándose del entusiasmo de sus tropas, las dijo que se preparasen á marchar á la corte de Cárlos, en donde él se proponía contestar verbalmente el manifiesto. Nuevas y estrepitosas aclamaciones acogieron la determinacion de Maroto, que dió orden de marchar incontinenti sobre Tolosa.

Miéntas esto sucedia, Cárlos, aturdido y desalentado, comisionó á Urbiztondo para que saliese á la cabeza de algunos cuerpos escogidos al encuentro de Maroto y procurára detener su marcha si no podia hacer que le abandonase el ejército: Urbiztondo encontró á Maroto tan sereno como inflexible, y á las observaciones que le hizo sobre el paso que iba á dar ante Cárlos, le contestó: *Que no sólo no desistia de su plan, sino que como Cárlos no revocase el manifiesto y no separase á sus ministros y miembros de la camarilla, estaba resuelto á fusilar en el mismo Cuartel real á los que creia autores de la conspiracion abortada en Estella y únicos responsables de la situacion angastiosa en que se hallaba la causa carlista.* Urbiztondo trasmitió fielmente á Cárlos lo que le dijo Maroto, y presa el pretendiente de profundo abatimiento, accedió á cuanto queria el general en jefe, dando por nulo el manifiesto, destituyendo á los ministros y rogando á Urbiztondo que condujese á éstos y á varios cortesanos á Francia, comision que llevó á cabo este general custodiando hasta el Bidasoa, por frente á Vera, al obispo Abarca, á Arias Teigeiro, á los dos Lavandero, á los generales Uranga, Basilio García, Mazarrasa y Vivanco, á una Jacinta Soñanes, al auditor Pereda y á otros varios. Balmaseda, el presbítero Echevarría, el cura de Ayequi y otros escaparon cómo y por dónde pudieron.

Dada á Maroto esta satisfaccion, que fué recibida con aplauso por las tropas, avanzó á Tolosa, y seguidamente se presentó en Vergara el 25 para ver á Carlos, á quien nada dijo y de quien no oyó una sola palabra sobre lo sucedido: contuvo á Carlos la humillacion en que se hallaba y á Maroto la idea de no mortificarle.

Maroto exigió á los nuevos consejeros, entre los cuales se contaba el famoso mason de 1822 P. Cirilo de la Alameda, arzobispo de Cuba, que se pusiese en libertad á los generales Gomez, Elío y Zariátegui con otros jefes ilustrados, á los que, por serlo, habia perseguido la camarilla, y se les diese colocacion en el ejército lo mismo que á Villarreal, y pasando despues revista á sus tropas en Tolosa, salió incontinenti para Valmaseda en observacion de los movimientos de los liberales. Deteniéndose en Durango, publicó allí el 3 de Marzo una alocucion tratando con dureza y desprecio á los vencidos, y especialmente á Teijeiro y Diego García, que de escribientes hacia unos diez años habian llegado por sus intrigas á ser consejeros de Carlos.

Este se instaló en Tolosa, y los nuevos consejeros no pudieron ménos de observar que desde que se le privó de su camarilla andaba intranquilo, cabizbajo, taciturno y distraido. Sin duda que el corazon le decia que en el mismo momento en que Maroto se burló de su dignidad y de su soñada corona habiase hundido su causa en un abismo insondable. Odiaba Carlos á Maroto, pero no podia destituirle, y Maroto le despreciaba á él de una manera profunda. Este antagonismo no podía ménos de finalizar con el abandono del general al que antes fué su bien amado soberano.

Ramales y Guardamino. Habia tomado Maroto la determinacion de ir desde Tolosa á Valmaseda, porque Espartero, á pesar del contratiempo que sufrió Castañeda en principios de Enero cerca de Laredo, en que atacó con fuerzas muy superiores á Castor y á Goñi, concibió por entonces el plan de vencer al carlista, no llevando la guerra al centro del país vasco-navarro, sino dándola comienzo por la izquierda, ó sea por las Encartaciones, para luego llevarla á Vizcaya. ¿Era este plan razonable militarmente hablando? Creemos que no. ¿Obedecia á tratos secretos

con Maroto, al que Espartero mandó un comisionado cuando los fusilamientos de Estella, comisionado que fué perfectamente recibido por el caudillo carlista? De sospechar es, ya que no nos sea dado afirmarlo. El hecho es que Espartero se dirigió antes de mediar Abril desde la Rioja á las Encartaciones, tocando en Villarcayo, para llegar el 17 á lo alto del puerto de los Tornos, al frente de 30 batallones, algunas compañías de ingenieros y numerosa artillería. Maroto, como si acudiese á una cita, se presentó entonces en Ramales con una fuerza de 22 batallones. Para bajar desde lo alto del puerto al pueblecito de La Nestosa, cercano á Ramales, tuvo Espartero que emplear varios dias con objeto de habilitar paso en cuatro enormes cortaduras que tenian hechas los carlistas en la carretera, abierta entre montañas: el 22 logró que su ejército descendiese á La Nestosa, sosteniéndose una reñidísima accion, en la que tuvo bastantes bajas, porque el enemigo se batió desde excelentes parapetos y desde una gran cueva fortificada y artillada, de la cual se poseisionó el liberal, vomitando metralla contra ella ocho piezas de artilleria gruesa. Dueño de La Nestosa, se preparó Espartero á enseñorearse de Ramales.

Es este pequeño lugar cabeza de partido judicial, que linda con los de Laredo, Castro Urdiales y Valmaseda: la poblacion dista unos 40 kilómetros de Santander y ménos de la mitad del confin vizcaino: de ella habia hecho Andéchaga (alias) Castor, su cuartel general, fortificándole convenientemente en igual que el punto inmediato de Guardamino, con el que se comunicaba por un camino cubierto de unos 400 metros. Habia artillado Castor el fuerte de Guardamino con unas ocho ó nueve piezas de hierro, que reventaron á los primeros disparos con muerte de casi todos los artilleros. Encontróse Espartero entre La Nestosa y Ramales con otras dos grandes cortaduras, que tuvo que habilitar para seguir avanzando, lo que le costó nuevos combates, en que se distinguieron su jefe de estado mayor O'Donell, el brigadier Aleson, el general de artillería Ponte y varios jefes. Gracias á que las piezas de artillería de Guardamino reventaron, el jefe liberal no encontró nuevos obstáculos para bajar hácia Ramales y

colocarse á tiro de cañon de sus fuertes. En medio de un terrible temporal de agua y nieve se fabricó un puente para pasar el rio Soba, se hicieron reductos y se ejecutaron otras obras necesarias para batir en regla á Ramales y Guardamino. Al amanecer del 8 de Mayo ya pudieron jugar las piezas de varias baterias contra los fuertes de Ramales, sobre los cuales se arrojaron cientos de balas, y con tal precision, que los carlistas les abandonaron, poniendo fuego al pueblo. Entonces mandó Espartero avanzar á varios batallones, á los que no quisieron aguardar los carlistas, descendiendo unos á los valles próximos camino de Vizcaya y refugiándose otros en el fuerte de Guardamino, á donde Maroto habia enviado dos piezas de grueso calibre así que supo que reventaron las de hierro. La artillería liberal avanzó tambien hasta Ramales, y desde las cercas, enfilada contra Guardamino, empezó á hacer un continuado y horroroso fuego, que produjo poco efecto, sin embargo, por embotarse las balas en los grandes parapetos que rodeaban el fuerte, el cual lo estaba tambien en todo su próximo exterior por grandes trincheras, que ocupaban varios batallones, haciendo daño sin recibirle apenas. El 11 hizo Espartero un supremo esfuerzo, lanzándose él mismo hasta imprudentemente con su numerosa escolta hácia las trincheras, despreciando el fuego enemigo de fusil y de cañon, que mató varios caballos y ginetes, entre estos el coronel Urbina, mientras que Castañeda, Odonell, Alcalá y otros generales, al frente de respetables fuerzas y con arrojo heróico, desalojaron de sus formidables posiciones á los carlistas, que se pronunciaron en retirada, abandonando á sus compañeros los defensores del fuerte de Guardamino. A la vista de esto escribió Maroto á Espartero proponiéndole que suspendiese las hostilidades contra Guardamino y dejase salir en clase de prisioneros á sus defensores, y él daría orden de que le evacuasen. Espartero aceptó la proposicion; los defensores del fuerte marcharon al campo carlista con la condicion de no hacer uso de sus armas hasta que se enviase á los liberales un número igual de prisioneros al que ellos llevaban. Espartero tomó posesion del fuerte al anochecer del 12.

Fueron tomados los fuertes de Ramales y Guardamino sin abrir brecha en ellos: costó esto á Espartero, contando con todas las acciones sostenidas desde que subió al puerto de los Tornos, unos 100 muertos y sobre 600 heridos y contusos: los carlistas tuvieron ménos pérdidas. Maroto exageró intencionalmente la resistencia de Ramales y Guardamino y las pérdidas de los liberales, haciendo subir éstas á más de 5.000 hombres. Esta exageracion de Mareto y las pocas bajas que tuvieron los liberales para conquistar dichos dos puntos, aumentan naturalmente las sospechas sobre inteligencias de ambos caudillos. El gobierno y Cristina celebraron mucho estos triunfos, que además premiaron espléndidamente. A Espartero se le nombró gentil-hombre de cámara y duque de la Victoria con grandeza de primera clase.

Maroto reconcentró entonces sus fuerzas en Llodio, y prévio consejo de generalés ordenó que no se defendiese á Valmaseda. Espartero movió su gente hácia la próxima Vizcaya, y el 24 ocupó á Orduña, que abandonó el carlista, luego á Amurrió, Arciniega y Valmaseda, sin disparar un tiro. Maroto se retiró á Areta, lugarejo del mismo ayuntamiento de Llodio.

Nueva accion de Belascoain. Mandaba por este tiempo las armas liberales en Navarra Diego Leon, como las carlistas Arroniz.

Joaquin Elío. Habíanse fortificado de nuevo los carlistas en Belascoain, cosa que tenia mortificado á Leon por ver perdido el fruto del triunfo que allí obtuvo, y resolvió reconquistarle y destruirle, dirigiéndose á él en los últimos dias de Abril. El 10 de Mayo, enmedio de un vivísimo fuego de artillería contra el pueblo, el puente y su formidable reducto, ordenó Leon que algunos batallones vadeasen el rio para envolver al enemigo, y él, con el resto de la columna y al frente de su numerosa escolta se lanzó sobre el reducto, que tomó, y luego sobre el puente, del que alejó á sus defensores, y por último sobre el pueblo y otro reducto inmediato llamado de Ciriza. No sin resistencia, y grande, consiguió esto Leon, por lo que tuvo unas 400 bajas, más que doble que el enemigo. El 6 se encaminó Leon contra Arroniz, cuyos formidables reductos tomó también despues de cinco ó más horas de fuego, distin-

guiéndose en la accion el brigadier M. de la Concha, que se resistió bravamente con poco más de un batallon contra tres enemigos. Despues de estos triunfos sostuvo Leon reñidas peleas durante Julio y Agosto en el valle de la Berreueza, en Allo, Dicastillo y otros pueblos, cuyos campos quemó, lo mismo que varios del valle de la Solana, reduciendo á la miseria y á la desesperacion á sus infelices habitantes.

Accion de Gamarra Mayor. Encargado Martin Zurbano, alias, Varea, de hacer la guerra de sorpresa, tuvo infinitos lances, casi todos felices para él durante el primer medio año de 1839, como los habia tenido en todo el anterior, pero fué notable el combate ocurrido á mediados de mayo en Gamarra Mayor, en donde, despues de varias horas de fuego, logró derrotar por su inteligencia y buena direccion á fuerzas muy superiores á las suyas.

Situacion de Maroto. Embarazosa hasta no más era la situacion de Maroto al situarse en Áreta, despues que Espartero ocupó á Orduña, á Amurrio y Valmaseda. Á la fecha andaba en tratos con Espartero para hacer la paz, tratos que empezaron á luego de los fusilamientos de Estella por medio de un arriero listo de Logroño, llamado Echaide, quien por su tráfico iba libremente al campo carlista. Maroto, aun cuando queria dar fin á aquella guerra asoladora, no podia hacerlo sin el apoyo de la mayor y más sana parte de los jefes de su ejército que abrigan ya la misma noble aspiracion que él: tenia que hacerlo además de una manera tan decorosa, que ni en la apariencia pudiera achacársele que vendia la causa que le estaba encomendada: esto habia de retrasar necesariamente el convenio, ya empezado entre los beligerantes, con daño del país y de los infelices que fueran victimas de la lucha hasta el mismo momento en que ésta tuviera fin. Vino en ayuda de los planes de Maroto la sublevacion cerca de la frontera francesa de tres batallones navarros al grito de ¡mueran Maroto y los traidores que le siguen! promovida por los desterrados cuando los sucesos de Estella, Basilio Garcia, al cura Juan Echevarría y otros. Los fusilamientos de Guergué, Francisco Garcia y demás sacrificados en Estella daban ahora su fruto: aquellos hirie-

ron de muerte la causa carlista, y cuantos acontecimientos vamos á presenciar no son sino las convulsiones de una agonía lenta y laboriosa que tiene su fin en el convenio de Vergara. Zariátegui, por deber y aun por gratitud hacia Maroto, y Carlos por miedo y por su peculiar carácter, trataron de sofocar la insurreccion de los tres batallones, pero no lo lograron: los sublevados, aclamando á su rey y maldiciendo á Maroto, permanecieron firmes en la situacion en que se habian colocado ocupando á Vera: el mismo Carlos aprobaba por bajo de cuerda lo que públicamente reprobaba, no olvidándose de la escuela de su hermano Fernando, que era la suya. Así es que ínterin segun Maroto lo exigia. condenaba oficialmente la sublevacion, hacia que su hijastro Sebastian fuera á ponerse al frente de la inmediata division guipuzcoana para apoyar con ella á los sublevados, cosa que este no pudo lograr, porque la division le rechazó por estar á la devocion de Maroto. Como se vé, todo era confusion, contradicciones, amarguras y desdichas en el campo carlista. Maroto llegó á dudar de Zariátegui, que lealmente trabajaba por someter á los sublevados, y atribuyó á Vargas, jefe de la division guipuzcoana, planes que jamás abrigó éste contra él. En tan terrible estado, se pensó por los amigos de Maroto hacer abdicar á Carlos, y por la gente apostólica en atraer con engaños al cuartel real á Maroto para asesinarle. Viendo éste que los sublevados no deponian su actitud, abandonó á Areta y se fué con algunos batallones en busca del que habia convertido de soberano en verdadero súbdito suyo, lo cual indudablemente hizo por disimular más los tratos que traia entre manos con Espartero. Conferenció con Carlos en Tolosa, y hallándose allí supo la decision de la gente guipuzcoana, que toda era suya, y por dudar de Vargas, ella misma arrestó á éste en Andoain, quitándole el mando y dándosele al coronel Oliden. En la propia época un medio batallon viscaíno se separó del ejército establecido en Areta, diciendo que no queria seguir engañado.

En medio de este cuadro de verdadera desolacion que presentaba el campo carlista, Maroto llegó á turbarse, y no acertaba á tomar una resolucion heróica: así es que con

asombro de los iniciados en sus tratos para la paz, despues de conferenciar con Cárlos, se fué al valle de Orozco, del partido de Durango, y allí dió el 27 de Julio una proclama, en la cual decia, *que un nuevo combate probaria al mundo entero que los defensores de la legitimidad no concederian jamás el triunfo á los usurpadores; que la campaña que hacian los liberales (y aquí decia la verdad) era la más bárbara que podia imaginarse, porque todo lo asolaban y quemaban, así en Navarra como en Alava y Vizcaya, y que el REBELDE Espartero habia destruido en Orduña, Amurrio, Arciniega y Valmaseda cuanto podia satisfacer su inhumanidad y barbarie.* Concluia Maroto su alocucion de este modo: *En vano algunos viles intrigantes esparcen rumores de transaccion, pues jamás puede haberla entre dos partidos cuyos principios son tan opuestos. Sea nuestra constante divisa el Rey y la Religion: es necesario triunfar ó morir.* Despues de todo esto, turbado ó no turbado Maroto, ¿de quién se burlaba en las anteriores frases? ¿De su rey, de sus soldados ó de sí propio?

Sube Espartero á la llanada de Alava para volver luego á Vizcaya. Se apodera de Villarreal y de Durango.

Sin hacer aprecio Espartero de la anterior alocucion, siguió entendiéndose con Maroto por medio de una clave, que por el arriero de Logroño le mandára, y con asombro de todos, porque no fué hostilizado por los carlistas, atravesó el corazon de Vizcaya por Murguía, y llegó á la llanura de Alava, entrando en Vitoria el 9 de Agosto. Como en vista de esto llevase Maroto su gente á las sierras de Arlaban, el caudillo liberal se dispuso á ir en su busca, y saliendo de Vitoria el 14 muy de madrugada, sostuvo ligeros combates, al cabo de los cuales se hizo dueño de Villarreal de Alava, teniendo que retirarse Maroto á Salinas. Aseguró éste tiempo andando, que varios de sus batallones no quisieron pelear, ó lo hicieron muy flojamente, y que al reprenderlos le dijeron algunos soldados: *General, no queremos pelear más porque sabemos se trata de dar fin á la guerra.* Dueño Espartero de Villarreal, torció á la izquierda para ir de nuevo á Vizcaya, y el 20 tomó, casi sin resistencia, el fuerte que los carlistas tenian levantado en la gran cuesta de Urquiola, que desde Ochandiano da bajada á Durango, y el 22 ocupó esta vi-

lla, que abandonaron los carlistas sin pelear. Espartero dió al siguiente dia en Durango una alocucion á sus tropas, como si la guerra hubiera de continuar aun mucho tiempo, y Maroto, desde Elorrio, á donde llevó su cuartel general, dió en el mismo dia otra á su ejército, confirmando la de Orozco y diciendo en tono tragi-cómico lo siguiente: *Sofóquense para SIEMPRE esas voces de transacion, que NUNCA puede haber, y juremos todos nuevamente morir antes que sucumbir.* No trascurrieron ocho dias sin que el convenio de Vergara fuera un hecho; es más, á los dos dias de publicadas, ó sea el 25, Maroto se presentó en Durango á conferenciar con Espartero sobre el convenio. Inútiles serian todos los comentarios que quisiéramos hacer sobre ellas.

Convenio de Vergara. Mientras tocaban á su término las negociaciones para el arreglo que diera la deseada paz

á la España, negociaciones en que intervino, viendo á ambos generales en jefe, el comodoro inglés lord Jhon Hay, no cesaba la fratricida lucha, y en los campos de Vizcaya y de Navarra se derramaba la sangre española y se ejecutaban incendios y saqueos y otros excesos, como si eternamente hubieran de ser enemigos los que pronto iban á abrazarse como hermanos. Continuando Maroto en sus ideas de transacion pretendia que ésta se realizase casándose el primogénito de Cárlos, despues de obligar á éste a que abdicase, con Isabel II, conservándose los fueros vasco-navarros, reuniéndose las antiguas Córtes por estatutos y reconociéndose los empleos y condecoraciones de su ejército. Espartero, que tenia prometida la conservacion de los fueros y pasaba gustoso por el reconocimiento de empleos del ejército carlista, rechazaba altamente el casamiento, lo mismo que el sistema de gobierno de Maroto, que si fué bueno en la Edad Media, no podia tener aplicacion en el siglo presente. Esta discordancia entre los dos generales en jefe hizo dar á Maroto algunos pasos en falso, porque fluctuaba su ánimo al realizar el pensamiento, del que no podia volverse atras, y se hizo sospechoso hasta al mismo general S. Latorre, que deseaba ardientemente la paz, como la deseaban sus batallones y sobre todo la mayor parte del país vasco-navarro, que se

veía arruinado. Por esto Latorre determinó ver en persona á Espartero, para lo cual se presentó en Durango durante la noche del 24 de Agosto, y allí oyó de labios del caudillo liberal lo que éste quería para que se realizase el convenio y lo que Maroto proponía con el mismo fin. Latorre volvió al frente de su division, que le era muy adicta, decidido á que se realizase el convenio, siempre que se salvarsen los fueros de su país. En igual sentido estaba toda la division guipuzcoana, segun carta que Latorre recibió de Iturriaga á luego de su conferencia con Espartero.

El dia 25, animado el caudillo liberal con la entrevista de Latorre, mandó á Maroto muy de madrugada un parlamentario, quien logró convencer al caudillo carlista para que fuese á ver en su compañía al liberal con el objeto de zanjar amigablemente las diferencias que existian. Fué Maroto recibido en Durango con todas las consideraciones debidas y obsequiado por Espartero como predilecto huésped. Convinieron ambos caudillos en la necesidad de tratar el asunto acompañados de algunos generales de ambos ejércitos, y al efecto fueron designados Urbiztondo y Latorre por Maroto, como Linage y Zavala por Espartero. Este, fuese por indicárselo Linage, ó fuese por recientes instrucciones del gobierno (pues que él tenia prometida de antemano la conservacion de los fueros), presentó dificultades en la conferencia para concederlos en toda su integridad, y como Urbiztondo y Latorre no podian ceder en su condicion de vascongados, se disolvió la reunion sin acordar nada, pero no rompiendo abiertamente en esperas de arreglar el asunto, de modo que cuadrase á ambas partes.

Momentos ántes de salir Maroto de su campamento de Elgueta para ver á Espartero, ofuscado por encontradas ideas, y sin saber por lo tanto lo que hacia, mandó á Carlos una comunicacion diciéndole, «que se le habia presentado el parlamentario de Espartero con proposiciones de paz, siendo las principales *el reconocimiento de los fueros, el de los empleos de todo el ejército carlista y el del mismo Carlos como infante de España*, y que él marchaba en aquella misma tarde á verse con el caudillo liberal.» Carlos recibió la comunicacion de Maroto como hija de una

infame traicion, y despues de publicarlo así en alocucion que dió en Villafranca de Guipúzcoa, voló á Elgueta para avistarse con su general en jefe, quien le dijo « ¡ue él no había hecho más que trasmitirle fielmente lo que se le propusiera; pero que debía añadirle, que se decidiese pronto, *porque ni el ejército ni los pueblos querian más guerra.* » Cárlos salió á revistar las tropas, que eran castellanas, guipuzcoanas y navarras, en la idea de atraérselas y fusilar á Maroto; pero se encontró con que, más que por su persona, estaban por la de su general en jefe, porque éste representaba la deseada paz: lleno de cólera y sentimiento, regresó inmediatamente á Vergara convencido de que su causa estaba perdida, sin embargo de lo cual destituyó á Maroto y dió el mando del ejército á Negri, que se presentó á tomarle; pero Maroto le hizo volver más que de paso al cuartel real. En esto Maroto pidió otra conferencia á Espartero, la cual tuvo lugar el 27, pero sin resultado por causa de la cuestion de los fueros. Por esto y por recibir Maroto la noticia de que Villarreal y Elío, que estaban comprometidos con él, se habian vuelto atrás de su palabra, el primero por influencias de Sebastian de Borbon, y el segundo por ruegos del mismo Cárlos, abandonó al caudillo carlista la serenidad, y sin calcular la trascendencia del paso que iba á dar, escribió al pretendiente el mismo dia 27 *pidiéndole perdon y ordenes para la continuacion de la guerra*, ya de todo punto insostenible. Como se vé, Maroto acababa de perder el juicio ante la consideracion de lo gigantesco de la empresa que hacia medio año traia entre manos. Por toda contestacion Cárlos le volvió á mandar á Negri para que le entregase el mando. En esto, impaciente Latorre por no arreglarse la paz, va en busca de Maroto, y enterado por un ayudante de éste del paso que acababa de dar pidiendo perdon á Cárlos, entra á ver al general, quien le dice que están rotas las negociaciones y que marchára con la division vizcaína á Guipúzcoa, á donde él tambien iria para oponerse á Espartero y batirle en el sitio que juzgase más propicio para ello. Callóse Latorre, pero salió de la presencia de Maroto decidido á hacer el convenio con ó contra su acuerdo, y al efecto habló á todos los jefes de su

division, que, unánimes, le aseguraron secundarle en su noble empresa. El 28 llegó Maroto á Villarreal de Zumárraga, en donde dijo que esperaba al liberal para batirle. Latorre se decide entonces á hablarle con claridad y le dice, «que ya no es posible retroceder bajo la pena de morir ambos fusilados con otros muchísimos comprometidos, y que los batallones de su mando no se batirán porque desean la paz que se les ha prometido.» A poco rato aparece Negri en Villarreal con objeto de tomar el mando del ejército, y Latorre vuela de nuevo ante Maroto para hacerle ver que las tropas se hallaban en una gran efervescencia á causa de la llegada de Negri, al que no querian obedecer. Negri, que entró á la sazón en el cuarto de Maroto; pidió á éste que le diera posesion del mando, y Latorre, sin dejar hablar á Maroto, se encara á Negri y le dice, «que se marche inmediatamente si no quiere ser víctima de los imprudentes que le habian enviado allí, y que ellos no reconocen ya para nada al gobierno de Carlos.» Marchóse Negri lleno de temor, y entonces dijo Latorre á Maroto: «no hay tiempo que perder; escriba usted inmediatamente á Espartero para tener otra conferencia, y veamos de zanjar del mejor modo posible las diferencias que hasta el dia han imposibilitado la realizacion de nuestro gran pensamiento.» Hizolo así al instante Maroto, y como Espartero iba avanzando de Vizcaya á Guipúzcoa, recibió la comunicacion del carlista el dia 28 á su entrada en Oñate: en el acto contestó á Maroto diciéndole, que deseaba ardientemente la paz, que podia hacerse bajo las tres bases de reconocimiento de los empleos del ejército carlista, de entregarle los parques de artillería, maestranza, etc., y de recomendar al gobierno eficazísimamente la oferta que á él le habia hecho de proponer á las Córtes la concesion ó modificacion de los fueros. En vista de esta carta de Espartero, se presentaron en Oñate el 29 Latorre, Urbiztondo, Iturbe, Toledo, Linares y el auditor Lafuente: el caudillo liberal les recibió con gran satisfaccion, teniendo á su lado á Linaje, Ribero, Cortinez Tena, Ponte y Zavala: obsequiados todos con un espléndido almuerzo, redactaron despues, no sin extensa discusion sobre algunos puntos, el convenio llamado de Verga-

ra, porque se ratificó á los dos dias en esta villa, cuyos diez artículos son, á saber:

1.º El capitán general D. Baldomero Espartero recomendará con interés al gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse formalmente á proponer á las Córtes la concesion ó modificacion de los fueros.

Art. 2.º Serán reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los generales, jefes, oficiales y demás individuos dependientes del ejército del teniente general D. Rafael Maroto, quien presentará las relaciones con expresion de las armas á que pertenecen, quedando en libertad de continuar sirviendo, defendiendo la Constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre, ó bien de retirarse á sus casas los que no quieran seguir con las armas en la mano.

Art. 3.º Los que adopten el primer caso de continuar sirviendo, tendrán colocacion en los cuerpos del ejército, ya de efectivos, ya de supernumerarios, segun el órden que ocupan en la escala de las inspecciones á cuya arma correspondan.

Art. 4.º Los que prefieran retirarse á sus casas, siendo generales ó brigadieres, obtendrán su cuartel para donde lo pidan, con el sueldo que por reglamento les corresponda: los jefes y oficiales obtendrán licencia ilimitada ó su retiro segun su reglamento. Si alguno de esta clase quisiese licencia temporal, la solicitará por el conducto del inspector de su arma respectiva y le será concedida sin exceptuar esta licencia para el extranjero; y en este caso, hecha la solicitud por el conducto del capitán general D. Baldomero Espartero, éste les dará el pasaporte correspondiente, al mismo tiempo que dé aviso á las solicitudes recomendando la aprobacion de S. M.

Art. 5.º Los que pidan licencia temporal para el extranjero, como no pueden recibir sus sueldos hasta el regreso, segun reales órdenes, el capitán general D. Baldomero Espartero les facilitará las cuatro pagas en órden de las facultades que le están conferidas, incluyéndose en este artículo todas las clases desde general hasta subteniente inclusive.

Art. 6.º Los artículos precedentes comprenden á todos

los empleados del ejército, haciéndose extensivo á los empleados civiles que se presenten á los doce dias de ratificado este convenio.

Art. 7.º Si las divisiones navarra y alavesa se prestasen en la misma forma que las divisiones castellana, vizcaina y guipuzcoana, disfrutarán de las concesiones que se expresan en los artículos precedentes.

Art. 8.º Se pondrán á disposicion del capitán general D. Baldomero Espartero los parques de artillería, maestranzas, depósitos de armas, de vestuarios y de víveres que estén bajo la dominacion y arbitrio del teniente general D. Rafael Maroto.

Art. 9.º Los prisioneros pertenecientes á los cuerpos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa y los de los cuerpos de la division castellana que se conformen en un todo con los artículos del presente convenio, quedarán en libertad, disfrutando de las ventajas que en el mismo se expresan para los demás. Los que no se convinieren sufrirán la suerte de prisioneros.

Art. 10. El capitán general D. Baldomero Espartero hará presente al gobierno, para que éste lo haga á las Córtes, la consideracion que se merecen las viudas y huérfanos de los que han muerto en la presente guerra, correspondientes á los cuerpos á quienes comprende este convenio.

Firmó el anterior convenio Espartero, y al pié suscribieron diferentes jefes carlistas; pero Maroto no lo quiso hacer por incomprensibles escrúpulos.

Designada la villa de Vergara para que el 31 se presentasen los batallones carlistas confundidos con las tropas liberales para confirmar así pública y solemnemente el convenio, todos fueron allá, incluso Maroto, que triste y pensativo partió con los suyos de Villarreal de Zumárraga: abrazóle Espartero delante de los dos ejércitos en medio de un delirante y universal entusiasmo, y esta fué la señal para que se abrazasen llorando de alegría los soldados, jefes y oficiales de ambos bandos: el inmensísimo público que ocupaba las inmediatas alturas descendió entonces de ellas en medio de sollozos consoladores y ébribo de gozo á abrazar á liberales y carlistas, que desde aquel

momento no eran sino hermanos, como hijos de una misma patria. Fué este un espectáculo hasta no más sublime que á todos hizo derramar abundantes lágrimas por la satisfacción de tocar los resultados de la deseada paz. Espartero arengó á todas las divisiones carlistas entusiasmándolas con su noble lenguaje, y pronunciada la última arenga, volvió á abrazar á Maroto en medio de atronadores aplausos de tropas y pueblo.

Trabajaron con fe y entusiasmo por el convenio S. Latorre, que se distinguió entre todos; Urbiztondo, Cuevillas, Fulgosio, Lasala (M.), Lardizabal y otros varios jefes. Muchos batallones y escuadrones carlistas quisieron formar parte del ejército para combatir á Cabrera.

Cárlos, con toda su familia y gran comitiva, salió de Tolosa para Andoain al tener noticia del abrazo de Vergara, y luego se fué á Navarra, en donde contaba con algunos batallones. En Elizondo supo la trágica muerte de general G. Moreno, *el verdugo de Málaga*, que tuvo un fin digno de su vida, pues que, como al conde de España, mataron los suyos por reprender á varios soldados del 11.^o de Navarra, uno de los batallones sublevados por los apostólicos, sus amigos: despues de hacerle una descarga, le cosieron á bayonetazos delante de su desolada familia. Cárlos, ó mejor la gente que le rodeaba, intentó prolongar en Navarra la fratricida lucha; pero viendo que se desertaban á bandadas sus soldados para acogerse al convenio, y que Espartero se acercaba en la idea de prenderle, escapó á Francia por Ordax en la tarde del 14 de Setiembre, abandonando para siempre el suelo español, acompañado de su familia, del cura Merino, de Elio, Guibelalde y otros jefes y cortesanos: con él emigraron unos cuantos miles de hombres, á quienes los legitimistas franceses del mediodía obsequiaron y socorrieron espléndidamente. El castilio de Guevara, cuyo gobernador era opuesto al convenio, capituló el 25, y desde este dia reinó la paz en todo el país vasco-navarro, asolado por ambos bandos y regado abundantemente con la sangre de sus hijos y más con la de la juventud de toda España durante seis años de horrible lucha, iniciada por la ambicion de un hombre indigno por todos los estilos del solio que queria escalar.

Tal fué el convenio de Vergara, que por de pronto llevó la paz y la más grande alegría á la desdichada patria. Le cantaron los poetas, le glorificaron los periodistas, le bendijo el clero ilustrado, le ensalzó Cristina, le aprobó con entusiasmo la España toda por medio de sus ayuntamientos y corporaciones de todas clases, y le celebraron las Cortes hasta el extremo de abrazarse con efusion diputados y senadores de distintas opiniones en el momento que tuvieron noticia de él, considerándole un faustísimo suceso nacional. Pero el convenio encerraba el gérmen de nuevas discordias con su artículo referente á los fueros, que tenian que quedar en pié porque así lo habia prometido Espartero, como á éste se lo ofreció el gobierno y así lo tuvieron que acordar las Córtes, dejándose llevar de las impresiones del momento, que generalmente conducen al error, salvando el compromiso de aquél y de éste con la vaga cláusula, que no era sino letra muerta, y que despues de todo no fué invencion española, sino del ministro inglés lord Palmerston en las instrucciones dadas al diplomático *Mr. Wilde, de dejarles subsistentes, sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía.* Por dejar en pié esos privilegios de los vasco-navarros con sus ayuntamientos y diputaciones forales, sus juntas, etc., no sólo habia de ver la España otra guerra civil en no lejano tiempo, sino fuertes convulsiones con sólo indicar el resto del país que no debia ni podia ver con calma que él pagase enormes tributos de sangre y dinero mientras los vasco-navarros estaban exentos de toda carga y al propio tiempo en actitud completa de aspirar á todos los destinos, cargos y honores de la nacion española. El convenio, dejando subsistente el régimen semi-feudal y semi-teocrático de los vasco-navarros, dejó tambien el fanatismo religioso de éstos, cosa que debieron mirar Espartero y los que le aconsejaron suscribir aquél, cuando, á nuestro juicio, pudo hacer la paz sin sucumbir á esa condicion humillante, porque por la paz, más que por los fueros, suspiraban las tropas carlistas y el país entero en que ellas se hallaban. Nosotros creemos que si Espartero borra en Oñate el artículo referente á los fueros, se habria firmado el convenio lo mismo que con él, y que ni Latorre ni Urbiztondo, ni

los jefes de la division castellana, ajenos al asunto, ni ninguno de los hombres comprometidos para celebrarle, hubieran apelado á las armas, y caso de hacerlo, habríanlo hecho en vano, por cuanto desorganizado el ejército carlista hasta el extremo que hemos visto, no se hallaba en condiciones de resistir al de Espartero, que le habria anonadado en pocos días.

No tienen razon los carlistas ni los que juzgan los acontecimientos históricos bajo el estrecho criterio de la pasion ciega ó del entusiasmo hácia un partido al decir que la causa carlista fué vendida en Vergara por Maroto, porque en realidad ella fué la compradora, hallándose en estado de perdicion, merced á la debilidad y torpezas de su representante; y si ella fué la compradora debióse á que Espartero, en su amor á la paz (natural y santo por otro lado), no conoció que al hacerla dejaba en pié las mismas causas que habian producido la guerra. Méenos razon tienen los que acusan á Maroto de traidor por la celebracion de ese convenio en que, como acabamos de ver, apenas intervino á última hora; y si se dejó arrastrar á él, lo hizo en uso de su legítimo derecho de salvar la vida. Si se le quiere acusar de traidor por los fusilamientos de Estella, que engendraron el convenio, cúlpese ántes á Cárlos de no saber gobernar, y échense sobre sus hombros las consecuencias de su ineptitud, de sus torpezas y de su doblez, no sobre Maroto, que llenó sus deberes de general en jefe sacrificando con justicia. aunque prescindiendo de formas legales, á los conjurados, que, de no hacerlo, le hubieran dado muerte á él. Por lo demás, ¿qué traidor es ese que tolera á *fortiori* y por salvar su vida que se celebre el convenio, que deseaba todo el país de los privilegios y pedia el ejército carlista casi en masa? ¿Qué traidor es ese que, á imitacion del bravo, franco y honrado S. Latorre, no recibe ni un céntimo por su supuesta traicion, eso que pudo embolsarse, á haberlo deseado, algunos millones de los 25 que para hacer la paz puso el gobierno á disposicion de Espartero? Al dejarse llevar Maroto á Vergara no miró más que el bien del país, único objetivo de su conducta desde que se convenció por triste experiencia de que Cárlos, no sirviendo para

regir un gran pueblo, ni siquiera una miserable aldea, mató su causa desorganizando el ejército y perturbando los elementos civiles que estaban á su lado con sus debilidades, su hipocresía, su fanatismo y su ingratitud. Maroto no es traidor ante la historia: si es cuando más un desgraciado ante los partidarios de la mal llamada legitimidad, en cambio es á los ojos del género humano un general que se sacrificó en aras de la paz y ventura de su patria. Réstanos decir de él que á luego de celebrado el convenio se encaminó á Bilbao, y desde allí solicitó del gobierno español licencia para ir á América, en donde tenia intereses de cuando en ella hizo la guerra á los insurgentes; y como por causa de otros intereses necesitaba pasar antes á Francia, pidió tambien permiso para ir á Burdeos, el que le fué al instante concedido por el famoso mariscal Soult, presidente del Consejo de ministros de Luis Felipe I.

Córtes. El ministerio Perez de Castro, que suspendió las Córtes en Marzo con ánimo de reunir las en Mayo, cambió de opinion, y las disolvió en 1.^o de Junio, convocando otras nuevas para igual dia del próximo Setiembre. Ganaron las elecciones los progresistas, que se mostraron tan intolerantes en la discusion de actas, que anularon las de 50 ó más diputados moderados. Una de las primeras cuestiones de que se ocuparon las Córtes, segun los compromisos de Espartero y el gobierno, fué la de los fueros: en medio de ella, el 7 de Octubre, apoyando Olózaga una enmienda, dijo que si el ministerio (en el cual tenian mayoría los moderados) era necesario para completar la pacificacion del país, él le prestaria su apoyo. Bastó este rasgo patriótico de Olózaga para que Alaix dejase su asiento y fue-e con los brazos abiertos hácia Olózaga, que le recibió entre los suyos con trasportes de júbilo. Alaix gritó: *¡Este es otro abrazo de Vergara!* A la vista de esto, y obedeciendo á la natural impresionabilidad del carácter español, diputados y tribunas prurumpieron en estrepitosos bravos, y entonces se abrazan con entusiasmo unos á otros diputados, lloran no pocos de gozo, y algunos se dan ósculos de fraternidad, que pronto iba á aparecer desmentida. Al fin, despues de ligeros de-

bates, se aprobó el proyecto de fueros, dejándolos en pie con la clausura *de sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía*. Los vasco-navarros quedaron definitivamente vencedores en este día, y la nación española fué la vencida: la cláusula esa no podía ser más que letra muerta, porque las tres provincias hermanas, y un poco ménos Navarra, disfrutaron hasta el presente de cuantos privilegios habian gozado durante varios siglos, no pagando contribuciones de ninguna clase, no dando soldados para defender la patria, no teniendo papel sellado, ni el tabaco ni otros artículos estancados, conservando su organizacion municipal y provincial con sus ayuntamientos y diputaciones forales, sus migueletes ó soldados y demás franquicias que las constituian en verdaderas soberanas del resto de España, degradada tributaria de ellas.

Entrándose despues en la discusion del mensaje se vió que la reconciliacion del 7 de Octubre no fué más que el producto efimero de la imaginacion meridional española, porque oposicion y ministeriales se declararon una guerra implacable. Alaix, que representaba el elemento progresista, dimitió en vista de esto, y la gobernadora, inclinada al elemento moderado que aspiraba á desnaturalizar la Constitucion con proyectos reaccionarios sobre ayuntamientos y diputaciones provinciales, admitió su dimision con imprudente desprecio de la mayoría de la Cámara, que era de las opiniones del ministro de la Guerra, y se reorganizó el ministerio, dando entrada en él á tres moderados, al general Francisco Narvaez, que entró en Guerra, á Calderon Collantes (S.), que se encargó de Gobernacion, y á Montes de Oca, que ocupó el departamento de Marina. Este olvido de las prácticas constitucionales soliviantó al Parlamento contra los moderados y contra la misma Cristina, y votó una proposicion declarando que los españoles no estaban obligados á pagar ninguna contribucion no votada ó autorizada por las Córtes. Esto envolvía un terrible voto de censura contra el gobierno, porque le privaba de recursos para gobernar. No obstante ello, obcecados Arrazola y demás ministros arrastraron más y más á Cristina hácia las corrientes reaccionarias,

y con desprecio de todo la hicieron firmar primero la suspensión de las sesiones y luego la disolución de las Cortes, convocando otras para el 18 de Febrero de 1840. Ni esto hizo perder á Olózaga un átomo de su inmenso cariño al Código de 1837.

Antes de la caída de Alaix suprimió el ministerio con alegría de los buenos el insolente y grosero periódico titulado *El Guirigay*, de ideas exaltadísimas, y que atacaba de continuo tan despiadada como injustamente á aquel honrado general. y un día publicó un artículo feroz contra la misma Cristina. Era su principal redactor Luis Gonzalez Brabo, quien dejó luego sus pujos demagógicos marchándose al campo moderado para ser ministro y persecuidor de liberales, que este es generalmente el fin de la carrera política de los exaltados en pasiones, vocingleros y amigos del escándalo y de las bullangas. También el Gonzalez Brabo formaba parte por entonces, lo mismo que un tal Nocedal y varios tornadizos, de un club exaltado que, entre otros perversos y disparatados planes, fraguaba el de inutilizar á Espartero calumniándole y desacreditándole para que le reemplazasen generales patriotas como Rodil, R. Narvaez y Córdoba.

HISTORIAS.

LIBRO XXVIII.

(DESDE EL CONVENIO DE VERGARA HASTA LA RENUNCIA
DE MARÍA CRISTINA.)

Sumario.

Guerra de Cabrera.—Sale Espartero para Aragon con parte del ejército del Norte.—Manifiesto de Mas de las Matas.—Toma de Segura y Castellote.—Toma de Aliaga.—Toma de Alcalá de la Selva.—Toma de Alpuente y de Begis.—Abandono de Cantavieja.—Accion de la Cenie.—Toma de Morella.—Pasa Cabrera á Cataluña.—Correrias de Balmaseda y de Palacios.—Toma de Cañete y de Beteta.—Toma de Berga y entrada de Cabrera en Francia.—Fin de la guerra.—Córtes.—Ley de ayuntamientos y diputaciones.—Menosprecio de la opinion pública por parte de Cristina.—Pronunciamiento de Setiembre.—Renuncia Cristina la regencia y se embarca para Francia.—Extranjero.—Cuadro político y literario de la España durante la guerra.

Guerra de Ca- La relacion que vamos á hacer de belicosos
brera. hechos, no es en rigor una continuacion de la guerra civil finalizada en Vergara, sino una lucha sostenida por la soberbia de Cabrera, de este hombre cubierto de crímenes, tirano hasta de los suyos, y sediento todavía de sangre por no haberle hartado la que durante seis años derramára á torrentes y casi siempre sin necesidad. Las guerras se inician y se sostienen en la confianza de hacer triunfar una idea, un principio cualquiera ó una causa buena ó mala. ¿Qué esperanzas de triunfo podia abrigar el guerrillero, vencido dos ó tres veces por O'Donnell con su reducido ejército del Centro, cuando hecha la paz, abandonada la causa carlista por casi todos sus defensores, marchaba contra él Espartero al frente de 50.000 soldados aguerridos, yendo entre ellos algunos ba-

tallones y escuadrones que hasta allí defendieron con teson y lealtad las pretensiones de Carlos? Al sostener esta lucha Cabrera, sabiendo que va á ser vencido, no lo hace más que por propio interés y por sed de sangre. Esa lucha sin esperanza próxima ni remota de triunfo, no merece siquiera el nombre de civil, porque carece del objeto por el cual así pueda calificársela: la cuadrará el nombre maldito del que la sostiene, el de *guerra de Cabrera*, y ella no sólo es digna de la maldicion de la historia, sino tambien del profundo desprecio del que con imparcialidad la escriba, como del que con serenidad la lea.

Sale Espartero para Aragon con gran parte del ejército del Norte.

Refugiado Carlos en Francia, Espartero arregló el ejército del Norte, aumentado con los batallones y escuadrones carlistas que quisieron continuar en el servicio de las armas; de modo que, sin desatender al país recién pacificado, pudo ponerse al frente de 50.000 hombres, los 46.000 infantes y cerca de 4.000 jinetes, para lanzarse á Aragon, dejando en Navarra al nuevo virey Ribero 15 batallones y 8 escuadrones, en Guipúzcoa á Araoz siete batallones y un escuadron, en Vizcaya á Arechavala ocho batallones y otro escuadron, y en Alava á Piquero siete batallones y cinco escuadrones. De los 50.000 hombres hizo cuatro divisiones: la primera á las órdenes de Diego Leon, subdividida en tres brigadas á cargo de Otero, Concha y Ezpeleta; la segunda, á las órdenes de Puig Samper, con los dos brigadieres Torre y Mahy; la tercera, á las de Alcalá, con los tres brigadieres Roncali, Aleson y Oset, y la cuarta, á las de Castañeda con los dos brigadieres Crespo y Gascon. Con el cuartel general habian de ir ocho compañías de zapadores, la de cazadores de Luchana y dos escuadrones de la escolta del general en jefe. Las cuatro divisiones contaban con unas 80 piezas de artillería, las más de grueso calibre.

El 29 de Setiembre, despues de dirigir á Cristina una exposicion en pró de una amnistia para los liberales espartriados, presos ó encausados, salió Espartero de Logroño en direccion á Zaragoza, donde se le hizo un recibimiento entusiasta, y allí publicó una alocucion á los facciosos del Maestrazgo brindándoles con la paz, á la cual contestó

Cabrera con otra animando á los suyos á la lucha en la esperanza (que no sentia su corazon) de vencer al caudillo liberal, á quien torpemente injuriaba. Movió Espartero su ejército hácia el Bajo Aragon, y despues de una conferencia con O'Donnell se convino en que éste fuese á Teruel, desempeñando el cargo de segundo jefe de los ejércitos reunidos del Centro y Norte.

Instalando Espartero sus tropas en Alcorisa y Calanda, abandonadas por los carlistas, Foz Calanda, Mas de las Matas, Aguaviva y otros puntos próximos, de propósito quiso llevar con calma las operaciones, ya para ver si lograba que algunos jefes enemigos se acogiesen al convenio, ya para examinar bien el estado de las plazas que tenia á su frente, como Castellote, Segura y otras, que calculó habria que expugnar. Viendo Cabrera que no se le atacaba tan pronto como él creia salió de Morella el 8 de Noviembre á recorrer los puntos fortificados de la provincia de Teruel y orilla del Ebro, dando antes otra alocucion á los suyos en que ridículamente les decia, *que aspiraba á que se hicieran inmortales*. Despues de emplear un mes en inspeccionar varias plazas cayó gravemente enfermo; pero á últimos de Enero de 1840 recobró su salud con gran gozo de los suyos, que solemnizaron con salvas y *Te-Deum* el fin de la enfermedad.

Mientras tanto habian tenido lugar en la parte oriental del Maestrazgo diferentes encuentros entre Arévalo, Llagostera y Forcadell y las columnas del ejército del Centro, mandadas por Valdés y Azpiroz: aquél sufrió una derrota, pero éste, despues de triunfar de Forcadell, tomó el castillo de Chulilla, defendido por unos 80 facciosos, habiéndolo hecho antes de Chelva y Torres de Castro.

Manifiesto de La inmensa popularidad que habia adquirido Espartero con motivo del convenio de Vergara hizo que todos los partidos fijasen en él sus miradas, deseando atraerle para convertirle en instrumento de sus planes. No se habia dado á conocer Espartero como progresista; pero sus inclinaciones y su amor á la Constitucion, de la que se burlaban los moderados con Cristina reformando el ministerio extraparlamentariamente para eliminar al elemento liberal que en él habia, presen-

tando un reaccionario proyecto sobre ayuntamientos y diputaciones, que hubo que retirar á impulso de la opinion pública pronúnciada contra él, y la disolucion inmotivada de las Cortes por ser su mayoría progresista, llevaron al duque de la Victoria, guiado además, segun universal fama, por su secretario de campaña Linaje, á las filas del progreso antes de empezar las hostilidades contra Cabrera. Hallábase con el cuartel general en la pequeña villa de Mas de las Matas á la vista de Castellote, de la que la separan unos 9 kilómetros, y allí recibió diferentes comunicaciones de algunos ministros y de varios personajes progresistas, pintándole á su manera la situacion política que se atravesaba, los ministros con anuncios fatidicos de planes demagógicos, capaces de dar al traste con el trono y con lo más venerando de la sociedad, si no se ponía el oportuno correctivo por medio de una represion justificada, y los progresistas acusando á los ministros y á sus parciales de enemigos de la Constitucion y de las patrias libertades, de falsificadores de las elecciones que iban á tener lugar, de propaladores de voces sobre que el mismo Espartero aprobaba las ilegalidades puestas en juego para que el triunfo fuera de los moderados, y por último de calumniadores del general suponiéndole dispuesto á empuñar la espada de la dictadura en contra del mismo trono y de los más leales defensores de él, al propio tiempo que del órden social. Hecho cargo Espartero de cuanto le decian en uno y otro sentido creyó llegada ya la ocasion de manifestar sus opiniones políticas, cosa que habia cuidadosamente eludido durante los últimos años, y facultó á Linaje para dirigir en mediados de Diciembre á *El Eco del Comercio*, el más importante de los diarios progresistas, el documento conocido bajo el nombre de *Manifiesto de Mas de las Matas*, en el cual, despues de sentar que el duque de la Victoria sentia que no fuera una verdad la reconciliacion del 7 de Octubre en el Congreso, se propasaba á decir, «que Espartero creia que *debían retirarse los proyectos de ley sobre ayuntamientos y diputaciones y otros*, que segun *su opinion particular* no debieron disolverse las Córtes, que él no habia influido en la remocion de empleados hecha por causa de las elecciones,

la cual consideraba funesta, y que su divisa era la Constitucion de 1837, el trono de Isabel y la regencia de Cristina.» Como se ve, por más que los parciales de Espartero hayan pretendido cohonestar la publicacion de este manifiesto *en la idea de destruir el mal efecto causado en la nacion por las voces esparcidas de que el duque habia aconsejado las ilegalidades electorales para sostenerlas con la fuerza*, es lo cierto que Espartero, en calidad de general en jefe del ejército del Norte, ni pudo ni debió publicarlo ó autorizar su publicacion, ni manifestar su opinion de que el ministerio estaba en el caso de retirar estos ni los otros proyectos de ley, ni emitir dictámen sobre la disolucion de las Córtes ni sobre los demás puntos que abrazaba el célebre documento. Como general en jefe su única mision delante del enemigo era la de combatirle hasta exterminarle, y al lanzarse á la arena candente de los partidos dió el primer paso en la senda del militarismo, que tantas desdichas ha proporcionado á esta nacion infeliz. Desde el manifiesto de Mas de las Matas Espartero reúne ya el doble carácter de general en jefe del ejército español y caudillo del partido progresista. Á éste le llenó de tanto gozo el manifiesto como de disgusto y terror á los moderados y á la misma Cristina.

Toma de Segura y Castellote. Hasta mediados de Febrero de 1840, y en medio de un temporal terrible de agua y viento, que reinó casi constantemente en aquel invierno, no empezó Espartero las operaciones militares, dirigiéndose ante todo con respetables fuerzas contra el formidable castillo de Segura. Intimada la rendicion, que fué contestada con una negativa, dióse principio á los trabajos de sitio, colocando cinco enormes baterías bajo los tiros de la fortaleza: en esto estalló dentro de ella una insurreccion por sospechas de alevosía, que dió por resultado el asesinato de su gobernador y otros jefes, cogiendo el mando el que hizo cabeza de motin. La artillería liberal causó en pocos dias grandes destrozos en el castillo, al ver lo cual el nuevo gobernador pidió en la madrugada del 27 capitulacion, que le fué otorgada por Espartero, salvando los sitiados vidas y equipajes. La guarnicion del castillo era de 300 hombres, y su artillería constaba

de seis piezas de todos calibres. El vencedor hizo volar la fortaleza.

Retrocediendo Espartero á sus primitivas posiciones de Mas de las Matas, se dirigió contra Castellote, cuyo castillo, sito en una escarpadísima roca, era aun más fuerte por la naturaleza y el arte que el de Segura. Conduciendo con inmensas dificultades por la aspereza de terreno y absoluta carencia de caminos la artillería rodada, logró el jefe liberal colocar su hueste en frente de la plaza el 23 de Marzo, cuando ya los sitiados habian reducido á cenizas los caseríos sitios dentro del radio de unos cinco kilómetros. Los cabreristas enarbolaron bandera negra, y se prepararon á una resistencia obstinada desde la villa, y los sitios próximos llamados del Calvario, ermita de San Marcos y el castillo.

El citado 23 comenzó el ataque contra San Marcos y la villa por la brigada de vanguardia y la division de la guardia real, apoyadas por la artillería, y al ver los cabreristas la bravura de los liberales y la mucha gente que iba en su contra, abandonaron la ermita y la poblacion, retirándose al castillo. Dueño Espartero de la villa, determinó cercar la fortaleza, lo que logró con gran trabajo y considerables pérdidas, porque no sólo recibieron los suyos el fuego del castillo, sino el de varios puntos atrincherados en sus alrededores. Encerrados ya en la fortaleza todos los cabreristas, hizo colocar Espartero junto á la villa las baterías de brecha, y tan certeras estuvieron éstas en sus disparos, que el 24 destruyeron el principal torreón y los bastiones más importantes, como el 25 y 26 echaron por tierra las torres más altas, inclusa la del homenaje, enterrando entre sus escombros la bandera que en ella flotaba. Aun tenian su último refugio los cabreristas en un sólido torreón, que el liberal se decidió á volar por medio de una mina, que abrieron los zapadores con inmensa dificultad y notables bajas. Quiso antes Espartero que el brigadier Concha se apoderase de un trozo de castillo que habia en pié frente á la villa, lo cual realizó éste en la misma tarde del 26, mostrando un heroismo incomparable, porque llegó al sitio designado y le tomó luchando cuerpo á cuerpo con los sitiados, des-

pues de haber ascendido por un desfiladero estrechísimo y abriendo en él sus soldados con zapapicos lugar para fijar la planta por no caer en el abismo insondable que tenían á sus piés. Entónces, y reducida á una cuarta parte la guarnicion del castillo, pidió su gobernador Marco capitulacion, que le otorgó Espartero con las mismas condiciones que al de Segura. Costó al ejército liberal la toma de Castellote más de 200 bajas, y á los cabreristas 150. Quedaron prisioneros Marco con 14 oficiales y 289 individuos. Espartero mandó destruir lo que quedaba en pié de la fortaleza.

Toma de Aliaga. Durante el sitio de Castellote habian experimentado varias derrotas los cabreristas de la parte oriental del Maestrazgo junto á Onda, Lucena y Novaliches: cerca de la última aldea les destrozó el brigadier Pavía dos batallones, matando 60 hombres y cogiendo unos 100 prisioneros. Así bien, mientras que Diego Leon, despues de la toma de Castellote se apoderaba de los puertos de Beceite ocupando además otros puntos importantes para asediar á Morella, tuvieron los cabreristas varios contratiempos al occidente del Maestrazgo, pues que el ya coronel Martin Zurbano derrotó dos batallones cerca de Pitarque, como Ayerbe destrozó otro en las inmediaciones de Villarluego, habiendo sido el primero que atacó el coronel convenido Fulgoso.

A principios de Abril puso O'Donnell sitio al castillo de Aliaga, entre Castellote y Teruel, habiendo salido de esta ciudad el 3: era el citado castillo muy fuerte por sus tres recintos y le defendian 400 hombres bajo las órdenes de su gobernador Macarulla. Contestó éste á la intimación de rendirse enarbolando bandera negra. El 13 rompió el fuego la artillería liberal, apagando á las pocas horas los contrarios. Continuó el fuego durante los dias 14 y 15, y viendo la tenacidad de los sitiados, trató O'Donnell de abrir una mina para volar la fortaleza; pero lo impidieron sus defensores. Entonces redobló la artillería sus disparos, y el 16 ya no era el castillo más que un monton de escombros, por lo que Macarulla tuvo que capitular con las mismas condiciones que lo habian efectuado los gobernadores de Segura y Castellote.

Toma de Alcalá de la Selva. Como no podía ménos de suceder, los cabreristas contaban por dias sus derrotas. Diego Leon batió á Bosque en la Cerollera y luego Zurbano le destrozó en Canadilla. Ayerbe tomó el fuerte de Ares, y O'Donnell puso asedio el 18 de Abril al castillo de Alcalá de la Selva del partido de Mora de Rubielos, defendido por 150 hombres á las órdenes de Pertegaz, el fiel amigo de Cabrera. Enarbolada por los cabreristas bandera negra, hizo O'Donnell jugar la artillería sobre el castillo, reduciéndole en tres dias á escombros, durante los cuales fué herido Pertegaz, contra cuya opinion pidieron capitular sus subordinados, á los que O'Donnell concedió vidas y equipajes.

Toma de Alpuente y de Begis. Lo mismo que de este lado del Maestrazgo, los cabreristas perdian del otro cuantas acciones empeñaban y cuantos puntos fortificados querian conservar, y era que la masa de los antiguos carlistas no tenia ya fé en el triunfo de la causa en que Cabrera estaba empeñado por soberbia y deseo de verter sangre, y muchos se desertaban, y los que no lo hacian peleaban de mala gana ó sin entusiasmo. Por esto pudo Azpiroz apoderarse del formidable castillo de Alpuente, el 24 de Abril despues de siete dias de resistencia, como luego se hizo dueño del de Begis, que se le rindió en el momento de abrir en él brecha para asaltarle.

Abandono de Cantavieja. En el primer tercio de Mayo dió orden Cabrera, restablecido de una segunda enfermedad, de abandonar á Cantavieja, incendiándola ántes, lo cual tuvo efecto el dia 11. Sabedor de ello O'Donnell, se presentó el 13 en la plaza, y por su mandato fué apagado el fuego, salvándose aun muchas casas y grandes cantidades de municiones de boca y guerra.

Accion de la Cenia. Puesto O'Donnell en Cantavieja, situada en el mismo confin valenciano, marchó á la marina de Castellon, decidido á batir á Cabrera, quien, bajando de Morella, habia reunido junto á la villa de la Cenia á casi todos sus aturdidos tenientes Forcadell, Arnau, Alió, Ceballos, Pons y otros. El 20 de Mayo dió vista O'Donnell al tortosino, contra el que lanzó batallones y escuadrones, que fueron recibidos con bravura por el ene-

migo; pero despues de breve, aunque sangrienta pelea, se retiró éste á las asperezas próximas á la Cenia, cuya poblacion ocuparon los liberales sin más resultado. Cabrera, aunque era sabedor á la fecha de que Espartero tenia puesto asedio á Morella, no quiso subir á defenderla. Le gustaba el derramamiento inútil de sangre, pero procurando economizar la suya.

Toma de Morella. El 19 de Mayo presentóse Espartero en las inmediaciones de Morella al frente de un in-

menso ejército y con la artillería necesaria para arrasar plaza y castillo, por grande que fuera la resistencia que opusieran sus defensores. Como el 20 cayó una gran nevada con frio tan intenso, que por causa de él perecieron algunos soldados, no se empezaron las hostilidades hasta el 22, en que las baterías liberales empezaron á arrojar proyectiles contra el fuerte avanzado de San Pedro Mártir, á cargo de Antonio Camps. Viendo la guarnicion del fuerte los destrozos horribles hechos por los cañones de los libres, significó, transida de miedo, á Camps que queria capitular; y por más que éste la reprendió y amenazó, insistió aquella en su opinion, y el fuerte pasó á poder de los liberales sin condiciones de ninguna especie. Perdido el fuerte de San Pedro Mártir abandonaron los cabreristas otro inmediato llamado de Querola, no sin que su gobernador Bellugera cometiese la infamia, al salir de él, de prender fuego á una porcion de estopados que habia en el almacen junto á unas cajas de municiones para que al entrar los liberales recibieran la muerte, como aconteció con varios soldados de la division de la guardia: viendo todo esto algunos sitiados, que ya peleaban de malísima gana, escaparon de la plaza para presentarse á Espartero: dos de ellos, Juan Quirós y Antonio Salinas, dieron al caudillo liberal interesantes noticias sobre el estado de aquella, en vista de las cuales se enmendó la colocacion de algunos cuerpos y baterías. El 26 empezaron estas á jugar contra la plaza, llevando por do quiera la muerte, el incendio y la desolacion. Las mujeres, niños y ancianos se refugiaron en la iglesia arciprestal. Continuó el mismo fuego durante los días 27 y 28, reduciendo á escombros muchas casas y derribando trozos de muralla y

dos torreones del castillo, y el 29 una bomba que cayó al acaso sobre el depósito de municiones, incendiando éstas, hizo volar el edificio, llevando en medio del estruendo más horroroso la muerte y el espanto por toda la población: más de cien víctimas ocasionó este acontecimiento, que al propio tiempo privó á los sitiados de los medios de prolongar su resistencia. Reunió entónces el gobernador á los principales jefes, y unánimes convinieron en que era ya inútil la resistencia. Determinaron muchos salir en aquella noche en busca de Cabrera, burlando la vigilancia de los sitiadores; y poniendo por obra su pensamiento, abandonaron la población, seguidos de muchas mujeres, niños y hasta de frailes y monjas, que no querían ver á los liberales; pero al darlos un destacamento de éstos el quién vive junto á una casa de las inmediaciones de la plaza y ser reconocidos como enemigos, les obligaron á retroceder á balazos, teniendo la desgracia de que los del castillo les tomáran también como á adversarios y les hiciesen fuego. Entónces, agolpándose en tropel sobre el puente levadizo, hundieron éste con el peso y cayeron al foso, en el cual se precipitaron luego otros que no pudieron fijarse en que el puente acababa de ser inutilizado: no ménos de 200 víctimas, entre hombres, niños y mujeres, produjo esta verdadera catástrofe, sin contar más de 300 heridos y contusos. El gobernador de la plaza fué de los pocos que lograron rebasar la línea liberal para ir en busca de Cabrera. Al siguiente día 30, el teniente rey de la plaza, Leandro Castilla, que habia servido con Espartero en América, propuso á éste una capitulación que el liberal rechazó, intimando que la guarnición se entregase prisionera de guerra y que se respetarian las vidas de todos, sin que ninguno fuese molestado por sus opiniones. Castilla aceptó, suplicando que se dejase salir á él y á los suyos de la plaza, cosa á que accedió Espartero, con las armas que depondrían en el campo delante del ejército liberal. En el acto ocupó Espartero la plaza y el castillo, dando gracias en una alocución á sus soldados por lo bien que se habian portado durante el asedio. El gobierno premió con justicia á los valientes que más se habian distinguido, y á Espartero le

concedió el Toison de oro y el título de duque de Morella.

Pasa Cabrera á Cataluña. La pérdida de esta plaza llenó de terror á Cabrera, y en el momento mismo de llegar á su noticia, no pensó más que en cruzar el Ebro con los 6.000 hombres escasos que le quedaban de los 20.000, que días ántes tenía á sus órdenes. Escapando de los alrededores de la Cenia, picada su retaguardia por O'Donnell, quien creyó cruzaria el Ebro cerca de Tortosa, se dirigió el mónstruo (al que algunos insustanciales ó interesados escritores llaman héroe) durante la noche del 31 de Mayo á Flix, y el 1.º de Junio ganó la orilla izquierda de aquel, con toda su gente, cometiendo ántes la infame, innecesaria y cobarde accion de fusilar á varios nacionales de Calanda y Torrevejilla que llevaba presos, entre ellos el médico del primer punto Cárlos Llop y el propietario del segundo Manuel Velilla; y como si quisiera gozarse en verter sangre de breve en breve período, se llevó á otros nacionales prisioneros para fusilarlos en Berga. A los siete días de marcha entró en esta poblacion el tortosino, sin que ninguna columna liberal de Cataluña le saliese al encuentro.

Correrías de Balmaseda y de Palacios. Antes de abandonar el Maestrazgo, y como si pretendiera igualarse á Atila ó á aquellos feroces normandos que asolaban el imperio de Carlo Magno, dió orden Cabrera á Balmaseda y á Palacios para que con dos batallones y dos escuadrones se lanzaran cual fieras rabiosas al centro de las Castillas y llevasen por todos sus ámbitos el incendio, la muerte y la desolacion. Aquí la barbarie del tortosino superó á la de todos los mónstruos que han deshonorado la humanidad: perdida toda esperanza de triunfo, como así lo anunció á los suyos, decidido á pasar á Francia á luego que sucumbiese Morella, y llevado solamente de la ferocidad de sus instintos, dice á sus dos tenientes: «idos á asolar la tierra,» convencido de que los dos vándalos habian de llenar la mision que les diese con gran contentamiento de su cruel corazon. Balmaseda y Palacios vinieron del Maestrazgo á la provincia de Guadalajara pensando sorprender á Cristina y sus hijas, que habian determinado pasar á Cataluña para tomar baños minerales y de mar. Concha, que acababa de

ser nombrado comandante general de Cuenca, dejó su provincia, y con una respetable columna fué en busca de aquellos verdaderos facinerosos, á los que dió alcance en tierra de Medinaceli, destrozando de tal modo su infantería, que la hizo más de 1.000 prisioneros. Balmaseda escapó á tierra de Zaragoza, pero al momento volvió á Castilla, y entrando por los pinares de Soria asoló todos los pueblos por donde pasó y les cubrió de duelo. En principios de Junio se corrió á la ribera del Duero, y despues de reducir á cenizas el pueblo de Nava de Roa, se presentó delante de Roa con unos centenares de hombres de mal vivir, á los que animó á que le acompañasen para saquear la villa, que si no le vió nacer, encerraba amigos de su juventud y contenia recuerdos gratos para otro corazón que el suyo bárbaro y cruel. No más divisar los nacionales de Roa á Balmaseda, se dispusieron á defender sus hogares. Intimada la rendicion, que fué contestada á balazos, Balmaseda puso fuego á la villa por diferentes puntos, y sus defensores tuvieron que refugiarse en la iglesia y en una casa fortificada, desde cuyos puntos sostuvieron una lucha terrible: púsolos tambien fuego Balmaseda; pero los bravos nacionales, peleando en medio del incendio y rechazando diferentes asaltos, lograron intimidar al incendiario, quien en extremo avergonzado y lleno de impotente furor, tuvo que levantar el campo despues de doce horas de combate y de dejar reducida á cenizas la mayor parte de la poblacion.

Desde Roa se encaminó Balmaseda al partido de Salas de los Infantes, en donde saqueó y vejó á multitud de pueblos, y sabiendo que Concha iba en su persecucion, avanzó hácia el Ebro para cruzarle por Puentelarrá, yendo á ampararse á la sierra de Arlaban en medio del espanto del país vasco-navarro, que se aprestó á tratarle como á bandolero y enemigo del sosiego público. Concha, que le iba persiguiendo, llegó el 22 á Vitoria con su columna. De las sierras de Arlaban marchó Balmaseda á Navarra, siempre perseguido por aquel jefe liberal, quien haciendo una marcha forzada con un regimiento de caballería, logró darle alcance el 24 cerca de Tafalla y derrotarle tan completamente, que dejó tendidos sobre el campo más de

100 facciosos, cogiendo doble número de prisioneros. Balmaseda, con unos pocos de los suyos, echó á correr á Francia, en donde entró el 26, despues de haber llenado de luto con sus atrocidades á más de cien poblaciones. Palacios, que se refugió en los montes despues de la accion, fué hecho prisionero en la Borunda por unos carabineros que le presentaron á Concha, quien no le quitó la vida porque muchos de sus soldados le hicieron ver que en el Maestrazgo se habia producido siempre bien con los prisioneros.

Tomada de Cañete y de Beteta.

Mientras que Concha perseguia á Balmaseda y Palacios, Azpiroz recibió orden de Espartero para pasar á la provincia de Cuenca y apoderarse de las dos únicas fortalezas que conservaban los cabreristas, Cañete y Beteta. Como ya el desaliento era general en éstos, al aproximarse Azpiroz á Cañete el 17 de Junio encontró la plaza abandonada, habiéndose marchado sus defensores, unos á los montes para robar y otros á los pueblos para presentarse á las justicias, acogiendo: e á indulto. El 20 marchó Azpiroz contra Beteta, que al pronto no quiso entregarse; pero al ver los] formidables aprestos que hacia el sitiador, los sitiados se rindieron á discrecion el 21 despues de ligera resistencia, que causó algunas víctimas de una y otra parte.

Tomada de Bergea y entrada de Cabrera á Francia. Fin de la guerra.

Antes de ir Cabrera á Cataluña habian tenido lugar en esta comarca, entre otros, dos acontecimientos, uno la batalla de Peracamps, ganada por el nuevo capitan general J. A. Van-Halen al conducir un convoy á Solsona, y la presentacion en Vich de José Segarra, sucesor de su antiguo jefe y amigo el C. de España acogiéndose al convenio. Fuese porque el trágico fin de España hubiera influido en el ánimo de Segarra para seguir contrario rumbo en el mando que aquel francés españolizado, ó fuese porque su corazon se habia ablandado con el tiempo y los desengaños, es lo cierto que el antiguo coronel de Zamora y fiscal de causas contra los liberales en 1828 en Barcelona consiguió captarse las voluntades de los carlistas catalanes, que le miraban con tanto amor como ódio habian manifestado al que tan trágico fin tuvo junto á Orgañá. La

presentacion de Segarra desorganizó casi por completo á los carlistas catalanes, acogiéndose por su ejemplo y una bien meditada y juiciosa proclama que publicó en Vich muchísimos de ellos al convenio; y cuando Cabrera entró en Berga el 8 de Junio, sólo se encontró con los más furibundos apostólicos, que querian que el tortosino vengase la muerte del C. de España. Como tanto halagaba á Cabrera saborear el derramamiento de sangre humana, al siguiente dia de su entrada en Berga mandó instruir proceso sobre el asesinato de España y puso presos á Torrebadella, Ferrer, Orteu y otros varios á quienes se acusaba de autores ó cómplices del horrible suceso, y al propio tiempo dió orden de fusilar á Castañola, Perez Dávila y otros por partidarios del convenio y amigos de Segarra. ¿A qué derramar ya esta sangre el tortosino? ¿A qué verter la de unos cuantos liberales aragoneses que llevó presos consigo? ¿A qué, por último, querer que se derramase la de varios valientes de uno y otro bando, oponiéndose en Berga al grande ejército que acaudillaba Espartero, no contando ya el tortosino más que con unos 9.000 hombres entre valencianos, aragoneses, catalanes, castellanos, desmoralizados muchos, desorganizados los más y desalentados todos?

Habiendo cruzado Espartero el Ebro con todo su ejército en los primeros dias de Junio, se encaminó á Lérida, y aquí hizo de aquel cuatro grandes divisiones á las órdenes de Leon, Castañeda, Otero y Ayerbe, además de la brigada de vanguardia y otras dos sueltas á las órdenes de Zurbarano y Lemery. Antes de ir sobre Berga tuvo que proteger el viaje de la familia real, y viendo instalada á ésta en Barcelona, regresó á Manresa, donde dejó la mayor parte del ejército, y publicando un bando terrible contra los que ayudasen directa ó indirectamente á los facciosos, marchó á Berga, á la que dió vista el 4 de Julio. A pesar de las grandes fortificaciones que tenia la plaza, y de ser además ésta, por su posicion entre montañas, casi inexpugnable, sólo opuso Cabrera una debilísima resistencia en el mismo dia 4, y saliendo del recinto de la poblacion para sostener combates parciales y de escasa importancia, dió lugar á que la ocupase el ejército liberal al anochecer del citado

dia, yendo él con su gente á dormir á Pont de Rebenti. Al siguiente dia 5, subiendo el Pirineo por Castellar de Nuch, llegó á la misma raya de Francia, cuyo suelo pisó en la madrugada del 6, entregando las armas sus batallones y escuadrones á unas compañías francesas que habian salido á su encuentro.

Tal fin tuvo la *guerra de Cabrera*, quien en el instante mismo de verse emigrado en Francia, obedeciendo sin duda á remordimientos de la conciencia, trató de echar la culpa á Carlos de haber él sostenido la lucha á que damos su nombre, cuando hemos visto que, al tener noticia del conveniende Vergara, juró en su soberbia no rendir las armas y vencer á Espartero. Entró en Francia al parecer pobre, siendo un hecho que procuró, más que de hartarse de oro, de saciarse de sangre, cosa que no logró por estar siempre sediento de ella su cruel corazon. Tiempo andando emigró á Inglaterra, en donde una escéntrica dama se enamoró de él y le recibió por esposo, sin que fuese obstáculo para el fanático católico la cualidad de ser protestante su esposa. Era ésta opulentísima y así pudo satisfacerle su sed de oro, con el cual logró que alguno desfigurára su historia, que á tanto alcanza el dinero para que por él se califique de héroe á algun bandido y de malvado á algun hombre de bien. Es lo cierto que desde que se vió convertido en gran señor inglés, abandonó Cabrera poco á poco su lenguaje cruel y refrenó los impulsos de su corazon, como tendremos aun ocasion de ver. Ya de viejo y despues de una emigracion de 35 años, abandonó el carlismo y se sometió á la monarquía de Alfonso XII, quien le reconoció como capitán general del ejército español y conde de Morella, para morir de allí á poco despreciado de todos, creémos que hasta del que recibió dinero suyo para publicar una obra en defensa de su cambio político, pues que así mueren los mónstruos.

Córtes.

Disueltas las Córtes progresistas por dar gusto Cristina al partido moderado, cuya divisa era dominar mistificando la Constitucion, celebráronse las elecciones para las nuevas cámaras en medio de mil violencias é ilegalidades, aconsejadas por el gabinete Castro-Arazola á los funcionarios públicos y ordenadas por es

tos á los alcaldes, dando el siguiente resultado: diputados moderados 171, progresistas 70. Con esto creyó el gobierno, sobre todo Arrazola, que por su astucia era el alma de él, haber conseguido un gran triunfo, cuando lo que logró con sus amañes fué una derrota, cuyas consecuencias habia de experimentar la misma gobernadora. Abrió ésta en persona las nuevas Córtes el 18 de Febrero, leyendo el discurso de costumbre, lleno de promesas que no se habian de realizar. Figuraron en estas Córtes, como progresistas, además de los conocidos Argüelles, Calatrava, Sancho y Olózaga, el abogado sevillano Cortina, Ferrer y Cantero, y como moderados los tambien conocidos M. de la Rosa, Toreno y A. Galiano y el nuevo P. J. Pidal, cuñado de Mon. Dió lugar la cuestion de actas á acalorados debates con agrias recriminaciones y cargos personalísimos, que la oposicion tenia derecho á hacer por la parcialidad y violencia que habian presidido en casi todos los colegios electorales. Esto sobreexcitó más y más la opinion contra el ministerio, y el 23 la tribuna pública, ocupada por gentes exaltadas, profanó el sagrado de la representacion nacional interrumpiendo á los oradores moderados y llenándoles de indecentes denuestos, teniendo que suspender la sesion el presidente del congreso. Al siguiente dia el presidente rodeó el palacio legislativa de fuerza armada, provocando con ella, no sólo á los alborotadores, sino tambien á las personas juiciosas, que reprobaban lo mismo las manifestaciones de aquellos que la obcecacion del ministerio. Volvióse á alterar el órden en la tribuna pública, y ordenado su despejo por el presidente, salieron los que la ocupaban á las inmediatas calles en ademan hostil contra las autoridades, á las que desobedecieron é insultaron hasta el extremo de desarmar al jefe político Puig, á quien Arrazola reprendió con aspereza, saliendo incontinenti á la calle para animar imprudentemente á la tropa, á la que él habia pertenecido como sargento, para que cargase á las turbas, acto que con razon no querian ejecutar los soldados temerosos de un conflicto entre ellos y la milicia nacional. Consiguió sin embargo el ministro que el capitan general Villalobos declarase en el momento á la corte en estado de si-

tio y que cargase con su escolta á uno de los grupos, matando un soldado de una lanzada al jóven miliciano Palacios. Ertonces la minoría y los comandantes de la milicia dirigieron exposiciones contra el ministerio y las autoridades á Cristina, quien no hizo otra cosa que destituir al jefe político. Quebrantaron mucho estas escenas al ministerio, del que no queria desprenderse Cristina, sin que él obtuviera de las Córtes una nueva ley de ayuntamientos y diputaciones que los moderados la habian hecho comprender aseguraria el trono con todas sus prerogativas, siempre vacilantes por causa de la ley vigente, que era la centralizadora hasta la anarquía de 3 de Febrero de 1823; pero un suceso sin importancia vino á producir una crisis ministerial, de que por su aficion al mando era tan enemigo Arrazola. Deseando Espartero que se premiasen los recientes servicios prestados por varios generales en el Bajo Aragon, propuso al gobierno que se ascendiese á teniente general á Diego Leon y á otros, y que se confiriese la faja de mariscal de campo á los brigadieres M. de la Concha y Linage. Objeto éste de profundo ódio de parte, de los moderados por ser el autor del manifiesto de Mas de las Matas, opusieron á su elevacion á general todos los ministros; pero Cristina, despues de fluctuar entre sus afecciones á los moderados y su temor hácia Espartero, concluyó por dar gusto á éste diciendo, que una faja más no merecia la pena de exasperar al de Luchana. Ertonces F. Narvaez, Montes de Oca, Calderon Collantes y Pita dimitieron sus cargos de guerra, marina, gobernacion y hacienda; pero Arrazola y P. de Castro, discurriendo próximamente como la gobernadora, prefirieron ser ministros á negar la faja á Linage. Arrazola, en cuyas argucias inagotables y sutilezas escolásticas confiaba mucho la gobernadora, logró de ésta que nombrase para los departamentos de hacienda, gobernacion y marina á Santillan, Armendariz y Sotelo, encomendándose el de la guerra interinamente al subsecretario Norzagaray. P. de Castro escribió á Espartero para que designase el ministro de la guerra en propiedad, honra que declinó el vencedor de Segura y Castellote, en vista de lo cual fué nombrado el C. de Cleonard, de opiniones

retrógradas hasta tocar en los límites del absolutismo.

Ley de ayun- Después del ardiente debate sobre el discursotamientos. so de la corona, prolongado deliberadamente con multitud de enmiendas por los progresistas para desacreditar al ministerio, que así no podía obtener ningún proyecto de ley beneficioso al país, y después también de suprimir el gobierno por un golpe *ab-irato* el nuevo periódico titulado *La Revolucion*, que se presentó en el palenque proclamando nada ménos que una *federacion republicana*, medida que no se atrevió á adoptar contra *El Huracan*, que apareció para sostener parecidas ideas á las de *La Revolucion*, aunque en lenguaje no muy culto, á veces chabacano y siempre violento, entraron las Córtes en la discusion de la ley de ayuntamientos y diputaciones que, calcada en la francesa, envolvía un ataque á la Constitucion, privando á los pueblos de nombrar sus alcaldes, facultad que se reservaba el gobierno para sí y sus delegados, en la idea de ganar siempre las elecciones y tener completamente supeditados los municipios. Pasábase con esta ley de un extremo á otro, que es lo que ha sucedido en España desde 1810 á la fecha, de la descentralizacion sin límites, que es la anarquía, hasta la centralizacion absurda, que no es más que el despotismo ministerial: los progresistas han edificado siempre impremeditadamente y sobre arena para que luego hayan venido los moderados á echarlo abajo de un soplo con el fin de edificar á su vez, para á su vez también ser esto derribado por los partidos avanzados: así es que en medio de nuestras convulsiones políticas solamente han quedado en pié, y eso desfiguradas, las leyes y disposiciones referentes á intereses materiales.

La ley pasó en el Congreso á pesar la ardiente oposicion de los progresistas casi como la presentó el gobierno, porque la dócil mayoría votaba lo que aquel la proponía, y el Senado la dió en seguida su aprobacion. Fué este otro triunfo para el ministerio, que nada ménos entrañaba que su caída con la de la reina gobernadora.

Menosprecio de la opinion pública por parte de Cristina.

Agitada la opinion pública por la prensa avanzada y los debates de las Córtes, desde el momento en que la ley fué votada por el Se-

nado, llovieron exposiciones sobre el trono para que no la sancionase. Expusieron contra ella casi todos los ayuntamientos de España, empezando por el de Madrid, y la mayor parte de las diputaciones provinciales, pero el ministerio Castro-Arazola, desatentado y ciego de soberbia, prefirió desafiar la opinion pública á dejar su puesto, para lo cual contaba con todo el apoyo de Cristina, quien se negó á recibir no pocas comisiones que tenian el encargo de verla y suplicarla que no sancionase la ley, bajo la pena de atraer sobre el país y sobre ella una catástrofe. Hallándose ya la gobernadora en Barcelona acompañada de P. de Castro, Sotelo y Cleonard, quiso oír la opinion de Espartero sobre la situacion política del país, y este caudillo, libre ya del cuidado de la guerra, fué desde Berga á la capital de Cataluña un tanto receloso por no habersele cumplido espontáneas ofertas de cambiar el ministerio por otro que respetase en su letra y espíritu la Constitucion. Antes de llegar Espartero á Barcelona acababan de enviar los ministros residentes en Madrid la ley de ayuntamientos para que la sancionase Cristina, y como ésta deseaba su promulgacion tanto ó más que sus consejeros, nada dijo al duque en la entrevista que tuvo con ella, rehuendo toda conversacion acerca de dicha ley y de cambio ministerial. Al fin, despues de una segunda conferencia con Espartero, en que éste la dijo con noble franqueza que no sancionase la ley, si no queria provocar una revolucion violenta, y de encargar la gobernadora al duque la formacion de un ministerio para burlarse en el acto de él siguiendo muy contenta con el que tenia, dió su sancion á la ley durante la misma noche en que el vencedor de Luchana estaba confeccionando en su alojamiento el programa del nuevo ministerio que creia presidir al siguiente dia. Viéndose burlado Espartero de manera tan cruel, presentó inmediatamente la dimision de su mando, que ni Cristina ni los ministros admitieron por el miedo que les inspiraba, aunque pretestaron que no podia serle admitida, ya por no haber perdido el caudillo la confianza de la corona, ya tambien porque era necesaria su continuacion al frente del ejército para dar con su concurso á éste las debidas recompensas.

El 18 de Julio hubo una fuerte alteracion del órden en Barcelona, que sosegó Espartero, haciendo comprender á los principales grupos que no peligraba la Constitucion como se les habia dicho. Presentóse en seguida Espartero á la asustada gobernadora para darla parte del restablecimiento de la tranquilidad, y se encontró con la novedad de que habian dimitido los tres ministros de marina, guerra y estado, nombrándose en su lugar interinamente á Armero, Varela Limia y Castillo Ayensa. No contentó esto á los exaltados, y como algunos moderados hicieran demostraciones públicas en apoyo de Cristina, volvieron á exaltarse los ánimos, ultrajando públicamente á la gobernadora, y el dia 20 asesinó un grupo de sicarios á un moderado de apellido Balmas, que vendió cara su vida defendiéndose en su propia casa, y otro grupo de desalmados invadió la redaccion de *El Guardia Nacional*, periódico reaccionario, para cometer allí punibles excesos, mientras que no pocos miserables de esos que aparecen en las grandes poblaciones en tiempos de revueltas, alardeaban de sus deseos de incendiar y saquear varias casas de ricos. No poca responsabilidad, aun cuando indirecta, cabe en la sobreexcitacion pública de Barcelona á Diego Leon, quien creyéndose una potencia por causa de su corto entendimiento, ofreció á Cristina desde Manresa con imprudencia suma y faltando á los deberes militares su apoyo y el de veinte ó más generales que decia tener á sus órdenes. De aquí la enemistad entre Espartero y Leon, que á los quince meses de estos sucesos habia de producir la muerte trágica del último. Indignado Espartero con motivo de las anteriores revueltas, declaró el dia 21 la ciudad en estado de sitio, enmudeciendo entonces todos los gritadores, que sólo ejercen su vil oficio cuando la cobardía de las autoridades ó las contemplaciones de la fuerza pública les dejan ejercerle.

En esto Cristina, que culpaba á Espartero de todo cuanto desde su llegada habia ocurrido en Barcelona, empezó á tratarle con ostensible desden, y así como nombró sin noticia de él los tres citados ministros interinos, eligió un ministerio nuevo compuesto de las siguientes personas, pertenecientes en su mayoría al partido progresista: An-

tonio Gonzalez para gracia y justicia con la presidencia; Onís para estado, V. Ferranz para guerra, J. Ferraz para hacienda, Armero para marina y Sancho, que no aceptó, para gobernacion. Residiendo en Madrid cuatro de los anteriores ministros, partieron para Barcelona, y el 8 de Agosto se presentaron á Cristina, á la que dijeron que al siguiente día la leerian su programa, como lo efectuaron, proponiendo en él, entre otras cosas de escasa importancia, *que se suspendiese la promulgacion de la ley de ayuntamientos, que se cerrasen por de pronto las Córtes para disolverlas más adelante, y consultar á la nacion, ya del todo pacificada, en nuevas elecciones.*

Cristina, cuyo propósito no era otro ya que ganar tiempo para ver si apoyada por las fuerzas de Leon, O'Donnell y otros que tanto debian á Espartero, podia burlarse de éste y de la nacion, manifestó á Gonzalez que queria dejar en pié la ley de ayuntamientos, aunque reformando el artículo referente á los alcaldes, y que de ningun modo consentiria en la disolucion de las Córtes. En vista de esto presentó Gonzalez su dimision y vió con asombro que sus compañeros, que habian discutido y firmado el programa, apoyaron las exigencias de Cristina y continuaron á su lado al frente de sus respectivos departamentos. Volvió en sí á luego Ferraz por un resto de pudor y renunció la cartera de hacienda. Entonces Cristina no solo nombró para las tres carteras vacantes á hombres del partido moderado, como fueron Cabello para gobernacion, Silvela, que habia sido afrancesado, para gracia y justicia, y Secades para hacienda, sino que por huir de la ya odiada presencia del vencedor de Luchana, dispuso salir de Barcelona para Valencia, lo cual efectuó por mar el 24 en un vapor mercante, llevando en su compañía á sus hijas y á los nuevos ministros. En el momento de llegar á Valencia, donde fué recibida con gran frialdad, dimitió el otro Ferraz, al que imitaron casi todos sus compañeros que veian la aproximacion de la catástrofe. Cristina nombró entonces con insensatez sin igual un ministerio puramente moderado, dando la cartera de guerra á F. J. Azpiroz, la de estado á Antoine y Zayas, la de gobernacion á Arteta, la de gracia y justicia al que

fué furibundo afrancesado y cruel perseguidor de patriotas Cortázar y conservando á Secades y á Armero.

Pronunciamiento de Setiembre. Renuncia Cristina la regencia y se embarca para Francia.

Menospreciando sin motivo la gobernadora á Espartero, animada por varios generales que en su amor propio desconocian su valía y el estado de la opinion del ejército, llena de soberbia por las contrariedades que en sus planes

la surgian por do quiera, ciega y desalentada, se dispuso á jugar el todo por el todo cuando ya sabia que la efervescencia era general en el país y que el estallido de una revolucion era, más que probable, seguro. Bien pronto surgió ésta dando la señal la villa de Madrid, huérfana hasta de ministros y encomendada por lo tanto al capitán general de Castilla la Nueva, que lo era Aldama.

El 1.º de Setiembre y cuando ya la mayor parte de las diputaciones y municipalidades con la milicia nacional estaban decididas á acudir al terreno de la fuerza, se reunió el ayuntamiento de Madrid en sesion extraordinaria con objeto de acordar lo conveniente para oponerse á los planes de Cristina y de sus ministros. Ya antes de esto uno de sus miembros, llamado José Necedad, ex-sargento del ejército y furibundo exaltado, no por amor á la libertad sino por cálculo, como luego lo demostró, habia salido para la Mancha y Andalucía á predicar la insurreccion armada, que tambien recomendaban con descaro y por do quiera otros concejales. Abrió la sesion el ayuntamiento á eso del medio dia, estando la casa de la villa, plaza y calles próximas atestadas de gente, ansiosa de enterarse de lo que iba á ocurrir. Aun no se habia acabado de dar cuenta del despacho ordinario cuando invadió la sala de sesiones un grupo guiado por Luis Gonzalez Bravo, el redactor de *El Guirigay*, quien, no á impulsos del patriotismo, sino devorado por ruin ambicion, alardeaba en todas partes de furibundo revolucionario, y dirigiéndose á la municipalidad con voz hueca y campanuda, la dijo, «que el pueblo queria una revolucion para acabar con el plan existente de destruir la Constitucion, y que era preciso que los concejales adoptasen medidas salvadoras, organizacion para lograrlas y fuerza popular para sostenerlas.» La peticion no tenia más de malo que la hacia un adulator,

no amante, del pueblo para subir en hombros suyos al poder, como para esto habria adulado en otras circunstancias al poderoso, porque todo sér devorado por la ambicion lo mismo se arrastra ante el magnate que ante las muchedumbres. Contestado por el presidente que el órden de la villa corria á cargo de su municipio, quien estaba penetrado de sus deberes y derechos, gritó G. Bravo: «¡Afuera, afuera! ¡A las armas!» Y se salió del salon arrastrando á la multitud que llevó la alarma por todos los ámbitos de la córte.

Como á la mitad de la tarde empezó Aldama á recorrer la poblacion con fuerza armada, y llegando á la calle de Luzon intimó á una compañía de la milicia, mandada por M. de la Guardia, que se retirase: hizole observar éste en vano que toda la milicia estaba en su puesto de órden del municipio, de quien dependia, y Aldama mandó entonces imprudentemente al batallon del Rey que hiciese fuego: se adelantaron unos nacionales disparando solamente sobre él, y si bien salió ileso de la descarga ésta mató su caballo, al ver lo cual y tambien que la tropa manifestaba repugnancia á batirse, se retiró á pié al Prado, desde donde el mismo batallon del Rey se le separó para unirse á la tropa y milicia, que ya fraternizaban en el principal y otros puntos. Del Prado pasó Aldama al Retiro con la caballería y artillería de la guardia real para escapar á Arganda en la madrugada del 2. La revolucion era ya un hecho, porque lo que acababa de suceder en Madrid lo apoyaron dentro del corto espacio de ocho dias las cuatro quintas partes de España, pues como se contaba con la confianza de Espartero, así los progresistas como las tropas se apresuraron á seguir el ejemplo de la capital.

Inmediatamente nombró el ayuntamiento capitán general de Madrid á Rodil y segundo cabo á Lorenzo. Asegurado así por lo tocante á la cuestion de órden público, se trasladó á la casa dicha de la Panadería, sita en la Plaza Mayor, y llamó á su seno á la diputacion provincial, y reunidas ambas corporaciones nombraron una junta de gobierno compuesta de Joaquin Ferrer, que era alcalde primero como presidente, y de Pedro Beroqui, Pio Laborda, Fernando Corradi, José Portilla,

Pedro Sainz de Baranda y Valentin Llanos como vocales.

Esta junta, y lo mismo la inmensa mayoría de las instaladas en las provincias, más que á hacer aceptable la revolucion adoptando medidas que abriesen las fuentes de la riqueza pública y mejoraran así la condicion de las clases productoras, agobiadas por la guerra civil, se dedicaron á quitar y poner empleados, cosa que hacian por grandes hornadas que se estampaban en la *Gaceta* y *Boletines oficiales* de las provincias, no respetando ni la magistratura, ni los largos y buenos servicios en las demás carreras del Estado y alcanzando el furor de desposeer de sus puestos hasta tristes porteros y ordenanzas, que así tenían que maldecir un cambio que, sin haberle contrariado ni saber su significacion, venia á privarles á ellos y á sus familias del triste pan que tenían. La revolucion degeneró de este modo en una lucha de empleos, y fué entónces una verdad aquella lamentable frase de *quitate tú para ponerme yo*. Por esto el cambio de Setiembre, más que el de revolucion, mereció el nombre de *pronunciamiento*.

El dia 2 se dirigió la junta á Espartero, esperanza de los pronunciados, por medio de un oficio para que aprobase el alzamiento, y el 4 mandó una exposicion á la gobernadora, que ni ésta ni sus ministros quisieron leer, siendo devuelta al comisionado que la llevó á Valencia.

Al saberse en esta ciudad el alzamiento de Madrid, Cristina y sus ministros enviaron en posta una orden á Espartero para que, sin perder momento, abandonase á Barcelona y al frente de lo más selecto de su ejército, marchara sobre Madrid con el fin de sofocar la revolucion; pero el duque, que no estaba en el caso de prestarse á ser instrumento de los planes del bando reaccionario y ménos de promover por él otra guerra civil, léjos de cumplir la orden citada, se dirigió á Cristina con una extensa exposicion, su fecha 7 de Setiembre, en la cual, despues de hacer sucinta relacion de su vida militar, de protestar de su lealtad al trono, á la Constitucion y á la misma gobernadora, y de acusar terriblemente al partido moderado, al que creia único culpante de los males que afligian al país, la rogaba que, puesto que no peligraban con el pronunciamiento ni el trono, ni la regencia, ni el código po-

lítico, diese un manifiesto á la nacion ofreciendo la fiel observancia de la ley fundamental, la disolucion de las Córtes, la suspension de la ley de ayuntamientos y el nombramiento de nuevo ministerio, compuesto de seis personas *liberales, justas, puras y sábias*. No cogió de sorpresa á Cristina la actitud de Espartero porque la esperaba, y quiso nombrar aun otro ministerio prescindiendo de él; pero las personas que eligió, residentes todas en Madrid, no quisieron aceptar los cargos: entónces la gobernadora nombró, mal de su grado, á Espartero presidente del consejo de ministros.

A esta fecha habia enviado la junta de Madrid ante Espartero al diputado sevillano Manuel Cortina, orador distinguido y abogado de merecida nota, para hacerle saber que los pronunciados aspiraban á nombrarle regente en union de Cristina, como si ésta pudiera plegarse á lo que no podia ser más indecoroso para ella. Espartero, aun cuando albergase ya en su mente la idea de ocupar tan elevado puesto, dijo á Cortina, que no habia que pensar más que en la fiel observancia de la Constitucion y en la independencia nacional, como si el extranjero hubiera soñado siquiera en arrebatarlos ésta.

Aceptó Espartero el cargo de presidente del consejo de ministros; pero ¡cosa extraña! en vez de ir á Valencia, se vino á Madrid, anunciándoselo así á la gobernadora so pretexto de elegir en la corte sus compañeros de ministerio. Oyendo Espartero á la junta, el municipio, la diputacion y á varios personajes progresistas, formó el ministerio que habia de funcionar bajo su presidencia sin cartera con las siguientes personas: Ferrer, para estado; Cortina, para gobernacion; Alvaro Gomez Becerra, para gracia y justicia; P. Chacon, para guerra; A. Fernandez Gamboa, para hacienda, y Joaquin Frias, para marina. El 9 de Octubre llegaron los nuevos ministros á Valencia, y al siguiente día presentaron su programa, que no sólo habia de desagradar á Cristina, sino tambien llenarla de justa indignacion, puesto que en él se la dirigia el atroz insulto, que otra cosa no era, de que tomase la iniciativa *en la cuestion de regencia, pidiendo la corregencia* Y NOMBRÁNDOLA ELLA MISMA *interinamente, sin perjuicio de lo*

que determinasen despues las Córtes. Esto era rebajar la majestad, y á la majestad se la depone, pero no se la rebaja; que si lo primero puede satisfacer las exigencias de una revolucion, lo segundo no satisface más que ruines pasiones, entre ellas la vanidad de querer brillar al lado y á costa de la grandeza humillada. Cristina tomó entónces su resolucion: viendo que se trataba de ajar su dignidad, se dispuso á dejar ésta en el lugar que correspondia á la reina y á la señora. Acabado de leer el programa, despidió á los ministros diciéndoles, que al siguiente dia tratarian de él; pero en el acto llamó á Espartero para decirle, que habia resuelto renunciar la regencia y alejarse de España, que le confiaba la guarda de sus hijas y le exigia palabra de no abandonarlas jamás. En vano trató Espartero de disuadirla de su propósito: la resolucion tomada por Cristina era irrevocable, y en su virtud el 12 de Octubre, despues de acceder á los ruegos del ministerio para que ántes suscribiese el decreto de disolucion de Córtes, hizo en Valencia la renuncia de la regencia, que habia desempeñado siete años cabales, acontecimiento que tuvo lugar ante las autoridades y diferentes personas de todas las opiniones políticas, como lo demuestran, entre otras, las firmas que aparecen en el acta de renuncia de los generales Seoane, Borso di Carminatí, C. Valdés, C. de Urbina, J. de Azpiroz y otros, de los marqueses de las Amarillas y de Malpica; del duque de Alagon, del conde de Santa Coloma y de varios magistrados populares.

El 17 de Octubre, despues de recomendar de nuevo Cristina sus hijas á la lealtad de Espartero, se embarcó en un vapor que la llevó á Portvendres cerca de Perpiñan, y de allí partió por tierra para Marsella, en donde el 8 de Noviembre, dió un manifiesto á los españoles, en que en resúmen decia, *que la iniquidad y la ingratitud la habian obligado á renunciar la regencia, sin embargo de lo cual nada pedia ni queria ya sino que se respetase su memoria y se amase á sus hijas.* Tan inoportuno documento, que el ministerio, que segun la Constitucion funcionaba como ministerio-regencia, hizo circular, aunque no sin correctivo, dió bien pronto nuevos dias de luto á la España; y no podia suceder otra cosa, porque él encerraba tristes

gérmenes de civil discordia. Hizo mal la ex-gobernadora en publicarle, que si ella salió de España desacreditada, á causa de sus errores, del plan de que al fin se volvió atrás cuando la expedición de Carlos y de su afición al bando moderado, en cambio la historia tenía que hacerla justicia, como se la hace, por haber sido el ídolo de los liberales, no sólo durante la lucha contra el carlismo, sino por la protección que los dispensó en vida de su cruelísimo primer esposo Fernando VII, y esto debió servirle de consuelo y animarla á soportar en silencio y con resignación su desgracia.

Extranjero. Ocupados en la guerra civil, no hemos narrado los principales sucesos que durante ella tuvieron lugar en el extranjero, y ahora vamos á hacer de aquellos una ligera mención. Entregada la Francia á L. Felipe, cuidábase este monarca, más que de cumplir con la misión que le encomendára el movimiento de Julio, de asegurar su dinastía halagando al efecto á los déspotas de Europa: en el interior su política mezquina sólo se encaminaba á dar gusto á la clase media, combatiendo las grandes aspiraciones del pueblo, que entraña el dogma democrático, tras de cuyo cumplimiento marcha irresistiblemente la humanidad. Así es que si su política exterior le proporcionaba á medias las simpatías de la Europa absolutista, la interior engendraba odios profundos y planes tenebrosos, que se manifestaban en hechos terribles y lamentabilísimos. En el año de 1834 hubo grandes y sangrientas revueltas en Lyon, sostenidas principalmente durante varios días por los socialistas, llamados aquí *mutualistas*, que querían la seguridad de los jornales y el aumento de estos, con garantías por parte del poder público contra los dueños de fábricas y talleres, quienes en contrario sostenían la buena doctrina de que, á no ser en circunstancias extraordinarias, sólo la libertad de toda clase de contratos, no la intervención del Estado, es fecunda en bienes así para el capitalista como para el obrero. En París y otras poblaciones importantes hubo también movimientos populares, sobre los cuales se formó ante la Cámara de los pares un proceso, que tuvo como vida á la Francia durante dos años, saliendo de él conde-

nados muchísimos individuos de Paris, Lyon, Luneville y otras ciudades, los unos á la deportacion, los otros á la prision con multa y los otros á la vigilancia de la autoridad. El 28 de Julio de 1835, pasando L. Felipe la gran revista de tropa y guardia nacional para conmemorar la revolucion de Julio, tuvo lugar en el boulevard del Temple el cobarde atentado por medio de la *máquina infernal* de Fieschi, mónstruo sanguinario que, como todos los de su condicion, creia no sólo lícito el regicidio, sino que, muerto un tirano (aun suponiendo que exista), muere con él la tiranía, cuando la moral y la religion condenan lo primero, y la historia de todos los países, y en especial la Roma de los primeros emperadores, nos demuestra lo erróneo de lo segundo, porque si sucumbe al filo de una espada ó de otro modo el que representa el mal, este queda en pié con el sucesor del asesinado. No logró el vil sicario su objeto, porque el rey y sus hijos salieron ilesos del diluvio de balas que arrojó desde su casa por medio de la *máquina infernal*; pero causó multitud de desgracias en la escolta que rodeaba al monarca y en varios curiosos. El 25 de Junio de 1836 fué L. Felipe objeto de otro atentado. Al salir de su palacio, un jóven llamado Ali-baud, que habia ido desde Perpiñan con la idea de asesinar al rey, le disparó un fusil, que afortunadamente no le causó daño alguno, aun cuando parte de los tacos del arma se quedó entre sus cabellos.

El 30 de Octubre siguiente Luis Bonaparte, sobrino del emperador y tan ambicioso como éste, se sublevó en la plaza de Strasburgo (hoy alemana) con ánimo de proclamar el imperio: tenia al efecto comprometida una parte de la guarnicion; pero como el resto de esta permaneciése fiel al gobierno, fué preso aquel sedicioso vulgar y conducido á Paris. Fué Felipe, por temor ó por querer atraerse al partido bonapartista, no castigó el atentado, contentándose con desterrar á la América del Norte al que intentó usurpar el poder supremo para tiranizar la Francia.

Habia tomado en 1833 alarmantes proporciones la cuestion de Oriente, todavía sin resolver, con motivo de la ambicion del septuagenario Mehemet-Ali, general

turco de Macedonia, quien levantándose en el Egipto, en donde creara un valeroso ejército y una respetable marina, queria que el sultan Mahamud, no sólo le reconociese como hereditaria su usurpacion en clase de virey, sino que se agregase á ella toda la Siria. La Inglaterra, que por sus posesiones en la India; el Austria, que por su comercio en el Danubio y Mar Negro, y la Francia, que por sus necias pretensiones de hacer del Mediterráneo un *lago francés* (como si no existieran España, Italia, Austria y Grecia más que ella interesadas en ese *lago*), tenían y tienen grande interés en que no desaparezca el imperio otomano, y ménos siendo absorbido por la Rusia, que desde el reinado de Pedro I aspira á devorarle, toleraron que Mehemet-Alí declarase la guerra á su soberano. Ibrahim-Bajá, excelente capitán é hijo del virey, derrotó el ejército turco, cinco veces superior al suyo egipcio, y la conquista de la Siria, que, si bien vergonzante, era al fin una desmembracion de la Turquía, fué reconocida por el convenio de Kutaya, ciudad del Asia Menor, hasta donde avanzó Ibrahim con ánimo de ir sobre Constantinopla. Alarmadas las grandes potencias Rusia, Inglaterra, Francia, Austria y Prusia, trataron de ponerse de acuerdo para destruir los proyectos ambiciosos de Mehemet-Alí y de su hijo Ibrahim; pero no concertándose para una accion comun por los encontrados intereses que cada una representaba, nada acordaron, y siguió el *statu quo* entre el sultan y el súbdito rebelado durante algunos años, hasta que en el de 1839 volvió á tronar el cañon en las orillas del Eufrates. Otra vez Ibrahim-Bajá volvió á cubrirse de gloria derrotando por completo el 24 de Julio junto á Nezib al ejército del sultan, mandado por Hafiz-Bajá. Por el mismo tiempo murió Mahamud, dejando la corona á Abdul Medjid, jóven de 17 años. Al fin, despues de significar las grandes potencias que no podian tolerar todos los proyectos ambiciosos de Mehemet-Alí y de destruir en 1840 las escuadras combinadas la plaza de San Juan de Acre, que defendian 4.000 egipcios, el virey anunció que reconocia, como siempre habia reconocido, la soberanía del sultan, y en vista de esto le fué confirmado, con acuerdo de dichas potencias, el vireinato

de Egipto á condicion de ser hereditario en su familia.

El 6 de Agosto de 1840 intentó de nuevo usurpar el poder soberano Luis Bonaparte. Desembarcando el turbulento aventurero de Strasburgo cerca de Boloña sobre el mar, intentó en vano sublevar esta poblacion, y al momento fué preso con unos cuantos que le acompañaban, y sometido á la Cámara de los pares, constituida en tribunal, ésta le condenó á prision perpétua: encerrado en el castillo de Han, logró fugarse á los pocos años. Imprevisor hasta no más anduvo Luis Felipe por este tiempo ordenando que fuesen conducidos á París desde Santa Elena á costa del estado y con inusitada pompa los restos mortales de Napoleon, porque con ello conmovió la Francia entera al propio tiempo que su trono, preparando así la vuelta del cesarismo imperial. Si los restos de Napoleon merecian tan magníficos honores, llevados á cabo con extraordinarios dispendios, ¿por qué no habia de volver su dominacion sobre la Francia por medio del heredero de su apellido y de sus glorias militares?

Cuadro político y literario de la España durante la guerra civil.

Al bajar á la tumba Fernando VII rompieron en mil pedazos las cadenas con que durante su triste dominacion tuviera aherrojada á la España; y esta patria querida, entónces haraposa, embrutecida y holgazana, acordándose de que en otro tiempo habia sido madre de sabios, artistas, industriales y poetas, se decidió á entrar, aun cuando con paso lento, como el del convaleciente de una larga y penosa enfermedad, en el camino que la condujera á formar al lado de los pueblos cultos de Europa. Viéronse entónces proscritas ó modificadas varias leyes de la pasada tiranía, y de otras que quedaron en pié procuró burlarse el espíritu moderno combatiéndolas valientemente para que más adelante fueran vencidas y soterradas. Arrollado por de pronto el poder de la clerecía, cuyos individuos eran aborrecidos en los grandes centros de poblacion por sus manejos fomentando la guerra civil, quebrantóse como era consiguiente la intolerancia religiosa, y enfrente de ella se levantó preponderante el libre exámen, sin el cual el hombre es un autómeta, juguete del sacerdote que le explota, del magistrado que le envilece y del déspota que

le tiraniza, condenándole á nombre de una Providencia desfigurada á permanente ignorancia y á eterna desdicha.

Empezó la libertad á dar sus frutos en la tribuna, en las escuelas, en los seminarios y en las universidades. Estas, sobre todo, expulsados de su seno los catedráticos tildados de carlistas, fueron las más grandes propagadoras de la moderna civilización, y si algunos de sus maestros (por cierto muy reaccionarios despues), se distinguieron por sus predicaciones, ya anárquicas, ya anti-católicas y hasta impías, en cambio produjeron el bien de que todo se sometiera al análisis y á la crítica racional. Y la razón de esta poderosa influencia de las universidades es muy óbvia. Permitíase decir en ellas lo que estaba vedado al libro y al periódico, y la semilla que desde su cátedra arrojaba el maestro sobre multitud de discípulos, llevábanla éstos despues á las diferentes comarcas de donde procedían para que ella diera su fruto benéfico. También llenaron las sociedades económicas su misión; pues que, abandonando la timidez en que la última tiranía las había colocado, salieron á propagar los adelantos modernos y á combatir funestas preocupaciones, fomentando el cultivo de las artes, las ciencias, la agricultura y el comercio que se hallaban en cruel y tristísima agonía. El periodismo, verdadero sacerdocio cuando llena su noble cometido, como es ruin y despreciable oficio cuando se enloda con cuestiones personales y con la vil difamación, ayudó muy poderosamente á la buena obra, llevando la luz desde la corte hasta la última aldea á no pocos entendimientos. Durante el periodo de que nos ocupamos, distinguéronse por su propaganda los diarios titulados *El Castellano*, *El Eco del Comercio*, *El Patriota* y otros.

En medio de los anteriores elementos de cultura reapareció el genio artístico é industrial, hasta allí arrinconado, y empezó el renacimiento de la literatura, siguiendo las huellas de los escritores franceses, si no todos, la gran mayoría de los nuestros; mal éste digno de ser sentido, pero ineludible, al salir de la horrible tiranía del último monarca. Así es que el teatro, en donde descollaron por su mérito de actores el trágico Carlos Latorre y el cómico Julian Romea, se vió inundado de traducciones francesas

que causaban verdadero furor, tales como el *Angelo, tirano de Padua*, y *Lucrecia Borgia*, de Víctor Hugo, *Margarita de Borgoña* y *Catalina Howard*, de Alejandro Dumas, y otros ciento de la escuela romántica, que inclinaron á nuestros poetas á seguir por el mismo camino, dándonos J. E. Hartzembusch sus *Amantes de Teruel*, en cuyo fin se abandona lo horripilante por lo cándido; Angel Saavedra, duque de Rivas, su *Don Alvaro ó la fuerza del sino*; Gil y Zárate su *Carlos II el Hechizado*, y Antonio García Gutierrez su *Trovador*, además de romántico, caballeresco. Y fué tanto más de lamentar este gusto por el romanticismo en la época que nos ocupa, cuanto que, como si no bastasen los verdaderos horrores que todos los días nos ofrecia la guerra civil, se presentaban en el teatro envenenamientos, parricidios, adulterios, incestos y toda clase de crímenes, monstruosos muchos é inverosímiles los más, que en fuerza de repetidos, endurecían los corazones de los oyentes y les preparaban á la maldad ó al ménos á la indiferencia hácia lo cruel, que es la antesala de la misma crueldad. Quisieron ir por un camino opuesto, ó mejor dicho, estaban ya en este cuando el romanticismo francés tomó carta de naturaleza en España. M. Breton de los Herreros, fecundo poeta cómico, justamente aplaudido, por más que en algunas de sus obras peque de trivial y chavacano, y Martinez de la Rosa, que dió á la escena su *Edipo*, de indisputable mérito, aun cuando esté calcado sobre los *Edipos* del griego Sófocles y del latino Séneca.

Brillaron, por último, en este período del renacimiento José Zorrilla, poeta inagotable, que ha cultivado todos los géneros, desde el drama romántico hasta el poema devoto; Mariano J. de Larra, también poeta y escritor político, correcto y nervioso, que manejó la crítica bajo el pseudónimo de *Figaro* algunas veces para satisfacer pobres resentimientos y casi siempre en bien de las letras, y José Espronceda, poeta lírico, de imaginación volcánica, corazón ardiente y alma extraviada, capaz de los mayores excesos. Espronceda, devorado por multitud de pasiones y sin filosofía para saber combatirlas, murió á la temprana edad de 34 años, y Larra, halagando una de aquellas hasta

el desenfreno, se suicidó cuando no había cumplido aun los 28.

Como acabamos de ver, la aurora del renacimiento inundaba con su luz, mezclada de grandes sombras, á la España, y ésta podia ser comparada con Lázaro resucitado, saliendo de su sepulcro á gozar de nuevo de la vida, pero entrando en ella con paso incierto y vacilante.

HISTORIAS.

LIBRO XXIX.

(REGENCIA DE ESPARTERO. DESDE OCTUBRE DE 1840 HASTA LA EXPULSION DEL REGENTE DEL REINO EN JULIO 1843.)

Sumario.

El ministerio-regencia en Madrid.—La revolucion convertida en pronunciamiento.—Cuestiones con Portugal y con Roma.—Caida del ministro de hacienda.—Elecciones.—Espantero regente único.—Nombramiento de Argüelles para tutor de la reina y su hermana.—Cuestiones con Francia é Inglaterra.—Trabajos de las Córtes.—Rebelion octubrista.—Fusilamiento de Leon, etc.—Desórdenes de Barcelona.—Córtes.—Caida de Gonzalez.—Sucédele Rodil.—Manejos de los ingleses contra Cuba.—Insurreccion de Barcelona.—Coalicion de la prensa. Su desenfreno.—Disolucion de las Córtes.—Elecciones. Nuevas Córtes. Ministerio Lopez: su caida.—Ministerio Gomez Becerra.—Inician la revolucion contra el regente Málaga y Reus y luego la secunda el país.—Sale Espantero de Madrid y llega á Albacete.—El general F. Serrano en Barcelona. Destitucion de Espantero.—Azpiroz en las cercas de Madrid.—Torrejon de Ardoz.—Dirigese Espantero á Andalucía. Llega á la bahía de Cádiz y en ella se embarca para Inglaterra.

El ministerio-regencia en Madrid.—La revolucion convertida en pronunciamiento.

A los pocos dias de partir Cristina de las playas valencianas, el ministerio-regencia vino á Madrid acompañando á la reina y á su hermana, despues de haber nombrado ayo de

aquellas al ya venerable poeta Quintana. Instalados los ministros en la corte ocupáronse ante todo de la disolucion de las juntas, muchas de las cuales, descontentas del giro que se daba á la revolucion, habian enviado á Madrid dos comisionados para formar junta central y que de ésta saliese el gobierno del país. La cuestion, como se ve, era de vida ó muerte para el ministerio, y comprendiéndolo así Espantero, que era entonces omnipotente, no sólo

despidió mal humorado á los aspirantes á centrales que fueron ante su presencia, sino que hizo que se disolvieran las juntas, considerando á sus compañeros ministros legal y constitucionalmente nombrados por la gobernadora, sin que para esto se apreciase en nada el alzamiento nacional, que sólo significar debía la fiel observancia de la Constitución y la independencia nacional, que ni nadie combatía ni nadie recelaba que se combatiese. Para tranquilizar al país, dió en seguida un decreto levantando los destierros y condonando las multas que habían acordado las juntas, obrando las más veces á impulso de violentas pasiones, y luego con hechos demostró que no podía ni debía aprobar las separaciones en masa de funcionarios públicos, siendo preciso adoptar un sistema de justa reparación en bien de los perjudicados y mejor servicio del estado. Publicó con notable acierto un decreto suprimiendo las tertulias ó sociedades mal llamadas patrióticas, que por do quiera se formaron nada más que para producir los escándalos y dar los funestos resultados que las de 1820 á 1823: esta medida, que debe adoptar con más afán que otro todo gobierno liberal, sólo fué criticada por las gentes aviesas y bullangueras y por los reaccionarios con careta de patriotas. También dió otros cuatro decretos importantes, uno concediendo una amplia amnistía para todos los delitos políticos cometidos desde el 19 de Julio de 1837 hasta la fecha, de que no se quisieron aprovechar Narvaez y Córdoba nada más que por odio á Espartero; otro prohibiendo á las autoridades militares la declaración del estado de guerra en sus distritos; otro en pró de la prensa periódica, y otro que solamente cumplió el ayuntamiento de Madrid estableciendo el registro civil en todas las capitales de provincia y de partido y en las poblaciones de más de 500 vecinos. Medidas eran todas las anteriores altamente plausibles; pero debieron ir acompañadas de otras que demostraran que la revolución de Setiembre se había hecho para entrar en una serie de reformas que sacasen al país de la postración en que estaba, dándole por un lado más parte de la que tenía en la vida pública, y abriéndole por otro las fuentes de la riqueza nacional, poco ménos que cegadas por la guerra civil.

Pero el ministerio siguió en esto la senda trazada por sus predecesores, prometiendo mucho y haciendo poco, y así la revolucion, puesta en sus manos, fué desde luego un acontecimiento estéril para el país y un sarcasmo para los que más esperaban de ella. Hallábanse en este caso los heroicos soldados que habian hecho la guerra civil, algunos á la fuerza, porque fueron compelidos á seguir año tras año en las filas despues de haber cumplido. Empezó el licenciamiento de las tropas, y millares de individuos recibieron sus licencias sin darles el haber que con su sangre habian ganado, ni aun lo absolutamente necesario para el triste viaje á sus casas; de modo que muchísimos de ellos recorrieron para ir al seno de sus familias 100 y aun 200 leguas á pié pidiendo limosna. ¡Y miétras tanto muchos oficiales y jefes no podian salir á la calle por falta de ropa y de calzado, y algunos caian desfallecidos en las plazas públicas de importantes ciudades por falta de alimentacion! ¡Triste suerte la de estos heroicos defensores de la libertad, á quienes así se impulsaba á maldecir ésta en el acto de haberla conquistado con su sangre! Espartero, que vió poco ménos que impasible estas verdaderas iniquidades, recibió bien pronto su merecido, porque cuando, siendo regente, creyó que tenia todo el país á su lado, se encontró con el vacío. La deuda nacional, que alcanzaba ya la cifra de *veintitres mil millones de reales*, fué para el ministerio-regencia un asunto de tan escasa importancia, que ni siquiera se cuidó de que se escogitasen medios para disminuirla. Tampoco le preocupó la nivelacion de los presupuestos, que ofrecian un déficit espantoso, ni se ocupó de la construccion de canales, tan necesarios en España por lo ardoroso de su sol y falta periódica de lluvias, ni de otros asuntos favorables á la agricultura, principal ramo de la riqueza del país. Concretóse casi á tomar medidas políticas, unas para halagar á los revolucionarios, otras para atraerse á los reaccionarios; pero ninguna para que entrase en la vida pública el elemento democrático que más habia contribuido á terminar la guerra civil. Habiéndose pronunciado la opinion pública por la disolucion total del Senado, en vez de su tercera parte, por ser altamente reaccionario, el ministerio

se opuso á aquella diciendo, que no queria infringir la Constitucion; pero al mismo tiempo pisoteaba ésta convocando nuevas Córtes para el 19 de Marzo de 1841, cuando el Código político disponia, en su art. 26, que disueltas las Córtes debian reunirse otras *dentro* del término de tres meses; de modo que, segun el ministerio, disolviéndose en su totalidad el Senado se infringia la Constitucion, y echando á un lado el art. 26 de ésta para reunir las nuevas Córtes á los cinco meses no se infringia. Es que habia interés, como á su tiempo veremos, en que el Senado subsistiese porque la mayoría de sus miembros se habia ofrecido para planes de regencia única. Por lo que acabamos de referir, al mes escaso de la renuncia de Cristina, estaba ya convencido todo patriota de que el suceso de Setiembre no era una revolucion, sino un pronunciamiento.

Cuestiones con Portugal y con Roma. Habíase celebrado en 1835 un arreglo entre España y Portugal para la libre navegacion del

Duero en beneficio de ambos pueblos hermanos; pero por nécias antipatias entre castellanos y portugueses el gobierno de Maria de la Gloria habia eludido durante la guerra civil el cumplimiento de lo pactado. Creyó ahora el ministerio-regencia llegado el caso de poner en práctica el tratado, y oponiéndose á ello el gobierno portugués, aquel le amenazó con enviar 50.000 soldados que le hicieran cumplir sus compromisos. Demandaron los portugueses la mediacion de Inglaterra, quien interpuso sus buenos oficios para que el gobierno español concediese al lusitano un plazo razonable para contar con las Cámaras, y trascurrido éste fué ratificado el convenio sobre navegacion de dicho rio en ambos paises.

De distinta manera terminó el conflicto suscitado por el único representante que en la córte de España tenia el papado, si no eterno enemigo, constante y atrevido invasor al ménos de las atribuciones de la potestad civil. Habia suspendido la junta revolucionaria de Madrid á los jueces del tribunal de la Rota y á varios empleados que gravitaban sobre el exhausto tesoro español, representando al papa, quien no sólo no quiso reconocer á Isabel II, sino que tuvo un delegado en la córte carlista. El fiscal de la

nunciatura J. Ramirez de Arellano, á quien al salir el nuncio de Madrid despues de la muerte de Fernando VII, designó como su sustituto para las cuestiones que pudiesen ocurrir, se quejó en términos altaneros al ministerio-regencia de la medida de la junta, y como no obtuviese pronta respuesta, le dirigió otra comunicacion más desatendida y en la cual se quejó además de atropellos cometidos en presbíteros y en asuntos de la iglesia. Tampoco contestó el ministerio á esta segunda comunicacion, lo que irritó al Arellano hasta el extremo de poner una tercera, en la cual se propasó á exigir que el obispo electo de Málaga, que era de opiniones liberales y gobernaba el obispado, sede vacante, muy á placer de los fieles, no ejerciese el cargo de gobernador bajo la pena de incurrir en heregía. Esta audacia de Ramirez Arellano colmó la medida del sufrimiento del ministerio-regencia, quien ordenó que se cerrase la nunciatura y que cesara en sus funciones el inútil tribunal de la Rota y despues que aquel presbítero fuese expulsado de España y conducido con escolta á la frontera francesa, lo cual tuvo efecto en medio de la satisfaccion de los liberales y del escándalo de los beatos, que antes son tales que patriotas.

Caida del Ministro de Hacienda.

El ministro Gamboa, que de cónsul de Bayona habia pasado por voluntad de Espartero á la secretaría de hacienda, vióse compelido á dimitir por cierta torpeza descubierta en el expediente de arriendo de consumos ó derechos de puertas de Cádiz, y el ministro de estado Ferrer ocupó interinamente el puesto vacante.

Elecciones.

Alejados los moderados de la vida pública por el pronunciamiento de Setiembre y desorganizados de todo punto los carlistas por el suceso de Vergara, acudieron solos á las urnas los progresistas. Hubo en las elecciones de diputados una libertad completa, pero fué la libertad que produce el terror á favor de un partido triunfante en contra del vencido. Los moderados habian triunfado en las últimas elecciones convirtiendo para ello el poder en tiranía: los progresistas triunfaron en éstas, alejando del palenque á sus contrarios por medio de la tiranía de las turbas, dispuestas á apalea al que hubiera osado acercarse á las urnas con candidaturas moderadas. Y esta

dolorosa alternativa de tiranía continúa aun para vergüenza nuestra entre nosotros: el sistema de los moderados, llamados ahora conservadores, consiste siempre en usar del poder corrompiendo y tiranizando desde las alturas; el de los partidos avanzados violentando brutalmente, apoyados en las turbas, la voluntad de los electores. Así, triste es decirlo, se desconoce por completo en España la verdad electoral, y siempre es el triunfo del que manda.

Espartero, regente único.

Llegó el día de la reunion de las nuevas Córtes, que lo fué el 19 de Marzo de 1841, aniversario de la promulgacion del Código de Cádiz, y el ministerio se presentó ante ellas á demandarlas legalizacion para todos sus actos. Hallábanse divididos los diputados en la cuestion de regencia, sosteniendo unos que era conveniente la de una sola persona, otros la de tres y alguno la de cinco. Entre los diputados que querian la regencia única, es decir, á Espartero de regente, estaban, sin contar al ministro Cortina, Olózaga, Antonio Gonzalez, Sancho, San Miguel (E.) y otros, siendo los más notables de los que apoyaban la trína Argüelles, Lopez, Caballero, Mendizábal, García Ural, Posada Herrera y Gonzalez Bravo, quien por sus gritos y alardes demagógicos habia logrado ser elegido representante. Habia ya declarado á la fecha Espartero, y esto lo sabia todo el pais, que él aceptaria el cargo de regente *único* si le nombraban las Córtes; pero que *de ningun modo* (y esta resolucio suya era irrevocable) tomaria parte en una regencia compuesta de tres ó de cinco. Esto era tanto como imponerse á la representacion nacional. El militarismo, que comenzó en Mas de las Matas, se ostentaba ya avasallador, pero le faltaba presentarse insolente y provocador, y de esto se encargó Linage, quien autorizado por Espartero dirigió un comunicado á *El Eco del Comercio* el 27 de Marzo, á los ocho dias justos de abiertas las Córtes, en el que decia, «que el duque de la Victoria, dispuesto siempre á hacer el bien de la nacion, por cuya libertad é INDEPENDENCIA no habia perdonado medio ni sacrificio, DESEABA RETIRARSE DE LOS NEGOCIOS PÚBLICOS para descansar en el seno del hogar doméstico; pero que así y todo estaba decidido á obedecer la resolu-

cion de las Córtes sobre la cuestion de regencia, *mas no á tomar parte en ésta, si lo que aquellas determinasen fuera contrario á su OPINION* (de regencia única), en cuyo caso tendria una *honrosa ocasion* para retirarse á su casa.» Tamaña ofensa por satisfacer la ambicion de mando, jamás se dirigió á un pueblo libre... Pero decimos mal, que no era libre ni con mucho el pueblo que la toleró. Entrando el Congreso en el debate sobre si la regencia habia de componerse de una ó más personas, usaron de la palabra contra la única, entre otros, Mendizábal, para hacer ver la contradiccion de Espartero y sus compañeros de gabinete, queriendo ahora la regencia de uno cuando en Valencia propusieron á Cristina que nombrase ella misma co-regentes; Gonzalez Bravo, para personalizar la cuestion diciendo en un pretencioso discurso que Espartero no era hombre de gobierno ni de luces, ni podia llevar á la regencia *ninguna idea fecunda ni ningun sistema* GENÉRICO; García Ural para atacar con palabra tan fácil y nerviosa como atrevida á Espartero, diciendo que la historia de este general se escribiría con la sangre de los pueblos, y Lopez para demostrar en un discurso templado, razonable y elocuente que la regencia trina con Espartero de presidente de ella, no sólo seria más fecunda en bienes para el país que la única, sino más conveniente á aquel general, porque así conservaria íntegro su prestigio, que perdería bien pronto de ocupar sólo tan alto puesto. Entre los que defendieron la regencia única se distinguieron Sancho, J. Quinto y Olózaga: estos dos últimos, como más adelante veremos, abandonaron luego al regente, atacándole sin piedad, como hicieron Cortina y otros: tambien veremos la anomalía de defenderle Mendizábal, Alonso Cordero, Capaz y otros, que votaron la regencia trina.

Si el Congreso hubiera sido una Asamblea soberana habria triunfado LA CAUSA de los trinitarios, que querian de regentes á Espartero, Argüelles y otro; pero aquel general tenia en su pró á la mayoría del Senado, que por esto no fué disuelto en su totalidad. Tambien en el alto cuerpo hubo el consiguiente debate sobre si la regencia habia de ser una ó trina. La opinion pública estaba en contra de la regencia única; pero como Espartero, que de

cia que ansiaba retirarse á la vida privada á descansar de sus fatigas ó á ser alcalde de Granátula, su pueblo natal, habia significado insolentemente su voluntad de ser regente único, aquella tenia que sobreponerse al fin á las aspiraciones del patriotismo y de la pública conveniencia.

En estos supremos momentos la mayoría de los diputados, que representaban fielmente la revolución y hasta allí habian querido á Espartero como presidente de la regencia trina, convinieron en negarle su voto y honrar con él al venerable Argüelles.

Reunidos el día 8 de Mayo en el palacio del Senado diputados y senadores, éstos en número de 94 y aquellos en el de 196, total 290 votantes, haciendo de presidente Argüelles, que lo era del Congreso y más anciano que el del Senado, se procedió á votar nominalmente si la regencia habia de ser única ó trina. Votaron por ésta 142 contra 148 que proclamaron la única. Procedióse en seguida por votacion secreta á nombrar el regente, y dió el siguiente resultado:

Duque de la Victoria.	179 votos.
D. Agustin Argüelles.	103
Doña Maria Cristina de Borbon.. . . .	005
Conde de Almodóvar.	001
Brigadier García Vicente.	001
Cédula en blanco.	001

TOTAL. 290

Siendo 146 la mitad más uno de los 290 y habiendo obtenido Espartero 179 votos, quedó elegido regente durante la menor edad de Isabel II. Leído el resultado del escrutinio, Argüelles pronunció estas solas palabras:

En su consecuencia, las Cortes declaran que queda elegido por las mismas regente del reino el duque de la Victoria. En seguida levantó la sesion en medio de un silencio significativo de parte del inmenso público y de senadores y diputados.

A los dos dias juró Espartero su cargo en el Congreso á donde se dirigió por entre innumerable y alegre muchedumbre, tomándole el juramento su competidor Ar-

güelles, despues de cuya ceremonia dirigió un pequeño discurso á senadores y diputados, comenzando con estas palabras: *La vida de todo ciudadano pertenece á su patria*. EL PUEBLO ESPAÑOL QUIERE *que continúe consagrándole la mia. Yo me someto á su voluntad*. Despues de esta falsa afirmacion, dijo: «Que en el ejercicio de su cargo conservaria las leyes, la Constitucion y el trono; que con la confianza y voluntad de los pueblos, los esfuerzos de los cuerpos colegisladores y los de su ministerio *responsable* (como si él no lo fuera) y los de todas las autoridades, la libertad, la *independencia* y la prosperidad de la nacion estarian aseguradas, el pueblo seria feliz, y él veria sin inquietud llegar la última hora de su vida.» Concluyó diciendo que contasen con él senadores y diputados para sostener el gobierno representativo, como él contaba con que ellos serian los consejeros del trono constitucional, en el que descansaban la gloria y la prosperidad de la patria.

Ministerio Gonzalez.

En posesion Espartero del puesto de regente del reino, presentóle su dimision el ministerio-regencia, y en el acto encargó la formacion de su primer gabinete á Antonio Gonzalez, amigo suyo de cuando ambos estuvieron en la América del Sur, y quien, más afortunado que en Barcelona con Cristina, eligió el siguiente, reservándose él la cartera de Estado con la presidencia, San Miguel (E.), para guerra; J. Alonso, para Gracia y Justicia: el general Infante, para gobernacion; el general Camba, para marina, y Surrá y Rull, para hacienda.

Nombramiento de Argüelles para tutor de la reina y de su hermana.

Ausente Cristina del suelo español y vacante *ipso facto* la tutela, competia á las Córtes el nombrar tutor de la reina y de su hermana, y aun cuando Cristina se interesó con Espartero para que hiciera salir triunfante el pensamiento que le trasmitió de elegir cinco personas para ejercer tal cargo, las Córtes, reunidos los dos cuerpos, como para la eleccion del regente, nombraron el 10 de Julio tutor á Argüelles por 180 votos contra unos 24 repartidos entre varios candidatos. Los moderados se desataron en indecorosas invectivas contra aquel virtuoso patriarca de la libertad, al que en su inícuca saña calificaron de *sapatero*

Simon, eso que les dió magnífico ejemplo de su probidad y desinterés renunciando á los derechos legales de la tutoría por la exígua cantinad de 90.000 rs.; y Cristina, mal aconsejada por los moderados y absolutistas que la rodearon en París, donde fijó su residencia, publicó á los pocos dias otro manifiesto más violento que el de Marsella, protestando contra la declaracion de estar vacante la tutela de sus hijas y consiguiente nombramiento de tutor para ellas. Nueva tea era ésta que la ex-gobernadora arrojaba sobre el combustible ya hacinado para que estallase el incendio de nuevas discordias civiles, produciendo sangre, luto y desolacion por do quiera. Tambien el ministerio publicó esta protesta, como hizo con la de Marsella, en la *Gaceta*, acompañándola con el correctivo de un manifiesto en contrario sentido.

Cuestiones con
Francia é In-
glaterra.

Todo cuanto agradó á la última potencia el alzamiento de Setiembre, sirvió de disgusto á Francia, cuyo gobierno no sólo protegía á los emigrados voluntarios que habia en París y en algunos departamentos fronterizos, sino que les alentaba á conspirar contra el regente y les facilitaba medios para que realizasen sus criminales aspiraciones. Deseando el gobierno francés presidido por Thiers, poner más y más obstáculos á la marcha del español, le suscitó intencionalmente dos cuestiones, una mandando que entrase fuerza armada en el punto llamado Quinto, término de los Alduides, y otra pidiendo que se le renovase el arriendo del islote del Rey, sito en mitad del puerto de Mahon, que hacia cuatro años tenia ocupado para hospital de los soldados enfermos que venian de Argel para Francia, exigiendo esto último con imperio despues de haber propalado dicho Thiers, tan parcial al escribir sobre nuestra guerra de la independencia, como petulante y criminal ahora, *que la escuadra francesa, surta en Argel, habia tenido orden de apoderarse de las Baleares*. El gobierno español, que ya estaba apercebido contra el tan insensato como infame plan de Thiers, rechazó la pretension sobre el nuevo arriendo del islote, que hizo desocupar y exigió satisfaccion por el atentado de los Alduides, la cual le fué dada haciéndose un nuevo deslinde de la raya internacional.

Versó la cuestion con Inglaterra sobre la venta que el gabinete Perez de Castro habia hecho al gobierno británico en 60.000 libras esterlinas, que le debíamos, de las islas de Fernando Póo, Annobon y Corisco, sitas en el golfo de Guinea cerca de la embocadura del Niger y cedidas á España por Portugal en el último tercio del siglo xviii, venta á que no se debió oponer el ministerio Gonzalez, pero que por una mala entendida idea del honor nacional, acudió á las Córtes pidiéndolas que anulasen el contrato, lo cual acordaron así, desistiendo entonces la Inglaterra de posesionarse de dichas islas, que no nos han proporcionado ni proporcionarán más que perjuicios por estar casi despobladas, no tener ni industria ni comercio, y ser además insalubres en demasia.

Trabajos de las Córtes. Beneficiosos en gran manera los primeros trabajos de estas Córtes por los intereses materiales que desarrollaron en pro de todas las clases sociales, inclusa la proletaria, ellos sirvieron como de compensacion á la esterilidad en otros puntos de la revolucion, que por este acto mereció el nombre de pronunciamiento, y ellos sirven hoy al historiador imparcial para tributar justas alabanzas á los diputados y senadores que tuvieron la fortuna de realizarlos.

Licenciada una gran parte del ejército y en visperas de licenciar otra en número respetable, sin que se pensase en abonarlas sus atrasos, tenia que disminuir necesariamente el presupuesto de gastos. Sumaba éste la cantidad de 1.072 millones de reales escasos, ascendiendo el de ingresos á la de 815, y resultando así un déficit de 257, que las Córtes, con el laudable afan de hacer economías, enjugaron en gran parte por medio de la disminucion de las dotaciones de los funcionarios públicos, empezando por la real casa y concluyendo por los más humildes servidores del estado. Alivió esto muy poco la angustiosa situacion del tesoro, y todas las atenciones de éste siguieron cubriéndose con una irregularidad poco ménos lamentable que durante la guerra civil. Las dotaciones mezquinas son constante é irresistible aguijon que lleva á los empleados á la inmoralidad, y esto debieron tenerlo presente las Córtes para ocuparse, más que en dotar mezquinamente á

los funcionarios públicos, en disminuir su número, hacer otras reformas radicales, y sobre todo, escogitar los medios para el aumento de ingresos con las rentas de aduanas, y tabacos y otras, y los sobrantes de las colonias, dotando á éstas de una buena administracion. Cierta que las Córtes decretaron en Julio la ley reformando los aranceles en sentido liberal para que el tesoro obtuviese más entradas; pero esta reforma dejó mucho que desear, no llevándola á su desarrollo natural por temor á los catalanes, que gozaban de inmensa proteccion, la cual dura aun hoy dia, aun cuando no tan grande, para sus atrasadas fábricas algodoneras.

Con general aplauso fueron recibidas las leyes que ambas Cámaras decretaron por inmensa mayoría, y luego sancionó el regente, sobre capellanías colativas ó de sangre, patronatos y obras pías, que arrancadas de manos del clero debian pasar á los parientes más próximos de los fundadores (19 de Agosto); la que abolió el 4 por 100 del diezmo que aun se pagó en 1840; la que confirmó definitivamente la abolicion de los mayorazgos, aclarando varios puntos dudosos de las leyes de 1820 y 1836, así sobre los bienes de dichos mayorazgos adquiridos á título oneroso como á título gratuito ó lucrativo, y por último, la más importante (2 de Setiembre), que puso en venta, debiendo hacerse ésta en pequeñas porciones y á pagar en 20 años, para que hasta muchos pobres se interesaran, como lo hicieron solos ó acompañados en las subastas, todos los bienes del clero secular, que para vergüenza de los revolucionarios del 34 al 40 estaban aun en poder de curas, canónigos y prelados, no habiéndose atrevido aquellos á declararles propiedad de la nacion, eso que sabian que muchos de sus productos se destinaban al fomento de la guerra civil. Opúsose en el Congreso á la adopcion de esta última ley, la más necesaria para la futura prosperidad del país, puesto que iba á sacar de manos muertas para lanzarla al mercado, nada ménos que la vigésima parte del territorio y edificacion de España, el jóven diputado Joaquin F. Pacheco, andaluz tornadizo que, de liberal avanzado, se habia ido á las filas de la reaccion y poseia correcta y facilisima palabra, por lo cual los modera-

dos le proporcionaron la investidura de representante por la provincia carlista de Alava, en donde nadie le conocia. Creyó Argüelles como un caso de conciencia el salir á la defensa de la sana doctrina liberal y económica, y dejando la silla presidencial bajó al escaño del diputado á combatir al nuevo adalid de los intereses mundanales del clero, y lo hizo con tal copia de razonamientos y de datos, que dejaron malparado á su contrario.

Háse dicho, y se dice aun hoy por algunas personas que aplauden la ley de 2 de Setiembre de 1841 en lo tocante á desamortizar los bienes del clero, que debió confeccionarse de modo que las clases menesterosas hubieran palpado sus beneficios, repartiendo entre ellas dichos bienes á título gratuito ó con un pequeño censo. Es tan fácil discurrir así sobre esto, como difícil, sino imposible, el realizarlo, no sólo en aquella época, pero ni siquiera en el dia. En cuanto á lo primero, tenia dos destinaciones, á cual más sagradas, el producto en venta de los bienes del clero; una la de soportar la dotacion de éste y del culto, según la ley que acababan de dar las Córtes en cumplimiento de un precepto constitucional. y otra la de amortizar con el resto la deuda nacional, que, aumentada por todos los gobiernos, tiene hoy agobiado y en agonía al pueblo español. Además, ¿quién respondia ni responde hoy del buen resultado de una ley agraria, que es en definitiva la que quieren los que de tal manera se expresan, habiendo visto el negativo y contraproducente que dió de sí la votada por las Cortes de Cádiz sobre ciertos bienes de propios y comunes de los pueblos? Se habla, especialmente hoy, con desenfado sumo, de *universalizar* la propiedad; pero llevar á cabo esta *universalizacion* es materia imposible, aun cuando se acudiera al impracticable y nunca practicado comunismo de la tierra. Lo que sí creemos que debieron y pudieron hacer las Córtes de 1841, partiendo la iniciativa del regente y de su primer ministerio, fué pagar sus atrasos á los licenciados de la guerra civil en bienes del clero, prévia tasacion y capitalizacion. Esto, sobre justo y hacedero, habria identificado con la causa del progreso á 200.000 ó más hombres que acababan de verter su sangre por la libertad, de que en su inmensa mayoría

(tristísimo es decirlo), no iban á gozar, eso que por ella unos habian perdido un miembro de su cuerpo y otros contraido crónicas dolencias que les proporcionaron penosa y prematura muerte.

Tambien decretaron las Córtes otras leyes de no escasa importancia, tales como la que reformó la electoral dejando en pié el censo de 200 reales, la que centralizó los fondos del tesoro para el mejor órden administrativo de las rentas y para que las obligaciones del estado se pagasen con equidad y regularmente, la que arregló la recaudacion de arbitrios provinciales y municipales, impidiendo exacciones violentas y contrarias á la justicia, la que reconoció los fueros de Navarra conservando á esta provincia casi todos sus antiguos privilegios en contra de la nacion, la que exigió del país el sacrificio de 50.000 hombres de reemplazo para que pudieran darse las licencias á 80 ó 90.000 cumplidos, la de presupuestos para cobrar en virtud de ella, no por autorizacion, toda clase de tributos, y la que reconoció el derecho en todos los que habian sufrido daños materiales durante la guerra á la correspondiente indemnizacion por el tesoro público, ley que fué un manantial de robos y de inmoralidades sin fin, porque se formaron por do quiera expedientes en los que fué regla casi comun obligar al estado á que pagase veinte, cuarenta y aun cien veces más que el verdadero importe de los daños ocasionados, yendo luego á parar dichos expedientes á manos de viles especuladores, que en poco tiempo levantaron, con horrible aumento de la deuda pública, fortunas tan colosales como escandalosas.

El 24 de Agosto se cerró la primera legislatura de estas laboriosas Córtes, en las cuales habian ocurrido tres sucesos que merecen mencionarse por el escándalo que produjeron en el país y la indignacion que causaron en todos los buenos. Al discutirse la dotacion que por su viudedad se habia de dar á Cristina (casada ya con Fernando Muñoz desde principios de 1834) se descubrió que dicha señora habia percibido grandes cantidades de las arcas de real patrimonio, sin poderse fijar su monta, porque ni parecian inventarios, ni particiones de herencia, ni ningun documento que demostrase lo que habia recibido; Argüe-

lles hizo presente al Congreso que en un sitio recóndito de palacio habia descubierto unos legajos, en donde existían muchísimos documentos, que acreditaban, al propio tiempo que la inocencia de los liberales perseguidos durante la tiranía de Fernando, la vileza de los delatores de que este mal monarca se valia para verter sangre inocente y arruinar la virtud y el patriotismo, y en el mismo Congreso se demostró con documentos remitidos por Cortina é Infante que las administraciones moderadas, especialmente la última de Castro-Arrazola, habian no sólo violentado la voluntad electoral para crearse mayorías *facticias*, segun la calificación de dicho Cortina, sino corrompiéndola con dinero del público tesoro, al que se habia robado con tan reprobados fines.

Ya que las Córtes en esta primera legislatura no pudieron por falta de tiempo ocuparse de señalar la fuerza armada de que habia de constar el ejército, lo hizo el ministerio disponiendo que hubiese, además del cuerpo de artillería, 28 regimientos de infantería de línea de á tres batallones cada uno, 15 regimientos de caballería de cuatro escuadrones y 50 cuerpos ó batallones de milicias provinciales. Enormísima era esta fuerza para sostenerla la España en tiempo de paz; pero el militarismo se habia encaramado á las alturas del poder y era preciso respetar sus exigencias. Tambien el ministerio Gonzalez creyó conveniente no dejar sin correctivo la alocucion que el papa Gregorio XVI habia dado sobre los asuntos de España en 10 de Marzo, y el ministro de gracia y justicia Alonso la contestó por medio de un extenso manifiesto en que calificaba la obra del pontífice romano *de tea incendiaria arrojada sobre nuestro suelo, para que no se dejase de verter sangre y la guerra civil se renovara convertida en religiosa*, para probar despues que sólo por los intereses mundanos y servir á sus aliados (los príncipes absolutistas) habia dado el soberano de Roma la encíclica, que en suma no era más que *una declaracion de guerra contra la reina Isabel, contra la seguridad pública y contra la Constitucion del estado.*

Rebelion octu-
brista. Fusila-
miento de Die-
go Leon, Borso,
Montes de Oca
y otros.

Instalada Cristina en Paris, despues de un viaje á Roma para prosternarse á los piés de Gregorio XVI, intolerante pontífice que tenia dada toda su confianza á su barbero, y hacer confesion general de propios y ajenos pecados, rodeose en aquella gran ciudad de Zea Bermudez, de los dos generales Narvaez (Ramon y Francisco) y de otros personajes moderados y absolutistas, quienes halagando la ambicion y enardeciendo las ideas de venganza que se albergaban en el pecho de la dama napolitana, la lanzaron al terreno criminal de promover una nueva guerra civil para derrocar al regente y mistificar, ya que no destruir, las instituciones liberales que regian al pais.

El gabinete Thiers, y Luis Felipe en persona, animaban á Cristina y la prestaban cuanta ayuda ella demandaba para sus planes liberticidas, y tal era la opinion que sobre las cosas de España tenian el monarca francés y su ministerio, que en su nécia y ofensiva petulancia decian muy sérios, *que les pertenecia la tutela de España (la tutelle d'Espagne nous appartient)*.

Contaba Cristina en España para acometer su abominable empresa con el general L. O'Donnell, que se puso de acuerdo con ella en Paris, faltando á la gratitud que debia á Espartero, con Diego Leon, que odiaba al regente, de quien no habia recibido más que atenciones y pruebas de amistad sincera, con M. de la Concha que debia más que Leon á dicho Espartero, con el general Piquero, que se hallaba en el caso que los tres anteriores, con Borso di Carminati, que echaba de ménos el mando para él bienhechor de su compatriota, y con otros varios jefes del ejército, que deseaban una revuelta, ya para satisfacer resentimientos por ciertos ó supuestos agravios, que decian haberles inferido la situacion creada en Setiembre, ó ya para medrar enmedio de la desventura de la patria, presa de civiles discordias. O'Donnell, natural de Canarias, aunque de origen irlandés, debia levantar el estandarte de la rebelion en las provincias vascas y Navarra al grito de *fueros en toda su integridad*, Piquero de ayudar en Vitoria á O'Donnell, Borso de apoyar al mismo en Zaragoza, y Leon y Concha de sublevar la guarnicion de Madrid, co-

ger á Espartero para hacer de él lo que les conviniese y apoderarse de la reina y llevarla, si así lo requeria la marcha de los acontecimientos, al país vasco, en donde se instalaría un gobierno provisorio hasta que viniese Cristina de Paris, á cuya cabeza y con el título de regente interino se pondría el abogado y ex-ministro M. Montes de Oca, natural de Medina-Sidonia en la provincia de Cádiz, y más interesado por ende en la abolición que en la subsistencia de los privilegios vasco-navarros. No por éstos sino por ambicion vituperable se asoció al plan el general conve-nido Urbiztondo, obrando en contrario sentido el bravo y pundonoroso S. Latorre y su compañero Iturbe.

Repitióse en esta conspiracion de Cristina lo sucedido con su primer esposo y los inocentes liberales de 1820 á 23, que éstos le daban á nombre del país sendos millones para que él derramase algunos entre Eguía, Mataflorida y otros corifeos inquisitoriales á fin de matar la libertad: ahora reconocian los progresistas la dotacion de viudedad de Cristina, casada en segundas nupcias hacia más de seis años, para que la emplease en conspirar contra ellos y contra la patria.

El dia 2 de Octubre, O'Donnell, que á su vuelta de Paris habia obtenido su cuartel para Pamplona, logró levantar el estandar de la rebelion en la inexpugnable ciudadela de la capital de Navarra, seduciendo su guarnicion, cosa que pudieron evitar así el capitán general Ribero, como el jefe político P. Madoz y no lo hicieron, éste por nécios temores á que se criticase su conducta de atropelladora haciendo salir á O'Donnell de la ciudad al saber perfectamente y con grande anticipacion la conjuracion que traía entre manos, y aquél por aficion á los conjurados, contenida para no secundarlos por su amistad particular con Espartero. A luego de saberse el levantamiento de O'Donnell, pronunció Piquero á Vitoria é instaló el gobierno provisional, poniéndose á su frente Montes de Oca, allí oculto desde dias atras. Muñagorri, el que en la guerra civil levantára su bandera de *paz y fueros*, vino desde Bayona á sublevar la montaña navarra; pero cogido por un oficial del ejército fué fusilado al momento. Bilbao se pronunció con toda su milicia nacional el 5 á la voz de

fueros en toda su integridad, dándose el bochornoso espectáculo de que trabajase abiertamente por el alzamiento el vice-cónsul francés en la plaza. Ayudó al pronunciamiento bilbaino el coronel Larrocha con el regimiento que mandaba, faltando á sus palabras de ser fiel al regente, de quien habia sido ayudante. El general Borso, que se hallaba en Zaragoza, no pudiendo hacer nada en la ciudad, sedujo á un regimiento de la guardia real, y en la noche del 6 salió con él para llevarse á O'Donnell; pero perseguido por Ayerbe, capitán general de Aragón, fué alcanzado en la mañana del 7, y abandonado de la tropa huyó sólo en dirección de Mallen, donde le cogieron unos carabineros, y conducido á Zaragoza fué fusilado. Oribe, coronel que era del regimiento Reina gobernadora, despues de mil protestas adulatoras de fidelidad al regente, se pronunció con parte del cuerpo de su mando en los alrededores de Zamora; pero saliendo tropa de esta ciudad en su persecucion tuvo que refugiarse en Portugal. Narvaez (R.) que procedente de Paris habia arribado á Gibraltar con la mision de sublevar la costa andaluza, no se atrevió á salir de la plaza inglesa, en lo cual obró con prudencia, porque de hacerlo hubiera encontrado probablemente la muerte, segun estaba el espíritu del país y de las tropas encargadas de su tranquilidad.

Mientras que O'Donnell trabajaba en vano por hacer suya la plaza de Pamplona y sublevar la Navarra, y Montes de Oca dirigia sendas é inútiles alocuciones á los vascos para que se levantasen en favor de Cristina, sin consignar en ellas una sola palabra en favor de la libertad ni del sistema representativo, y Bilbao se veia aislada sin que secundase sus propósitos una sola aldea vizcaina, y, por último, Urbiztondo era alejado de Tolosa, que condenó su conducta, todo lo cual se explica por lo impopular del movimiento, reprobado además por Carlos de Borbon desde Bourges en una proclama en que llamaba á Cristina usurpadora y á sus parciales *puñado de ambiciosos*, tuvieron lugar en Madrid los sucesos de la noche del 7 de Octubre. Apercibido el gobierno, como no podia ménos, por las noticias recibidas de Pamplona, Vitoria y Bilbao, y dispuesto á combatir y castigar á los conspiradores, se-

gun lo anunció el día 6 en una proclama suscrita por Espartero y el ministro de la gobernacion, más que de audaz merece ser calificada de insensata la empresa que echaron sobre sus hombros el valeroso pero poco despierto Leon y su compañero Concha. Aquel confió en su estrella, y éste, que tenia claro juicio, acaso no desistió de su proyecto confiado en que un hermano suyo, general tambien, era cuñado del regente. Tomó Concha sobre sí la tarea de presentarse vestido de paisano en el cuartel de guardias de corps, reducir al regimiento de la Princesa, de que había sido coronel, é ir á su frente al real palacio para apoderarse de la reina; y Leon se comprometió á ocupar con un regimiento de la guardia real el Museo de pinturas y los palacios de Medinaceli, Villahermosa y Alcañices, sitios sobre el Prado, para impedir al regimiento de Luchana y á un batallon de Soria, fidelisimos al regente, que acudieran en defensa de éste, de quien él habia de apoderarse en su morada calle de Alcalá, al pié del palacio de Buenavista.

Auxiliado Concha por el teniente coronel de la Princesa Nouvilas (tiempo andando furibundo demagogo federal), por los comandantes Lersundi, Ravenet y muy especialmente por el teniente Boria, logró poner sobre las armas el regimiento, cuyo coronel Enna, vendido por el Nouvilas, fué encerrado en un cuarto, y dando órden de que se matasen los caballos de los húsares que habia en el mismo cuartel, porque los jinetes rechazaron sus seducciones, se encaminó á palacio, en el cual penetró por la puerta del Príncipe sin gran dificultad, como que estaba comprometido en la conspiracion el jefe de la guardia exterior Marquesi. Allí llegó á Concha la fatal noticia de que Leon no habia podido ponerse al frente del regimiento de la guardia real, que rechazó á balazos desde su cuartel del Soldado al brigadier Norzagaray, que fué preso, por lo cual el vencedor de Belascoain tuvo que refugiarse en el real alcázar vestido de grande uniforme de húsares y acompañado solamente de unos cuantos conspiradores inútiles, como el brigadier conde de Requena, hoy duque de la Roca, que concluyó por irse al campo carlista y desempeñar ante el titulado Carlos VII el mismo papel que

ante Fernando ejerció el de Alagon, J. Pezuela ahora conde de Cheste, el coronel Fernando Córdova, hermano del general de este apellido, el conde de Puñonrostro, el duque de San Carlos y el brigadier Quiroga y Frias.

La insurreccion estaba muerta en el acto de nacer. Refugiados todos los conspiradores en el régio alcázar y dueño el gobierno de todo Madrid, de la guarnicion entera, ménos el regimiento seducido, de la milicia nacional, que ocupó su puesto, más por acertadas medidas de Cortina, comandante del segundo batallon, que por las del alcalde, jefe político y autoridades militares, la lucha, sobre insensata, era ya doblemente criminal, no ofreciendo para los sublevados ni el menor asomo de triunfo. Sin embargo de esto, Concha, que era más temerario que bravo, fija su idea en arrebatarse á la reina, sin considerar que de lograrlo ya no le era posible alejarse con ella ni siquiera seis kilómetros de Madrid, careciendo de caballería, arengó entusiasmado á la tropa, y distribuyendo una gran parte de ella en las avenidas y calles próximas á palacio, hizo subir la principal escalera de éste á la compañía de cazadores al mando de Boria, el que detenido por el ¡*quién vive!* de los primeros alabarderos, fué increpado duramente por el coronel Domingo Dulce. Lejos de convencer á Boria el lenguaje de Dulce para que no profanase la morada de la inocente reina y de su hermana, dió orden de hacer fuego, empezando así aquella lucha sin nombre, porque para bien calificarla y execrarla, no tienen términos propios y adecuados los diccionarios de las lenguas, en la cual al arrojo de los sublevados contestaron con un incomparable heroismo los alabarderos guiados por Dulce. Avanzó Boria haciendo fuego hasta la puerta de la llamada sala de Armas, desde la que contestaron los alabarderos, obligando á aquél á recorrer la régia morada en otras direcciones, siempre haciendo fuego y siempre recibéndole de los defensores del palacio, hasta que éstos lograron arrojarle de él. Durante esta lucha de algunas horas, el terror de la reina y de su hermana y de cuantas personas las acompañabanera inmenso y natural, porque las balas de los sublevados no respetaron la cámara en donde estaban, pues

que una rompió su puerta vidriera, quedándose aplastada en el marco.

A todo esto Concha tenia que atender al fuego que se le hacia desde varios balcones y corredores de palacio y desde la calle próxima de la Almudena, donde fué herido el valiente capitán de cazadores del batallón mandado por Cortina, Miguel de la Guardia, benemérito liberal que falleció á los pocos días del balazo que recibiera.

Rechazado Boria de todos los departamentos del piso principal de palacio descendió al patio, y entonces Concha, viéndolo todo perdido, dió la voz de *sálvese el que pueda*, echando á correr por la cuesta del Moro seguido de muchos soldados en desórden, de Leon y otros jefes: alcanzados por un regimiento de caballería al mando de Lenmery, entró la más completa dispersion: Concha se ocultó entre unos árboles á orillas del Manzanares, y como iba vestido de paisano, logró penetrar en Madrid y salvarse: unos cayeron prisioneros, otros se ocultaron, y Leon, marchado á la ventura, fué cogido al siguiente día cerca de Colmenar Viejo por unos cuantos húsares, cuyo regimiento habia mandado y conducido á la victoria multitud de veces. El mismo día 3 fueron presos en Aravaca los dos brigadieres Quiroga y conde de Requena, y junto al Pardo los dos hermanos Fulgosio, logrando escapar Pezuela, San Carlos, Nouvilas, Marquesi, Lersundi y otros.

Instalado un consejo de guerra compuesto de los generales Capaz, Pedro Mendez Vigo, Ramirez Coté, Isidro, Lopez Pinto, Grases y Minuisir, haciendo éste último de fiscal, tuvo lugar el 13 la vista de causa en la capilla de San Isidro. Pedía el fiscal la pena de muerte contra Leon, que compareció ante el tribunal, y el ausente Concha. El defensor de Leon, que lo era el general Roncali, leyó entre sollozos la defensa de su cliente, el cual por mayoría fué condenado segun las ordenanzas militares, á ser pasado por las armas. Mendez Vigo, aquel verdadero autor de los asesinatos en las aguas de la Coruña el año de 1823, llevó su ferocidad hasta el extremo de votar contra Leon la pena de muerte en garrote vil, voto que horrorizó á todo el mundo.

Poderosas influencias se pusieron en juego al momento ante el regente para que no se privase de la vida al bravo Leon, pero todas fueron ineficaces. Llevado éste á la capilla, redobláronse las gestiones para que Espartero perdonase la existencia que mil y mil balas enemigas habian respetado en cien combates; pidió por el reo con nobleza digna de eterna loa el capitan Guardia, ya casi moribundo por la herida que recibiera en la noche del 7; rogó Roncali con amargas lágrimas por su desventurado cliente y amigo, y hasta la misma inocente reina significó á Espartero que debia perdonar al héroe de Villarrobledo y Belascoain. Todo fué en vano. El regente y sus consejeros habian acordado irrevocablemente que pereciese en el patíbulo el jóven y valiente general, que apénas habia cumplido 31 años, sin considerar ¡insensatos y sobre todo el primero! que el suplicio de Leon iba á inaugurar una era de horrores para la infeliz España, en que se viese verter á torrentes la sangre liberal. Al no perdonar Espartero á Leon decretó los espantosos fusilamientos de Alicante, que llevó á cabo el feroz Roncali para aplacar los manes de su amigo y cliente, el esterminio de la familia Zurbano y los sacrificios del Carral. ¿En virtud de qué razon quiso Espartero que se fusilase á Leon? La sana política condenaba tal sacrificio, la seguridad del estado no le exigia, y contra él protestaba altamente la inestabilidad en el poder de los partidos políticos, que hoy son vencedores y mañana vencidos y *viceversa*. El ódio personal en el militarismo triunfante y desvanecido, fué el único que llevó al suplicio á Diego Leon en medio del estupor general y de la reprobacion de todo el país.

Abandonada por el infeliz Leon la esperanza de salvar la vida, se acogió para perder ésta con valor á los consuelos de la religion. Al entrar el sol naciente del 15 de Octubre en la capilla, exclamó con amargura: *¡ultimo sol que alumbra para mí!* Conducido á las once de la mañana de dicho dia 15 en una carretela descubierta, yendo á su lado el confesor y Roncali, á las afueras de la puerta de Toledo, exclamó al bajar del carruaje: *¡con que al fin me hacen sucumbir!* El desventurado tenia razon en dudar de su sacrificio hasta el instante mismo de realizarse éste. A la

voz de fuego, que él dió, cayó cadáver por una porcion de balas que le fueron dirigidas al pecho.

El militarismo irritado y ciego demandaba aun más sangre que la vertida, y el 4 de Noviembre fué fusilado el brigadier Quiroga, como pocos dias despues lo fueron el coronel Dámaso Fulgosio y los oficiales José Gobernado y Manuel Boria, sufriendo este jóven la muerte con increíble valor.

A estas fechas, además del fusilamiento de Borso en Zaragoza, habia tenido lugar el de Montes de Oca en Vitoria. Habiéndose acercado con una respetable columna el brigadier Zurbano á esta ciudad, que ocupó por escapar los autores de la sublevacion, Montes de Oca llegó á Vergara acompañado de Piquero, P. Egaña y otros, y como él habia prometido 100.000 rs. al que le presentase á Varea vivo ó muerto, los jefes esparteristas ofrecieron 200.000 por su cabeza: unos cuantos viles miñones alaveses, que habian ido custodiando á los fugitivos, sabedores de la gran cantidad que recibirian por la felonía de prender á Montes de Oca, cosa para ellos muy natural, *por no ser vascongado*, se apoderaron de él hallándose en la cama y le condujeron á Vitoria, en donde fué fusilado el 20 de Octubre.

Creyó conveniente Espartero, en la errónea idea de que asi afianzaria su poder, marchar al país vascongado, para donde habian salido ya numerosas tropas á fin de sofocar los restos de la insurreccion octubrista, y despues de dar el 18 una alocucion á los españoles anunciándoles su viaje, salió para Vitoria, á donde llegó el 23, cuando ya O'Donnell, despues de cañonear á Pamplona y hacer gran daño en varios edificios, y de ver la inutilidad de sus esfuerzos para levantar el pueblo navarro, marchaba para Francia, habiendo dejado á los ménos comprometidos en la ciudadela, que se entregó el 25. En vista de esto, Espartero se dirigió á San Sebastian, y no quiso regresar á Madrid sin ver ántes á Pamplona y Zaragoza, en donde recibió los obsequios que siempre prodigan los pueblos á los vencedores.

Mientras tanto el brigadier Zurbano, sediento de sangre y horrores, habia bajado de Vitoria á Bilbao, de donde

huyeron todos los sublevados hácia la costa para trasladarse en lanchas á Francia. En las cercas de la villa cogieron las avanzadas del ejército á siete infelices que huían, los más sin armas, y uno que estando segando heno, echó á correr viendo que corrían los otros. Zurbano ordenó que en el acto fueran fusilados sin ser oídos; acto horrible que tuvo lugar junto al puente viejo, á pesar de los ruegos y lágrimas de algunas personas respetables, á las que alejó de sí amenazándolas de muerte. Esto llenó á los bilbainos de indecible terror, el cual subió de punto cuando el cruel proconsulillo publicó un bando prohibiendo BAJO PENA DE LA VIDA el uso de boinas y bigotes: impuso en seguida á la villa una contribucion que llamó de guerra de seis millones de reales, que exigió en su mayor parte cometiendo miles de atropellos. Á los pocos días de ocupada Bilbao por Varea fueron presos en los montes, Crezuma, comandante de migueletes y varios de éstos, á quienes al llegar á la plaza del Mercado se fusiló, mejor, asesinó bárbaramente, atados codo con codo segun los traían, y sin oírlos ni siquiera identificar sus personas. Cometió luego el desvanecido guerrillero otro asesinato que indignó á la poblacion: mandó prender y sacar incontinenti á la plaza del Mercado á un jóven llamado Vial, que tenia amputada una pierna desde la guerra civil, en que tomó parte por Carlos, y aunque el infeliz, al marchar al sacrificio, quiso hablar al mónstruo para probarle su inocencia, éste le volvió la espalda. Por último, y de la propia manera que los otros fusilamientos, llevó á cabo Zurbano los del cura Zabala y del partidario Leguina, haciendo tocar á las músicas durante la marcha para el suplicio y ejecucion de las víctimas el himno titulado de Riego. Tal refinamiento de barbarie dificilmente se veria entre las tribus salvajes del Congo ó Cafrería.

Terminada, como acabamos de ver, la insurreccion de Octubre, Espartero regresó á Madrid con aires de triunfador, sin pensar siquiera en su desvanecimiento, que, además de la era horrible que con tanto y tan inútil derramamiento de sangre acababa de abrir para el partido liberal, era de que él se libró refugiándose en Inglaterra, el edificio de su codiciada regencia habia sido socabado

en sus cimientos por el sacrificio de Leon, y cubierto de ignominia por la no castigada barbarie de Zurbano.

Desórdenes en Barcelona. Al saberse en la capital de Cataluña los sucesos del país vasco-navarro, sobreexcitáron-

se los ánimos de los exaltados; y como la impunidad de anteriores desórdenes en Barcelona animaba para producir otros nuevos á las gentes discolas (que nunca ejercen sus malas artes cuando la autoridad no quiere que las ejerzan), todo fué confusion, alharacas y griterío, lanzándose por do quiera amenazas de muerte y de otros excesos contra los partidarios de Cristina. El capitán general Van-Halen abandonó con algunas tropas la poblacion en la idea de ir á Navarra contra O'Donnell, si el caso lo requeria, y entónces la municipalidad y la diputacion provincial, ó por poco respetuosas á la santidad de las leyes, ó por miedo á los bullangueros coadyuvaron escandalosamente á que éstos formasen una junta dicha de vigilancia, que se creyó facultada para ejercer la potestad soberana, decretando y exigiendo contribuciones, organizando una policia á su servicio, separando ayuntamientos y empeados y obrando, en fin, como un poder dictatorial. Tuvo la audacia tal junta de dirigirse al gobierno para participarle su instalacion, y al hacerlo le decia estas horribles palabras, propias sólo de los más feroces demagogos del 93 ó del malvado Carlos España: *La oportunidad de cesar esta junta sólo puede marcarla la conducta del gobierno: levante éste el cadalso para los traidores de todas catogorias*, etc. Querian estos verdaderos mónstruos que se demoliese la ciudadela, levantada por Felipe V. al someter á los catalanes, y con la aquiescencia voluntaria ó forzosa del capitán general interino J. Zabala, se derribó por multitud de obreros durante los días 26, 27 y 28 de Octubre la cortina interior de la fortaleza. Sabedor el gobierno de los escandalosos excesos de Barcelona, mandó que cesase la junta y recobrasen la diputacion y ayuntamiento sus atribuciones constitucionales, y Van-Halen regresó á la ciudad decidido á llevar á cabo las órdenes superiores, para lo que la declaró en estado de sitio, prometiendo que el asunto del derribo de la ciudadela lo resolveria el gobierno en justicia. Los individuos de la junta emigraron por mera

precaucion, las autoridades populares fueron reemplazadas, tres batallones de la milicia disueltos y el órden restablecido, pero con la impunidad de los que le alteraron y usurparon el poder soberano en menosprecio de las leyes y en mengua de la nacion española. Bien pronto habian de tocarse los resultados de esta inconcebible impunidad.

Question Salvandy. El gobierno francés, que habia no sólo protegido sino fomentado la conjuracion urdida en Paris por Cristina y sus más íntimos comensales, negóse, como era natural, á la expulsion de Francia, que nuestro embajador Olózaga solicitó inocentemente contra aquella señora, de quien decia el ministro de estado francés, *que habiendo ido á Francia en busca de hospitalidad, ésta la seria conservada con tanto más motivo cuanto que era sobrina del rey*, EL MÁS SEGURO AMIGO DE LA REINA ISABEL. El ministro de estado, Gonzalez, repitió, á instancias de Olózaga, la peticion contra Cristina, y obteniéndolo idénticos resultados que el embajador, tuvo que contentarse con historiar los sucesos de Octubre y comunicárselos á otros gobiernos, que los recibieron con perfecta indiferencia. El español tomó entónces una determinacion justa, la de suspender el pago de la asignacion á Cristina.

Sin embargo de esta tirantez de relaciones entre los gobiernos español y francés, éste mandó en últimos de Diciembre de embajador á Madrid á Mr. de Salvandy, quien ó adementado por causa de su ódio á Espartero, ó deseoso de provocar conflictos, manifestó al ministro de estado, que las credenciales que tenia de su rey Luis Felipe queria presentarlas á la reina y no al regente. Rechazó Gonzalez, como no podia ménos, la irritante y absurda pretension de Salvandy, y éste, con la petulancia peculiar á todos los de su nacion, pasó á aquel una nota quejándose de supuestos agravios personales y contra su nacion, siendo el principal de estos el de haberse dado á un regimiento de caballería el nombre de Pavia, tan glorioso para España como de triste recordacion para Francia. Contestó Gonzalez dignamente al francés, quien no se satisfizo, y se volvió á Paris, dejando encargado de los asuntos de la embajada al segundo secretario, al que debió despedir nuestro gobierno y no realizó por temor ó por contemplaciones á la

Francia, enemiga jurada casi siempre, especialmente entónces, de todo régimen liberal en España, cosa que ú olvidan ó no saben los que por satisfacer ridículas vanidades adulan tanto al país vecino y tanto dicen que esperan de él.

Córtes. Caída del
ministerio Gon-
zalez. Sucédele
Rodil.

El 26 de Diciembre volvieron las Córtes á sus tareas, asistiendo á la sesion de apertura la reina con su hermana y Espartero. El discurso de costumbre fué de descomunales proporciones, que así le creyó útil Gonzalez, en la idea de templar á las oposiciones que se encontraban en extremo irritadas, ya por las atrocidades cometidas por algunos jefes militares despues de someter los territorios de su mando al estado de guerra, que condenaban los progresistas como no le declarasen las camaras segun la Constitucion, ya por las gracias y mercedes que habia conferido el ministerio á varios diputados y senadores, ya por la mala gestion de la hacienda pública en manos del tan ignorante como poco aprensivo ministro Surrá y Rull, elevado á tal por las influencias de Mendizábal y del banquero Safont, de cuya casa habia sido dependiente, y ya, en fin, por la impunidad en que habian quedado los lamentables sucesos de Barcelona. Unos por una de las anteriores causas, otros por otra, y todos ó los más porque de lo íntimo de su conciencia condenaban el derramamiento de sangre que se acababa de ofrecer al país y á la Europa, que de él se escandalizó, los diputados que seguian á Lopez se declararon en oposicion abierta al gobierno, los olozaguistas la significaron vergonzante, sin duda por ser su jefe embajador en Paris, y Cortina, aun cuando sólo, la anunció templada pero resuelta al propio tiempo de declarar que tenia quejas del regente. Así el ministerio pudo contarse perdido.

En el debate sobre contestacion al discurso de apertura, que duró más de un mes en el Congreso, sufrió el ministerio toda clase de ataques y reconvencciones, que rechazó parapetándose tras de lo calamitoso de los tiempos y lo terrible de los acontecimientos de Octubre. El Congreso, fatigado de tanto hablar en pro y en contra del ministerio, aprobó por corta mayoría el párrafo que en-

volvía un voto de censura por los estados de guerra y sus consecuencias; pero como dicho párrafo se dulcificó con la enmienda de un diputado reducida á declarar, «que la gravedad de los últimos sucesos habia puesto al ministerio en el conflicto de apelar á medidas excepcionales, mas que se confiaba en que no se repetiría en lo sucesivo tan inconstitucional proceder,» el gabinete Gonzalez se creyó dispensado de dimitir. En vista de esto enardecieronse más las oposiciones, y decididas á derrotar al ministerio á la primera ocasion, procuraron naturalmente entenderse, surgiendo entónces la coalicion parlamentaria (que habia de extenderse luego á la prensa y á los partidos), compuesta de los diputados que capitaneaba Lopez, de los dirigidos por Olózaga, de Cortina y de los tres que se llamaban republicanos P. Mendez Vigo, C. de las Navas y García Ural, que entre todos formaban la mayoría del Congreso. En vista de esto acordaron que para el 28 de Mayo de 1842 presentarian un voto de censura que sustentarian Domenech, representante catalan que luego se pasó á los moderados, Lopez, Olózaga y Cortina.

Pocos dias ántes del 28 obligó Gonzalez á Surrá y Rull á que presentase su dimision, aprovechándose de una injusticia que éste cometiera en obsequio de su protector Safont, y como dimitiera tambien el ministro de marina, fueron nombrados interinamente para el último departamento San Miguel y para el de hacienda M. Valle.

La proposicion de censura que presentaron las oposiciones, decía, «que los gobiernos deben obrar con moralidad, que el gabinete Gonzalez habia ofrecido en vano grandes economías, que tambien se comprometió á no celebrar contrato alguno que no fuera en pública subasta (y Surrá celebró sin ella más de sesenta), que habia obrado muchas veces fuera del círculo legal y que no tenia la resolucion necesaria para hacer respetar el poder sin faltar á la Constitucion, por todo lo cual el Congreso debia declarar, que el ministerio carecia del prestigio y fuerza moral indispensables para hacer el bien del país.» Sostuvieron por su órden el voto de censura Domenech, Lopez, Cortina y Olózaga, y defendieron al ministerio el tornado jóven astur J. Posada Herrera, Gonzalez, su cuñado

Lujan y San Miguel, quien irritado por algunos injustos ataques dijo, que el banco que ocupaba no era el banquillo de los reos. Como los discursos eran largos, cual acontece en todas nuestras asambleas, y más si versan sobre personas, hubo que prorogar la sesion hasta cerca de las dos de la madrugada del 29, en que el voto de censura fué aprobado por siete de mayoría.

El ministerio dimitió, y como Espartero encargase á Olózaga la formacion de otro, que el embajador en Paris no aceptó, bien avenido sin duda con su cargo, y no queriendo llamar á Lopez, faltando en esto á las prácticas parlamentarias y buscándose así enemigos sin necesidad, consultó con los presidentes de ambas Cámaras y concluyó por designar á Rodil, que estaba en el país vasco de general en jefe de ejército allí reunido.

Vino Rodil á Madrid, y reuniendo en su casa para invitarlos á que le ayudasen á levantar la carga que sobre sus hombros habia echado el regente, á los senadores Quintana, G. Becerra y Ferrer y á los diputados Cortina, Olózaga y Cantero, desentendiéndose, como Espartero, de Lopez, eso que éste era el que más individuos del Congreso capitaneaba, formó despues de laboriosa crisis el siguiente ministerio, que se presentó ante las cámaras el 20 de Junio: Rodil presidente, encargado de la guerra; Almodóvar de estado, M. Zumalacárregui de gracia y justicia, Ramon Calatrava de hacienda, Torres Solanot de gobernacion y Capez de marina.

Recibido con frialdad el nuevo ministerio, y decididas las oposiciones á combatirle por antiparlamentario, anticipóse aquel á cerrar la legislatura de 1842, prometiendo abrir otra dentro de un término breve, aunque no lo hizo hasta el 14 de Noviembre. Durante la clausura de las Córtes cobró brios la oposicion parlamentaria, y reconociendo por jefe de ella á Olózaga, á quien distinguia mucho el regente, á pesar de no haber considerado justa ni decente la oposicion que hizo, conservando su embajada, al gabinete Gonzalez, el Congreso le nombró presidente por 82 votos de 125 diputados presentes. Al tiempo de abrirse la nueva legislatura hallábanse preocupados todos los ánimos con dos cuestiones; una importante y otra

hasta no más grave: era ésta que algunos imprudentes amigos de Espartero querian que se prolongase la minoría de la reina, para lo cual era preciso barrenar la Constitución y desafiar las iras de los gobiernos adversos al regente, que lo eran todos ménos el inglés: afortunadamente fué abandonado tan insensato plan, y la opinion se reconcentró toda en la otra cuestion, reducida á que se diese una amnistía para los delincuentes políticos, medida aconsejada por los buenos principios de gobierno y por las circunstancias, con la cual se hubieran amortiguado muchos odios y concluido otros, evitando las coaliciones monstruosas que sobrevinieron con perjuicio de la causa del progreso. Íbase á llevar por varios diputados esta cuestion al Congreso cuando surgieron los gravísimos acontecimientos de Barcelona, que el gobierno puso en noticia de las Córtes el 20 de dicho mes de Noviembre, anunciándolas además que el regente saldria al dia siguiente á restablecer el órden. En el acto se presentó una proposicion de mensaje al regente ofreciéndole el apoyo del Congreso, á la cual se opusieron los diputados catalanes (que en esto dejaban de serlo de la nacion), Pedro Mata y Juan Prim, médico aquél y teniente coronel éste, como no se añadiese á ella la cláusula, de que el jefe del estado no se saliera en su mision del *circulo legal*. Esto era tanto como negar al poder público los medios necesarios para el restablecimiento de la paz pública, y el ministerio que oyó impasible á Prim culpar á Ven-Halen de los sucesos de Barcelona que, de serlo, no lo fué por tiranía, sino por reprehensible blandura con los enemigos del reposo público, se mostró tan estulto que no se opuso á la cláusula dicha, la cual se consignó en el mensaje causando gran disgusto á Espartero. Los senadores enviaron á éste un mensaje ofreciéndole francamente su concurso. Irritado Espartero contra el Congreso, y aconsejado por su inepto ministerio, quiso que se suspendiesen las sesiones de las Córtes durante su ausencia, y con asombro de ambas cámaras y desaprobacion manifiesta de la de los diputados se suspendieron las sesiones por decreto del 22, cuando más necesitaba el regente del concurso de los cuerpos colegisladores para hacer entrar en órden á la en

tiempos de libertad á menudo perturbada capital catalana.

Manejos de ingleses contra Cuba.

Antes de la suspension interpelaron al gobierno tres diputados patriotas, Torrente, García Ural y C. de las Navas, los dos últimos republicanos, sobre los reprobados manejos que un Mr. Turnbull, cónsul inglés en la Habana, habia puesto en juego para arrebatarnos la rica Antilla so pretexto de emancipar á los negros, llegando su audacia hasta el extremo de arengar á muchos de estos para que se sublevasen contra España, cosa que impidió con energía el capitán general Valdés. El ministerio contestó á aquellos diputados de una manera que dió á entender á las claras que el gobierno español tenia al inglés más simpatías que las debidas, cosa de que le acusaba todos los dias la opinion pública, por las deferencias que se tenian con Mr. Asthon, embajador británico en Madrid.

Insurreccion de Barcelona.

La impunidad de anteriores desórdenes, las contemplaciones presentes y la falta de prevision de las autoridades produjeron esta revolucion anárquica de Barcelona, que tanta sangre costó y tan fatales consecuencias produjo de todos géneros. Hallábanse al frente de la ciudad una diputacion y una municipalidad entusiastas de la anárquica ley de 3 de Febrero de 1823 y poco adversas á los enemigos del sosiego público: estaba en pié la milicia nacional, con la cual no es posible el órden, ni tampoco la libertad, si la licencia con sus consiguientes horrores: habia un periódico moderado (*El Papagayo*), que vestido con el ropaje de la legalidad más estricta y de la libertad más acrisolada, engañaba á los incautos para aherrojarlos, pisoteando todas las leyes, así que ayudáran á que el poder fuese á los hombres de su comunión; y existia otro periódico (*El Republicano*) á la devocion de un bullanguero vulgar, llamado Abdon Terradas, imbuido en las torpes máximas de algunos escritores franceses, copiantes de delirios socialistas y comunistas, que queria que el estado asegurase UN TRATAMIENTO á todo ciudadano, y educacion y trabajo, ó LO NECESARIO PARA VIVIR. Acababa este ciudadano, natural de Figueras, de publicar una áspera cancion en catalan animando á la

insurreccion, la cual empezaba así: *Ja la campana sona—Lo canó ja retrona—Anem, anem, republicans, anem—Al arma, amichs anem—A la victoria anem!* Ni esto abrió los ojos á las autoridades del gobierno para vivir prevenidas. Contra todos estos referidos elementos de perenne anarquía contaba Van-Halen, capitán general de Cataluña, con unos 3.000 hombres disponibles de guarnicion en la ciudad; pero le bastaban los cañones del inexpugnable Monjuich para tenerla sometida á las leyes: el jefe político Juan Gutierrez, tenia, para vergüenza suya, una policia (tan indispensable en los grandes centros de poblacion, cuando está bien organizada, como inútil en las pequeñas ciudades), que no observó cómo los anarquistas aglomeraron mucho tiempo ántes de la revuelta, durante largos dias, en varias casas de diferentes calles, piedras de todos tamaños, algunas de ellas enormes, para arrojarlas sobre la tropa en el momento que tuvieran que combatirla. Así la responsabilidad de los acontecimientos, que obligaron á Espartero á salir de Madrid, fué de las autoridades civil y militar de Barcelona, no por las razones que presentó Prim ante el Congreso, sino por las contrarias, no por ser duras, sino por contemplativas en el mando.

El 13 de Noviembre, que cayó en domingo, algunos hombres del pueblo, ansiosos de revueltas, tomaron por pretexto para alterar el orden el registro que al retirarse del campo, á donde habian ido á espaciarse, se les hacia por los dependientes de puertas en cumplimiento de su deber: interviniendo la tropa, unos alborotadores se retiraron á sus casas y otros llevaron la alarma al centro de la poblacion, formándose en la plaza de San Jaime un respetable grupo, que el jefe político Gutierrez disolvió fácilmente; pero como llegase á su noticia que por los redactores de *El Republicano*, Montalvo, Cuello y otros, se predicaba con descaro la insurreccion, dió orden de prenderlos. Esto fué comola chispa que produce un voraz incendio: exasperando á los más calientes, cundió la alarma por do quiera, y se reunieron, sin orden de sus comandantes, algunos batallones de la milicia, en donde los presos contaban con muchas simpatias: nombróse una comision para pedir al jefe político la libertad de dichos re-

dactores, la cual desempeñó su cometido en términos imperativos, que la altanería en los subordinados para las autoridades liberales se manifiesta desgraciadamente muy á menudo por el poco respeto á la ley que ellas representan. El jefe político, que ya habia entregado los presos al tribunal ordinario, reunió al ayuntamiento y á los comandantes de la milicia, y así éstos como el alcalde primero y la mayoría de los concejales se ofrecieron á sostener el orden, previo acuerdo de trasladar los presos á un cuartel de milicianos; pero mientras tanto los agentes ostensibles de la revuelta, lo mismo que los secretos, de acuerdo algunos de éstos con el cónsul francés, Fernando Lesseps, el que más adelante contribuyó tanto á la realizacion del canal de Suez, inutilizaron los esfuerzos de la autoridad política, y por do quiera aparecieron grupos armados, á los que se unieron muchos nacionales sueltos, ocupando el batallon de artillería, que desobedeció á sus comandantes, la plaza de San Jaime, á la que llevó sus cañones, enfilándolos contra las principales calles que nacen en ella, mientras que muchísimos insurrectos ocuparon los terrados de las casas de dicha plaza, de otras de la calle de Fernando VII, de varias que daban á la Rambla y del cuartel denominado de la Enseñanza.

Quiso el capitán general reducir por la persuasión durante la mañana del 15 á los sublevados, pero aunque estos ofrecieron deponer su actitud, si se soltaba á los presos sus obras no correspondieron á sus palabras, y hubo necesidad de recurrir á las armas. Dividiendo Van-Halen sus tropas en tres columnas, mandó la primera contra la plaza de San Jaime, al mando del brigadier Ruiz, quien fué rechazado por la artillería de la milicia y por el vivísimo fuego que se le hizo desde las ventanas de las casas. Teniendo el mismo recibimiento la columna que fué contra el cuartel de la Enseñanza, mandó Van-Halen que jugase la artillería, y entónces se vió la anticipada preparacion de los insurrectos, quienes en medio del fuego de fusil empezaron á arrojar sobre la tropa desde lo alto de los terrados piedras de todos tamaños y en tan gran número que dejaron á ésta asombrada: la tercera columna que avanzó por la calle de Fernando tuvo peor recibimiento, añ a

do los sublevados al fuego de fusilería y á la pedrea los tiestos de flores y muebles que cogian á mano, distinguiéndose aquí las mujeres, que arrojaron sobre los *odios castellanos* agua y hasta aceite hirviendo. En esto las campanas de la ciudad empezaron á tocar á rebato, y el paisanaje, que no tomara parte hasta allí en esta lucha desigual, se lanzó á ella sin saber por qué lo hacía, aunque oyendo de algunos perversos que su deber era combatir *contra los tiranos, enemigos de Cataluña y de sus intereses*, representados en la industria algodonera. Desde entonces la insurrección se hizo general, y Van-Halen se convenció de que ya no podía someter á la ciudad con la tropa, que acababa de sufrir más de 250 bajas, algunas causadas en infelices militares aislados, á los que los insurrectos asesinaban vilmente al grito más vil de *¡muera los castellanos!* Un batallón de la milicia que ocupaba el convento de la Merced hizo fuego alevosamente sobre otro de Saboya que marchaba en paz de Atarazanas á la ciudadela. En esto recibió aviso Van-Halen del brigadier Moreno de las Peñas de que no podía salir del cuartel de los Estudios por hallarse cercado de insurrectos, y determinó situar sus tropas en las cercas de la ciudad, cuando con el cañón de Monjuich podía someterla en breve término, mandando ántes á sus hijas y á la esposa de Zavala y otros jefes á bordo del bergantín francés *Meleagre*, pues no habia para vergüenza del ministro de marina, un buque de guerra español en el puerto: la lancha del bergantín que conducia á las pasajeras fué apresada por botes de insurrectos, llevándoselas á la Barceloneta, desde donde fueron luego al citado bergantín, en el que estuvieron algunos dias como en rehenes por orden del cónsul francés, que despreció groseramente las reclamaciones de Van-Halen.

Preparándose éste para abandonar la ciudad á fin de bloquearla, cuando su deber era someterla sin miramientos de ninguna especie, recibió la noticia de que el regimiento de Guadalajara, á cargo de Moreno de las Peñas, se habia entregado á los insurrectos que ya tenian por supremo jefe á un ente despreciable, valenciano de nacimiento, sin talento ni educacion, llamado Juan Carsi, oficial ex-

pulsado del ejército por su mala conducta. Logró este aventurero adocenado, pero audaz, ponerse al frente de la insurrección presidiendo la junta de gobierno que se nombró, compuesta de los sujetos siguientes: Carsi, presidente; J. Abella, confitero; R. Cartró, vendedor ambulante de fósforos; B. Garrigas, hojalatero; A. Brunel, chocolatero; B. Xinxola, carpintero, y J. Giralt, dependiente de comercio, secretario. La demagogia estúpida acababa de enseñorearse de Barcelona, y los gritadores, que tenían por tirano y abominable el gobierno de los progresistas, vieron-se sometidos á una junta que rebajaba su dignidad y más hallándose presidida por un oficial expulsado del ejército, que era valenciano.

A la triste nueva de la rendición del regimiento de Guadalajara, que debió sucumbir en el cuartel ántes que someterse á la junta presidida por Carsi, tuvo que añadir Van-Halen otra más dolorosa y más inconcebible todavía, la del fuerte de Atarazanas. De ambas tenía él la culpa por no haber hecho ya tronar el cañon de Monjuich, que en pocas horas hubiera concluido con la insolente audacia de las patuleas, que crecía á manera que menguaba la energía del capitán general.

Saliendo este con las pocas tropas que le quedaban á instalarse en los arrabales de la ciudad, supo que la junta, avanzando en el plan en que la lanzaran algunos republicanos sin seso, no pocos moderados y los agentes de Lesseps, dió una proclama en que decía: *Unión entre todos los liberales, abajo Espartero y su gobierno, córtes constituyentes, en caso de regencia mas de uno... justicia y protección á la industria catalana.* Todavía Van-Halen siguió en sus funestas contemplaciones, y en vez de cumplir con sus deberes, rogó á la diputación provincial desde Monjuich, á donde se habia subido, que procurára persuadir á la junta para que se sometiese, mientras que el cónsul francés en la idea de suscitarle mas dificultades, le decía: «que no teniendo buques para recoger á los 3 ó 4.000 franceses que habia en la ciudad, le haria responsable de las consecuencias de un bombardeo.» ¡Como si el insolente cónsul pudiera dictar su voluntad á las autoridades españolas!

Durante esta inercia fatal de Van-Halen levantó su cabeza la anarquía entre los mismos insurrectos, que abrigaban mil encontradas aspiraciones, y la junta tuvo que dimitir, nombrándose otra de personas de responsabilidad, la cual dejó luego su puesto á una de diez individuos, que corrieron gravísimos riesgos por su predisposicion á entrar en un arreglo con el capitán general. Tomaba ya la revuelta de Barcelona mejor aspecto y no pocos confiaban en que ella terminaría de una manera pacífica. Pero en esto llegó el regente con el ministro de la guerra y numerosas tropas á las cercas de Barcelona, y Van-Halen, despues de conferenciar con Espartero y Rodil, intimó á la junta que se sometiese bajo la condicion de desarmar, como era justo, toda la milicia nacional. Opúsose á esto la junta con imprudente teson, y como Van-Halen insistiese en el desarme, alborotose de nuevo la muchedumbre, destituyó á los junteros, calificando de traidores á algunos de ellos, y nombró otra compuesta de la hez del populacho, á cuya cabeza puso á un Crispin Gaviria, que vendia por los cafés y demás sitios públicos objetos de perfumería. Esta nueva junta impuso pena de la vida al que hablase de capitulación, ordenó que se levantasen barricadas por todas partes, decretó el armamento del pueblo, obligando á todos los varones de 16 á 50 años que empuñasen las armas y dispuso el repartimiento de una sopa á la clase pobre. A la vista de estas medidas de barullo, que ofrecian triste contraste con la noticia terrible de que iba á empezar el bombardeo, el terror se apoderó de todas las almas, y á pesar de las amenazas de muerte que por todo prodigaba la desautorizada junta en sus boletines extraordinarios, la ciudad quedó medio despoblada, escapándose hombres, niños y mujeres como podian, por tierra y por mar, no reparando muchos por salvar la dulce vida, en tirarse desde lo alto de las murallas ó en arrojarse á las ondas para alcanzar á nado una embarcacion nacional ó extranjera donde refugiarse.

Espartero, que estableció su cuartel general en Sarriá, se encerró en una habitacion, y con olvido de los deberes de primer magistrado de la nacion, no quiso recibir á varias personas amantes del orden, ni al obispo de la dióce-

sis, que se le presentaron para impedir el bombardeo de la ciudad y acordar los medios de someterla; y viendo que la junta presidida por Gaviria, en todo pensaba ménos que en entregarse á discreccion, ordenó dicho bombardeo, medio que indudablemente tenia que producir, sobre la más pronta sumision de los insurrectos; ménos derramamiento de sangre, aun cuando más sustos en el pueblo y más destrozos en los edificios de la ciudad. El 3 de Diciembre al medio día empezó Monjuich á arrojar bombas, granadas y balas rasas, que si bien llevaron el incendio, la destruccion y algunas muertes, muy pocas, al centro de la poblacion, aterraron de tal modo á los patuleos, enseñoreados de ella, que á las once horas de duracion, en que la fortaleza arrojó 1.014 proyectiles huecos y sólidos, desapareció la junta, no sin robar algunos patuleos 36.000 duros que encontraron en las cajas de la diputacion provincial y hubieran robado más á no impedirlo varios nacionales y vecinos honrados. Antes del amanecer del 4, Barcelona se vió libre de la chusma que la habia deshonrado y á disposicion de las tropas, que entraron en ella á las dos de la tarde de este dia, encontrando todas las calles desiertas, todas las puertas cerradas y todas las fortalezas abiertas. Nombrose en dicho dia una comision militar, que condenó á ser pasados por las armas á 13 insurrectos y á otros pocos á diferentes penas; se desarmó la milicia, se ordenó la reedificacion de lo poco destruido de la ciudadela y se impuso una contribucion de 12 millones á la ciudad, que no pagó en su mayor parte oponiendo una resistencia pasiva.

De tal modo terminó la insurreccion de Barcelona, que promovieron unos cuantos audaces, fomentaron varios agentes de la reaccion y del extranjero, toleraron por cobardia las gentes acomodadas y no combatieron las autoridades para anonadarla con los medios de que disponian en el momento en que levantó la cabeza, despues de no haber sabido prevenirla. El bombardeo á que tuvo que someterla Espartero, porque la junta de Gaviria nunca hubiera consentido en el desarme de los patuleos, que deseaban los que fueron en vano á conferenciar con el regente, causó más ruido que daño: la lucha en las calles hubiera producido infinitamente más víctimas y el fin de ella hu-

biera sido terrible por la exasperacion de los soldados á causa de las alevosías y crueldades contra ellos cometidas. Los catalanes, susceptibles y fieros hasta no más en tiempos de libertad, hicieron oír sus quejas por todos los ámbitos del país, produciendo tan general como infundada indignacion contra el regente, blanco de todas las torpezas de su ministerio y autoridades. La prensa reaccionaria desfiguró los hechos, abultando las desgracias causadas por el bombardeo, y la liberal la secundó con una torpeza insigne, sin considerar que el egoista provincialismo calalan habia ocasionado y con alevosía inaudita cientos de víctimas en el heróico ejército español.

Como apareciese demostrado hasta la mayor evidencia que el cónsul Lesseps habia fomentado la insurreccion, el gobierno español pidió al francés su relevo, y negándose á esto Guisot, fué tan débil nuestro ministro de estado que no se atrevió á retirar á aquel funcionario el *executur* y á lanzarle de España, para ver cómo al año siguiente eran premiados sus reprobados manejos por la gente reaccionaria con la gran cruz de Isabel la Católica.

Coalicion de la
prensa. Su des-
enfreno.

El bombardeo de Barcelona fué la causa, al ménos inmediata, de la coalicion de la prensa periódica, iniciada por *El Heraldo*, periódico moderado de Sartorius, que habia sucedido á *El Correo Nacional*, de A. Borrego, aceptada por *El Eco del Comercio*, órgano de Lopez, y luego por los periódicos republicanos *El Peninsular* y *La Guindilla*, por *La Postdata* y *El Corresponsal*, moderados, *El Católico*, que era carlista, y otros. Todos ellos declararon al regente y su gobierno una guerra á muerte, que en general la hacian inícuo y aleve, seguros de la impunidad, porque la ley era viciosa, y el jurado popular encargado de aplicarla, lo absolvía todo, injurias graves, calumnias abominables, suposiciones gratuitas y ofensivas, reticencias infundadas y deshonorantes y excitaciones perennes á la rebelion. No habia con ella honra segura ni reputacion bien sentada, y era tal su desbordamiento que hoy mismo da vergüenza el recordar cómo escribian, entre otros, los redactores moderados de la desvergonzada *Postdata*, siendo uno de ellos Estéban Collantes, y de la no ménos cínica *Guindilla*, redactada

por Ayguals de Izco y otros republicanos extraviados. Este periódico tuvo la avilantez de publicar una caricatura, tomada de *El Papagayo*, de Barcelona, que representaba á Espartero en el acto de recibir la muerte en garrote vil, como si fuera un facineroso; y *La Postdata* intentó cubrirle de oprobio suponiéndole malas artes en el juego durante su estancia en América, como al honrado almirante Capaz le atribuía, tan cobarde como infamemente, el robo de un rico collar en el Perú. Dichos dos periódicos y otros regalaban todos los dias á Espartero el indecente dictado de *Perdigon* y le injuriaban de otras mil maneras, habiendo uno, redactado por P. Mata, que le comparó, instalado en el palacio de Buenavista, á los bandidos que se colocan en los caminos en acecho de la que quieren que sea su presa; y como si esto no fuera bastante salían folletistas deslenguados á difamarle y á presentarle como un tirano, distinguiéndose entre todos el mordaz Martínez Villergas, quien en un libro, mejor libelo, titulado *El Baile de las Brujas*, calificándole de *Tío Lilaila*, le suponía superior en despotismo, concusiones y otros excesos á María Cristina, como si Espartero no hubiera sido siempre un modelo de desinterés.

Es la prensa periódica la más poderosa palanca de la civilización cuando llena dignamente su cometido, cual sucede en los pueblos acostumbrados á la libertad, que no abusan de ella porque la estiman en lo mucho que vale y procuran no deshonrarla; pero si ella se separa de su misión, se convierte en ariete demoleedor de todo lo más santo y respetable de la sociedad y el escritor no es más que un malvado digno de la pública execración y del universal desprecio. Jamás nos separamos nosotros en nuestra larga carrera periodística, más larga acaso que la de ningún contemporáneo, de los deberes que nos imponían nuestra conciencia y nuestro patriotismo: por esto tenemos más derecho que otros á condenar los abusos de la prensa. No hay ni es posible que haya una cobardía mayor que la que comete el escritor que, parapetado tras del anónimo de un periódico, lanza sus dardos envenenados contra ajenas honras: es más noble el bandolero que ejerce su triste oficio detras de un desfiladero ó en una encrucijada: el

bandido expone su vida con valentía; el escritor mancha la ajena oculto tras del periódico y sabiendo que su acción infame ha de quedar generalmente impune, sintiéndose él tan satisfecho como si hubiera ejecutado un acto heroico; el bandido busca ante todo el peligro, el escritor huye de éste al herir á malsalva al objeto de sus cobardes ataques. ¿Puede darse un oficio más vil?

Contra el horrible desbordamiento de la prensa, que todo lo desacreditaba, socavando los cimientos del edificio social, el poder ejecutivo hallábase inerte y sin defensa: así no hay gobierno posible, porque si desaparece uno, el que le sigue sufre la misma suerte, no siendo más que un error funesto la sola enunciación de aquella máxima de algunos escritores superficiales y de ciertos populacheros sobre que *los abusos de la prensa se corrigen con la prensa misma*, lo cual es tanto como asegurar que las heridas de un puñal pueden curarse con otras puñaladas: los delitos de la prensa sólo se corrigen, como los demás, con el justo y merecido castigo: un calumniador de palabra es castigado por todas las leyes de todos los pueblos cultos, ¿y no lo ha de ser el que calumnia por escrito? En épocas como la que nos ocupa, el vicio estaba en las instituciones, que era preciso reformar, no en bien de un gobierno cualquiera, sino en beneficio de la sociedad. Por esto eran inútiles y contraproducentes las gestiones que el gabinete Rodil hacia para enfrenar á la prensa, y con ellas no lograba más que aumentar su descrédito, algunas veces mereciendo su suerte, porque así como los periodistas faltaban á lo más sagrado, los agentes del gobierno pedían, con escándalo y horror de los buenos, penas tan extralegales como atroces. Sucedió que un promotor fiscal llamado Rios y Arche, que en un cuerpo verdaderamente de sátiro, contrahecho, giboso y manco de los dos brazos y manos, encerraba una alma aviesa, despues de haber denunciado á *El Peninsular* por un artículo furibundo contra el regente, tuvo la criminal audacia de pedir *pena de muerte en garrote vil* contra el defensor del periódico, Eduardo Asquerino, porque en el uso libre y legitimo de la defensa manifestó su conformidad con el artículo, que al fin absolvió el tribunal. Horrorizado el colegio de abo-

gados de Madrid con la conducta del promotor fiscal, declaró á éste indigno de pertenecer á él.

Disolucion de las Córtes. Regresó Espartero á Madrid de los alrededores de Barcelona, en donde no quiso entrar, el 1.º de Enero de 1843, siendo recibido con extraordinaria frialdad, que formó para él tristísimo contraste con los estrepitosos recibimientos de que fué objeto cuando el pronunciamiento de Setiembre, y despues de la rebelion octubrista. Mal aconsejado por su inepto ministerio y los intimos que le rodeaban, á los que se daba el apodo de *ayacuchos* por haber estado como él en la América del Sud al tiempo de perderse la batalla de Ayacucho, por decreto del 3 disolvió las Córtes, ante las que por medio de sus consejeros debia rendir cuenta de su conducta, convocando otras nuevas para el 3 de Abril próximo. Si no de atentado político, puede calificarse este decreto de torpeza insigne, que llenó de descrédito al regente, quien así se sobreponia á la voluntad de la nacion, cuando era el que más alardeaba de respetarla. Los moderados deliraron de gozo al ver esta conducta antiparlamentaria y anticonstitucional del regente, la cual hizo exclamar á los más pacíficos progresistas: *Este militarismo se va haciendo ya insoportable*. Y la exclamacion estaba en su lugar, porque por conservar un ministerio de nulidades se arrojaba el guante del desafio á la nacion, que ésta habia de recoger, ó someterse á los caprichos y vil servidumbre de un soldado desvanecido y soberbio.

Elecciones. No satisfecho Espartero con haber disuelto las Córtes, en vez de mandar á sus ministros ante ellas para esclarecer los sucesos de Barcelona, en cuya discusion nadie hubiera ganado más que él, cometió la nueva torpeza de dirigir al país un extenso manifiesto, fecha 6 de Febrero, con el objeto evidente de influir en el cuerpo electoral para que éste diera el triunfo á la exigua fraccion *ayacucha*; pero las oposiciones triunfaron por gran mayoría, y el ministerio dimitió ántes del dia de la apertura, aun cuando se le obligó por el regente á que siguiera en su puesto hasta que las nuevas Córtes le indicáran con sus actos el que habia de sucederle.

Se componia el nuevo Congreso de unos 60 diputados ministeriales, 55 que reconocian por jefe á Lopez, 40 que guiaba Olózaga, 3 republicanos y 14 moderados. Despues de intrigas mil y cabildeos infinitos para llegar Lopez, Olózaga y Cortina á un acuerdo sobre nombramiento de presidente del Congreso, fué elegido el último por gran mayoría; y como el ministerio Rodil estaba muerto, el regente llamó á Cortina y al presidente del Senado, G. Becerra, encomendando al primero la formacion de nuevo gabinete, honra que declinó diciendo que, como presidente del Congreso no reunia las condiciones que exige el sistema parlamentario para formar y presidir un gobierno por haberle votado muchos de las oposiciones y gran número de ministeriales. Llamó entónces el regente á Olózaga, y este orador vanidoso y pueril, como son casi todos los grandes habladores, que habia formado su propósito de no presidir ningun ministerio hasta que la reina empuñase las riendas del Estado, como si para entónces no calcularan los ménos avisados que la situacion seria de los reaccionarios, dijo á Espartero, *que para decidirse, necesitaba saber si Cortina estaba dispuesto á romper con la fraccion Lopez; y como el presidente del Congreso contestase con una negativa, salió Olózaga con la irritante pretension de formar bajo su presidencia un gabinete en que entrasen el mismo Cortina, que se negó naturalmente á ello, y un solo individuo de la fraccion Lopez, que aspiraba á formar gobierno por sí sola.* Viendo esto Espartero no tuvo otro remedio que llamar al para él antipático Lopez, quien al momento confeccionó el siguiente gabinete: J. M. Lopez, presidente con la cartera de gracia y justicia, Fermin Caballero con la de gobernacion, el jóven general F. Serrano con la de guerra, Mateo M. Ayllon con la de hacienda, J. Frias con la de marina y M. Aguilar con la de estado, que no aceptó, prefiriendo seguir en su embajada de Portugal. Con desprecio de las prácticas parlamentarias, de los seis ministros no eran diputados ni senadores Ayllon, Frias y Aguilar.

Presentóse el nuevo ministerio ante las Córtes el 10 de Mayo, y su presidente, impresionable y ligero hasta no

más, pronunció un brillante discurso y leyó su programa de gobierno, cuyas principales bases eran: «observar religiosamente los principios y prácticas constitucionales, proponer á las Córtes la más amplia amnistia por todos los delitos políticos, cometidos desde la conclusion de la guerra civil, no mezclarse jamás en cohibir el ejercicio del derecho electoral, condenar los estados de sitio y toda medida excepcional, respetar la ley de imprenta y facilitar la pronta venta de bienes nacionales para que creciese el número de los propietarios é interesados en las reformas.» El pensamiento de la amnistia era, sobre generoso, conveniente hasta no más, y como tal le reclamaba imperiosamente la opinion pública; el condenar en absoluto los estados de sitio era, además de una insensatez, ir contra la Constitucion que les tenia previstos en casos extraordinarios, y solamente un loco ó un político adocenado podia desprenderse *a priori* de los medios legítimos para salvar la sociedad, prévio acuerdo de las Córtes, en determinada crisis, y el hablar de respeto á la ley de imprenta cuando para ésta no habia nada sagrado ni respetable, nada seguro ni venerado, era tanto como sancionar desde las alturas del poder los escándalos, las locuras, las calumnias y las injurias con que todos los dias se manchaban los periódicos, en vez de buscar los medios legales y justos que les obligasen á llenar dignamente su noble mision. Como la mayoría del pueblo español era entónces, cual lo es hoy por desgracia, tan impresionable ó más que el presidente del ministerio, el discurso y programa de éste fueron recibidos por do quiera con un entusiasmo verdaderamente delirante.

No agradó esto á Espartero, y ménos á sus comensales, y así pudo contarse muerto el ministerio en el momento de nacer. Para que éste desapareciese de la escena, escogióse una bien pobre ocasion, cual fué el relevo de Linaje y Zurbano, que desempeñaban respectivamente los cargos de inspector general de infantería y de milicias y de comandante general de Gerona. El ministerio estaba en su plénisimo derecho separando á dichos dos funcionarios, fuesen buenos ó malos, y el regente no le tenia á oponerse á ello, que tal proceder es propio de los reyes ab-

solutos, no de los constitucionales y jefes de estados libres: estimára en mucho ó en poco el regente á Linaje y Zurbano, fuesen fundadas ó destituidas de razon las quejas que contra los dos, especialmente contra el primero, corrian de boca en boca llenando la pública opinion, Espartero, como regente, debió acceder á la propuesta de su ministerio responsable; pero prefirió la amistad á la razon de estado con menosprecio del sistema representativo, y se negó rotundamente á la separacion pedida, dando con esto lugar á que el ministerio dimitiese á los ocho dias cabales de su nombramiento. En la dimision decian los ministros á Espartero, «que no pudiendo gobernar constitucionalmente, esto es, con la libertad inherente á la exclusiva responsabilidad de los ministros de la corona, y careciendo de la ilimitada confianza del jefe del estado, se creian en la obligacion de resignar sus puestos.»

Colocado Espartero en la resbaladiza pendiente en que acababa de entrar, sin oir otros consejos que los de su amor propio excesivo, nombró el 19 de Mayo presidente de un nuevo consejo de ministros al que lo era del Senado Gomez Becerra, quien en el acto formó el antiparlamentario gabinete siguiente: para la cartera de gracia y justicia con la presidencia Gomez Becerra; para la de hacienda Mendizabal, para la de gobernacion el desconocido jóven P. Gomez de la Serna, para la de guerra el general Hoyos y para la de marina O. de los Cuetos.

El nombramiento de este ministerio, sobre nulo, hasta el mayor extremo impopular, fué la declaracion de guerra á muerte entre los altos poderes del Estado: Espartero quiso sobreponerse á la voluntad de la nacion, y esto le costó la regencia, como á Cristina la habia costado la suya una causa idéntica. En el mismo dia 19, reunido el Congreso de diputados sin saber nada del nombramiento del que podia llamarse *ministerio-sorpresa*, en términos que el general Serrano ocupaba su asiento de ministro ignorando que ya tenia sucesor, llegó extraoficialmente la noticia al salon de sesiones, y en el acto, indignados los representantes de la nacion de la befa y escarnio que de ellos se hacia, acordaron presentar la proposicion siguiente: *Pedimos al Congreso se sirva dirigir al regente*

del reino un mensaje en que respetuosamente se le manifeste la cordial satisfaccion con que el Congreso ha recibido el proyecto de ley de amnistia, y la esperanza segura que con este motivo cree debe manifestar á S. A. de verle rigiendo los destinos de España hasta el 10 de Octubre de 1844, etc.

El tiro no podia ir más derecho al corazon del regente. Apoyó Olózaga la proposicion como su primer firmante en un corto discurso, y de tal manera se hallaba impresionada la Cámara contra el regente que la votó por unanimidad, excepcion hecha de Prim, que no la aprobó por creer el mensaje sobre manera templado.

En la sesion del siguiente dia 20, célebre en nuestros fastos parlamentarios, presentóse el nuevo ministerio ante el Congreso, y G. Becerra pidió la palabra, que Cortina concedió ántes á Olózaga, habiéndola demandado éste so pretexto de que el Congreso acordára un voto de gracias á su presidente; pero Olózaga, prevalido de su autoridad como orador, de lo insinuante y fino de su palabra y de la tolerancia antireglamentaria de Cortina, despues de alabar á éste, entró de lleno en el que entónces y durante algunos años se llamó *discurso de la salve*, porque atacando duramente á Espartero, empeñado en sostener á un hombre contra la nacion entera, á la cual presentó como víctima de una camarilla, concluyó por pronunciar en tono dramático las palabras que el dia ántes estampára el periódico moderado *El Corresponsal* de ¡*Dios salve al país!* ¡*Dios salve á la reina!* Despues Cortina, que habia infringido el reglamento concediendo la palabra á Olózaga, se la dió á Gomez Becerra para que leyese el decreto de suspension de Córtes, que nadie oyó, á no ser él y algun secretario, porque las exclamaciones de Olózaga, que no podian encerrar más alevosia, por saber que Espartero ni intentaba ni podia intentar nada contra la reina, produjeron un efecto verdaderamente asombroso en la Cámara y luego en todo el país, ávido siempre de frases de efecto, más que sean huecas y carezcan de sentido comun. Todo el mundo, si no creyó, sospechó por el pronto que Espartero traia entre manos algun plan, ó para sustituir á la reina ó para proclamar una dictadura férrea,

y el odio del pueblo contra el regente se propagó desde la corte hasta la última aldea de una manera maravillosa. En la Cámara produjeron las exclamaciones instantáneo tumulto y escandalosísimas escenas en el salon de conferencias, en donde estuvieron para venir á las manos diputados esparteristas con otros de la coalicion. Las gentes que ocupaban las tribunas bajaron á las calles próximas y plaza del teatro Real, destinado á palacio del Congreso, soliviantando á la muchedumbre, de que estaban cuajadas, y al salir para el próximo edificio del Senado Gomez Becerra, de corazon animoso aunque de blanca cabeza, unos cuantos miserables, instrumentos de los moderados, apedrearon su coche para tener el mal gusto los inspiradores de tal maldad de calificar al gabinete, presidido por aquel varon fuerte, de *ministerio San Esteban*.

Entónces redobló la prensa de oposicion sus ataques contra el regente y el nuevo ministerio, y suponiéndolos vendidos á la Inglaterra, por la cual estaban en verdad sus simpatías, como las de los moderados por la Francia, se inventó la absurda calumnia de que se iban á declarar francos varios puertos para que los ingleses introdujesen sus telas de algodón, y que la renta del tabaco se adjudicaria á los isleños, enajenándolos además la fábrica de cigarros de Madrid. Todos los periódicos de oposicion acordaron poner, durante varios dias, á su frente estas frases alarmantes: *¡Guerra abierta y sin tregua á los anglo-ayacuchos! ¡Dios salve al país y á la reina!* La última exclamacion fué sustituida en *La Guindilla* y *El Peninsular* por la de *¡Sálvese el pueblo soberano!*

Espartero, que habia arrojado el guante á la nacion, representada por los Cuerpos Colegisladores; que habia puesto en combustion al país por sostener, hollando las leyes del sistema representativo, á Linaje y Zurbano, contrariando á los ministros responsables que estaban en su derecho destituyendo á dichos dos funcionarios, aun cuando ellos fueran los más cabales del país; que no queria, en fin, la amnistia por odio á los moderados que se rebelaron contra su poder en Octubre de 1841, siguió en su conducta fatal y dió á G. Becerra y Mendizábal, que debieron dejar

mil veces sus puestos ántes que comprometer al regente, el decreto de disolucion de Córtes, que apareció en la *Gaceta* del 26 de Mayo, convocando otras nuevas para igual día de Agosto próximo. Pero este decreto fué la señal de la revolucion, á la que se lanzaron resueltamente los progresistas en su inmensa mayoría, los republicanos todos, lo mismo que los moderados y muchos carlistas, estos en la idea de ver si ganaban algo con las revueltas del infeliz país. Y motivo fundadísimo tuvieron los liberales para ir á la revolucion, más que despues esto les costase caro (y en verdad que, de no derribar á Espartero, hubieran librado peor al llegar la reina á la mayor edad) porque disueltas sin razon unas Córtes por el inepto ministerio Rodil y otras con ménos por el impopular Becerra-Mendizábal, y todo á nombre de un poder pasajero, cuya vida legal habia de terminar á los 16 meses, ¿qué podian esperar del desvanecido soldado con el nombramiento de unas terceras Córtes en las que, por el estado de la opinion pública, hubieran sin duda obtenido inmensísima mayoría? Ya no cabia más que la guerra, y los liberales no hicieron otra cosa que aceptarla al declarársela el regente, en vez de buscar éste con la mayoría parlamentaria los medios legales para hacer entrar en caja al país procurando darle sosiego y dicha. Los que defendiendo ciegamente á Espartero han hablado y escrito en contrario sentido, presentando como principal argumento la ingratitud y alevosia de los moderados para con los liberales desde últimos de 1843, no se fijaron en que esa ingratitud y esa alevosía hubieran sido mil veces más horribles á los 12 ó 13 meses en que la reina Isabel habria empuñado las riendas del gobierno segun la Constitucion. No dependió la desdichada suerte de los liberales de precipitar la caida de Espartero, que consistió en hacer un pronunciamiento de la revolucion de 1840, en no reformar la Constitucion borrando de ella la intolerancia religiosa, en sostener la milicia nacional, detestablemente organizada, si es que, sin serlo, se consideraba precisa; en haber llevado cruel é innecesariamente al patíbulo á Leon, Borso, M. de Oca y otros octubristas, *de cuyos huesos*, como dijo el poeta latino, *salió el vengador*, que fué el partido moderado á

que las víctimas pertenecian; en haberse nombrado la regencia única en vez de la trina; en no haber pagado los heróicos servicios de 200 á 300.000 mil soldados que acabaron la guerra civil, y en no haber hecho una ley de imprenta que diera libertad absoluta para que se discutiese todo, pero con la seguridad de que se castigasen la calumnia, la injuria y la provocacion á la rebelion contra los altos poderes del Estado.

Inician la revolucion contra el regente, Málaga y Reus, y luego la secunda el país.

Trabajado el ejército, en el cual tenia ya perdido el regente casi todo su prestigio, y en combustion el país por las predicaciones liberticidas de la prensa y por los discursos de algunos oradores, especialmente el de la famosa *salve* de Olózaga, salieron de Madrid para las provincias todos los diputados á organizar la insurreccion tan á las claras, que se hablaba de ello en las calles y plazas públicas como de la cosa más natural y corriente. Málaga dió la señal del alzamiento formando el 23 de Mayo una Junta de gobierno, que desapareció en el mismo dia por la actitud de las tropas; pero el 27 se alzó de nuevo la ciudad poniéndose á su frente los mismos que la despronunciaron el 23. Granada se pronunció el 25; secundóla Almería el 27, y en los primeros dias de Junio casi toda la Andalucia estaba en armas á la voz de *jabajo Espartero!* El 30 dió Prim el grito en Reus, su pueblo natal, contra el regenté, al que calificaba con notable dureza, y Barcelona, que odiaba á este desde los sucesos del año anterior, secundó á Reus, nombrando el 7 de Junio una junta de gobierno, despues que con gran trabajo logró salir Zurbano al frente de cortas tropas de la ciudad, en donde gentes aviesas, azuzadas por los moderados, sus enemigos capitales, habian acordado darle muerte y arrastrarle. El capitán general Cortinez Espinosa toleró el alzamiento de Barcelona, exigiendo que la junta se trasladase á Sabadell, lo que esta efectuó por dar gusto al que, pudiendo, no estorbó el pronunciamiento de la capital catalana. Unos dias despues se trasladó dicha junta á Barcelona y Cortinez se puso á su frente, pronunciándose todas las tropas ménos las de Monjuich. Con la junta entró tambien en Barcelona el ya coronel Prim. Este procuró desde Reus que se alzase la in-

mediata ciudad de Tarragona, pero lo impidieron el comandante general y jefe político, quienes llamaron á Zurbano para encomendarle la mision de someter á Reus al frente de una respetable columna de infanteria y ocho piezas de grueso calibre. Fué Zurbano sobre Reus, y siendo recibido á balazos por la gente de Prim, contestó con el fuego de sus fusiles y piezas, arrojando bombas sobre la poblacion, al ver lo cual los pronunciados pidieron capitular, lo que les fué otorgado, ínterin que Prim salia con los más comprometidos á refugiarse en la inmediata villa de Prades.

Por este hecho de armas concedió el regente á Zurbano el título de conde de Reus y luego el gobierno de la revolucion hizo merced del mismo título á Prim, el cual llevó hasta su muerte, no así Zurbano, porque como vencido no pudo usar de él. Pronuncióse en seguida Gerona, y entónces Zurbano se retiró con las tropas que mandaba y otras que se le agregaron á Lérida, para ponerse de acuerdo con Seoane, capitan general de Aragon. Pronunciada casi toda Cataluña, se sublevó Valencia, que manchó su alzamiento con la sangre del jefe político Miguel A. Camacho y un agente de policía, á los que sacrificó bárbaramente, arrancándolos de los lugares sagrados en que se habian refugiado. Pereció trágicamente la autoridad civil, porque la militar, que lo era el jóven general J. Zabala, gran protegido de Espartero, no se manifestó para impedir el crimen á la altura de su mision, y despues de contemporizar con los pronunciados, así paisanos como militares, salió de la ciudad, en la cual entraron luego varios generales y jefes reaccionarios, sedientos de venganza. Al pronunciamiento de Valencia siguieron los de Alicante, Murcia y Cartagena. Intentaron Ortega y Quinto, progresistas exaltados, que luego se pasaron con armas y bagajes al campo de la reaccion, sublevar á Zaragoza, pero lo estorbó Seoane y ellos escaparon á guarecerse en la montaña. Sevilla se alzó contra el gobierno el 19 de Junio, poniéndose á su frente el general M. Dominguez, tio de Serrano, y para decirlo de una vez, toda la España con casi todo el ejército se hallaba pronunciada en el último tercio de Junio, excepcion hecha de Madrid, Zaragoza y Cádiz.

Sale Espartero de Madrid y llega á Albacete.

Mientras tanto quiso el regente, como todos los poderes amenazados de muerte, contrarrestar con las tropas que creia fieles la omnipotente revolucion, y procurando ántes desvirtuarla, por considerarla destituida de fundamento, se dirigió á la nacion con dos manifiestos, uno fecha del 13 y otro del 19 de Junio, los cuales ningun efecto produjeron, pudiendo asegurarse que sólo fueron leídos en Madrid. Como en ellos aseguraba que iba á salir de la capital á vencer la insurreccion, no queriendo entregar á los motines sino á las Córtes la autoridad de que estaba investido, abandonó á Madrid el 21 por la tarde, acompañado de los generales Linaje, C. de Almodovar, Ferraz, Chacon, Iriarte y Nogueiras, éste como ministro de la guerra, sucesor de Hoyos, dejando encomendada la poblacion á la milicia nacional, muy adicta á su persona. Al dejar la corte agregó el mando de Cataluña y Valencia á Seoane y dió el de Andalucía á Van-Halen, cuando ya casi todo estaba perdido en esta comarca.

Hasta últimos de Junio no llegó Espartero á Albacete, teniendo que hacer cortas jornadas por no exasperar á su pequeño ejército de 6.000 hombres, muchos de los cuales estaban comprometidos con la revolucion, habiéndole llegado al alma al regente que el regimiento de Luchana, que tanto le debía, fuese el que más simpatizaba con los sublevados, por lo cual le costó gran trabajo en Ocaña el hacerle continuar su marcha. Detúvose en Albacete varios dias, considerando á esta poblacion como punto estratégico para lanzarse sobre Valencia, si Seoane y sus tenientes podian, venciendo la insurreccion de Cataluña, bajar á la ciudad del Cid, ó si esto se frustrase, como no podia ménos de suceder, encaminarse á Andalucía en la idea de encontrar su último refugio en Cádiz. Pero dejemos á Espartero por unos momentos en Albacete y veamos el giro que la revolucion habia tomado en Cataluña y Valencia.

El general Serrano en Barcelona.—Destitucion de Espartero.

Contaba Zurbano en Lérida con catorce batallones, cinco escuadrones y cuatro baterías, y como Seoane se viese en Zaragoza con fuerzas casi iguales á las de aquél, determinó, en obediencia de las órdenes del regente, pasar á la pri-

mera ciudad, en donde entró el 17 de Junio. Dió orden á Zurbano que se adelantase á forzar el paso del Bruch, ocupado por tropas pronunciadas y varios somatenes catalanes, pero al llegar éste cerca del célebre paso, el mismo Seoane le notificó que él no podia ayudarle en la difícil empresa, porque habia entrado en las tropas de su inmediato mando tan espantosa desercion, que en un solo dia se le habian escapado de Lérida al pié de doscientos jefes y oficiales. Zurbano retrocedió á Lérida, y juntos en esta ciudad él y Seoane acordaron adelantarse á Zaragoza con ánimo de venir sobre Madrid, si acontecimientos imprevistos no les marcaban otra direccion.

Saliendo el general Serrano de la corte por consejos de Cortina, quien vislumbraba ya que la revolucion iba á caer en manos de los moderados, encaminóse á Bayona acompañado del tan bullicioso como voluble Gonzalez Bravo, y dirigiéndose de allí á Perpiñan, entró por la Junquera en Cataluña y se fué á Barcelona, á donde llegó el 27 de Junio. Recibióle con entusiasmo la junta, y ésta, como si estuviese en su mano la soberanía de la nacion le nombró ministro universal para que representase á todo el gabinete Lopez, de que formó parte. Al aceptar Serrano sin escrúpulos, (pues no es hombre que se haya detenido ante ellos durante su larga y variada vida política) tan extraño cargo, dirigió un manifiesto á los españoles (28 de Junio) haciendo en él una historia bien triste de la regencia de Espartero, en la cual se trataba á éste con dureza siempre, con injusticia algunas veces, para concluir diciendo, *que la suerte de la España dependia de la expulsion de Espartero, á la que todos los españoles debian ayudarle, quedándose sólo al lado del regente aquellos que tanto habian contribuido con él á la pérdida de nuestro poder colonial*, en lo que, lejos de responsabilidad, cabia gloria á Espartero por su buen comportamiento en la América del Sur.

Al siguiente dia 29, avanzando Serrano, como no podia ménos, en su camino revolucionario, dió á nombre de la nacion el siguiente decreto: *Artículo primero. Queda destituido de la regencia del reino, que ejercia durante la menor edad de doña Isabel II, el general D. Baldomero Espar-*

tero, duque de la Victoria y Morella y conde de Luchana.— Artículo 2.º La nacion entera, los empleados de todos los ramos, de todas las clases y categorias quedan relevados de la obediencia que, con arreglo á las leyes estaban en el caso de prestar al ex-regente.—Barcelona 29 de Junio de 1843. El ministro de la guerra, encargado interinamente de los demás ministerios, Francisco Serrano.

A este decreto siguió otro tan impolítico como injusto, declarando nulos los empleos y grados militares concedidos por Espartero hasta el 23 de Mayo en que se pronunció Málaga, como si fuese lícito dar á las leyes y decretos efecto retroactivo y como si Espartero no conservase su carácter de regente hasta el momento mismo en que abandonó el suelo de España.

Los emigrados. Al instante que llegó Prim á Barcelona con la junta instalada en Sabadell, supo que los generales emigrados en Francia por sus ideas retrógradas ó por su participacion en los sucesos de Octubre, aspiraban á tomar una parte activa en el alzamiento para concluir por ser dueños de él, y queriendo hacer ver que esto no era de su agrado, dió un manifiesto á medias, ó como si dijésemos de contemplaciones, puesto que en él decia, «que no consideraba conveniente que dichos generales tomasen parte en la revolucion, aunque sí estaba conforme con que lo hicieran coroneles como Fernando Córdova y otros jefes, lo cual era peor, siendo muy pocos los generales y muchísimos los militares de coronel para abajo. Supo esto R. Narvaez, protegido y con tanto escándalo por el gobierno francés, que le facilitó fondos y el concurso de todas las autoridades para fletar un vapor en Marsella, adonde desde Paris se dirigiera, y en vez de encaminarse por mar á Barcelona, lo hizo á Valencia en union de M. Concha, el brigadier J. Pezuela, los coroneles Arizcun y J. Fulgosio, los tenientes coroneles Juan Contreras, Luis Serrano y J. Rabenet, los capitanes J. Ortega, Matias Seco y el C. de la Cimera y el alférez J. Angulo, quienes en el acto de arribar al Grao dirigieron una exposicion á la junta valenciana ofreciéndola sus servicios, que ésta aceptó gustosa por ser su mayoría moderada, al propio tiempo que se presentaban como víctimas de la ti-

rania de Espartero despues de tener sus pechos cubiertos de cicatrices *en defensa de la libertad*. Descaradamente faltaban á la verdad los firmantes, porque Narvaez habia estado en emigracion voluntaria, Arizcun lo mismo, Concha, Pezuela, Rabenet y Fulgosio por su participacion en los sucesos de Octubre, habiendo sido el último defensor de la causa carlista hasta el convenio de Vergara, y así los demás, estando destinado á distinguirse entre todos el teniente coronel Juan Contreras, emigrado por haberse sublevado en Vitoria contra Espartero, cuando O'Donnell y Piquero, al frente del escuadron de la caballería de que era comandante, para hacer luego su rápida carrera con los moderados, convertirse en revolucionario en 1866 y 68, querer despues en su calidad de diputado nada ménos que por rey de España á Espartero en 1870, y concluir, en fin, por irse á Cartagena, como el más furibundo cantonal en 1873. En verdad que es muy difícil, sino imposible, tropezar ni en las mayores revueltas con un tipo de inconsecuencia tan remarcable como el Contreras.

La junta valenciana, que presidia el moderado Joaquin Armero, nombró á Narvaez, en el mismo dia de su llegada, general en jefe de todas las tropas, á Concha su segundo, á Schely general de la caballería, y á Pezuela jefe de estado mayor. El bando progresista acababa de perder la partida en Valencia, y á esta ciudad la cabe la triste gloria de haber iniciado la reaccion, que durante varios años deshonoró á la España. El ministro universal, Serrano, aprobó los nombramientos militares de la junta valenciana, y ésta, ya que habia tomado la iniciativa reaccionaria respecto de las personas, quiso hacerlo tambien en cuanto á las cosas, y con escándalo de todo liberal y menosprecio de los buenos principios económicos, suspendió la venta de los bienes del clero secular, y entregó los pocos que faltaban de vender del regular á una comision, con encargo de que hiciera ir los productos de ellos á las monjas. Lo extraño de estas medidas (si algo pudiera extrañarse en la ciudad de Valencia) fué que las votaron los junteros Vicente Boix, que se decia republicano, y Vicente Beltran de Lis, que era progresista, como demagogo del 20 al 23, aunque luego se pasó al bando moderado. Faci-

litando mientras tanto la junta hombres y dinero á Narvaez, éste determinó salir al frente de 3.500 infantes y 300 caballos para socorrer á Teruel, que tenia sitiada Enna, y en la cual entró, porque la pequeña columna de éste empezó á desertársele para unirse al mismo Narvaez ó marchar á las próximas poblaciones pronunciadas. Desde Teruel, en donde dió Narvaez el 4 de Julio una alocucion muy liberal á aragoneses, valencianos y catalanes, en la cual, con mentidas palabras, decia haberse abrazado desde Paris al programa Lopez, *y que el que quisiera destrozar la Constitucion de 1837 é intentar reacciones de cualquier color que fuesen, seria indigno del nombre español y acreedor á que todos cayesen sobre él PARA ANONADARLE*, se encaminó á Daroca y Calatayud para luego tomar el camino de Madrid, decidido á habérselas con Seoane, quien de Cataluña venia tambien sobre la corte.

Azpiroz en las cercas de Madrid. Miétras que Narvaez en su viaje por Aragon aumentaba su hueste con los soldados que desertaban de la causa del regente, J. Azpiroz, al que una especie de junta central de Castilla la Vieja, en que predominaba el elemento moderado, eso que allí se hallaba F. Caballero, puso al frente de unos 4.000 soldados adheridos al pronunciamiento, tomó el camino de la corte acompañado de aquel ministro, y el 13 de Julio intimó al capitán general de Madrid, E. San Miguel, que le dejase libre la villa, porque la causa de Espartero estaba muerta y era inútil el derramamiento de sangre. Contestóle San Miguel, en union de la diputacion provincial, ayuntamiento y comandantes de la milicia, que estaba dispuesto á repeler la fuerza con la fuerza, y Azpiroz se contuvo, y más en la expectativa de lo que pudiera adelantar Narvaez, quien, instalado en Algora, se habia dirigido á los comandantes de la milicia madrileña, alabando mucho á ésta para que abandonasen la ya perdida causa del regente. Hallándose en estas pláticas supieron los dos generales pronunciados que Seoane habia llegado á Guadalaajara, y Narvaez salió al encuentro del esparterista tomando el camino de Alcalá.

Torrejon de Ardoz. No merece en verdad el nombre de accion el acontecimiento que tuvo lugar en esta

villa, sita entre Madrid y Alcalá de Henares, el 23 de Julio de 1843. Viniendo de Lérida y Zaragoza llegó Seoane á la vista de Torrejon, junto á cual le esperaba Narvaez, al frente de 6.000 infantes, contando con 1.500 que le facilitó Azpiroz, 600 jinetes y dos solas piezas de artillería, mientras que Seoane, teniendo de segundo á Zurbano, contaba con 10.000 infantes, 800 caballos y 30 cañones: á retaguardia de los pronunciados habia una columna, mandada por el gobierno de Madrid, de 2.000 infantes y 700 jinetes. Todos los historiadores que hemos leído han calificado de traicion lo sucedido en Ardoz, y es lo más raro que tal aseveracion hicieran los mismos que confiesan que desde Lérida hasta Guadalajara era tal la desercion experimentada por Seoane en sus tropas, que vió éstas mermadas ántes de llegar á la última ciudad en una tercera parte, habiéndosele fugado para unirse á los pronunciados dos de sus cuatro ayudantes y doce de los quince oficiales del estado mayor que le acompañaban. En un ejército de tal modo desmoralizado no podia ménos de suceder lo que sucedió: no queria pelear y no peleó: veia muerta la causa del regente, y no quiso empeñarse en una resurreccion imposible: se pasó á los pronunciados, que tenian enhiesta la bandera de union de todos los españoles, y no hubo más. Todo lo que se ha dicho de felonía de Seoane es invencion de sus enemigos. Seoane quiso cumplir con su deber, pero sus tropas respiraban la atmósfera que habia en toda España, y las armas de todas clases se les caian de las manos en vez de esgrimirlas contra los pronunciados, á quienes consideraban hermanos. Los que de distinto modo han apreciado este suceso de Ardoz le examinaron y juzgaron superficialmente, no fijándose en el origen de él ni en sus antecedentes. Es innegable que la inmensa mayoría del ejército de Seoane venia pronunciada *in pectore*, y no necesitó más que ver al que escritores ligeros asientan que era su enemigo para pasarse á él y abrazarle con efusion. Fué el alzamiento de 1843 contra Espartero verdaderamente nacional, y tanto como el de 1808 contra los franceses: acaso fuese más exígua la fraccion esparterista que fué en su tiempo la de los afrancesados. A eso de las nue-

ve de la mañana del 23 divisó Seoane á las tropas contrarias, y creyendo arrollarlas con su sola caballería dió órden al general Talledo, que la mandaba, de comenzar la pelea; pero al acercarse á las lanzas contrarias, mandadas por Schely, se une á éste, y juntos presentan sus armas contra Seoane. Aterrado éste, ordena á la artillería que rompa el fuego; pero los artilleros, que mil veces habian dicho que no querian batirse, dirigen la puntería á lo alto de la torre de Ardoz, en vez de hacerlo al centro de los pronunciados: pásanse entónces á estos varias compañías de cazadores, y Zurbano y el brigadier Sanchez, acérrimos partidarios de Espartero, nada hacen, porque nada les es posible hacer en medio de aquella general desercion. Seoane quiere en esto que una bala contraria ponga fin á su existencia; pero saliendo ileso de unas cuantas descargas, que probablemente se harian al aire, vése rodeado de un grupo de jinetes, que le hace prisionero, cayendo de allí á poco desmayado al gran dolor que le produce su angustiosa y tremenda situacion. Todo esto tuvo lugar en dos horas no cabales. Seoane, alentado por Narvaez, pidió luego su pasaporte para Francia, de donde no regresó hasta 1854, calumniado atrocemente por los esparteristas, como si él hubiera perdido la causa que ántes de lo de Ardoz estaba completamente arruinada. Unos 12.000 infantes, contando con los que en caso debieron atacar por la retaguardia, y 1.400 jinetes se unieron á los pronunciados, haciéndolo los más de aquellos con gusto y firme voluntad. Zurbano escapó en medio de la confusion y logró penetrar en Madrid, desde donde salió al instante disfrazado para Portugal.

Noticioso el pueblo de Madrid del acontecimiento de Ardoz sucumbió á la capitulacion que le propuso Azpiroz, firmándola éste y tres comandantes de la milicia nacional el mismo dia 23 de Julio. Las bases fueron: observancia de la Constitucion de 1837, formacion de una junta provincial nombrada por la milicia, subsistencia de ésta bajo el pié en que se encontraba, y respeto á la seguridad real y personal, sin distincion de opiniones políticas. La capitulacion no fué observada por culpa de Narvaez, quien con lo de Torrejon se creyó ya un dictador ó poco

ménos. Azpiroz hizo su entrada en Madrid al frente de su division á la caída de la tarde de dicho dia 23; Narvaez lo hizo con la suya á las once de la noche, y al siguiente 24 lo verificó Prim con una columna de catalanes, compuesta generalmente de patuleos, que fueron muy mal mirados, y con sobra de razon, por el pueblo de Madrid.

Entónces salió Lopez del sitio donde estaba oculto en Madrid y se puso al frente de su ministerio: Serrano llegó tambien inmediatamente á la corte, en donde quedó solo de ministro de la guerra, que reconoció á Prim de brigadier, como más adelante se hizo con Contreras, que ya figuró de coronel en Ardoz, y se premió espléndidamente á otros que habian tomado parte en el alzamiento por labrar el bien de la patria, no olvidando el propio. El ministerio, sabiendo que Espartero estaba entónces al frente de Sevilla y bombardeándola, le pasó una comunicacion amenazándole con declararle traidor, y que seria privado de todos sus honores y entregado á la pública execracion como continuase hostilizando á la capital de Andalucia.

Dirigese Espartero á Andalucia. Llega á la bahía de Cádiz y en ella se embarca para Inglaterra.

Como Seoane, lejos de someter la Cataluña, tuvo que venir sobre Madrid en verdadera retirada, así que supo esto Espartero abandonó á Albacete ántes de mediar Julio y se encaminó hácia Despeñaperros, llegando á

Andújar el 18, cuando Concha, por consejo de Narvaez y con acuerdo de la junta valenciana, habia ido á Andalucia á ponerse al frente de las numerosas tropas allí pronunciadas. El 23, dia de lo de Ardoz, se aproximó el regente á Sevilla, mal sitiada por Van-Halen con unos 5.000 hombres y varias piezas, entre ellas algunos morteros, con los que bombardeó á la ciudad inútil y por lo tanto bárbaramente unos seis dias, los tres últimos á presencia de Espartero, que no quiso comprender que echaba un borron indeleble sobre su nombre, llevando la destruccion y la muerte á una grande y hermosa ciudad cuando ya estaba perdida su causa. El 27, al saberse en uno y otro campo el acontecimiento de Ardoz y ocupacion de Madrid, abandonó Espartero las cercas de Sevilla con los 10.000 hombres con que contaba, incluso los 5.000

de Van-Halen, y el 28 llegó á Utrera, en ocasion que ya todas las tropas se hallaban en idéntica disposicion que las de Seoane en aquella pequeña villa, pues que al ordenar Van-Halen la formacion de los cuerpos en la madrugada del 29 se encontró con que del regimiento de Zaragoza solamente se presentaron 80 hombres, que al de Luchana le faltaban 600 ó 700, al del Rey otros tantos, y así á los demás, lo propio de infantería que de caballería. La situacion del regente no podia ser más horrible, y Van-Halen temió, y con fundamento, que Concha, que con una respetable columna recorria en esperas la tierra de Arcos de la Frontera, se apoderase de su persona. Con los tristes restos de los 10.000 hombres que se alejaron de los muros de Sevilla, salieron Van-Halen y Espartero de Utrera; pero á las dos horas de marcha casi todos aquellos abandonaron vil y cobardemente al que aun era primer magistrado de la nacion, quien, al verse en tan tremendo apuro, echó á correr con su escolta, que le fué fiel, y á la cual se unieron una compañía escasa del regimiento de Luchana y otra del provincial de Segovia, y con esta reducidísima fuerza recorrió sin descansar y á paso acelerado los 70 ó más kilómetros que aun le separaban del puerto de Santa María, seguido á larga distancia de Van-Halen, al que no le quedó ni un solo soldado. Así pasa la gloria mundana. El que tres años ántes era el ídolo de la tropa se vió abandonado completamente de ella el dia de la desgracia. Juntándose Van-Halen al regente en el Puerto de Santa María á las tres de la madrugada del 30 de Julio, lograron ambos refugiarse en el vapor *Bétis*, que les condujo sin perder un solo momento á la bahía de Cádiz: dos horas despues entraba Concha en la ciudad del Puerto creyendo encontrar en ella á Espartero y apoderarse de su persona, para lo cual habia hecho una marcha de 30 ó más kilómetros, tan precipitada, que reventó en ella 80 caballos.

Como la plaza de Cádiz acababa de pronunciarse tambien, Espartero aceptó la hospitalidad que le ofreció el almirante inglés Sartorius, que montaba el magnífico navio *El Malabar*, de 72 cañones, y le mandó una lancha armada, en la que flotaba el pabellon británico, para prote-

ger la persona del que en aquel instante dejaba de ser regente de España.

Antes de abandonar *El Bétis* dió Espartero un manifiesto de despedida á la nacion é hizo levantar una tan inoportuna como inútil acta de protesta contra el alzamiento nacional, que le privaba anticipadamente de la regencia, por lo cual el ministerio Lopez declaró en un decreto á todas luces injusto, «que D. Baldomero Espartero y cuantos con él suscribieron la protesta del 30, á bordo del vapor *Bétis* quedaban privados de todos sus títulos, empleos, grados, honores y condecoraciones.»

La saña que dictó este decreto pasó luego, y ocupando su lugar la justicia, Espartero quedó en el suyo, bien alto y merecido por cierto, porque si cometió inmensos y repetidos errores como regente, empezando por imponerse único é inaugurando así el militarismo en nuestra patria, en cambio desempeñó su puesto con interés laudabilísimo, y como soldado le debe la España dias de paz y de gloria y la libertad grandes é inolvidables servicios. El 3 de Agosto dejó *El Malabar* las aguas de Cádiz y en las de Lisboa pasó Espartero de aquél buque al *Prometeo*, que le condujo á Inglaterra, no sin que viles calumniadores, que siempre los hay para el caido, llenasen su corazon de amargura, inventando que habia sustraído grandes fondos de las cajas públicas, cuando lo que hizo el ministro de la guerra fué repartir, al tiempo del embarque, entre los generales y jefes 45.000 duros por cuenta de sus atrasos; que sumaban una cantidad considerablemente mayor.

HISTORIAS.

LIBRO XXX.

(DESDE LA CAIDA DE ESPARTERO HASTA LA REVOLUCION DE 1854.)

Sumario.

Torpeza del ministerio Lopez.—Ruptura de la conciliacion. Convocatoria á Córtes.—Pronunciamiento centralista.—Córtes.—Declaran mayor de edad á la reina.—Ministerio Olózaga.—Decreto de disolucion de Córtes. Intriga para revocarle. Exoneracion de Olózaga.—Ministerio Gonzalez Brabo.—Pronunciamiento de Alicante y Cartagena.—Prision de varios diputados.—Muerte de Argüelles.—Caída de Gonzalez Brabo. Ministerio Narvaez.—Atropellos y asesinatos.—Convocacion de Córtes.—Conspiraciones. Suplicios. Exterminio de la familia Zurbano.—Sucesos de Hecho y Ansó. Proceso de Prim. Orden bárbara contra Espartero.—Reforma de la Constitucion.—Colonias. Filipinas.—Entrevista de la familia real con algunos principes franceses.—Oposicion de Madrid al sistema tributario. Asesinato de Manuel Gil.—Delatores buscados y premiados. Los supuestos barones de Boulow y de Pelichy.—Concordato vergonzoso.—La quinta en Cataluña. Trabucaires.—Renuncia Carlos en su primogénito.—Córtes. Trapani. Caída de Narvaez. Ministerio Miraflores.—Nuevo ministerio Narvaez. Su caída y destierro.—Sucesos de Galicia.—Matrimonios régios.—Nuevas Córtes. Ministerio Sotomayor.—Levantamiento montemolinista.—Intervencion en Portugal.—Vergüenzas incommensurables.—Ministerio Salamanca.—Goyena.—Extranjero. El Papa Pio IX convertido en rey constitucional.—Revolucion de Febrero.—El 26 de Marzo y el 7 de Mayo en Madrid.—Dictadura brutal. Deportaciones y destierros. Expulsion del embajador inglés.—Insurrecciones montemolinistas y republicanas en Cataluña.—Reemplaza á Pavia el general Córdova. Barbárie de éste.—Pacificacion de Cataluña por Concha.—Expedicion de Claveria al archipiélago de Joló.—Córtes. Agios y robos escandalosos. Amnistia.—Expedicion á Italia.—Ministerio-relámpago.—Nuevas Córtes.—Otras Córtes nuevas y nuevos ministros.—Atentado del cura Martin Merino.—Caída de Bravo Murillo.—Ministerio Róncali.—Ministerio Lersundi. Escándalos increíbles.—Ministerio Sartorius.—Córtes. Votacion en el Senado de los 105.—Alzamiento de Dulce y O'Donnell en el Campo de Guardias. Accion de Vicálvaro. Programa de Manzanares.—Sucesos de Madrid. Llama la reina á Espartero. Abrazo de éste y de O'Donnell.

Torpeza del ministerio Lopez. Derribado Espartero, engreidos Narvaez y Concha por ser los que más habian contribuido en el campo á la caída de aquel, y altiva y provoca-

dora la gran masa del partido moderado por creer yasuya la situacion, dado el camino que ésta recorria, el ministerio, ó mejor, sus tres más importantes miembros, el impresionable y ligero Lopez, el tan presuntuoso como poco avisado Caballero y el, por sistema y temperamento, siempre amigo de contemplaciones general Serrano, no supieron ó no quisieron colocarse á la altura de su mision, y aun cuando lo fatal é ineludible era que el mando fuese á manos de los reaccionarios, debieron dilatar el triste suceso por todos los medios que estaban en su poder; pero tan torpes anduvieron que, entre otras medidas que labraban la ruina del partido progresista, dieron la capitania general de Madrid á Narvaez, quien tuvo buen cuidado de hacer que no se alejasen de la corte las tropas que capitaneaba en Ardoz; nombraron tutor de la reina y su hermana, cargo que renunció Argüelles de un modo irrevocable, al famoso general Castaños, duque de Bailen, que llenó al momento el real palacio de gentes reaccionarias, disculpándose con insolente socarronería de haberlo hecho por no haber entendido bien la condicion que se le impuso de no remover ningun empleado y, lo que fué peor, acordaron, contra lo dispuesto en la Constitucion y sin aguardar á la reunion de Córtes ni saber la opinion del país, ir ante Isabel, á los pocos dias de lo de Ardoz, á celebrar con todo aparato una ceremonia que tuvo mucho de cómica, reducida á manifestar á la reina que habian acordado declarar luego su mayoría para que en su corta edad de 13 años labrase la felicidad de los españoles.

Tan desatentados andaban los ministros, especialmente Caballero, que levantando por do quiera su cabeza la reaccion hasta el extremo inconcebible de pedirse descaradamente en Valencia el restablecimiento de los frailes y en Córdoba el de la Inquisicion, á cuantos progresistas se le acercaban, que eran muchísimos, para manifestarle anhelantes sus temores sobre que la libertad corria inminentes riesgos, contestaba muy satisfecho y tranquilo: *yo mataré desde este sitio la ambicion de los moderados; y siguiendo en su nécia confianza, al decir un dia Narvaez, de recién abiertas las Córtes, que no peligrarian las libertades publicas interin hubiese militares como los de la*

guarnicion de Madrid (que toda era suya), fué tan cándido el ministro de la gobernacion, que dijo, en medio de las sonrisas de compasion de los moderados, *que mientras hubiera ministros como los actuales no peligraria la libertad de imprenta ni ninguna libertad*. ¡Pobres libertades entregadas á un Fermin Caballero y á los militares de la guarnicion de Madrid á cargo de Narvaez! Tampoco abrió los ojos á los ministros la crueldad de éste, quien entónces empezó aquella serie de suplicios, que habian de hacerle tan tristemente célebre, con mengua del nombre de España, ante el mundo culto, fusilando el 29 de Agosto, sin saberlo Madrid ni el mismo gobierno hasta despues de hechas las ejecuciones, á unos cuantos soldados del regimiento del Príncipe, señalados como víctimas por la bárbara medida del diezmo, á causa de haber pedido el cumplimiento de la promesa hecha en Tárrega por el ministro universal Serrano de dar la licencia á los quintos de 1838, á que pertenecian los supliciadados.

Ruptura de la
coalicion. Con-
vocatoria de
Córtes.

La marcha irresistible de los sucesos vino, como no podia ménos, á concluir con la coalicion, y dada la señal por la prensa periódica, se hizo extensiva la ruptura á todo el país. No somos de los que asientan en absoluto que las coaliciones son tan buenas para derribar como malas para edificar, porque coaliciones ha habido en todos los paises, y en España hemos tenido la de 1868, que funcionó para edificar despues de haber derribado; pero es lo cierto que en determinadas épocas las coaliciones no pueden durar más tiempo que el necesario para destruir lo existente, marchándose despues cada una de las partes coaligadas á su respectivo campo. Esto era lo inevitable y lo lógico en 1843, porque el partido moderado, que ayudó al progresista á derribar la regencia de Espartero, lo hizo impulsado por dos poderosos móviles; el de la venganza por la sangre que de sus parciales muy ilustres se derramára en 1841 y el de la seguridad que les ofreciera Cristina de hacerle dueño del mando, influyendo en el ánimo de su hija así que ésta empuñase las riendas del Estado. ¿Cómo habian de querer los moderados dividir el mando teniendo la seguridad de tomarle por entero, y el ansia de vengar ultrajes recibidos y muer-

tes impolíticamente llevadas á cabo? De aquí el constante deseo, el teson inquebrantable de los moderados para que Isabel fuese declarada mayor de edad, cosa que debió resistir en vez de provocar el ministerio, y que de seguro habria resistido á haber en él una cabeza medianamente organizada: para mayor desgracia y como si Dios les hubiese cegado el entendimiento, opinaban con fervor por la inmediata declaracion de la mayoría de la reina los jefes del partido progresista, Olózaga, Cortina y otros.

No vislumbrando el ministerio Lopez la tormenta que se cernia sobre su cabeza, publicó en la *Gaceta* el decreto convocando Córtes para el 15 de Octubre inmediato, y al hacerlo barrenó la Constitucion disolviendo todo el Senado por la razon inversa que Espartero le conservó en 1840. Rota ya la conciliacion, aprestáronse á la lucha casi todos los progresistas por un lado y los moderados por otro; pero como á la fecha estaba el país hondamente perturbado por infinidad de causas, entre ellas los ataques del ministerio á la Constitucion, que alardeaba respetar, el natural descontento de los parciales de Espartero y la actitud revolucionaria de los carlistas, quienes, al ver la lamentable division de los liberales en moderados, republicanos, esparteristas, progresistas del gobierno y progresistas enemigos de éste, insensatamente creian que habia llegado su hora, estalló la revolucion por do quiera para cubrir nuevamente de luto, sangre y ruinas la infeliz patria. Entónces fué cuando los extranjeros, que nos habian calificado de bárbaros por nuestras atrocidades durante la guerra civil, empezaron á tacharnos de ingobernables al considerar que, acabada aquella, se reproducian periódicamente entre nosotros los disturbios y las discordias civiles, secando todas las fuentes de la produccion.

Pronuncia-
miento centra-
lista.

La bandera de junta central, que al momento se enarboló en la exclusivista Cataluña, y cundiendo á Zaragoza, Leon y Galicia, tuvo partidarios en todas las provincias, representaba en primer término la indignacion justa, pero impotente, de progresistas y republicanos contra la ingratitud de los moderados, y en segundo era la protesta armada contra la política

del gobierno queriendo declarar mayor de edad á la reina sin consultar el voto de las provincias, protesta á que se unieron los esparteristas, que sostenian que legalmente no acababa la regencia del duque de la Victoria hasta el 10 de Octubre de 1844. La junta de Barcelona, á la que habia ofrecido el ministro universal Serrano, sin calcular lo trascendental de su promesa, la reunion de una junta central en Madrid así que se instalase en esta con sus compañeros del ministerio Lopez, reclamó el cumplimiento de la promesa y protestó contra el decreto de convocatoria á Córtes, sentando que éstas serian ilegales por haberse disuelto el Senado en su totalidad con menosprecio de la Constitucion. Contestando el gobierno á esta reclamacion y protesta con el decreto reduciendo á auxiliares todas las juntas, porque la reunion de la central no hubiera producido más que extravagancias y anarquía, la barcelonesa, apoyada en la milicia nacional (pues sin ésta nada hubiera podido intentar), levantó bandera de guerra contra el gobierno á mediados de Agosto, y cambiando á los pocos dias algunos de sus individuos, quedó definitivamente compuesta de las siguientes personas: el ex-diputado Degollada, presidente; A. Baiges, J. M. Bosch, V. Soler, F. Masanet, J. Castells, A. Reverter y J. M. Montañá como vocal secretario. En el manifiesto que dió á la nacion esta junta decia «que su bandera era la de junta central, con la que triunfaria, asegurando para siempre la Constitucion, el trono de Isabel II y *la independencia nacional.*»

Al pronunciamiento de Barcelona siguió el de Zaragoza, que se hizo tambien por la milicia nacional y algunas tropas al grito de ¡viva el duque de la Victoria! Salió de la ciudad el capitán general, que lo era el veterano Lopez Baños, y la poblacion, ménos el castillo de Aljafería quedó á merced de los pronunciados. La junta, compuesta de los coroneles Muñoz y Decref, de Polo y Monje, Ugarte, Franquet, Mateu y Marraco, casi todos esparteristas, dió su programa, reasumido en los siguientes vivas de su manifiesto: ¡Viva la Constitucion íntegramente observada! ¡Vivan *la independencia* y soberanía de la nacion! Viva la reina constitucional! ¡Viva la junta central!

La pequeña ciudad de Leon secundó tambien el alzamiento centralista, imitándola la ciudad de Vigo, habitada por muchos catalanes, que puso en conmocion toda Galicia, pero sin lograr que siguiese su ejemplo ninguna de las capitales del antiguo reino de los suevos, ni tampoco la importante plaza del Ferrol.

Mandó al instante el gobierno numerosas tropas contra Barcelona, y como Prim se le ofreciera á sofocar el alzamiento, le nombró gobernador militar de la plaza. El general Concha fué enviado á Zaragoza con respetables fuerzas y numerosa artillería. Y por último, se dió orden á los capitanes generales de Castilla y Galicia, Manso y Puig-Samper, para someter incontinenti á los pronunciados de Leon y Vigo.

Leon, despues de un pequeño fuego que sostuvo contra el segundo cabo de Valladolid, el brigadier Senosiain, se entregó á éste, refugiándose en Portugal los individuos de la junta: Vigo hizo lo propio despues de haber intentado en vano sublevar el país con una columna encomendada al general Martin J. Iriarte, y Zaragoza, despues de un simulacro de sitio de 35 dias, durante los cuales hizo Concha 800 disparos con 47 piezas, muchas de grueso calibre, recibiendo algunos más de la plaza, cañonéo que, unido al fuego de fusilería de ambas partes, sólo produjo en éstas 40 bajas entre muertos y heridos, se entregó el 28 de Octubre bajo las condiciones que la dictó Concha, quien se portó tan bien, que no sólo no molestó á persona alguna, sino que dejó en pié la milicia nacional, que luego disolvió el general Breton.

El levantamiento de Barcelona, al que siguieron importantes puntos de Cataluña, entre ellos Gerona, el castillo de Hostalrich y el casi inexpugnable de Figueras, en donde se formó una junta, presidida por Terradas, fué el que ofreció verdadera gravedad, costando bastante sangre. Prim, que cuatro meses ántes era el ídolo de los sublevados, fué por estos declarado traidor, porque trató de reducirlos á la obediencia del gobierno con sanos consejos y acaloradas peroratas, asegurándolos que la libertad no peligraba. Procuró tambien convencer al brigadier Narciso Ameller, su íntimo amigo, que se unió á los

pronunciados; y como éste desoyese sus razones, se declararon enemigos. Ameller fué nombrado por la junta capitán general del Principado.

Dueños los sublevados de la ciudad y de todos sus fuertes, ménos Monjuich y la Ciudadela, Prim se retiró al inmediato barrio de Gracia, y desde aquí y desde la Barceloneta, que luego hizo suya, empezó en primeros de Setiembre las hostilidades contra la ciudad, de acuerdo con el capitán general Araoz. El que tanto habia execrado el bombardeo de Espartero, hacia ahora que los cañones y morteros de Monjuich llevasen la muerte y la destruccion sobre la capital catalana. En los primeros dias de lucha pereció de un balazo el juntero Baiges. Seguia la pelea encarnizada y sin interrupcion, teniendo órden el gobernador de Monjuich de disparar sobre los edificios y fuertes ocupados por los insurrectos, y éstos, cada dia más exasperados, juraron vencer ó sepultarse entre los escombros de la ciudad. Y tan insano era el furor que se habia apoderado de muchos, que acometieron la increíble empresa de apoderarse por asalto de la Ciudadela, ofreciéndose á ir á la cabeza de los asaltantes el individuo de la junta Bosch, anciano de 70 años, quien, como muchos de los que le acompañaron, fué rechazado con grandes pérdidas, recibiendo él una herida, de la que falleció al siguiente dia.

En esto el gobierno mandó á Barcelona en reemplazo de Araoz al general Laureano Sanz, hombre cruel segun ya tuvimos ocasion de ver cuando se compelió al honrado Mina á firmar la comunicacion para el impio fusilamiento de la madre de Cabrera. Sanz, que queria someter pronto la ciudad, hizo que los cañones jugasen con tal celeridad, que en los dias del 10 al 24 de Octubre arrojaron más de 10.000 proyectiles. El 30 las salvas de Monjuich anunciaron á los barceloneses que Zaragoza habia capitulado, y entónces, perdida por otro lado la esperanza en Ameller, porque saliendo á recorrer la tierra para volver con gran golpe de gente, habia sido batido por Prim, la junta pidió capitulacion. Despues de diferentes pláticas, durante las cuales fué la reina declarada mayor de edad, se celebró en la noche del 19 de Noviembre la capitulacion, que era hon-

rosa para ambas partes, puesto que según ella no había vencedores ni vencidos en atención á que todos proclamaban á la reina y ya era un hecho legal y consumado la declaración de su mayoría, decretada por las Córtes cuatro días ántes. No se cumplió la capitulación en cuanto á conservar la milicia nacional: las corporaciones populares fueron también reemplazadas. Durante los 56 días de lucha se arrojaron sobre Barcelona 14.000 y pico de proyectiles, que no hicieron mucho daño á la ciudad por dirigirlos contra las baterías de los pronunciados y casas y fuertes que ellos ocupaban. Hubo que lamentar muchas desgracias, pues perecieron de los pronunciados más de 300, teniendo otros tantos heridos: las bajas de la tropa fueron infinitamente menores.

Entregada Barcelona, parecía natural que se rindiese el castillo de Figueras, adonde Ameller se refugiara después de ser lanzado por Prim de Gerona; pero fuese por fanatismo ó por otra causa, el resultado es que aun sabiendo la rendición de Barcelona, no quiso entregar el castillo de Figueras, á pesar de haberle mandado Prim, que quería volver á la antigua amistad, á algunos de su familia para que le convenciesen. Ordenó Sanz á Prim que bloquease con todo rigor el castillo, el cual empezó á arrojar bombas sobre Figueras, ocupada por las tropas. En principios de Diciembre se entablaron pláticas de arreglo, que ningún efecto produjeron, y de nuevo tronó el cañón. Al fin, intercediendo algunos diputados á Córtes con el gobierno para que se concediese á Ameller una capitulación honrosa y siendo relevado Sanz por el barón de Mer, éste se presentó delante de Figueras el 27, y renovándose las interrumpidas negociaciones, se firmó al fin el 13 de Enero de 1844 un convenio, en cuya virtud se entregaban al gobierno el castillo con la artillería, pertrechos, víveres y 3.000 fusiles.

Córtes. Decla- Abriéronse éstas el 15 de Octubre, y aun
ran mayor de cuando á ellas llevó una gran mayoría el par-
edad á la reina. tido progresista, todo el mundo presentía que la última
hora de éste estaba cercana y que el moderado, disuelta
la milicia de las más importantes poblaciones y teniendo
de su lado á la corte, iba muy pronto á ser dueño de los

destinos del país. Esto impulsó á varios diputados progresistas, y por cierto de los que más se habian señalado por su exaltacion, á mostrarse benévolos con el partido moderado para pasarse á él á luego de adquirir la seguridad de que satisfaria sus torpes apetitos. De aquí nació aquella fraccion que se dió á sí propia el título de *Jóven España*, en que figuraban el bullicioso y desvergonzado Gonzalez Brabo, el ex-patriota Posada Herrera, que habia de venderse por la secretaría del Consejo de Estado, el ex-demagogo audaz Cándido Nocedal, que tiempo andando habia de ir al carlismo y á la más hipócrita mogigateria, el diputado zaragozano Javier Quinto, tipo del populachero ordinario, á quien, más que á nadie, se debió el sacrificio de Borso en Zaragoza; el brigadier Portillo, hombre inmoral y ántes furibundo progresista, y otros del mismo jaez. Fué entónces cosa corriente que ántes de crearse la *Jóven España* sondeó Brabo á Cortina para ver si éste le hacia ministro, caso de encargarse de la formacion de un gabinete, y desahuciado con exquisita finura por el diputado sevillano, se fué á Olózaga con la misma pretension descaradamente formulada, á lo que éste le contestó mal humorado; y de aquí los planes de Brabo para irse al moderantismo, jurando odio mortal al diputado por Logroño, que ese es el proceder del ente ruin, devorado por la ambicion, cuando tropieza con hombres de suficiente carácter para contrariársela.

Intróducido por la *Jóven España* el cisma en el seno del partido progresista, cuando más unido debia estar ante la actitud de los moderados, hubo diferentes juntas para acordar la candidatura de la mesa del Congreso, y al elegir al presidente se dió el triste espectáculo de votar á tres progresistas, sin que ninguno de ellos obtuviese mayoría, porque Cantero se vió favorecido con 40 votos, Cortina con 38 y Olózaga con 31. Repetida la votacion, Olózaga obtuvo 66 sufragios, Cortina 43, y Cantero 7, siendo, por lo tanto, proclamado el primero, quien pronunció, al tomar posesion de su cargo, un cortisimo discurso en que dejó entrever la pena que le causaba el haber sido elegido por tan excasa mayoría y esto en segunda votacion.

Cumpliendo el gobierno su compromiso de declarar mayor de edad á la reina, llevó el oportuno documento al Congreso el 28 de Octubre, y nombrada comision, ésta presentó dictámen de conformidad, firmándole como presidente M. de la Rosa y como vocales Istúriz, Madoz, Olivan, Quinto, Posada Herrera y Gonzalez Brabo: todos, ménos Madoz, podian contarse ya como miembros del partido moderado. A ligerísima discusion dió lugar en el Congreso el dictámen mencionado, y reunidos el 8 de Noviembre los dos cuerpos colegisladores fué votado por 193 diputados y senadores contra 16 diputados: uno de estos, llamado Bernabeu, de Alicante, se vendió luego á Narvaez por un empleo militar en Búrgos, en donde se ensañó contra los liberales, teniendo la poca vergüenza de presentarse en 1868 y principios del 69 en todas las reuniones y clubs federales á echar á perder la revolucion con sus estudiadas exageraciones. El 10 juró Isabel ante los representantes de la nacion, reunidos en el Senado, guardar y hacer guardar la Constitucion de 1837, y desde este momento empezó su verdadero reinado. Antes de este dia (el 6) habia sido objeto Narvaez de un atentado tan cobarde como horrible: al pasar, ya de noche, en su carruaje por la calle del Desengaño le dispararon unos cuantos trabucazos junto al que fué convento de los Basilios, escapando los viles asesinos, dos de los cuales fueron cogidos luego, y hubieran sufrido la pena de muerte á no fugarse de la prision. El carruaje fué agujereado por muchas balas, y si bien el general salió milagrosamente ileso, no así su ayudante Baceti, que murió luego de las heridas que recibió. Creian los asesinos matar la reaccion matando á Narvez, quien no era más que un brazo de ella, y á haber muerto, habria sido reemplazado por otro, demostrándose así la inutilidad del crimen aparte de su natural fealdad.

Al jurar la reina como mayor de edad la Constitucion, ya tenia presentada el ministerio Lopez su dimision, y admitida, encargó aquella á Olózaga en su calidad de presidente del Congreso la formacion de un nuevo gabinete.

Debiéronse al ministerio Lopez algunos actos benefi-

ciosos al país, entre ellos la concesion que hizo del primer ferro-carril que se construyó en España, desde Barcelona á Mataró, el cual no se inauguró hasta seis años despues; la creacion de bibliotecas militares y la confeccion de un buen mapa de España. En sus postrimerías, viendo lo que avanzaba la reaccion por los trabajos de los moderados, ayudados de los palaciegos, quiso reorganizar la milicia de Madrid y sustituir á los ayuntamientos de real orden por otros que eligiese el sufragio popular; pero los reaccionarios impidieron la realizacion de sus propósitos.

Ministerio Oló- Habíanse cumplido los deseos de Olózaga
zaga. de no ser presidente del Consejo hasta que llegara á su mayor edad la reina Isabel; pero ésta se encargó bien pronto de proporcionarle un tristísimo desengaño, diciéndole á las pocas horas de haberle encargado la formacion de un ministerio: *fórmale luego, mira que la cosa urge*, y como esto alarmase á Olózaga pidió explicaciones y la reina le contestó: *es que si tú no le formas pronto, hay persona que todo lo tiene ya arreglado, y debo añadirte que me han dicho que la milicia nacional quiere quitarme la corona*. Estas palabras, que encerraban todo un programa triste, que habia de prevalecer largos años contra el partido progresista no abrieron los ojos á Olózaga y acometió la empresa, de formar el ministerio, la que realizó del modo siguiente: Olózaga para estado con la presidencia, Serrano para guerra, Frias para marina, Jacinto F. Domenech, que luego se entregó á la reunion y persiguió de muerte á sus antiguos amigos, para gobernacion, Claudio A. Luzuriaga para gracia y justicia y Cantero para hacienda. Contando con la enemistad de palacio anduvo Olózaga tan desacertado que no buscó las simpatías de las Córtes, y él, que tanto habia combatido la conducta anti-parlamentaria del ex-regente, dió el segundo ministerio á Domenech, que ni era diputado ni senador y soliviantó contra sí á la *Jóven España*, no dándola participacion en el poder. Serrano influyó mucho en la formacion de este gabinete, contando con las simpatías de la jóven reina, que le llamaba el *ministro bonito* por su juventud, noble figura y agraciado rostro: por esto exigió el jóven general que formase con él parte del nuevo ministerio otro compa-

ñero del anterior, que fué Frias, y que se contase tambien con Gonzalez Brabo, á lo cual Olózaga se resistió abierta y desdeñosamente, por lo que el jefe de la *Jóven España* le volvió á jurar implacable ódio.

Pronto tuvo Brabo ocasion de saborear los preliminares de la venganza, á costa, se supone, de su consecuencia que para él nada significaba: debiendo ser reemplazado Olózaga por Lopez en la presidencia del Congreso, la *Jóven España* en peso votó con los moderados y salió elegido presidente P. J. Pidal, asturiano brusco y provocador, no escaso de talento é instruccion, llamado á ser por su intolerancia el jefe civil de la reaccion como Narvaez era el militar. Entónces el ministerio pensó en adoptar algunas medidas encaminadas á unir á los progresistas que no tenian dentro de sus corazones el gérmen de la vil apostasia y presentó á las Córtes un proyecto de ley de amnistía para esparteristas y centralistas, el cual con dilaciones estudiadas ahogó la comision presidida por M. de la Rosa, y por decreto justo y reparador de 26 de Noviembre reconoció todos los empleos y gracias que concedió Espartero hasta el 30 de Julio en que dejó de ser regente.

Una y otra medida sirvieron de aguijon á los moderados para romper estrepitosamente con los progresistas y apoderarse del mando, en la seguridad de conseguir esto por contar con la absoluta voluntad de la jóven reina. Serrano era el único que podia haber contrarestado, al ménos por algun tiempo, los planes de la reaccion, pero se indispuso con Olózaga á causa de la vanidad de éste, y lejos de ayudarle á salvar al partido progresista, hizo dimision de su ministerio de un modo tan irrevocable que ni las mismas súplicas de Olózaga bastaron á hacerle desistir de su propósito, y aunque no le fué admitida aquella, no asistió ya á ningun consejo de ministros. Tambien Narvaez presentó su dimision de capitán general de Madrid, y aun cuando se deseaba con ansia admitirsela, Olózaga no lo hizo pensando ántes dar por sí solo lo que se llama un gran golpe, sin considerar en su desvanecimiento que el laberinto en que estaba metido era más intrincado que el de la antigua Creta para poder salir incólume de él. No tuvo tampoco presente aquella exclamacion de

Salomon en su Eclesiastes: *¡desdichada de ti, tierra, cuyo rey es niño, etc!*

Decreto de disolución de Cortes. Intriga nunca vista ni oída para revocarle. Exoneración de Olózaga.

En alas de su vanidad, y sin contar siquiera con sus compañeros, animado, es cierto, por el noble pensamiento de salvar la causa del progreso, aun cuando ya no tenia remedio, presentóse Olózaga durante la noche del 28 de Noviembre en la real cámara y leyendo á la reina el real decreto de disolucion de las Cortes, con las cuales ya le era imposible gobernar desde la eleccion de Pidal, Isabel se le firmó sin ningun inconveniente ni reparo. Olózaga guardó el decreto, pero susurrándose primero entre la gente palaciega y luego por do quiera que dicho decreto obraba en poder del presidente del Consejo, rodearon á la reina perversos cortesanos y corrompidas palaciegas, instrumentos de políticos sin conciencia, y la empeñaron en la tristísima tarea de sostener que Olózaga la habia arrancado torpe y violentamente el decreto de disolucion: ya en esta actitud la reina niña, llamó á Pidal y á los vicepresidentes del Congreso, no contando para el caso, por no tener confianza en ella, con la mesa del Senado, y delante de aquellos declaró y sostuvo Isabel con notable desenfado, que Olózaga la habia violentado para obtener el decreto de disolucion; pero contándolo de un modo tan inverosímil, que el historiador se llena de indignacion al tener que ocuparse de este acontecimiento sin igual en los anales del mundo y en el que no se sabe que admirar más, si lo burdo de la vil trama ó la impavidez de una reina de trece años para sostenerla. Fatales y de mal agüero eran los principios del reinado de la hija de Fernando VII, y asi tenian que ser los fines, porque rara vez la justicia providencial deja sentirse sobre la tierra dando á cada uno su merecido. A la tierna edad de trece años es muy fácil ser objeto de engaños, pero en ella se tienen ya las nociones del bien y del mal y se conoce lo dulce de la verdad como lo amargo de la mentira. Inmediatamente de hacer Isabel la relacion que envolvía el supuesto desacato de Olózaga, la aconsejó Pidal que revocase el decreto de disolucion y exonerase á aquél de un modo estrepitoso. Quisoase ántes oír á Serrano, y éste, si bien no creyó en la violencia atri-

buida á Olózaga, como vió al entrar en la régia cámara, segun despues confesó, *que ya estaba acordada dicha exoneracion*, se conformó con ella, y sin perder tiempo y sin que se oyese á Olózaga, que solicitó esclarecer personalmente los hechos delante de la reina y la mesa del Congreso, se extendió el decreto de exoneracion, enmendado á ruegos del ministro Frias, quien casualmente fué á palacio á despachar con la reina, y concebido en los términos siguientes: *Usando de la prerogativa que me compete por el art. 47 de la Constitucion, vengo en exonerar á D. Salustiano Olózaga de los cargos de presidente del consejo de ministros y ministro de estado. En palacio á 29 de Noviembre de 1843.* En la misma noche se extendió otro decreto anulando el de disolucion de Córtes. Tambien, y para que el país y la Europa se enterasen de cuanto en la reunion habia ocurrido, se acordó levantar la oportuna acta, lo cual se dejó por consejo de Serrano para el siguiente dia.

Gonzalez Brabo ministro universal. Faltaba el coronamiento de la obra, y como *el hombre apóstata con corazon bellaco maquina mal y siembra rencillas á toda hora (Salomon. Proverbios)*, escogióse para instrumento de la maldad á Gonzalez Brabo, quien se habia brindado á desempeñar los más infamantes oficios á cambio de que le hicieran ministro. No era ajeno Narvaez á la vil trama, y le agradaba que la parte más oprobiosa de ella recayese sobre aquel transfuga, para arrojarle de su puesto así que cumpliese su denigrante cometido. Por lo tanto, en medio del universal escándalo y de la indignacion de todos los buenos fué nombrado Brabo presidente del consejo de ministros y notario mayor del reino. Llevaban miéntras tanto la cosa pública los intrigantes y perversos por tal derrotero que, interin Gonzalez Brabo obraba como tal presidente del consejo de ministros, Pidal, ajeno á lo que ocurría en palacio, estaba buscando compañeros por encargo de la reina para presentarla un ministerio completo de moderados.

El 1.º de Diciembre tuvo lugar en la real cámara una especie de vergonzoso sainete, digno complemento de la bastarda intriga que habia acabado con el ministerio Olózaga. Convocados ante la reina niña el presidente, vice-

presidentes y secretarios del Congreso, contándose entre los últimos á Cándido Nocedal y José Posada Herrera, los presidentes del tribunal supremo de justicia, de guerra y marina, de la junta consultiva de estado y de la grandeza de España, el ya teniente general y hasta allí ministro F. Serrano, el capitán general de Madrid R. Narvaez, el decano de la diputación provincial, el alcalde primero constitucional, Palafox duque de Zaragoza, como capitán de alabarderos y otros empleados de palacio, y juntos todos, declaró Isabel: «Que en la noche del 28 de Noviembre, proponiéndola Olózaga que firmase el decreto de disolución de Córtes, ella le dijo que no quería firmarle, entre otras razones, porque dichas Córtes la habian declarado mayor de edad: que insistiendo Olózaga de nuevo, ella volvió á resistirse á firmar el decreto levantándose de su asiento y dirigiéndose á la puerta de la izquierda de su despacho, en cuyo instante Olózaga se interpuso tambien y echó el cerrojo de esta segunda puerta: *que entonces la agarró del vestido y la obligó á sentarse; que la agarró despues de la mano hasta obligarla á rubricar*, y por último que Olózaga se fué y ella se retiró á su aposento.» Tal fué el acta levantada por Gonzalez Brabo, que la reina mandó archivar en el ministerio de estado. Si no bastase su sola lectura para juzgar de todo punto inverosímil el suceso en ella consignado, bastará decir que con un campanillazo ó una voz que hubiera dado Isabel, á haberla faltado el diplomático Olózaga al respeto que la debia como reina y señora, habrian acudido cientos de palaciegos y soldados que hubieran dado triste cuenta del hombre audaz y de menguado seso que tan brutalmente ultrajaba la majestad y abusaba de la inexperiencia de una niña de 13 años.

En el mismo 1.º de Diciembre, faltando Gonzalez Bravo á lo consignado en el acta de archivar ésta en el ministerio de estado, se presentó solo ante el Congreso en medio de una indefinible efervescencia y ocupó el banco ministerial, no sereno é impertérrito como se presenta ante las tempestades políticas el varon fuerte y justo, sino desvergonzado y altanero como el que carece de conciencia y no abriga en su corazon un átomo de virtud. Pidió la pa-

labra y leyó el acta en medio de un significativo silencio. Ella dió lugar á un solemnisimo debate, que duró cerca de 20 dias, en el cual tomaron parte M. de la Rosa, Bravo Murillo y otros moderados, para deificar á la reina presentándola como víctima de la audacia de Olózaga, haciéndolo en contra con habilidad pasmosa, y en verdad que el caso la requería, Cortina, que se acreditó de tan consumado jurisconsulto como de gran político y profundo orador, y el mismo Olózaga, que hizo gigantescos esfuerzos para probar su inocencia con exquisito tacto y tan extraordinaria prudencia, que dejó atónitos á sus más encarnizados enemigos, quienes no pudieron reprocharle ni una sola palabra de las muchísimas de que tuvo que valerse para dirigir sus tiros por encima del trono, dejar su honra en el lugar correspondiente y á la reina en el que debía ocupar por su corta edad y por la corona que ornaba sus sienes. El triunfo en este debate fué para Olózaga y su amigo Cortina; pero á pesar de él, como se tratara de someter al primero á una acusacion, y por otra parte existieran en algunas cabezas proyectos criminales, el diputado por Logroño se marchó á Portugal y despues á Inglaterra.

Ministerio Gonzalez Brabo. El 5 de Diciembre ya pudo Gonzalez Brabo completar un gabinete, que formó á gusto de Narvaez, quedándose él con los cargos que tenia desde el 1.º y dando la cartera de gobernacion al transfuga marqués de Peñafiorida, la de marina y ultramar al otro transfuga Filiberto Portillo, la de gracia y justicia á L. Mayans, diputado valenciano, y la de guerra al general Mazarredo, digno satélite de Narvaez: la de hacienda fué encomendada despues al senador Garcia Carrasco, que tambien abandonó la causa progresista en 1841.

Así que terminó el debate promovido por el acta contra Olózaga, suspendió el ministerio las sesiones de Córtes y dió en seguida un decreto suprimiendo la inspeccion de la milicia nacional, el cual era precursor de su disolucion, otro sobre creacion del consejo de estado y otro planteando la ley de ayuntamientos sancionada en Barcelona y que produjo la revolucion de 1840. La provocacion no podia ser mayor, y hecha por Gonzalez Brabo, el gritador al

frente de un grupo de bullangueros en el ayuntamiento de Madrid, pasaba los límites de la desvergüenza.

Pronuncia-
miento de Ali-
cante y Carta-
jena.

Aborrecido, y más que aborrecido universalmente despreciado el gabinete Gonzalez Brabo, levantó bandera contra él en la noche del 28 de Enero la ciudad de Alicante, iniciando el movimiento el coronel de carabineros Pantaleon Boné, que habia servido en las filas de Cabrera, de las que se desertó ántes de concluir la guerra civil. El castillo llamado de Santa Bárbara, que domina la poblacion y el puerto, se adhirió al pronunciamiento por los esfuerzos de Boné, quien puso de gobernador de él á su subordinado Juan Diez Empecinado, sobrino del héroe sacrificado en Roa. La importantísima plaza de Cartagena secundó á Alicante el 1.º de Febrero, y el 3 lo verificó Múrcia por mandar al efecto la junta de Cartagena una pequeña columna.

Aseméjanse los partidos políticos en ciertas épocas históricas al enfermo ó convaleciente que, creyéndose con fuerzas, porque le engaña el corazon, quiere echar á correr, y al primer paso cae al suelo á impulso de su debilidad. El alzamiento de Alicante y Cartagena, que debian secundar inmediatamente las poblaciones más crecidas de las provincias de levante, habia sido promovido por los jefes más caracterizados del progreso, para quienes ni la experiencia, ni las divisiones que venian trabajando al partido desde 1840, ni el cansancio de que se hallaba poseído, ni los escándalos del libertinaje en los últimos tres años, ni la enemistad del palacio eran bastantes á hacerles creer en su debilidad y desprestigio, y que su situacion era la de esperar á que sus enemigos se desacreditasen en el poder para luego combatirlos con ventaja. Cuando un pueblo está cansado por recientes conmociones y discordias, es no sólo una insensatez sino un crimen imperdonable el pretender que se mueva: entónces no hay para él más remedio que el reposo: de este modo y no de otro debieron mirar al español los corifeos del partido progresista ántes de provocar el alzamiento de Alicante y Cartagena.

Nombró Alicante una junta de gobierno bajo la presidencia de Boné, como Cartagena la suya bajo la del brigadier de la armada A. de Santa Cruz, que encomendó la

direccion militar del movimiento al general Ruíz. Boné, que era animoso, formó una columna de carabineros, nacionales y soldados, y salió al frente de ella á recorrer la tierra y proporcionarse recursos de hombres y dinero: hubo pueblos que se pronunciaron con sus milicias, mientras que otros se prepararon con las suyas á combatir á los sublevados, y de algunos á quienes el temor contuvo para secundar el alzamiento salieron varios milicianos, que fueron á encerrarse en la ciudad con ánimo de defender en ella la bandera que tremolaba sobre sus muros y castillo.

En el momento de saberse en la corte el pronunciamiento de Alicante y Cartagena, el gobierno declaró en estado de sitio toda la España y mandó tropas para sofocarle, nombrando general en jefe de ellas á Federico Roncali, que era capitán general de Valencia y Murcia. Mazarredo dió una circular atrocísima ordenando en ella, que se fusilase sin piedad á todo pronunciado que fuera aprehendido, *porque, decia, era cosa sabida que la poca sangre que se vierte al empezar las contiendas civiles ahorra mucha para despues.* Por su parte, Peñafloreda y su subsecretario Patricio Escosura, que despues se fué al partido progresista para volver más tarde al moderado y otra vez al progresista, secundaron las aspiraciones feroces de Mazarredo, que no eran sino las del mismo Narvaez.

Dirigiéndose Boné con su regular columna sobre Alcoy, esta poblacion, y á su frente la milicia nacional, le rechazó á balazos, y entónces retrocedió á Elda, cuya milicia, compuesta de 300 plazas, se habia unido á la pequeña columna de unos 800 infantes y 60 caballos, que gobernaba el general Pardo. El 5 de Febrero dió éste vista á Boné, quien le acometió con su caballería, la que puso al jefe del gobierno en grande aprieto haciéndole más de 200 prisioneros entre soldados y milicianos. Viendo Pardo que la accion estaba para él perdida, se valió de una vileza sin igual, que fué la de mandar á Boné un capitán y dos ó tres oficiales, quienes dijeron al jefe de los pronunciados que hiciera cesar el fuego porque todas las tropas querian pronunciarse: apeose entónces Boné con todos sus oficiales, y mandando cesar el fuego se dirigió á abrazar

á los que suponía en disposicion de adherírsele, cuando de repente se ve acometido por éstos, que haciendo vivísimo fuego ponen en desórden á su ya descuidada gente: procuró Boné reanimar á ésta, pero en vano; el fuego enemigo, que le causó más de 100 bajas, no se lo permitió, y á duras penas llegó á Alicante con la mitad de la gente que sacó de ella.

El 6 se presentó Roncali con numerosas fuerzas en las inmediaciones de la ciudad, miéntras que varios buques de guerra al mando de Pinzon, que montaba el vapor Isabel II, entraron en el puerto para hacer más angustiosa la situacion de los sublevados, Roncali formalizó el sitio, y al fuego suyo y de los buques contestó el de la plaza durante varios dias. El 17 de Febrero ya logró Roncali cerrar de todo punto el bloqueo por mar y tierra, miéntras que el coronel de 1841 Fernando Córdova, convertido ya en general, bloqueaba tambien á Cartagena, á la que dirigió una proclama en que decia, *«que en aquella plaza flotaba la bandera de la traicion, merced á algunos desleales oficiales.»*

Continuó defendiéndose débilmente Alicante durante el resto de Febrero y primeros dias de Marzo; el 5 de éste empezó á susurrarse por la poblacion que el Empecinado estaba vendido á Roncali: una comision del ayuntamiento llevó á aquél una brevísima comunicacion pidiéndole explicaciones, á la cual contestó en términos evasivos, que probaban, sin embargo, sus tratos para vender el castillo. Entónces entró el terror en todos los corazones y nadie pensó más que en salvarse como pudiera: muchos intentaron hacerlo por mar, pero no todos lo lograron, siendo de este número Boné, al que ningun buque quiso dar asilo; varios se ocultaron disfrazándose ántes, y algunos lograron escapar por tierra burlando la vigilancia de las tropas sitiadoras: el capitán [de un buque francés recogió á casi todos los individuos de la junta y á otros comprometidos. El Empecinado, como si quisiera burlarse de los infelices á quienes acababa de vender, pasó en estos momentos de tremenda angustia una comunicacion al ayuntamiento en que decia haber capitulado con Roncali, obteniendo un indulto general y olvido de todo lo pasado para

la ciudad y pueblos de su provincia. La burla no podia ser más sangrienta. Boné, presa de la desesperacion, al ver que no le queria recibir ningun buque, se decidió á salir de la plaza durante la madrugada del 7 en union de cinco amigos, y por la puerta de San Francisco ganó el campo, y marchando á la ventura llegó al término de Sella, en donde unos vecinos de esta villa le prendieron para entregarle luego á Juan Contreras, que habia salido en su persecucion y le condujo incontinenti á Alicante. En la mañana del 8, habiendo funcionado toda la noche anterior un consejo de guerra, que no oyó á la mayor parte de los acusados y prescindió de toda forma legal, fueron pasados por las armas en el sitio llamado el Malecon VEINTICUATRO pronunciados, los más, si no inocentes, acreedores á una pena ligera. Aquella larga fila de víctimas, que llenó de terror á la ciudad y luego á toda España, se componia de las personas siguientes: Boné; Simon Carbonell, maestro de obras; R. Moltó, comandante de nacionales de Cocentaina; Vicente Linares, idem de Finistral; Ignacio P. Miguel, capitan de los de Villajoyosa; J. Pastor, teniente de los de Monforte; J. Calpena, idem de los de Monóvar; J. Valero, A. Béjar y D. Gomez, simples carabineros; Gregorio Sabio, capitan de reemplazo; M. Zamora, nacional de Valencia; Francisco Fernandez, comandante del provincial de idem; José Miñana, capitan del mismo; José Valiente, teniente de idem; Camilo Jimenez, idem; A. Caballero, subteniente de idem; B. Ribot, P. Fernandez, Carmelo Garcia, y M. Navas, sargentos de idem; J. Calatayud, alférez de Lusitania; J. Ruíz, sargento de idem; y P. Fraile, sargento de artillería.

Es fama que al noticiarle á Roncali el sacrificio de los 24 exclamó: *¡Manes de Diego Leon, ya estais vengados!* Pero no fué así, porque sediento aun de sangre mandó fusilar á los pocos dias en la misma ciudad de Alicante al secretario del gobierno civil, Félix Garrido, en Monforte á José Botella, y en Cocentaina á José Pugat y Félix Querodal.

La rendicion de Alicante precipitó la de Cartagena, adonde marchó Roncali, llevando de vanguardia al vil Empecinado con los carabineros que entregaron el castillo

de Santa Bárbara. Allí le esperaban los nuevos generales Córdoba y Concha (José) que tenían en grande aprieto la plaza despues de diferentes dias de fuego. El 22 de Febrero dirigió Roncali una comunicacion al ayuntamiento para que le entregase la plaza: ésta mandó sus comisionados, á los que el general dijo en resúmen que la plaza debia entregársele á discrecion: durante estas pláticas los jefes de la insurreccion, viéndolo todo perdido, se embarcaron en el vapor *Villa de Madrid*, que les condujo á la Argelia. Al saber los soldados del tercer batallon de Gerona la fuga de la junta y de los más comprometidos, se apoderó de ellos un furor increíble y resolvieron continuar la resistencia: entónces pusieron algunos en libertad al gobernador militar Requena, que fué preso en el dia del alzamiento, y aunque con gran trabajo, logró calmar los exaltados ánimos; y como al mismo tiempo los cónsules de Francia é Inglaterra habian recabado de Roncali palabra solemne *de que no se derramaria ni una sola gota de sangre*, la plaza abrió sus puertas á los sitiadores, que se posesionaron de ella el 25.

Prision de varios diputados.

En pié los pronunciamientos de Alicante y Cartagena, con menosprecio de la inmunidad parlamentaria fueron presos y conducidos á los más inmundos calabozos de la cárcel de villa, por acuerdo del consejo de ministros, los diputados Cortina, Madoz, Garnica, Garrido, Verdú y Linares, escapándose para ir al extranjero Lopez, Obejero, Llanos y otros: atribuyóseles parte en dichos pronunciamientos, pero como nada se les probó, hubo que ponerlos en libertad á los tres meses y medio, habiendo estado incomunicados los dos con escarnio de las leyes, que descaramente quebrantaba Gonzalez Brabo á todas horas.

La milicia nacional, que ya no existia en las más importantes poblaciones, fué disuelta con la mayor facilidad, y como los carlistas creian esta y otras medidas favorable á su causa, levantaron partidas en el Maestrazgo, que sólo produjeron desgracias al exterminar aquellas el general Villalonga, que tenia nota de cruel.

Muerte de Luisa Carlota. El 29 de Enero habia fallecido en Madrid Luisa Carlota, hermana de Cristina y esposa del in-

fante Francisco de Borbon: como en tales casos suele acontecer, se propaló que habia sido envenenada, siendo lo cierto que fué víctima de una apoplejía cerebral. Lamentaron su temprana muerte todos los liberales, porque á ella fué debido, por su energía y varonil carácter, como en su lugar vimos, que el cetro español no pasase de las manos de Fernando VII á las de su hermano Cárlos.

Muerte de El 23 de Marzo de este año de 1844 falleció Argüelles. tambien en Madrid el ilustre patriarca de la libertad española y virtuoso y consecuente político Agustín Argüelles, una de las glorias más puras de la España del siglo XIX. La casualidad hizo que tan eminente varon entregase su alma al Criador en el mismo dia en que, llamada por Gonzalez Brabo, que tanto la había ultrajado, entró en la corte María Cristina, quien tuvo un gran recibimiento oficial, en nada sin embargo comparable al magnífico entierro que luego se hizo á Argüelles, cuyo cadáver acompañaron al cementerio muchos miles de personas de todas condiciones, ansiosas de tributar el último homenaje al que fué siempre ejemplo vivo de consecuencia, civismo, desinterés, modestia y toda clase de virtudes.

No venia Cristina sedienta de venganza, y la mayor prueba de esto acababa de darla en Aranjuez, á donde salió á esperarla su calumniador G. Brabo, al que recibió placentera, si bien, de acuerdo con los principales corifeos del moderantismo, trabajó muy luego para que desapareciese de la escena el ministerio presidido por aquel hombre audaz y despreciable.

Caida de Gonzalez Brabo. El 2 de Mayo fué encargado Narvaez de la formacion de un ministerio que sustituyese al de Gonzalez Brabo, quien ya habia cumplido su triste mision. Era Narvaez por su carácter violento y su prestigio en el ejército, del que á la fecha habian sido separados miles de jefes y oficiales liberales, sustituidos por convenidos de Vergara, el llamado á continuar la política de resistencia inaugurada á la caida de Olózaga. Al siguiente dia 3, quedó constituido el nuevo gabinete del modo siguiente: Narvaez, presidente y ministro de la guerra, Viluma de estado, Pidal de gobernacion, su cuña-

do Mon de hacienda y Armero de marina, siguiendo Mayans en su departamento de gracia y justicia.

El mando de Gonzalez Brabo se resume en estas trisísimas frases: provocó al país, que ya estaba tranquilo, á nuevas revueltas y le sometió al estado de sitio; cerró la tribuna, atropelló la inmunidad parlamentaria, amordazó la prensa, llenó las cárceles de liberales y llevó el terror y la desmoralizacion por todos los ángulos de la España. Inaugurando una política de reaccion tan insensata como feroz, resucitó la ley de ayuntamientos de Arrazola, contra la que gritó en 1840 ante el ayuntamiento y en la plaza de la villa; destituyó empleados á millares, removió casi toda la magistratura, extendió la policia á todos los partidos judiciales, llevando con ella la intranquilidad hasta la última aldea; restableció al tribunal de la Rota, levantó el destierro á los obispos rebeldes, á los que colmó de atenciones y les facultó para que fueran verdaderas fábrica de presbíteros, con cargo al pobre erario español, y desmoralizó la administracion pública en todos los ramos, especialmente en la marina, á cargo de Portillo, quien realizó con el banquero Buchentall negocios tan sucios y escandalosos, que hicieron exclamar á Pacheco: *¡páguese á Buchentall, pero ahórquese á Portillo!* Cuando aquellos á quienes sirvió Brabo de instrumento, le contemplaron cubierto de oprobio, le arrojaron á la calle como se arroja al limon despues de bien estrujado. Decretó en cambio una cosa, que tiempo andando fué buena; la creacion de la guardia civil, mal mirada al principio porque él la instaló con fines políticos, pero que despues de su caída empezó á llenar su mision de perseguir ladrones y toda clase de malhechores.

En el momento en que Narvaez recogió la triste herende Gonzalez Brabo, levantó el estado de sitio y se dispuso á combatir las tendencias ultra-reaccionarias que rodeaban al trono y tenian su más firme representante en el ministro de estado, marqués de Viluma, ántes el muy liberal Manuel Pezuela. Pretendíase por la fraccion que éste capitaneaba, que se volviese por real decreto al Estatuto; que se restableciesen varios conventos de frailes, que se devolvieran al clero los bienes no vendidos de él, que el

gobierno se prosternase á los piés del papa y se adoptaran otras medidas que exterilizaran los sacrificios que la nacion habia hecho en los últimos 11 años en pro de su regeneracion. Narvaez, aunque reaccionario, no queria ir tan atrás, ya porque se tenia por liberal y alardeaba de haberse hallado al lado de los libres en la jornada del 7 de Julio en Madrid, y ya porque no le faltaba talento para calcular que una reaccion insensata podia producir tiempo andando una revolucion espantosa; y como se pusiesen de su parte los demás compañeros, Viluma tuvo que presentar la renuncia de su cartera, en la cual fué reemplazado por Martinez de la Rosa.

Atropellos y asesinatos. Pero aun cuando Narvaez se oponia á las exigencias de la reaccion, que tanto eco hallaban en el real palacio, no por esto impedia que se cometiesen atropellos brutales y hasta asesinatos infames, como si nada le importara que unos y otros fueran asociados á su nombre para hacerle más aborrecible de lo que merecia. Así se dejaron impunes el atropello brutal del coronel del regimiento de San Fernando R. Soler y varios oficiales, contra diferentes progresistas notables que quisieron celebrar en una fonda el aniversario de la jura de la Constitucion de 1837 y tuvieron que salir del local por no ser apaleados; las prisiones arbitrarias en Madrid de los liberales Franco Alonso, Asquerino y otros: los asesinatos jurídicos que llevó á cabo Breton, capitán general de Aragon, en las personas de Francisco Laguna, J. Ribeiro y A. Miana por suponerles autores ó cómplices de la muerte dada á Esteller hacia seis años, cuando Cabañero invadió con tanto heroismo á Zaragoza, y los más horribles de tres ex-oficiales carlistas que, hallándose presos en Caspe y sometidos á la jurisdiccion ordinaria, fueron sacados de la cárcel por un jefe militar y arcabuceados sin darles más tiempo que el necesario para confesarse. Por todo esto el terror volvió á todas las almas, aumentándose hasta el mayor extremo cuando los dos fiscales de la Audiencia de Granada, F. de los Rios y J. Castro y Orozco, fueron separados de sus puestos por haber dirigido una circular á sus subordinados á fin de que evitasen los abusos que contra la seguridad individual se cometian todos los dias.

Convocacion de Córtes. Hallándose la reina en Barcelona logró Narvaez, prescindiendo de la farsa de elecciones que se habia hecho durante el gabinete Gonzalez Brabo, que se convocáran los comicios y se reuniesen las nuevas Córtes en Madrid el 10 de Octubre inmediato, sino con el carácter de constituyentes, con la facultad de reformar, que equivalia á lo mismo, la Constitucion en la parte que las habia de señalar el ministerio. Querian la reforma todos los ministros, Pidal y Mon en sentido restrictivo y Narvaez y Martinez de la Rosa por borrar de ella el artículo referente á la milicia nacional; pero como los ultramoderados aspiraban á que se volviese muy atrás y todas las simpatias de palacio estaban por ellos, los dos últimos ministros prefirieron ceder á título de seguir mandando.

Los progresistas no tomaron parte en las elecciones por verse privados de la libertad para hacerlo y porque tampoco querian sancionar con su presencia en el Congreso y Senado la anunciada reforma de la Constitucion. Así que todo el Congreso se compuso de moderados, excepcion del diputado por Palencia José M. Orense, que por influencias de su padre fué incluido en la candidatura moderada, y al ocupar su asiento se declaró progresista.

En el mismo dia en que se abrieron las Córtes, publicó Espartero un manifiesto á los españoles, visto por los enemigos con lástima y por los amigos con indiferencia, en el cual sentaba que en aquel dia acababa legalmente su regencia, entrando la reina á gobernar el reino con arreglo á la Constitucion.

Conspiraciones. Suplicios. Exterminio de la familia de Zurbano. Es un hecho triste, que no acierta á comprender el historiador, que el partido progresista, á manera que perdía elementos por las desgracias pasadas, se animaba á entrar en conspiraciones, á las cuales marchaba tan ciega como insensatamente por virtud de los planes que en el extranjero fraguaban, vistiéndolos de color de rosa, los emigrados que habian instalado al efecto una junta en Bayona, otra en Paris y otra en Lóndres. Para hacerles abortar en sangre era el ministerio tan perverso que se valia de gentes ruines que tendian redes á los incautos, algunos de los cuales pagaron bien cara su necia confianza.

Durante los últimos días de Octubre, de acuerdo con los emigrados catalanes, que soñaban desde Perpiñan en la realizacion de grandes empresas, algunos ilusos alteraron ligeramente el orden en Barcelona, dando esto ocasion á que el baron de Meer, autoridad dura hasta en las formas, fusilase á cinco de aquéllos, incluso un oficial, y aprisionara á varios progresistas, así paisanos como militares. En Madrid se juzgó la conspiracion llamada del coronel Rengifo, urdida por un vil sargento, apellidado Rico, quien, instrumento del jefe de San Fernando, el ya citado R. Soler, despues de hacer ver á aquel militar de reemplazo, al entónces opulento maragato S. Alonso Cordero, á su secretario Gullon, al capitán García, á José Arilla, al brigadier Gándara y á otros, que todos los sargentos de la guarnicion de Madrid estaban dispuestos á pronunciarse contra el gobierno, delató á cuantos quiso llamar sus compañeros en conspiracion y á otras personas que le indicaron sus infames inspiradores. Presos por esto, entre otros varios, Rengifo, García y Arilla, habiendo logrado escapar Cordero, Gándara y Gullon, y sometidos á un consejo de guerra, presidido por F. Córdova, salieron condenados á la pena capital los tres primeros, á la misma en rebeldía A. Cordero, Gullon y Gándara y á la de presidio los restantes procesados. Puestos en capilla los reos, contra quienes no resultaban más pruebas que los dichos del Rico y algun otro sargento de su ralea, la reina tuvo la magnanimidad de perdonarlos la vida á excitacion de la prensa y de miles de personas que se interesaron porque no se derramase sangre injustamente. Rengifo y sus compañeros fueron conducidos al presidio de Cartagena.

De allí á poco de estos sucesos tuvo lugar el levantamiento de Zurbano, fiel observador de las órdenes que le venian de Lóndres, dadas por personas que desconocian el estado del país, al cual equivocadamente suponian dispuesto á soterrar el despotismo á que le habia sometido el bando moderado. De tal gente se veia rodeado Zurbano, que el mismo Narvaez le escribió una carta amistosa, la que desgraciadamente recibió cuando ya se habia levantado contra el gobierno, en la que el presidente del con-

sejo le decía, que se estuviese quieto, que le veía metido en una empresa imposible, que le vendían almas viles, que á él le habían delatado todos los proyectos de conspiración y que viniera á estrechar su mano á Madrid. Sin elementos civiles ni militares, y soñando con que no más enarbolar la bandera de Constitución de 1837, Isabel II y junta central, con un viva á Espartero, se levantarian varias provincias y se le unirían batallones y escuadrones, se pronunció Zurbano el 13 de Noviembre ocupando la pequeña ciudad de Nájera, con su hijo Benito, el coronel Cayo Muro y varios paisanos y oficiales de reemplazo: despues de destituir al ayuntamiento y fusilar á un agente de policía, que se había introducido entre los suyos diciéndose partidario de la revolución para venderla, se encaminó al frente de un pequeño grupo de 60 ó 70 hombres á la sierra de Cameros, en la que se le unieron su cuñado Juan Martínez y su otro hijo Feliciano, que fué con el solo objeto de entregarle la carta de Narvaez, que éste había enviado al comandante general de Logroño Orive, el que se pronunció junto á Zamora el año de 1841. Vagando por entre las asperezas de dicha sierra durante los días 15 y 16, y viendo que nadie se le agregaba y que le acosaban tropas por todas partes, despidió á su gente, quedándose con sus dos hijos, su cuñado Martínez, Cayo Muro, su secretario y cuatro ó cinco oficiales de reemplazo. Acorralándolos las pequeñas columnas destacadas en su persecución, se fraccionaron para eludir ésta mejor, y en vez de encaminarse á Navarra, que tan perfectamente conocía Zurbano, para ganar la frontera francesa, prefirió esconderse en medio de gentes villanas que habían de experimentar infame placer en venderle para que fuese sacrificado. El día 21 de madrugada fué preso Juan Martínez y conducido á Logroño, y luego por la tarde experimentaron la propia suerte un tal Arandia y Benito Zurbano, comandante que era de caballería, de 23 años de edad: escondidos éstos en unas malezas dió con ellos el que fué partidario carlista y antiguo ratero de Alcanadre Juan Mata, alias Boleas, quien les condujo lleno de vanidad satánica á la capital de la Rioja. Orive dilató cuatro días la ejecución de la órden que tenía para fusilar

incontinenti á todo el que cayese prisionero, á fin de que la madre de Benito Zurbano se presentase en Madrid á impetrar de la reina el perdon de su hijo. Al regresar la reina un sábado de hacer oracion en Atocha, se echó á sus piés la desolada madre junto á la escalera de palacio exclamando: *¡perdon, señora, para mi único hijo! ¡no tiene más que 23 años, y ha derramado su sangre por V. M.!* En esto, fuese por la emocion ó por ver impasible el rostro de la reina, cayó la infeliz desmayada. *¡Perdon! ¡perdon!* gritaron entónces cuantas personas estaban presentes. La reina, sin hacer aprecio de la desventurada que yacía como cadáver en el suelo, dijo: *se atenderá, se atenderá,* y empezó á subir la escalera. Al siguiente dia el telégrafo óptico ordenaba á Orive que fusilase á Benito Zurbano y á todos los demás presos, y el 26 fueron sacrificados este jóven, Juan Martinez, Arandia, y un tal Aguilar. El dia 30 fueron tambien fusilados en el mismo sitio que los anteriores el secretario de Zurbano, Baltanás, un tal Hervias y Feliciano Zurbano: la muerte de éste fué un asesinato, porque no se habia pronunciado ni hecho otra cosa que llevar la carta de Narvaez á su padre, de quien no se quiso separar al verle abandonado y fugitivo.

Oculto Martin Zurbano con Cayo Muro en el pueblo de Ortigosa, en donde supo el fusilamiento de sus dos hijos, juró vengarlos, escogiendo el peor camino para lograrlo, porque no quiso refugiarse en Francia, sino aguardar allí la venida de la primavera para lanzarse á otro alzamiento. Delatado al Boleas por un infame paisano, fué preso muy entrado ya el mes de Enero en union de Cayo Muro: en marcha para la capital de la Rioja, intentó éste fugarse y la partida de aquel antiguo ladron le dió muerte. Cogieron su cadáver y le atravesaron en una caballería para llevarle á Logroño. Zurbano, adementado al verse objeto de tanta desventura, demandó á gritos el llegar cuanto ántes á Logroño para que le fusilasen. El 21 de Enero de 1845 sufrió la muerte este general denodado, en el mismo sitio en que la habian recibido sus dos hijos, cuñado y amigos: al morir vitoreó á la reina, la Constitucion y la libertad.

Sucesos de Hecho y Ansó. Proceso de Prim. Orden bárbara contra Espartero.

Al propio tiempo que Zurbano desplegaba su bandera en la Rioja, aparecieron en los valles de Hecho y Ansó, de la provincia de Huesca, los emigrados aragoneses Ugarte, Fernando Madoz, Iñigo, Romero y otros hasta el número de 100, capitaneados por el general Ruiz, el que mandó las fuerzas en Cartagena, apellidando libertad, Constitución de 1837, trono de Isabel y junta central. Habiendo hecho prisionera la pequeña guarnición de los valles, cometieron la barbarie de fusilar á tres oficiales. El comandante militar de Huesca, general Inglés, salió en su persecucion y dándoles alcance junto á Hecho, les dispersó á los primeros disparos, obligándoles á refugiarse en Francia, pero las tropas cogieron 11 rezagados, á quienes se fusiló inmediatamente.

Con esto se enconaron los ánimos más y más cada día, y no se perdonaba medio para hacerse daño recíprocamente progresistas y moderados. A Prim se le envolvió en un proceso por supuestos conatos de asesinato contra Narvaez, los que delató un vil coronel llamado Alberni: reunido un consejo de guerra para juzgar á aquel general y á otros que complicaron con él en el proceso, fué condenado por simples sospechas á seis años de encierro en un castillo, pena de que le indultó Narvaez, no mas presentársele la madre de Prim, y no solo le indultó, sino que le ofreció su amistad, la cual aceptó Prim para ir luego de capitán general de Puerto-Rico.

Narvaez, que á veces era generoso y franco, sobre todo con el que se le sometia, como de continuo era atropellador y violento, se cubrió entónces de oprobio, dando una circular reservada, su fecha 26 de Noviembre de 1844, á todos los capitanes generales de las provincias, en la cual les decia: «que constaba al gobierno que el ex-general Espartero se habia fugado de Lóndres (cosa en que jamás soñó) para desembarcar en cualquier puerto de España y levantar la bandera de la insurreccion, por lo que era su deber desplegar todo el celo imaginable para aprehenderle, y conseguido esto, debia dicho ex-general sufrir la pena de ser pasado por las armas, sin que mediase más tiempo entre la captura y la ejecucion que el preciso para

identificar su persona.» Es imposible llevar á más alto grado la locura unida á la barbarie.

Reforma de la Constitucion. Despues de la discusion sobre el discurso de la corona, entró el Congreso en la triste tarea de reformar la Constitucion de 1837. Sin embargo de la oposicion que hicieron á la reforma Pacheco, A. Rios Rosas, Peña Aguayo, los tres andaluces, y Roca de Togores, el ministerio, siempre vencido en el terreno de la doctrina, salió vencedor en el de las votaciones. Dicha reforma borró el principio de la soberanía nacional consignado en el preámbulo de la Constitucion, como si con esto pudiera proibirse el derecho que tienen los pueblos, y ejercitan cuando les es posible, de derrocar los poderes que les gobiernan mal. Se decretó que el Senado fuese vitalicio y de nombramiento de la corona, que así era dueña absoluta de uno de los dos cuerpos colegisladores; que los diputados habian de gozar de una renta de 12.000 reales ó pagar 1.000 de contribucion directa y que su mision durase cuatro años; que el rey no necesitaba estar autorizado por una ley para contraer matrimonio, bastándole poner en conocimiento de las Córtes que pensaba contraerle; que el monarca podia ausentarse del país sin permiso de las Córtes; que la regencia del reino correspondia á los parientes del rey menor, sin que las Córtes tuviesen que intervenir en el asunto. Con esto, y con la supresion del jurado y de la milicia nacional se completó la reforma, que luego aprobó el Senado casi sin discusion.

Al mediano observador no le cogió de sorpresa el fin que tuvo el código político de 1837, digno de su nacimiento. Se confeccionó sin el concurso de los moderados, y cuando estos pudieron acabar con él, lo hicieron en la idea de perpetuarse en el poder, dando gusto á sus apetitos y contento á la corte, siempre enemiga del partido progresista, aun cuando éste en su más que angelical candidez no lo era de ella, sino que, como algunos amantes desahuciados, más deliraba por el objeto de su amor á manera que éste le manifestaba más desvios y desprecio.

Como complemento de la reforma constitucional vinieron luego leyes y medidas altamente reaccionarias y funestas: las municipalidades y diputaciones provinciales

quedaron reducidas á la nulidad, pasando casi todas sus atribuciones á los jefes políticos, verdaderos reyezuelos en sus provincias, asistidos de un consejo provincial nombrado por el gobierno, que así se hizo árbitro de la vida de la nacion y dueño absoluto del cuerpo electoral, que fué reducido á la más mínima expresion, como que no gozaban del sufragio más que los que pagaban 400 reales de contribucion directa, ó 200 siendo capacidades, esto es, abogados, médicos, maestros, etc.

A pesar del estado angustiosísimo del tesoro, de la enormidad de la deuda pública y del presupuesto de gastos que importaba, dedicando muy poco al pago de intereses de aquella, 1.200 millones, no alcanzando, ni con mucho, los ingresos para cubrirle, eso que se engañaba á la nacion diciéndola que habia un sobrante de 40 millones, se suspendió la venta de los bienes del clero y de las monjas para luego entregárselos á uno y otras, y en la discusion para adoptar esta medida dió Pidal el escándalo de calificar de *inícuo despojo* el acto de haber declarado las Córtes de 1841 propiedad de la nacion dichos bienes. Se señalaron al clero y monjas 160 millones de reales que habian de recaer sobre el país, y como Viluma quisiera favorecer más al clero, Mon se incomodó y calificó tan duramente la conducta de su antiguo compañero, que dió ocasion á éste á que renunciase su cargo de diputado en union de 20 ó 21 de su fraccion. Como se ve, todo marchaba á gusto de los reaccionarios y á contento de la corte romana, con la que á todo trance y á costa de la dignidad de la nacion querian congraciarse Cristina y su hija.

Para completar el cuadro sombrío que ofrecia la España en poder de Narvaez, sólo faltaba establecer el sistema tributario que, redactado por una junta de eminencias moderadas, adoptó Mon como suyo para llevar la alarma á todas las clases productoras y las vejaciones de mil géneros á cuantos se dedicaban á ganar la vida desde la más alta á la más humilde industria. Muchos celebraron tal sistema porque en su dureza realizaba los tributos que los gobiernos liberales no pudieron cobrar regularmente por temor á las bullangas de las más importantes ciudades. No era lo que hacia falta á España, dada su

triste situacion, la irremisible exaccion de lo que se la señalaba para satisfacer al fisco, que de lo que tenia una necesidad absoluta era de que se la disminuyesen sus enormes tributos y de exigírselos sin violencia y sin costosísimos gravámenes, que por desgracia han ido en progreso á manera que han avanzado los tiempos.

El 23 de Mayo de 1845 se cerró la primera legislatura de estas Córtes, que dejaron en el país indelebles recuerdos de su furor reaccionario, dando con ello derecho al partido liberal para destruir en una nueva revolucion lo que ellas habian edificado.

Colonias. Filipinas. Cuba. Mandaba en 1841 en las islas Filipinas el veterano general Oráa cuando un indio, llamado Apolinar de la Cruz, lego de un convento, levantó bandera contra los españoles, poniéndose al frente de 6.000 personas armadas, entre hombres y mujeres, en la provincia de Tayabas, de la isla de Luzon. Proclamose el Apolinar rey de los tagalos, que constituyen la raza más numerosa y adelantada de Luzon, en donde está Manila, capital de todo el Archipiélago, tan grande ó más en territorio que toda la España, pero que está solamente poblado por cinco millones de habitantes, de los cuales son europeos unos 10.000, inclusas las clases de tropa. Mandó Oráa á sofocar la rebelion á un comandante con la reducida fuerza de 150 hombres y tres pequeños cañones, la cual, sin embargo, era más que suficiente, á estar bien dirigida, para destrozár en un instante á la débil é indisciplinada gente que seguia al lego; pero tan torpe anduvo dicho comandante, que en los primeros momentos de acometer á los sublevados cayó prisionero para luego morir martirizado, dispersándosele sus soldados. Mandó luego Oráa con más fuerza al coronel de caballería Huet y al comandante de infantería Gonzalez, quienes, no más dar vista á los sublevados, les derrotaron completamente, cogiendo á muchos, entre ellos á más de 300 mujeres, y obligando á los demás á refugiarse en los montes. Apolinar fué preso por la justicia de un pueblo y fusilado en la capital de Tayabas.

A los dos años estalló otra rebelion en la misma ciudad de Manila y su arrabal de Malate, en donde los indígenas,

capitaneados por su compatriota Samaniego, se apoderaron durante la noche del 20 de Enero de 1843 del fuerte de Santiago, matando á todos los oficiales europeos. Inmediatamente dictó Oráa las oportunas medidas para sofocar la insurreccion, batiendo la artillería dicho fuerte, que defendian con desesperacion los sitiados, hasta que el ruido espantoso de la voladura del repuesto de municiones, llenándolos de terror y quitándolos toda esperanza, los obligó á abandonar la fortaleza y buscar los que pudieron su salvacion en la fuga: muchos cayeron prisioneros, entre ellos los dos jefes, el Samaniego y un llamado Práxedes. Reunido un consejo de guerra para juzgar á los sediciosos, condenó á 80 de estos á ser pasados por las armas, lo que tuvo lugar en los primeros dias de Febrero. A Samaniego se le dió muerte en garrote, cortándole ántes el verdugo su mano derecha, atrocidad la última impropia de un gobierno civilizado.

Habia mandado en Cuba desde 1841 á 1843 el general Jerónimo Valdés, tan desgraciado en sus mandos durante la guerra civil, como honrado patriota y buen administrador en su cargo de capitán general de la grande Antilla, en donde hoy dia se le recuerda y recordará con respeto y hasta veneracion. Valdés fué quien puso coto á la audacia criminal del cónsul inglés Turnbull, prendiéndole sin reparo de ningun género al verle seducir á los negros para que se sublevasen contra España á pretexto de emancipacion. Al ser relevado por L. O'Donnell en Noviembre de dicho año de 1843, enteró bien á este del estado general de la isla, de las aspiraciones de algunos de sus desnaturalizados hijos y de los rastros que aun quedaban entre las gentes de color de las reprobadas artes del cónsul Turnbull. En el citado Noviembre y en Diciembre del 43 hubo pequeñas sublevaciones de negros en varios ingenios de la isla, las cuales fueron ahogadas en sangre, porque los autores de ellas apelaron al fuego y á la matanza. Pero la conspiracion de la gente de color que más impuso á Odonell fué la de Matanzas y tierras inmediatas, que produjo una verdadera desolacion en la parte más rica de la Isla, que es la de levante de la Habana. Acudieron numerosas fuerzas del gobierno á sofocarla y lo hicieron

con horrible crueldad, porque no se daba cuartel á nadie, se asesinaba sin piedad hasta á inocentes y se ejercian despues con los muertos actos de repugnante barbarie. Con motivo de esta insurreccion llenáronse de presos las cárceles de Matanzas y de la Habana, y los consejos de guerra condenaron á presidio á muchísimos negros y mulatos, y á 11 en Matanzas á ser pasados por las armas, suceso que tuvo lugar el 28 de Junio de 1844: uno de los 11 fusilados lo fué el jóven mulato Gabriel Valdés, conocido por Plácido, al que no le libró de su infausta suerte la grande y fundada aficion que profesaba á las musas, la cual le proporcionó muchos empeños que nada pudieron recabar del frio O'Donell, cuya alma nada tenia en verdad de poética. Hallándose Plácido en la capilla tuvo el suficiente valor y la admirable serenidad de espíritu para componer una tiernísima plegaria á Dios, que fué recitando durante su marcha de la prision al patíbulo.

Entrevista de la familia real con algunos príncipes franceses.

No más cerrarse las Cortes, salieron de Madrid para Barcelona la reina, su madre y su hermana, quienes desde la capital de Cataluña se dirigieron á las Provincias Vascongadas. en donde fueron bien recibidas y espléndidamente obsequiadas. Despues de pasar casi todo el verano en el país vasco, se encaminaron á Pamplona el 3 de Setiembre, y allí, segun los planes de L. Felipe y de Cristina, que hacia tiempo tenian acordado el casamiento de la infanta con el hijo menor del monarca francés, fueron á ultimar el asunto el duque de Nemours y su esposa y el duque de Aumale, los que á los cinco dias de haber llegado á la capital de Navarra regresaron á Francia muy satisfechos por haber desempeñado á su placer la comision que les diera su padre. La familia real regresó á Madrid á mediados de Setiembre.

Oposicion de Madrid al sistema tributario. Atrocidades inauditas. Asesinato político de Manuel Gil.

El 19 de Agosto de 1845, hallándose la corte y Narvaez en Guipúzcoa, y despues de haber dirigido el comercio de Madrid inútiles exposiciones contra el planteamiento del sistema tributario, que además de ser vejatorio en su ejecucion triplicaba en general las matrículas de los dueños de tiendas y almacenes, determina-

ron éstos cerrar los establecimientos y que sólo quedasen abiertas las lonjas de comestibles. Al obrar así los comerciantes estaban en su perfecto derecho, y otro gobierno que el de Narvaez habria respetado su determinacion, seguro de que todo se hubiera arreglado, ó por cansancio de los que en tal actitud se colocaban, si no tenian razon, ó por atendérselos en lo que fuera justo. Pero el ministerio, el capitán general y el gobernador militar de la plaza tomaron por un acto de rebelion la conducta de los comerciantes de Madrid y echaron todas las tropas á las calles y plazas públicas, desplegando un aparato imponente y terrorífico, despues de dar á algunos cuerpos cigarros y aguardiente para tenerlos mejor dispuestos contra el paisanaje, lo mismo que al de los polizontes secretos y públicos, el cual pasaba de 1.200 hombres: éstos, y muchas patrullas de soldados, apalearon á inocentes é indefensos ciudadanos, prendieron sin motivo á más de cien y llevaron el terror por todas partes, lo mismo que si Madrid fuera una ciudad conquistada por extraña gente. Pasaba el jefe político Fermin Arteta con una escolta de tropa y agentes de policia por la calle de Toledo, y de una ventana de un piso tercero ó cuarto cayó un ladrillo que á nadie tocó: entran los soldados y polizontes en una casa de donde creyeron que habia salido el ladrillo y arrebatan violentamente á un infeliz sastre, jóven de 22 años, casado y padre de una niña de tres meses, llamado Manuel Gil, al que arrastran á la prision en medio de sus protestas de que él no ha arrojado el ladrillo ni se ha metido con nadie. Pero el gobierno y las autoridades querian una víctima para aterrar á Madrid y á la España entera. Instalado contra todas las leyes un consejo de guerra, sin haber declarado el estado de sitio, condenó al Gil á ser pasado por las armas, acto bárbaro que tuvo lugar el 21 en las afueras de la puerta de Toledo en medio de la estupefaccion y espanto de todo el vecindario de Madrid. El capitán general tuvo la audacia de decir en órden del día á la guarnicion de Madrid, que habia prestado un eminente servicio á la patria y merecido bien de la reina, el ministro de la guerra aprobó desde las provincias lo hecho por la guarnicion y la ofreció premios, y el gober-

nador militar de la plaza tuvo la infame complacencia de publicar en otra orden del dia la disposicion ministerial, para llevar la alegría al seno de los atropelladores de las leyes divinas y humanas. Llamábanse el capitán general, Mazarredo; el ministro de la guerra, Narvaez, y el gobernador militar, Fernando Córdova. Este último, que vió con impasibilidad criminal, si es que no cooperó á él, el asesinato infame de Manuel Gil, dimitió su cargo pocos dias despues, porque el jefe político suprimió los juegos prohibidos en el casino, sociedad aristocrática en donde solian derrocharse pingües fortunas en pocos dias y á veces en horas.

Delatores Por entónces figuraban en Madrid dos cé-
buscados y pre- lebres criminales extranjeros, encargados de
miados. Los su- llevar el terror al seno de las familias por
puestos baro- medio de sus infames delaciones y pérfidas
nes de Boulow y de Pelichy. tramas, de que ningun ciudadano, por inocente que fuese,
podia considerarse libre. Titulábanse estos dos malvados,
el uno baron de Pelichy y el otro baron de Boulow: era el
primero belga y el segundo prusiano; el verdadero nombre de aquél era Luis Wadewalle y el de éste Hugo Fars-
tern: los dos eran á cual más depravados, pero su depravacion no igualaba á la de las autoridades españolas, que les habian cogido de instrumentos, derrochando con ellos y otros de su jaez el público tesoro para perder á pobres y pacíficos ciudadanos. El titulado baron de Boulow fué protegido en tiempo de Fernando VII, hasta que por estafador se le condenó al presidio de la Gomera; en 1835 se presentó en Málaga vestido de general, pero conocido que fué se le condujo á Gibraltar, de donde pasó á Francia y de aquí volvió á España en 1844 protegido por Narvaez. El titulado baron de Pelichy sirvió como soldado en la legion argelina y se casó en Castellon de la Plana, de donde se escapó abandonando á su esposa para dedicarse en el extranjero á estafas y raterías, hasta que en 1842 se presentó con el boato de un gran señor en Ronda, donde contrajo segundo matrimonio, viviendo su esposa: trasladándose luego á Madrid fué preso, pero merced á su astucia y dinero logró salir de la cárcel para asociarse en 1845 á Boulow y á otros tan infames como ellos. Fingiendo

varias conspiraciones, lograron que se prendiera á muchas personas honradas, contra las cuales nada resultaba en definitiva, pero los dos malvados seguian así recibiendo grandes cantidades de los gastos destinados á policía, que en aquel año costó la enorme suma de diez millones de reales, pues es sabido que los malos gobiernos derrochan el dinero de los pueblos esclavizados para remachar con ello sus cadenas. Queriendo envolver en una de sus tramas al magistrado de la Audiencia de Madrid Baeza, que era cuñado de Riego, la urdieron tan torpemente que fueron encausados para sufrir en último resultado el Pelichy la pena de presidio y el Boulow la de extrañamiento perpétuo de España.

Al propio tiempo que los dos viles extranjeros llenaban de terror á las gentes honradas de Madrid y de algunas otras ciudades, el gobernador militar Córdoba daba claras muestras de la ruindad de su alma animando á un sargento llamado Cabezudo, y comprometiendo á un alférez de apellido Jurado, para que, fingiéndose ardientes partidarios de la revolucion, envolvieran en grosera trama á patriotas distinguidos como el general Crespo, el hermano de Olózaga, D. Velo, Asquerino, Somoza Cambero y otros, á quienes se hizo ver que podian apoderarse de ciertos cuarteles, cuyos soldados estaban apercebidos para recibirlos á balazos: el indigno plan, despues de producir la prision de Crespo, Sagasti y otros, ocasionó en la noche del 5 de Setiembre una alarma, en la que casual ó providencialmente solo resultó una víctima, que fué el Jurado, muerto de un balazo por los mismos soldados que dispararon desde el cuartel del Pósito, sito en el sitio que es hoy Paseo de Recoletos, contra los paisanos que, llevados allí con engaños, echaron á correr al sentir el primer tiro.

En aquella época, Málaga y Valencia presenciaron sangrientas ejecuciones de militares subalternos, acusados de conspiracion: en la primera ciudad fueron fusilados dos sargentos del provincial de Jaen, y en la segunda un cabo y dos soldados del regimiento de Gerona. La reaccion necesitaba alimentarse con sangre, y ésta regaba nuestro suelo de corto en corto período para que el mundo nos contemplase con horror mezclado de lástima.

Concordato vergonzoso. Sin estar reconocida por Gregorio XVI la reina Isabel, era tal el servilismo de nuestro gobierno por dar gusto á ésta y á Cristina en la cuestión religiosa, que mandó ante aquel pontífice al estulto cortesano Castillo Ayensa, secretario que habia sido de la última, para ajustar un concordato, el cual, firmado en Roma en 27 de Abril de 1845 por el Ayensa y el cardenal Lambruschini, no podia ser más bochornoso para España, porque en el se estipuló, «que la religion católica *seria exclusivamente y para siempre* profesada en los dominios de la monarquía; que en cada diócesis habria seminarios bajo la direccion de los obispos, los que tendrian el derecho *exclusivo* de vigilar la educacion religiosa de la juventud en las escuelas públicas; que se conservarían los conventos existentes y se establecerían *en tiempo oportuno los suprimidos*; que los bienes no vendidos del clero serían devueltos á la iglesia; que ésta tendria el derecho de adquirir y poseer propiedades; que el gobierno español no podria unir ni suprimir beneficios eclesiásticos sin el permiso de la santa sede; que los bienes de la iglesia se considerarían como vinculados, y que tan luego como el gobierno español dotase (y no ántes) suficientemente á la iglesia y al clero, se daría una bula declarando que los propietarios de bienes eclesiásticos comprados antes del 1.º de Enero de 1845 no serían molestados en su posesion ni por el papa ni por sus sucesores.» ¡Qué vergüenza! ¿Para qué se habia sostenido la cruenta lucha civil de los siete años, si todos los principios civilizadores conquistados en ella eran borrados de una plumada por el rey de Roma y el representante del gobierno español?

La quinta en Cataluña. Tra- bucaires. Oponíanse en general los catalanes á dar soldados, como los daba el resto de España, excepcion hecha del país vasco navarro, y para hacerles entrar en razon mandó el gobierno de capitán general á M. Concha, quien con medidas de prudencia, rara vez apelando al rigor, logró someter á los que se sublevaron oponiéndose á la quinta, la cual llevó á cabo: sin embargo, al ver que el gobierno no estaba conforme con sus medidas conciliadoras, dimitió el cargo que fué encomendado á Breton, autoridad atropelladora y cruel. Ocasión tuvo

ésta de satisfacer sus instintos en las partidas que quedaron aun en pié con motivo de la quinta, y tomando el nombre de carlistas fueron bautizados por los liberales con el de *trabucaires* por ir sus individuos armados de trabucos y distinguirse por sus rapiñas y excesos. Muchos de ellos fueron cogidos y fusilados y los restantes escaparon á Francia.

Renuncia Cár- Creyéndose aun Cárlos de Borbon, en su re-
los en su pri- sidencia de Bourges, con derecho á la corona
mogénito. de España, la renunció en su hijo primogénito Cárlos
Luis, levantándose acta al efecto en aquella ciudad fran-
cesa el 18 de Mayo de 1845. Desde este dia el partido car-
lista, nuevo pueblo judío que aun está esperando el pro-
metido Mesías, tuvo su representante en el que tomó el
nombre de Cárlos VI.

Córtes. Con- El 15 de Diciembre se abrieron de nuevo las
de de Trápani. Córtes, estando ya nombrado el alto cuerpo
Caída de Nar- colegislador segun el código reformado. La
vaez. Ministe- reina habia elegido 122 senadores vitalicios,
rio Miraflores. siendo de ellos 45 generales, 25 grandes de España, 19 ex-
ministros, 14 obispos, 12 magistrados y 7 simples títulos
de Castilla. La espada, la aristocracia de sangre, la teo-
cracia y el favor real tenian sus representantes en el alto
cuerpo colegislador, más no la industria, ni el comercio,
ni las ciencias, ni el mérito contraído para con la patria:
entónces no habia más patria que la reina Isabel de Bor-
bon. En la eleccion de la mesa del Congreso vió el gobier-
no que se le habian separado muchos amigos que querian
una política más liberal, porque si bien triunfó su candi-
dato Castro y Orozco, obtuvo numerosa votacion Pacheco,
candidato de la oposicion. Discutido el mensaje régio, el
ministro de hacienda, á excitacion de varios diputados,
que no querian al conde de Trápani para esposo de la
reina, como tampoco le querian el mismo Mon ni Pidal,
pero sí el siempre funesto M. de la Rosa, dijo en la sesion
del 26 de Enero de 1846, que la cuestion del casamiento de
la reina se trataria en el parlamento aun cuando se habia
borrado el artículo constitucional que así lo ordenaba.
Bastó esto para que la reina significase á Narvaez que el
ministerio no merecia su confianza, y dimitiendo éste, lla-

mó aquella á Viluma, quien tuvo el suficiente talento para decirle, que él no podia formar gabinete porque no habia llegado aun el triunfo de sus ideas. Entónces, y sin dejar de influir Narvaez en estos indignos manejos, llamó la reina al marqués de Miraflores, que confeccionó el siguiente ministerio bajo su presidencia: él para gracia y justicia, Peña Aguayo para hacienda, Roncali para guerra, Isturiz para gobernacion y J. Bautista Topete para marina. Pocos dias duró el ministerio Miraflores, porque Narvaez, que sabia imponerse alguna vez á la jóven reina, así lo quiso, y aprovechándose del escándalo que dos diputados de su devocion, J. Pezuela y Garcia Loigorri produjeron el 16 de Marzo en el congreso, suponiendo en este ofensas contra la real prerogativa, logró de la reina, ayudado en ello por Cristina, que pidiese á Miraflores su dimision, la cual presentó éste, persuadido, aunque por poco tiempo, que es como se persuaden los cortesanos tratándose de los reyes, de que con Isabel no era posible gobernar constitucionalmente, porque segun entónces dijo, *ella representaba el papel que la inspiraban, ponía incesantes embarazos á la marcha del gobierno, haciéndole objeciones poco fundadas, exigiendo que se la dejasen proyectos de ley para examinarlos y poniendo resistencia á la sancion de leyes votadas tranquilamente en los cuerpos colegisladores.* El retrato del rey constitucional entregado á indignos pandillajes, no podia salir más acabado de lo que salió de manos del cortesano marqués de Miraflores.

Nuevo ministerio Narvaez. Su caída y destierro.

Con estos vergonzosos cambios ministeriales habia ganado el tercer entorchado Narvaez, cuya dimision se le admitió tratándole con universal escándalo de capitán general de los REALES ejércitos. Separado de la escena el gabinete Miraflores subió de nuevo Narvaez al poder para caer al instante estrepitosamente, porque es ley eterna en la historia que el que vive con intrigas es al fin víctima de ellas. Encargado el soberbio general de la presidencia y cartera de la guerra, hizo que se diera la de gobernacion al célebre Búrgos, que se encargó de ella con la misma arrogancia presuntuosa que de la de fomento en 1833, la de gracia y justicia al fuerista y semi-absolutista P. Egaña, la de ma-

rina al general J. Pezuela y la de hacienda al intendente militar Orlando. Bien pronto conoció el país que los nuevos ministros no habian de ser respetuosos á la Constitución reformada á su placer, porque contra lo dispuesto en su artículo 2.^o y llevando la tiranía contra la prensa hasta un extremo increíble, dieron un decreto por el cual habia de castigarse en el escritor *la suposicion de malas intenciones que se atribuyesen á los actos oficiales de los funcionarios públicos*. Pero sucedió que, cuando más seguro se creia Narvez fué derribado del poder por manejos de Cristina. Narvaez, que tenia esclavizada la España, concibió el absurdo plan de esclavizar á Méjico, elevando un trono sobre las ruinas de su anárquica república, y al efecto derrochó grandes sumas del tesoro español para comprar á algunos traidores mejicanos, entre ellos al generoso Paredes: tenia Narvaez un segundo pensamiento, consistente en sentar én el trono que en la Nueva España se crease al infante Enrique, hijo de la difunta Carlota. Súpolo Cristina y dijo á Narvaez, que no aprobaba la candidatura del hijo de su hermana, y significóle su aspiracion para ascender á dicho soñado trono á uno de sus hijos habidos con Fernando Muñoz, á lo que con franqueza la dijo Narvaez, que la España se opondria á que se hiciese el menor sacrificio por un hijo del duque de Riánzares. Esto bastó para que la vengativa napolitana hiciese que su hija pidiera á su primer ministro la dimision, que presentó el 4 de Abril, nombrándose en su reemplazo á Isturiz, quien recibió orden de desterrar á Francia á su antecesor. La vispera de emprender Narvaez su viaje, le enviaron las credenciales de embajador de Nápoles, las que devolvió lleno de cólera y partió para el país vecino.

Sucesos de Galicia. No habia escarmentado el partido progresista con las sangrientas hecatombes que de sus parciales hiciera Narvaez en los últimos años, y, lo que parece inconcebible es que en el de 1846 se presentase á nuevos y cruentos sacrificios, no en pro de las doctrinas liberales, sino para hacer triunfar la candidatura para esposo de la reina de Enrique de Borbon, indigno, como su hermano Francisco, por su carácter voluble y ninguna gratitud á sus partidarios, que él consideraba

debían ser tales por obligación y respeto á su nacimiento, de que un patriota expusiese un cabello de su cabeza en obsequio suyo. Hallábase al frente de los trabajos revolucionarios en Galicia el comandante jefe de estado mayor de la capitania general Miguel Solís, jóven de sentimientos nobles y dulces, pero lleno de escrúpulos para una empresa en que se necesitaba indomable energía y carácter emprendedor y resuelto para llegar al fin de ella sin reparar en los medios, á no ser éstos criminales. Era capitán general del antiguo reino Puig Samper, al que tenía tal respeto Solís que por él no quiso pronunciarse en la Coruña, como pudo hacerlo con ventaja, y so pretexto de ir á baños minerales abandonó la capital gallega, y el 2 de Abril se presentó en Lugo al frente del segundo batallón del regimiento de Zamora y del provincial de Gijón, y allí alzó la bandera de *Constitucion de 1837, reina libre, y fuera el extranjero*. La última frase significaba que los pronunciados querían para esposo de la reina á dicho Enrique, quien comprometido á pronunciarse en la Coruña ó el Ferrol con el bergantín *Manzanares*, que mandaba, faltó á su palabra, y mientras que Solís exponía su vida por él en Lugo, marchó el mismo día 2 de Abril al pueblecito de Socoa, próximo á Bayona, no más indicárselo de órden del gobierno el capitán general de Galicia. Abandonó Solís á Lugo el 3 y se encaminó á Santiago en donde el 4 se alzaron la guarnición y muchos estudiantes, instalando una junta bajo la presidencia de Pío R. Terrazo. Con el pronunciamiento de Santiago presentóse ya imponente la revolución, porque contaba con el provincial de Zamora y un escuadrón de Villaviciosa, además de dos medios batallones que se formaron de nacionales y estudiantes. El 6 entró Solís en Santiago al frente de sus dos batallones. En esto el gobierno, que no tenía confianza en la energía de Puig Samper, había mandado en su relevo á Villalonga, quien comprometió á su antecesor á ponerse al frente de la columna que se formó en la Coruña para ir contra los pronunciados. Puig Samper se presentó el 8 en el pueblo de Sigueiro á 11 kilómetros de Santiago, y sabiéndolo Solís salió á su encuentro con los tres batallones de tropa, el

escuadron de Villaviciosa y algunos guardias civiles. Puig Samper contaba sólo con los dos batallones restantes del regimiento de Zamora, que no querian batirse con sus camaradas del 2.º, dos piezas de artillería y unos pocos caballos: el triunfo de Solís era segurísimo, pero su carácter indeciso le perdió. Viendo Puig Samper que sus tropas no querian batirse pidió suspension de hostilidades por 24 horas, y Solís fué tan cándido que le concedió 48, en vez de echarse sobre él y prenderle con toda la gente que guiaba. Puig Samper aguardó como caballero en su puesto, y Solís se volvió á Santiago: no era posible llevar á más alto grado la torpeza. El 10 salió Solís de nuevo para Sigüeiro, y como ya Puig Samper habia logrado aumentar su hueste y decidir á los dos batallones de Zamora á que se batiesen fuéle fácil rechazar á su contrario, al que obligó á refugiarse en Santiago marchando él á la Coruña. A la fecha habíanse pronunciado ya Pontevedra y Vigo, poniéndose en mal hora al frente de las tropas y paisanos que tomaron las armas el coronel Leoncio Rubin. Secundando otras poblaciones gallegas el alzamiento, se instaló en Santiago el 15 de Abril una junta central del antiguo reino, creyendo que así se alzarían Orense, el Ferrol y hasta la misma Coruña. Si al jefe militar le faltaba energía, los centrales de Santiago no sabían tras de lo que andaban: así es que en la proclama que dieron para que se levantase toda Galicia y mandaran allí las principales poblaciones sus representantes, despues de aclamar á Isabel II *libre* y pedir *Cortes constituyentes*, se decia, «que la revolucion habia sido siempre una farsa impía, que ahora el pueblo iba á conquistar lo que le habian arrebatado los cómicos de los pronunciamientos, PAN Y DERECHOS.» Esto, ó no pasaba de una ridícula vaguedad, tomada de algun libro por el secretario de la junta A. Faraldo, que redactó la proclama, ó era predicar la anarquía.

Pero aun surgió otro mal mayor que éste para los pronunciados con la presentacion de Rubin en Santiago. Como era de mayor graduacion que Solís pidió el mando en jefe, á lo que el iniciador del movimiento debió contestar con arrojar del pais al que tenia la audacia de presentarse su competidor en una empresa que toda era suya y

debía correr de su cuenta hasta el fin; pero en su debilidad consintió que la junta dividiese el mando, formando dos columnas, una á las órdenes de Rubin, que debía ir sobre Orense y pronunciarle, batiendo á su comandante general Cendrera, y otra á las de Solís con encargo de ir á la Coruña y sublevarla, para luego hacer lo propio en el Ferrol. Rubin, en inteligencias con el gobierno, aunque pudo batir á Cendrera y tomar á Orense, no lo hizo, y si bien Solís se aproximó á la Coruña, no viendo simpatías en la plaza se alejó de ella para ir sobre el Ferrol, en donde le sucedió lo mismo, viéndose precisado á retroceder á Lugo, desde cuya ciudad marchó de nuevo á la de Santiago. En esto habian fracasado los anunciados pronunciamientos de Madrid, Málaga, Leon, Valladolid y Palencia, cuyas guarniciones, sobre todo la de la última ciudad, estaban trabajadas, y para mayor desventura de los pronunciados no arribó á tiempo á Vigo un buque procedente de Lóndres, en el cual venian varios personajes esparteristas con algunos recursos y gran cantidad de fusiles. No se dormía mientras tanto el gobierno, y considerando insuficientes para ahogar la rebelion las tropas que le permanecian fieles en Galicia, mandó con algunas al general José Concha, de quien se aseguró que iba con ánimo de pasarse á los pronunciados á causa de cierta conversacion tenida con un importante personaje del progreso, pero ántes de tocar el territorio gallego dió clara muestra de lo contrario derrotando junto á Astorga al general José Martín Iriarte, quien, entrando de Portugal, se habia levantado con un centenar de jinetes, vecinos los más de Villar de Ciervos, buenos tiradores todos como acostumbrados al peligroso tráfico del contrabando: tan mal parado quedó Iriarte en el encuentro, que tuvo que escapar casi solo á uña de caballo. Penetró Concha en Galicia, y como sabia que no necesitaba batir la columna de Rubin, se dirigió contra la de Solís, quien con ansiedad mortal esperaba, lo mismo que la junta de Santiago, que acudiese su compañero al llamamiento, varias veces repetido, para oponerse juntos al general del gobierno; pero Rubin, despreciando cuantas comunicaciones recibiera, se retiró á Vigo. Aproximándose Concha á Santiago con las tropas que llevó de Cas-

tilla, las de Puig Samper y las de Cendrera, salió Solís á San Simon de Cacheiras, pueblecito distante 10 kilómetros de aquella ciudad, y determinó presentarle allí batalla esperando el desdichado que aun acudiría en su socorro Rubin. Era el 23 de Abril, dia aciago como aniversario de la derrota de Villalar en 1521. Acometió el primero Concha, y como contaba con superiores fuerzas, sobre todo de caballería, por más que Solís y su segundo el comandante Velasco se batieron como bravos, portándose con admirable valor el segundo de Zamora, tuvieron los pronunciados que abandonar el campo y retirarse á Santiago, á donde les siguió Concha, ya entrada la tarde, trabándose de nuevo la lucha en las calles, plazas y algunos edificios, entre ellos el palacio arzobispal y el convento de San Martin. Continuaba la lucha al anochecer y Solís quiso salir al campo abriéndose paso con las bayonetas, pero los soldados, que habian oido de sus camaradas no pronunciados que Concha les perdonaba, significaron á aquel que no le seguirian, y entónces, conforme con su triste suerte y no queriendo, como hicieron varios jefes y oficiales, apelar á la fuga, se entregó prisionero con la mayor parte de la oficialidad. Rubin, que pudo ir en su ayuda, no quiso hacerlo, y si bien salió de Vigo diciendo que iba á Santiago, entretuvo á las tropas con estudiadas marchas y contramarchas para que ocurriese la derrota de Solís, y tan á las claras desempeñó su papel de traidor, que los soldados lo conocieron y tuvo que escapar de entre ellos, no sin sufrir varios disparos que le hicieron sin éxito. Llegó así solo á Vigo, en donde al instante se embarcó para Portugal. El gobierno premió despues su vil proceder. El 25 de Abril salieron de Santiago, diciéndoles que iban para la Coruña, los jefes y oficiales prisioneros, atados codo con codo como facinerosos, á las órdenes de un coronel llamado Cachafeira, pero al llegar á la miserable aldea del Carral, 18 kilómetros distante de la Coruña, mandó este jefe hacer alto, encerró á los prisioneros en un hediondo portalon, en donde pasaron la noche sobre una capa de paja extendida por el pavimento. Instalado allí un consejo de guerra, condenó á muerte á Solís, al comandante Víctor Velasco y á los 10 capitanes Jacinto

Daban, Fermin Mariné, Manuel Ferrer, Ramon J. Llorens, Juan Sanchez, Ignacio de la Infanta, Santiago Lallave, José Marqués, José Martinez y Felipe Valero, los cuales sufrieron su triste suerte el 26, siendo suplicidos los primeros Solís y Velasco y despues los restantes. Es digna de mencionarse una escena que tuvo lugar con motivo de estos suplicios. Varios soldados se abalanzaron feroces á despojar de sus ropas á los cadáveres ensangrentados, á lo cual se opuso el sacerdote Pereira: el bárbaro Cachafeira reprendió al sacerdote diciéndole que correspondian á los soldados los despojos de los muertos, pero Pereira se le impuso contestándole con dignidad, que los cadáveres pertenecian á la justicia divina y no á la humana. No satisfecho el gobierno con la sangre derramada, hizo fusilar el 4 de Marzo siguiente en Betanzos á un sargento apellidado Samitier.

Matrimonios Sofocada la revolucion de Galicia y mién-
régios. Córtes. tras que en otras provincias se aseguraba el órden por las autoridades militares con alardes de despotismo verdaderamente salvaje, como sucedió en Barcelona, en donde Breton dió un bando imponiendo pena de muerte á *todo el que propalase* noticias que tuvieran tendencias á *subvertir el órden*, y en Búrgos, en donde Balboa, el asesino de niños y mujeres en la Mancha, dió otro disponiendo, que *sin consulta seria pasada por las armas toda persona de cualquiera clase, condicion ó sexo que de obra ó de palabra procurase conspirar contra el gobierno*, preparose el ministerio Isturiz á dar cuenta á las Córtes de los proyectados matrimonios de la reina y de su hermana, no para que les discutisiesen, sino para que se enterasen de la voluntad de Isabel, que habia determinado dar su mano á su primo Francisco, hijo mayor de Carlota, como su hermana al duque de Montpensier, hijo menor de Luis Felipe. Trabajó mucho la diplomacia para casar á su gusto á las dos hijas de Fernando VII. Quería la Inglaterra para esposo de la reina á un Coburgo; la Francia fluctuó mucho tiempo entre el citado Francisco, el conde de Trápani, hermano de Cristina y aun el primogénito de Cárlos, y las Córtes españolas, es decir, la nacion, eran las que nada querian ó podian querer porque la Constitucion reformada las

había privado del derecho de intervenir en los régios casamientos. Estos los habían arreglado definitivamente L. Felipe y Cristina, y esta mujer ambiciosa, interin se ocupaba de los enlaces de sus hijas, comprometió al ministerio á que se mandase, á costa del tesoro español, una expedicion, que por fortuna fracasó, al Ecuador en la idea de fundar bajo la proteccion del general americano Flores un trono para un hijo de Muñoz y de ella, titulado el duque de San Agustin.

El partido progresista, siempre cándido, por no calificarle de otro modo, recibió con júbilo la candidatura de Francisco, ignorando lo que no debía ignorar, ó aparentando no saberlo, esto es, que el futuro esposo de la reina, hallándose de guarnicion en Pamplona al frente de un regimiento de caballeria, fué tan débil y mal patriota, que por sugerencias del obispo de la diócesis, que era carlista, dirigió una inconcebible carta á Carlos Luis, hijo de Carlos, su fecha 13 de Junio de 1846, en que le decia, «que debía casarse con Isabel, *que reconocia en él para el caso derechos superiores á los suyos*, que se decidiese á ocupar el puesto que no queria ver ocupado por otro, en inteligencia que solamente cuando no quisiera ocuparle el primogénito de Carlos, él se decidiria á casarse con la reina, porque no lo hiciera un extranjero.» Este era el candidato que hacia las delicias del partido progresista: el dominante, salvas ligeras excepciones, aceptó las dos candidaturas.

El ministerio convocó las Córtes para mediados de Setiembre y las leyó una comunicacion en que la reina las participaba, como quien manda un recado de atencion, que había determinado casarse con su primo Francisco y que su hermana iba á enlazarse con el duque de Montpensier. La comision nombrada para contestar á dicha comunicacion lo hizo de conformidad. En su virtud el 10 del siguiente, en que la reina cumplia los 16 años, se celebraron los dos matrimonios con inusitada ostentacion: hubo funciones de todas clases, á las que acudieron muchos franceses, entre ellos el farsante medio mulato A. Dumas para maldecir de los españoles despues de ser bien obsequiado por ellos. La reina concedió en el mismo dia de su

casamiento el título de majestad á su esposo, quien mejor que recibirla en el papel, debía tenerla en su persona para bien suyo y del país. Dióse con motivo del casamiento una amnistia mezquina, que sólo comprendia á los militares de coronel abajo y á los paisanos que no hubieran pertenecido á juntas revolucionarias ó ejercido por ellas importantes cargos.

Fáltanos consignar que la Inglaterra protestó *pro formula* contra el casamiento de Montpensier, y que Enrique, lleno de pueril despecho por verse pospuesto á su hermano, al que se creia superior en talento, para lo cual no necesitaba tener mucho, protestó tambien el 9 de Setiembre desde Gante, publicando un documento tan insólito como necio, para luego, segun su costumbre, volverse atrás de el á los dos meses y pedir humildemente á la reina que le recibiese en su gracia.

Nuevas Córtes. Ministerio Sotomayor. A los pocos dias de celebradas las bodas reales el gobierno disolvió las Córtes, que tan malos recuerdos dejaron en el país y convocó otras para el 25 de Diciembre. Acudieron los progresistas á las elecciones, que sólo fueron librés en escasísimos distritos, y obteniendo el triunfo en unos 40, lograron mandar al Congreso á Cortina, Olózaga, San Miguel, Lujan, Mendizábal, Sancho y G. de la Serna. Abiertas las nuevas Córtes, no el 25, sino el último dia del año de 1846, el Congreso eligió su presidente, siendo derrotado el candidato ministerial J. Bravo Murillo, por el que presentó la oposicion moderada, que lo fué Castro y Orozco, el cual venció porque le votaron los progresistas. Esto ocasionó la caida de Isturiz, y la reina encomendó la formacion de nuevo ministerio al antiguo marqués de Casa-Irujo, ahora duque de Sotomayor, quien quedándose con la cartera de estado, designó para la de guerra á Pavia, para la de hacienda á Santillana, para la de gracia y justicia á Bravo Murillo, para la de gobernacion á M. Seijas Lozano y para la de marina á Oliván, que acaso no habria visto el mar, creándose un nuevo ministerio, que se llamó de comercio é instruccion pública, para Roca Togores. A los pocos dias dimitió Pavia y fué reemplazado por el veterano Oráa, quien desde su vuelta de Filipinas habia abandonado la causa del progreso.

El ministerio no tenia nada de parlamentario: se habia formado como todos los que le precedieron desde la mayoría de la reina en medio de un mar de intrigas, en las cuales se complacia Isabel, que ya estaba en lucha abierta con su esposo y hasta con su madre, en términos que ésta abandonó la España, marchándose á Francia, sin considerar que era lo lógico y natural que, puesto que ella habia dirigido á su hija por el mal camino, recibiese ahora el justo premio de su conducta.

Levantamiento montemolinista en Cataluña.

A luego que Cárlos renunció en su primogénito sus soñados derechos á la corona de España, éste tomó el titulo de conde de Montemolin, pequeña villa de la provincia de Badajoz, y sus partidarios, sin dejar de llamarse carlistas del titulado Cárlos VI, adoptaron el nombre de montemolinistas. Ambicioso Cárlos Luis como su padre, y de igual, sino más escaso talento, determinó encender de nuevo la guerra civil en la desventurada patria, para lo cual no sólo le animaban varias córtes absolutistas y la misma Inglaterra, enojada por el casamiento de Montpensier, sino que le aguijoneaba el despecho de no haber obtenido la mano de Isabel, á pesar de haberla renunciado á tiempo en su favor el que por fin la obtuvo.

El primero que en su favor salió al campo fué el canónigo Tristany, poniéndose al frente de unos 300 hombres en tierra de Solsona, y luego le secundaron Caballería, que pereció á los pocos dias en una sorpresa, Galcerán y otros. Así Rocha, comandante general de Gerona, como Breton persiguieron á estos partidarios, quienes, segun órdenes de Montemolin, instalado en Lóndres, se presentaron, al revés que en la guerra civil, muy humanitarios y conciliadores, y á todos los aniquilaron ménos á Tristany, que aumentó su gente con el Ros de Eroles y otros nuevos cabecillas. Cuando más descuidado se hallaba Breton, lanzose Tristany sobre la ciudad de Cervera, en donde sostuvo ligera lucha con unos guardias civiles que no salieron de su cuartel, llevandose 5.000 duros de la administracion de rentas y tabaco y pólvora en abundancia: sorprendió en seguida el destacamento de tropa que habia en Guisona y luego se fué á la rica villa de

Tarrasa, en cuyas calles sostuvo ligero tiroteo con el coronel Manzano, retirándose á la montaña, en donde, al verse perseguido por varias columnas, dividió su gente en tres partidas, una á su cargo, otra al de Ros y otra al de Borges.

Alarmado el gobierno con la entrada de Tristany en Cervera y Tarrasa, lo cual alentó á varios partidarios de Montemolin á salir á campaña, separó á Breton del mando, que dió al general Pavia, quien le inauguró siguiendo una conducta contraria á la de su antecesor, á la cual le impulsaba la que seguían los montemolinistas de no verter sangre ni vejar al paisanaje. Saliendo de Barcelona al frente de una respetable columna se encaminó á la montaña, donde ya tenia Tristany á sus órdenes más de 1.000 hombres, con los que hizo frente al general de la reina cerca de Biosca, del partido de Solsona, para retirarse despues á las inmediaciones de Ardebol, su pueblo natal, en las que le sorprendió de noche el coronel Baxerras al mediar Mayo de 1847, dispersando su gente y cogiéndole á él prisionero con siete parciales y muerte de Ros de Eroles: cuatro de éstos fueron supliciados incontinenti en Ardebol, y conducido el canónigo á Solsona fué fusilado el 17 en union de los otros tres prisioneros, que lo eran un asistente, el cura de Ager y el yerno del Ros de Eroles: éste habia sido muerto á bayonetazos la noche de la sorpresa, hallándose postrado en el lecho por una calentura terrible.

No acabó con los montemolinistas el fin trágico de Tristany y del Ros de Eroles, ántes salieron nuevos partidarios con ánimo de vengarlos. En el mes de Junio se reunieron ocho ó diez jefes montemolinistas para hacer frente junto á Montagut del Camp á la columna del coronel Smit, que les batió y dispersó para luego volver á reunirse, como sucedia en la pasada guerra civil. Desgraciadamente desde el fusilamiento de Tristany ya no procedieron con la humanidad que hasta entónces, y así es que el partidario M. Vila, álias Caletrus, sacrificó á 15 soldados que hizo prisioneros por cobardía del oficial que los mandaba en una casa de Llacuna, lo que produjo el fusilamiento de 17 montemolinistas cogidos en un encuen-

tro cerca de Vidreras. La guerra empezó á tomar de este modo un carácter horrible, y los facciosos, lejos de disminuir, aumentaban porque iban á engrosar sus filas muchos obreros sin trabajo por la paralización de algunas fábricas algodoneras, á consecuencia de la rebaja que en una nueva ley de aranceles se habia hecho á los géneros extranjeros de algodón, cosa que llamó la atención de Pavía, quien pidió al gobierno reformase dicha ley sino quería que las facciones tomaran formidable incremento. El gobierno, lejos de acceder á la propuesta de Pavía, le relevó del mando y envió en su reemplazo á M. Concha, que acababa de realizar su expedición á Portugal, de que luego hablaremos.

Llegó Concha á Barcelona el 12 de Setiembre, y con las fuerzas que llevó de Madrid y Aragon se vió allí al frente de 40.000 hombres, no contando los montemolinistas ni con 3.000, que quisieron continuar la guerra, eso que en ninguna parte de España les secundaban, pues que los pocos que lo intentaron en Galicia y Castilla fueron al momento deshechos. Las partidas catalanas, que pasaban de 20, ya obraban juntas, ya se separaban para volverse á juntar, y ya se escondían en las escabrosidades del Pirineo para salir cuando ménos se pensaba de sus madrigueras y hacer una sorpresa en sus perseguidores ó en alguna poblacion importante. Concha dividió su ejército en 60 ó más columnas pequeñas, como le habia dividido Pavía en 80, pero los montemolinistas, firmes en su plan de no dar la cara, molestaban incesantemente á las tropas sin más resultado que perder algun disperso ó rezagado. Pensaba Concha obligar al país á levantarse en general somaten, cuando sin pensarlo ni merecerlo se vió por uno de los caprichos reales, á que estaba de continuo entregada la suerte de España, relevado del mando por Pavía, á quien él acababa de relevar.

No alteró Pavía, ni tenia por qué alterar el plan de Concha, tan semejante al suyo, y viendo que era imposible batir á los montemolinistas porque no daban la cara y que tampoco le era dado apoderarse de los principales caudillos Rafael Tristany, sobrino del canónigo, Borges, Puig, Marsal, Caletus, Castell, Bru, etc., á causa de la

proteccion que encontraban en los pueblos pequeños de la montaña, dictó órdenes rigorosas por un lado y por otro prodigó el oro, tentador para todos y muy especialmente para el carácter catalan, á fin de levantar el somaten general que habia de acompañar á más de 30.000 soldados con numerosa artilleria, para acosar á los carlistas como en una batida de lobos. El 30 de Diciembre tuvo lugar dicho somaten en medio del ruido más espantoso, del tañido de las campanas, del estruendo de las músicas y tambores, del rodar de la artillería y del llanto de mujeres y niños que veian marchar á sus maridos y padres, y Pavía logró arrojar casi sin disparar un tiro á la mayor parte de los carlistas del lado allá de la frontera, presentándose otros á indulto y siendo cogidos algunos para ser al instante fusilados. Asi acabó entónces la lucha promovida por el titulado Carlos VI, sabiendo que no podia producir otro resultando que el que produjo: sangre, ruinas y nuevos enconos en los ánimos de los trabajados españoles.

Intervencion
en Portugal. Entregado el país lusitano al partido retrógrado, que representaban Saldaña y otros personajes parecidos á nuestros moderados, que lo eran en alma y no en pasiones, estalló la revolucion, á cuyo frente se hallaban el baron Das Antas, tan conocido en España desde la guerra civil, César Vasconcellos, Loulé, pariente de la reina, y otros que aspiraban á que la ley fundamental fuera una verdad y no vil juguete de cortesanos tan audaces como impudentes. Desde su comienzo manifestose formidable la revolucion y apoderándose de la ciudad de Oporto instaló allí un gobierno que se colocó enfrente del de Lisboa. Aprovechándose de la division de los liberales, el partido miguelista levantó partidas en varias provincias, de modo que en poco tiempo llegó á ofrecer el país vecino un cuadro de anarquía espantosa, que produjo grande y general miseria en varias comarcas antes bien halladas y hasta florecientes. Ningun derecho ni obligacion teniamos nosotros para intervenir en los negocios de Portugal, pero se invocó por Saldaña el tratado de la cuádruple alianza, y pensando el ministerio borrar con glorias militares las vergüenzas interiores, que no

podian ser más grandes ni más lamentables, se decidió á desempeñar el papel de D. Quijote, comisionó al general M. Concha á Paris para obtener la vénia de la Francia por si Inglaterra se oponia á la empresa, y nombrándole capitán general de Castilla la Vieja puso á su disposicion un ejército de 12.000 hombres, que atravesó la frontera ántes de mediar Junio de 1847 por la provincia de Zamora, mientras que el capitán general de Galicia recibia órden de invadir dicho reino cruzando el Miño entre Bayona y Tuy. Sin disparar un tiro llegó Concha á las puertas de Oporto, porque los liberales, léjos de querer batirse con los españoles, dijeron que confiaban en ellos, de ningun modo en ingleses ni franceses, y ménos en Saldaña y su gente, y que estaban prontos á entregar á Concha la ciudad, lo cual tuvo efecto despues de un arreglo entre los dos partidos beligerantes, hecho en bien de ambos por la prudente intervencion del general español. César Vasconcellos y otros jefes del movimiento prefirieron emigrar á España á quedarse en el país. La intervencion de Portugal nos costó algunos millones y no nos dió ni un átomo de influencia para nada sobre el país vecino, siempre adverso á los castellanos. Concha fué agraciado por el gobierno con el título de marqués del Duero, y María de la Gloria le premió el servicio que la habia hecho con la más grande condecoracion lusitana.

Vergüenzas
inconmensurables. Contaba con mayoría en las Córtes el ministerio Sotomayor, pero como á instigacion del rey, á quien no gustaba la privanza de Serrano ante su esposa, se le destinase á éste á mandar como por via de destierro las armas en Navarra, se entabló una lucha tan tenaz como vergonzosa entre dicho general y el gabinete, la cual acabó por el relevo de éste, encargando á Pacheco la formacion de otro, que confeccionó del modo siguiente: Pacheco, presidente y ministro de estado, A. Benavides de gobernacion, Pastor Diaz de comercio é instruccion pública, el banquero J. Salamanca de hacienda, Vahamonde de gracia y justicia y Mazarredo de guerra. Este ministerio, ascendido en hombros de la vergonzosa intriga, siendo de raza moderada, se llamó á sí propio *puritano*,

como sucedió con su sucesor (1), é hizo concebir grandes esperanzas á los progresistas. Olózaga, que siempre decia y dijo despues en conversaciones con sus íntimos amigos, que él era anti-dinástico, se dirigió con una humilde exposicion á la reina, ofreciéndola hasta su vida y rogándola le sacase de la situacion en que se hallaba, mandando archivar *ad perpetuam* la famosa declaracion sobre haberla violentado para firmar el decreto de disolucion de Córtes en últimos de 1843, lo cual hizo Isabel segun se la pedia, y como la época era de validos, parecia natural, si no justo, que se tratara de echar un velo sobre la historia de Godoy, que vivia en Paris, ya entrado en años, y se le nombrase senador, lo cual tuvo efecto tratándole en el decreto de duque de la Alcudia y capitán general del ejército.

Las cosas públicas marchaban por esta época de un modo que apenas al escritor que se encuentra con este periodo de nuestra historia. La nacion esclavizada era más digna de figurar entre las de Asia que entre las de la regenerada Europa; las Córtes parecianse al senado de Tiberio; la prensa obedecia á las insinuaciones de los cortesanos y magnates; las rentas públicas se daban sin subasta á viles ajotistas que se enriquecian prontamente enriqueciendo á cuantos contribuian á dárselas (2); las autoridades no tenian voluntad propia ni amor ni respeto á las leyes; la magistratura se hallaba sometida á ministerios tan impopulares como fugaces, y todo era confusion, miseria y podredumbre, porque en las alturas del poder brillaban, rebajándolo todo, los caprichos libidinosos, unidos á los cálculos más repugnantes. De entre las hediondeces de Tiberio en la isla de Caprea, así como de entre los livianos y casi perennes placeres de Catalina de Rusia, salian muchas órdenes para el buen régimen del estado: de entre las liviandades del real palacio no salian más que intrigas estériles, cambios infecundos de gabinetes y escándalos á montones y de todas clases. Un jóven extraviado por su

(1) Muchos por burla le llamaron *puritano*.

(2) La de tabacos fué dada á un tal Casares y á un tal Manzanedo, cuyo contrato rescindió luego el ministerio Narvaez: el Manzanedo, que de sombrerero ha llegado á marqués y duque, tiene hoy, segun voz pública, un capital de 600 á 800 millones de reales.

mala situacion y pequeñez de alma, llamado Angel Riva, soñó con enmendar la situacion por medio de un crimen, y al pasar la reina por la calle de Alcalá la disparó un pistoletazo á gran distancia: fué tomado por loco ó poco ménos y se le impuso una pena no grave. El rey Francisco, que estaba separado de su mujer, no por celos, que no tenia, sino por ódio personal hácia Serrano, favorito de aquella, vivia en el Pardo, y el gobierno procuró cortar el escándalo que tal separacion producía, y al efecto comisionó á Benavides, hombre agudo y despreocupado, para que viesse de convencer al esposo que se uniese á la esposa. Es, no por lo interesante, sino por lo útil para la historia, que hasta en esto da provechosas enseñanzas, digno de registrarse lo que pasó entre aquel ministro y el rey al tratar de esta cuestion, lo cual, relatado por dicho Benavides, pues que el rey no habia de hacerlo, ha sido dado á los vientos de la publicidad por el laborioso historiador Pirala en su *Historia contemporánea*, tomo I, y ántes por otro escritor. Dijo el ministro al rey, que debía terminar á todo trance la separacion de ambos cónyuges, á lo que contestó Francisco: «Lo comprendo, pero se ha querido ultrajar mi dignidad de marido cuando mis exigencias *no son exageradas*. Yo sé que Isabelita no me ama; yo la disculpo, porque nuestro enlace ha sido hijo de la razon de estado, y yo soy tanto más *tolerante* en este sentido cuanto que yo tampoco he podido tenerla cariño. Yo no he repugnado entrar en el camino *del disimulo*... pero Isabelita, ó más ingénuo ó más *vehemente* no ha podido cumplir *con este deber hipócrita*. Yo me casé porque debía casarme, porque el oficio de rey lisonjea; yo entraba ganando en la partida y no debía tirar por la ventana la fortuna con que la ocasion me brindaba, y *entré con el propósito de ser TOLERANTE* para que lo fueran conmigo; *para mí no habria sido NUNCA enojosa la PRESENCIA DE UN PRIVADO*...» En esto le interrumpió Benavides diciéndole: «Permitame V. M. le haga observar que lo que acaba de decir respecto á la tolerancia de un valido está en contradiccion con vuestra conducta de hoy, porque segun veo la privanza del general Serrano es lo que le re-trae para entrar en el buen camino.» A esto replicó el rey:

«No lo niego: ese es el principal obstáculo para la avenencia con Isabelita. Despidase al favorito y vendrá la conciliacion, si mi esposa la desea. Yo habria tolerado á Serrano; NADA exigiria si no hubiese agraviado mi persona, pero me ha ultrajado *con calificativos indignos*, y no ha tenido para mí las debidas consideraciones: por lo tanto le aborrezco. *Es un pequeño Godoy*, que no ha sabido conducirse, porque éste, *para obtener la privanza de mi abuela, enamoró primero á Carlos IV...* Yo no he nacido para Isabelita, ni Isabelita para mí, pero es preciso que los pueblos entiendan lo contrario Yo SERÉ TOLERANTE, pero desaparezca la influencia de Serrano y aceptaré la concordia.» Benavides le prometió que desaparecería la influencia de Serrano, pero exigiendo ántes la reconciliacion, á lo que el rey se negó rotundamente diciendo: «MI DIGNIDAD reclama que ántes desaparezca el valido, puesto que el favor en palacio de ese hombre es la causa de la separacion.»

Al conformarse Francisco con un valido por el estilo de Godoy para su esposa se olvidaba de que Cárlos IV era el rey y él no pasaba de marido de la reina.

Ministerio Salamanca. — Goyena

Con la misma vergonzosa facilidad que su-
bia un ministerio, se le relevaba, porque así lo disponia el valido, quién pensó en un gabinete progresista, pero con la condicion de gobernar con el código reformado, y como esto no podia aceptarlo dicho partido sin deshonorarse, fracasó el pensamiento. Cayó Pacheco sin motivo, como sin motivo habia subido, y se pensó en Narvaez, quién vino desde Paris con ánimo, decia, *de empuñar el garrote y dar de firme, desterrar á un cortesano y fusilar á otro* (Serrano.) Este desbarató sus planes, y Salamanca fué encargado de formar el gabinete, que arregló del siguiente modo: conservó él la cartera de hacienda, y dió la de gracia y justicia con la presidencia al magistrado Goyena, la de gobernacion á P. Escosura, la de comercio al general Ros de Olano, íntimo de Serrano, la de marina á Sotelo, la de estado á Cortazar y la de guerra á Fernando Córdova. Inauguró este ministerio su mando con una amplia amnistia, su fecha 2 de Setiembre de 1847, y nombró senador á Espartero, quién ya pudo regresar á España, como lo verificó en principios de 1848, yéndose á

descansar á Logroño. Alarmó á los moderados la actitud liberal de los nuevos ministros y acordaron derribarlos valiéndose de todos los medios, buenos y reprobados. Al efecto empezaron por minar la influencia de Serrano por medio de otras influencias idénticas, y la opinion pública señaló á un cantante del teatro del Circo, llamado J. Mirall, que pronto fué desterrado, y al maestro de música de Isabel, de apellido Valdemosa, cuya figura era agraciada. Llamó en esto la reina á Serrano y en lugar de consultarle le dijo con imperio, que queria nombrar un ministerio que fuera progresista ó moderado en lugar del que tenia, que no era ni lo uno ni lo otro. Serrano, al ver perdida ó poco ménos su influencia, la dijo que le nombrase moderado quedando en pié Córdoba y Ros: el último fué el que firmó con fecha 3 de Octubre el decreto de *exoneracion* de sus compañeros y nombramiento de Narvaéz para presidente. Quejóse Goyena de que se ultrajaban sus canas con la exoneracion, como si él no las hubiera deshonrado con la aceptacion de su nombramiento. Narvaéz, dejando á Córdoba la cartera de guerra, tomó la de estado, nombrándose ministro de gracia y justicia á Arrazola, de hacienda á Orlando y de gobernacion á L. J. Sartorius, sevillano que dirigia *El Heraldó*. A los pocos dias hizo Narvaéz salir del ministerio á Córdoba y á Ros, por ser amigos de Serrano, y pasando él á guerra, dió la cartera de estado á Sotomayor, la de marina al ya moderado Beltran de Lis y la de comercio á Bravo Murillo. Intentó aun Serrano derribar este ministerio á los pocos dias de constituido, pero su competidor Valdemosa lo estorbó, y entónces Narvaéz, seguro de que la reina, cansada ya de aquuel general, aprobaria para él un simulado destierro, le nombró capitán general de Granada con órden de salir inmediatamente para su destino. Al siguiente dia que salió Serrano para Granada, el rey volvió á palacio segun lo prometido á Benavides, y Cristina regresó luego de Paris en la idea de coadyuvar en cuanto pudiera á que la dominacion no saliese de manos de los moderados.

Nueva legisla-
tura.

El 15 de Noviembre se abrieron las Córtes, y los moderados, llenos de orgullo por su fácil triunfo, formularon una acusacion contra el ministerio

Salamanca suponiéndole malversador de los caudales públicos en una porcion de asuntos, pero aquella cayó en el olvido despues de algun tiempo. Hubo entónces acaloradas y escandalosas escenas al examinar los actos de los dos últimos ministerios, hablando Benavides para defender al de que formó parte, Escosura para declarar que se pasaba á la minoría progresista, Rios Rosas, orador tan vehemente y soberbio como lleno de remarcables inconsecuencias, para combatir por muy liberal la política de dichos dos gabinetes y Olozaga para decir que olvidaba los agravios recibidos, añadiendo cándidamente, que sólo deseaba que se practicase con sinceridad el sistema representativo. A últimos de año, suspendiéndose por poco tiempo las sesiones de las Córtes, Narvaez reformó otra vez el ministerio quedándose él de presidente sin la cartera de guerra, que dió á Figueras, así como la de hacienda á Beltran de Lis y la de marina á Roca Togores. Pero dejemos á Córtes y ministerio en los comienzos de 1848, y veamos lo que habia ocurrido ántes de éste célebre año y lo que ocurrió durante él en varios paises de Europa.

Extranjero. En 1846 y 1847 ocurrieron grandes é inesperados acontecimientos que, alarmando á la Europa, la tenian que conmover luego hasta en sus más sólidos cimientos. Contra todo lo esperado y asombrando al mundo con ello, el sucesor de Gregorio XVI, cardenal Mastai, quien tomó en Junio de 1846 el nombre de Pío IX, habiendo sido oficial en las legiones italianas de Bonaparte y luego misionero en la América del Sud, concibió el pensamiento de dotar al estado romano que comprendía varias y ricas provincias, sitas entre Nápoles y la Toscana, el mar Mediterráneo y el Adriático, de una Constitucion otorgada, á la que dió el nombre de *Statuto*, la cual publicó y mandó poner en práctica despues de decretar una amplísima amnistía, llenando con todo ello de indecible gozo á los liberales de Europa y de pavor é indignacion á los absolutistas, que le prodigaron los más infamantes epítetos, entre ellos, los de *ante-Cristo*, *anti-papa*, *hijo del diablo* y *aborto del averno*, sacándole tambien á plaza que habia sido en su juventud miembro de la masonería. Este papa, que tiempo andando habia de

ser deificado en vida proclamándose su infalibilidad, no siendo infalible más que el soberano autor de los mundos, siguió en sus propósitos; pero la demagogia, que en todas partes surge á impulsos de los partidos vencidos y más en la Italia, presa de los jesuitas, cometió un crimen tan innecesario como horroroso, el cual, llenando de terror al pontífice, le hizo maldecir sus nobles pensamientos y renegar de su magnífica obra. Al acercarse en un día aciago á las cámaras su primer ministro el apreciable criminalista Rossi, embajador que habia sido de Francia en Roma, cayó triste cadáver á los golpes de aleve puñal. Los viles asesinos, que se jactaban de imitar á *Brutus* cuando éste soñó acabar con la tiranía de César, no habian hecho otra cosa al sacrificar á Rossi, que clavar el puñal parricida en el corazon de la patria y cambiar el del regenerador de ésta é iniciador de la revolucion más grande á la par que tranquila que habian presenciado los siglos: éste fué desde aquel dia el enemigo más grande de un sistema que le proporcionaba sangrientos agravios en vez de gratitud, y hondo desconsuelo en lugar de la alegría que debe producir el hacer bien.

La revolucion iniciada por Pio IX siguió su curso, y como él se colocó enfrente de ella, fué arrollado y tuvo que huir de Roma para refugiarse en Gaeta, proclamándose la república romana, que tiempo andando tenia que ser ahogada por la república francesa, ayudando á esta al efecto la España y otras potencias católicas. Pero el movimiento liberal de Pio IX habia dado ya á estas fechas su fruto, y la isla de Sicilia se constituyó en república bajo la presidencia de Rugiero Settimo, el reino de Nápoles recibió una Constitucion, lo propio que la Toscana y otros pequeños estados de Italia, se conmovió la Hungría, se sobreexcitaron todos los paises alemanes, la Suiza arrojó de su seno á los jesuitas que pretendian esclavizarla por medio del Sonderbund, y la Francia empezó á palpar violentamente para parar al fin en el sacudimiento de Febrero.

Revolucion
de Febrero de
1848.

No estaba preparada la Francia en esta época para ir á la república, y aunque algunos, los ménos, pensáran en ella, nadie la creia posible al

mediar Febrero de 1848: contentábanse todos los patriotas con la reforma electoral, á que insensatamente se opuso Guizot, llevando á Luis Felipe por el mal camino para precipitarle en el abismo. Habiase manifestado el espíritu público favorable al ensanche del derecho electoral por medio de banquetes, celebrados en cien puntos de la Francia, á los que se dió el título de reformistas. Otro ministro que Guizot, considerado como gran estadista por ciertas cabezas vacías, habria acudido á las cámaras con un proyecto de ley ensanchando en más ó en ménos el derecho electoral, pero fué tan torpe que en el discurso de apertura de las cámaras, á principios de 1848, puso en boca del rey la más provocadora condenacion de dichos banquetes. Las cámaras aprobaron el régio mensaje, y entónces las oposiciones se decidieron á desafiar al poder, que tan insensata y criminalmente condenaba las manifestaciones más legítimas en pro de un derecho natural é inalienable. El día 21 de Febrero dispusieron aquellas que tuviera lugar en las cercas de París por la parte de los Campos Elíseos un banquete mónstruo para miles de ciudadanos, guardias nacionales, pares y diputados, pero como en los preparativos de él se tomaron por las autoridades civiles y militares precauciones tales que significaban se queria un choque sangriento, se aplazó la fiesta cuando ya la efervescencia popular no podia ser más inmensa. El 22, ocupado militarmente todo París, se dirigió á la cámara de diputados una multitud innumerable de pueblo vitoreando á la reforma y entonando la marsellesa y el canto de los girondinos. Un regimiento de caballería se encargó de alejar de allí á la muchedumbre, la que, acuchillada brutalmente, empezó á recorrer varias calles á los gritos de *vivan los diputados reformistas! viva la reforma!* Por aquí empezó la revolucion. Hubo combates entre grupos del pueblo y la tropa en los barrios del Temple, San Martin y San Dionisio, y durante la noche de dicho 22 se levantaron barricadas para volver con brió á la lucha el 23. En la cámara de diputados, así Odilon Barrot como otros representantes, alentaban á las masas acusando al ministerio de *falsificador de los principios de la Constitucion, de HABER VENDIDO en las relaciones exteriores el honor y*

los intereses de la Francia y de haber puesto en cuestion las conquistas de todas las revoluciones francesas. La lucha era sostenida por grupos de paisanos, algunas tropas y toda la llamada guardia municipal: el éxito dependia de la guardia nacional que, si bien ocupaba su puesto en los diferentes cuarteles de Paris, no se decidia ni por los sublevados ni por el gobierno. El 23, á cuyo amanecer se iban centuplicando los grupos de hombres armados, obligó Luis Felipe á Guizot á que dimitiese, y nombró otro ministerio bajo la presidencia de Molé: esta corta concecion era tardía, porque ya la guardia nacional habia empezado á simpatizar con los grupos y á gritar *viva la reforma!* La actitud de la guardia nacional y los gritos de los grupos armados de *viva la linea!* contuvieron á la infantería, que empezó á descansar sobre sus fusiles. Una multitud innumerable recorria los boulevards gritando: *¡abajo Molé! ¡abajo el sistema!*, mientras que numerosos grupos armados seguidos de muchos guardias nacionales se dirigian al palacio real para tomarle á viva fuerza, y junto á la iglesia de la Magdalena se sostenian choques sangrientos que, exasperando á las masas, tenian que hacerlas más exigentes. Muerto el ministerio Molé en el acto de nacer, el rey nombró en la madrugada del 24 otro gabinete, que se apresuró á dar una proclama en que decia: «que se habia dado orden de suspender el fuego, que la cámara iba á ser disuelta, y que Odilon Barrot, Thiers, Lamoricière, y Dubergier, eran ministros. Ni esto pudo ya satisfacer á los sublevados, que redoblaron sus esfuerzos y se dispusieron á invadir el palacio de las Tullerías, donde se encontraba el rey con su familia, y del cual huyó ántes del medio día del 24, habiendo firmado su abdicacion en pro de su nieto el conde de Paris con la regencia de la duquesa viuda de Orleans, la disolucion de la Cámara y una amnistía general. El pueblo, ayudado ya de la guardia nacional, se apoderó al instante de las Tullerías, y por todas partes se dejaron sentir los gritos de *viva la República!*

Mientras esto pasaba, tenia lugar el acto, pues que en verdad no merece el nombre de sesion, del 24 de Febrero en la cámara de diputados, en cuyo seno se presentaron la

duquesa de Orleans con su hijo y los duques de Nemours y de Chartres, y tras estos personajes varios hombres del pueblo y guardias nacionales armados, que se colocaron en el hemiciclo del salon de sesiones. Los más de los diputados acogen con entusiasmo á la de Orleans y la proclaman tumultuosamente regente del reino, pero restablecido el órden, piden algunos representantes que se retiren las personas extrañas al parlamento y que hasta que esto no suceda ni ha podido ni puede la cámara acordar nada. En medio de una agitacion inmensa y á cada momento creciente hácese oír el diputado republicano Marie, y dice, que la cámara no puede crear una regencia y que lo que debe hacer es nombrar un gobierno provisional: apoya á Marie su correligionario Cremieux, y á ambos combate Odilon Barrot invocando la revolucion de Julio, representada en la duquesa de Orleans y su hijo. En esto penetra en el hemiciclo un grupo de guardias nacionales, estudiantes y obreros armados y se impone á todos los presentes gritando: *¡abajo el rey! ¡no queremos rey!* Al oír esto abandonan la duquesa de Orleans, su hijo y cuñados el palacio legislativo y se oye un inmenso grito de *viva la república!* Ledru Rollin sube entónces á la tribuna y pide resueltamente la formacion de un gobierno provisional: la apoyan Dupont del Eure y Lamartine con gran satisfaccion de los representantes legitimistas, y entre los gritos discordantes de algunos sublevados, lee dicho Ledru Rollin la lista de los que han de componer el gobierno provisional, á que dan su aprobacion las turbas y los pocos diputados que se han quedado allí para ayudarlas por el órden siguiente: Dupont del Eure, Arago, Lamartine, Ledru Rollin, Garnier Pages, Marie y Cremieux, quienes nombraron secretarios á Aubert, Luis Blanc, Armando Marrast y F. Flocon. El 28 de Febrero hizo el gobierno provisional solemne proclamacion de la república junto á la columna de Julio levantada en la plaza de la Bastilla.

La revolucion de Paris tuvo eco en toda la Europa: varios cantones suizos, abandonando el régimen aristocrático que sobre ellos pesaba, se acogieron al democrático, y el de Neufchatel dejó de reconocer la soberanía de la Prusia; la mayor parte de los estados alemanes se conmovie-

ron y mejoraron sus instituciones; la Hungría se alzó contra el Austria; en Berlin, y Viena hubo movimientos revolucionarios que sofocaron los gobiernos, como sucedió en España, apelando á la política de resistencia, cosa muy natural en ellos, no sólo por cumplir con su mision reaccionaria, sino porque se vió bien pronto que la proclamacion de la república en Francia se habia hecho sin estar los ánimos dispuestos á recibirla y consolidarla, surgiendo al instante los escándalos y las exageraciones de todas clases para desacreditarla y deshonorarla.

Luis Felipe escapó en busca de la costa del canal de la Mancha para embarcarse en un vapor que le condujo á Inglaterra. Habia subido al trono por una sublevacion y por otra bajó de él, no habiendo hecho otra cosa en los 18 años de su reinado que corromper la Francia con su política doctrinaria, reducida á halagar á la clase media, desdennando la antigua nobleza y desconociendo los derechos del pueblo, para que esa misma clase media, representada por la guardia nacional, le abandonase, como lo hizo en el dia del peligro.

Situacion del
ministerio Nar-
vaez. El 26 de
Marzo y el 7 de
Mayo.

Poco ántes de estallar la revolucion de Febrero, y aun en los primeros dias que se tuvo noticia de ella en Madrid, es fama que Narvaez queria una política expansiva y conciliadora, miéntras que el intolerante y brusco Pidal y el soberbio é inconsecuente Rios Rosas atizaban en el Congreso y fuera de él el fuego de la discordia contra los elementos liberales, predicando la política de represion, que sólo podia satisfacerse con el derramamiento de sangre. Firme, no obstante, en su idea Narvaez conferenció con algunos jefes del progreso, y el resultado de la actitud del primer ministro, no por todos creida, fué que se dividieron los liberales, opinando por ir á la lucha armada Aguilar, Orense, Ordax AVECILLA, Nicolás M. Rivero, Puig y otros, y en contrario sentido los jefes más caracterizados del progreso, entre ellos Infante, Cortina, Madoz, Lujan, Sancho y Mendizabal: los últimos esperaban que por la fuerza de las circunstancias se realizaria la promesa de Narvaez, sobre que la reina les entregaria el poder; los primeros consideraban esto una gran candidez, ya que no una

especie de traicion, y querian el mando por la revolucion armada, sin contar con elementos para ella: estos se llamaban ya demócratas, los otros tenian á orgullo el seguir apellidándose progresistas. Entre éstos se distinguia por su intolerancia el audaz Mendizabal, quien dijo y muy alto para que por todas partes se supiese, *que ansiaba que la reina le diera el mando para barrer con los cañones á los que tuviesen el insensato pensamiento de pedir la república en España.* Esta division de los liberales debia haber hecho más cautos á los que querian lanzarse á las calles; pero el ejemplo de la Francia, sin considerar que Madrid no era Paris ni tenia como éste su guardia nacional para imponer al ejército, habia acalorado sus cabezas, y con escasísimos elementos, aunque juzgando por engañosas ofertas, hijas de la ilusion y de la farsa, que aquéllos eran muchos y muy valiosos, acordaron dar batalla al gobierno el 26 de Marzo. Antes de esta fecha el gobierno se habia armado de todas armas, pues que no sólo contaba con la fidelidad de toda la guarnicion de Madrid, sino que las Cortes le otorgaron la suspension de las garantías constitucionales, autorizacion para cobrar los impuestos y facultad para buscar un empréstito de 200 millones, á fin de cubrir los gastos que las circunstancias hiciesen necesarios. Al anochecer del 26 de Marzo se presentaron en el barrio de Lavapiés unos cuantos hombres armados que mataron á Redondo, jefe de policia muy mal visto, y luego aparecieron otros por las plazas de la Cebada y del Progreso y calle de Toledo y otras próximas para sostener ligero tiroteo con la guardia civil y algunas patrullas de caballería, miéntras que en el teatro del Príncipe, de que se apoderaron unos pocos, se sostuvo desigual pelea durante algunas horas. Todo el vecindario de Madrid ménos unos 500 hombres, número á que difícilmente ascenderían los insurrectos, permanecié tranquilo en sus casas, y mucho ántes de la madrugada del 27 no habia uno solo de aquéllos en las calles. Muchos deseaban la revolucion, pero querian que se la dieran hecha para despues explotarla. Las tropas hicieron durante la lucha unos 20 prisioneros, algunos de éstos no insurrectos. En la misma noche, y pendiente aun la débil lucha, se cons-

tituyó en el Principal un consejo de guerra de seis capitanes bajo la presidencia del general Balboa, el ya citado asesino de niños y mujeres embarazadas en la Mancha, quien fué tan bárbaro que abrió la sesión con estas abominables palabras: *Señores, es preciso que á la madrugada tengamos MORCILLAS.* Tan asquerosa y horrible frase llenó de indignación á los capitanes, y dos de éstos, Ugarte y Letona, le significaron que ellos eran jueces, que tenían que dar cuenta á Dios y á su conciencia de lo que hicieran, y que no firmarían ninguna sentencia que no estuviera bien justificada. Esta actitud de los capitanes libró del patíbulo á los presos, pues si bien el consejo impuso á algunos la pena capital, lo hizo con calma y en los siguientes días, con lo cual dió lugar á que la reina conmutara la pena de muerte por la de presidio. Al siguiente día un odioso polizón, llamado Francisco Chico, cometió y autorizó contra los tildados de progresistas muchos desmanes, entre ellos el asesinato de uno que no tenía más delito que haber sido nacional, y llenó las cárceles de presos, en su mayoría inocentes. Ninguno de los directores del frustrado movimiento fué preso.

Convencidos éstos de que con el paisanaje nada podía hacerse, porque de los miles y miles de hombres con que los gritadores y farsantes contaban ántes de empezar la lucha el 26, solamente habian salido 500 á la calle, acordaron hacer la revolución con fuerzas del ejército, teniendo trabajados al efecto el regimiento de España y el de San Marcial y un batallón de Baza, el coronel Gándara, el oficial Buceta, el teniente coronel Serrano Bedoya, el comandante Clavijo, el ex-ministro Salamanca, que por despecho se habia convertido en revolucionario para volverse despues á sus antiguas tiendas, y otros. El 7 de Mayo, ya entrada la noche, salió de su cuartel en abierta rebelión el regimiento de España, conducido por sus sargentos, y fué á instalarse á la plaza Mayor, donde le esperaban unas docenas de paisanos, mientras que otros pocos de éstos recorrían las calles próximas á la Puerta del Sol. Los que habian prometido sublevar al regimiento de San Marcial y al batallón de Baza no cumplieron su palabra, y el de España se vió al momento rodeado por numerosas

fuerzas mandadas por el brigadier Lersundi, que le hicieron prisionero en union de algunos paisanos despues de una porfiada lucha en que de una y otra parte hubo desgracias que lamentar. Al comienzo de la pelea el capitan general Fulgosio fué victima de un trabucazo disparado por un paisano, que escapó rápidamente, y tambien pereció de un balazo Ramon Dominguez, autor de un apreciable *Diccionario* de la lengua.

En la misma tarde del 7 reunió Pezuela, nuevo capitan general de Madrid, un consejo de guerra que condenó á muerte, sin escribir declaraciones ni nada, á un sargento, dos cabos, cinco soldados y cinco paisanos: estos 13 infelices fueron ejecutados acto continuo de ser sentenciados. A los pocos dias fué fusilado el tambor mayor de dicho regimiento: mejor suerte tuvieron luego 13 sargentos y un paisano por indultarlos la reina cuando estaban en capilla.

Hallaron eco en Sevilla los acontecimientos de Madrid, levantándose Portal, comandante de un batallon de Guadalajara, con el suyo y otro batallon del mismo regimiento el 13 de Mayo, confiado en que el paisanaje, que le ofreciera secundarle con miles y miles de hombres, habiéndole brindado uno solo, Gonzalez de la Vega, con 1.500 por su parte, saldria á la calle; pero como no se le unieron más que 200 jinetes del regimiento del Infante, mandados por el comãdante Gutierrez, tuvo Portal que abandonar la ciudad despues de un rudo choque con fuerzas fieles al gobierno, á las que cogió dos cañones junto á la catedral. Ni un solo paisano salió en ayuda de la comprometida tropa. En cambio ya habian los sevillanos echado á perder la libertad con sus gritos y sus escãndalos de 1840 á 1843, como otra vez volverian á hacerlo de 1868 á 1874. Portal, lleno de justo despecho por el proceder de los sevillanos, marchó á Huelva con sus dos batallones y los 200 jinetes, y de esta ciudad se encaminó á Portugal, entregando las armas, cañones y caballos á las autoridades lusitanas en el pueblo de Serpa.

En las provincias de Alicante y Huesca se levantaron dos partidas que al instante fueron deshechas, la primera junto á Guadalest, y la segunda junto á Sietamo, fusilando el gobierno en este pueblo á 7 y en el anterior á 24.

Por último, en Galicia y en Ceuta hubo tentativas de revolucion, que sólo produjeron en el primer punto muchas prisiones y el fusilamiento de un sargento, y en el segundo el suplicio de cuatro cabos y sargentos, acusados infundadamente de querer entregar la plaza á los ingleses.

Dictadura brutal. Deportaciones y destierros. Espulsion del embajador inglés Bulwer.

Vencida por do quiera la revolucion á poca costa por su escasa importancia, inspirando solamente algun recelo la actitud de Cataluña, el ministerio desplegó un lujo espantoso de arbitrariedad, llenando de zozobra y duelo á todo el país. Pudo y debió Narvaez manifestarse clemente inaugurando una marcha patriótica y expansiva; se consideró vencedor de inmensas y terribles dificultades; se desvaneció con esto, y adoptando una política que malamente llamaba de resistencia, hizo enmudecer á la prensa, no abrió la tribuna en el trascurso de nueve meses y llevó el terror por todas partes y con él la paralización á todos los negocios, que sólo prosperan con la tranquilidad abajo y la justicia en lo alto. Tan sólo habian tomado parte en los sucesos de Madrid 500 hombres escasos: pues el ministerio deportó á más de 800 á las islas Filipinas, 300 ó 400 á las Baleares, unos 100 á las Canarias, y algunas docenas á las Antillas. Como las cárceles rebosaban de presos, y los polizontes, halagados por Sartorius, daban todos los dias nuevas listas de sospechosos, habia necesidad de desocupar aquéllas para que entrasen otros desgraciados, y al efecto se hacian cuerdas con el mayor desórden y oyendo siempre á los viles deatores, las cuales salian para su destino de tiempo en tiempo en medio de desgarradores lamentos y un mar de lágrimas de los deudos de los desterrados. Muchos inocentes fueron á la deportacion, víctimas ó de ódios personales de cualquier agente indigno, ó de su pobreza, que no les permitía satisfacer la codicia de un infame polizonte, y tambien se dió el triste caso de ir alguno á ultramar por serle infiel su esposa, quien, aprovechándose desnaturalizada de lo terrible de las circunstancias, se deshacia así del padre de sus hijos. Algunos de los que iban en las cuerdas, sobre recibir los más duros tratamientos en el camino, haciéndolos dormir en hediondos calabozos, fueron cobarde y traidoramente asesinados,

como sucedió al llegar á Valencia con el honrado guarda de plazuelas llamado Calixto Fernandez, que dejó en tris-tisima situacion á su esposa é hijos. En provincias, hasta las más pacificas, decretaron infinitos destierros los jefes políticos. El ex-ministro P. Escosura fué preso para ser deportado, pero se escapó en el camino de Madrid á Cádiz, á cuyo último punto tambien fué conducido Gonzalez Brabo, acusado por Chico de conspirador, que fué cuanto hubo que ver. Todo era terror, sobresalto y luto en la in-feliz patria, y todo crueldad y tiranía en el gobierno por haber realizado la facilisima empresa de ahogar con un numeroso y bien disciplinado ejército la intentona de unos cuantos cientos de paisanos en la corte, y de cuatro batallones en la misma y en Sevilla.

En lo que obró bien el gobierno fué en despedir al em-bajador inglés Bulwer, quien no sólo habia protegido os-tensiblemente á los sublevados de Madrid, sino que des-pues pasó una comunicacion al ministro de estado ofensiva al decoro español. Dirigióse el ministerio al lord Palmers-ton para que sustituyese á dicho embajador, y al verse desatendido, puso á éste los pasaportes en la mano obli-gándole á salir en posta de Madrid el 13 de Mayo. Pero como Narvaez, cual sucede con todos los poderes violentos, que atropellan al debil y tiemblan ante el fuerte, temiese que la Gran Bretaña vengara el hecho de despedir á su embajador, comisionó al conde de Mirasol para que diera satisfacciones en Lóndres á Palmerston, quien no quiso recibirlas, y se vengó por el pronto del gabinete español dando los pasaportes á nuestro embajador Izturiz, y pro-tegiendo luego á los montemolinistas que se presentaron en campaña en Cataluña.

Insurreccio-
nes montemoli-
nistas y repu-
blicas en Cata-
luña. Tentati-
vas en Navar-
ra, Guipúzcoa
y otros puntos.

En la batida general que el último dia de 1847 dió Pavía, marqués de Novaliches, á los montemolinistas, se escondieron algunos de éstos en la idea de volver á campaña á la pri-mera ocasion favorable. Así lo hicieron en el mes de Febrero el sobrino de Tristany y otros apareciendo cuando más descuidadas estaban las tropas en la importante villa de Igualada, que sorprendieron de noche, llevándose los caudales públicos y asesinando á un

pobre jóven. Nada significaban, ni nada habrían hecho dichos partidarios, si no hubieran venido á ayudarlos las circunstancias por que la Europa atravesaba. El movimiento de Febrero hizo que renaciesen, y con imponente fuerza en el Principado las discordias civiles. Protegido Montemolin por el gobierno inglés, que le facilitó armas y algunos recursos, y alentados varios republicanos por Enrique Borbon, quien indispuerto de nuevo con la reina y refugiado en Francia habia reconocido la república para luego volverse atrás de este acto y de sus opiniones, como tantas veces lo hiciera en el curso de su no larga vida, atravesaron la frontera algunos jefes montemolinistas y dos ó tres partidarios de la república, decididos á sostener sus respectivas banderas con la condicion de no hostilizarse unos á otros, ántes protegerse si el caso llegaba, contra el comun enemigo. Masgoret, que llegó á general de Carlos en la guerra de los siete años, fué el principal montemolinista que levantó bandera por su rey en la provincia de Gerona el 1.º de Abril de 1848, y Francisco Balleras, que habia alcanzado en el campo liberal el empleo de comandante, la levantó al dia siguiente en defensa de la república, diciendo en su proclama, que el grito lanzado por el *ciudadano Enrique Borbon de república, libertad, igualdad y fraternidad*, seria repetido en toda España. Al grito de Balleras salieron en el país valenciano tres ó cuatro pequeñas partidas, que al instante fueron deshechas, y al de Masgoret correspondieron, entre otros, los caudillos carlistas Castells, Marsall, Estartús, Pep del Oli, Planademont, Pozas, Poses, Vilella, Mañé y Solanich, quienes casi diariamente sostenian ligeros encuentros con las tropas sin que éstas adelantasen nada para su exterminio en los primeros meses de 1848.

Ilusionado Montemolin, de un lado con la escasa proteccion inglesa y de otro con la bravura de sus parciales, ordenó á Cabrera que penetrase en Cataluña, lo cual realizó éste el 23 de Junio, miéntras que Alzáa lo verificaba en Navarra, para ser cogido á los pocos dias en Guipúzcoa y fusilado en el pueblo de Zaldivia por su antiguo compañero Urbiztondo, librándose de tan triste suerte J. Elio, porque no atravesó la frontera, aunque sí

hizo levantarse á unos 400 navarros, que fueron al momento batidos y obligados á internarse en el país vecino.

En la Mancha salieron á campaña Royo y Peco, pero luego fueron tambien batidos y se refugiaron en Portugal. En la provincia de Santander se levantó una pequeña partida, que fué deshecha á los cuatro dias de aparecer, y por la de Búrgos merodeó algun tiempo con unos cuantos caballos el estudiante de Villasar.

Cabrera, que se anunció con una extensa proclama en que respiraba mansedumbre y bondades, proscribia las represalias, hablaba de clemencia como su divisa, recordaba con horror hechos lamentables que condenaba dentro de su corazon y de su conciencia, por más que culpase de ellos á los generales sus enemigos, y concluia diciendo, *que la época de los frailes, la inquisicion, y el despotismo habia pasado para España*, penetró por Oseja con unos cuantos hombres de su confianza, entre ellos Forcadell y Arnau, y colocándose allí al frente de mil y pico guerreros de diversas partidas, se lanzó al interior del país tan repentinamente, que en tres dias se halló á unos 36 kilómetros de Barcelona, y á los cuatro sostuvo un choque con la columna del coronel Manzano, en el cual no hubo vencidos ni vencedores, aunque sí notables pérdidas por la bravura con que se peleó.

Miéntas tanto Balleras hacia algunos prosélitos, aunque no tantos como los que esperaba y debia hacer, porque Terradas envió desde Paris una proclama, su fecha 1.º de Julio, tan llena de declamaciones y lugares comunes como de frases imprudentes en que consignaba, «que debian ser considerados como enemigos todos los que no se declararan republicanos, y que no debia haber títulos *ni entorchados* que esclavizasen la patria.» y esto, sobre exasperar á las tropas, retrajo á muchos que pensaban ir á engrosar sus filas.

Por el contrario, Cabrera no sólo aumentó su hueste con paisanos catalanes, sino con soldados de pequeños destacamentos que logró sorprender, haciendo para ello forzadas marchas nocturnas y contramarchas de dia cuando le acosaba alguna columna respetable, porque á las reducidas, no sólo las daba la cara, sino que generalmente las

batía. Animado con ésto, pensó cruzar el Ebro y levantar el Maestrazgo, á donde habia enviado á Forcadell, pero al llegar á las márgenes de dicho rio retrocedió sin saber por qué al centro de Cataluña.

Llamó la atencion de Narvaez el aumento de los montemolinistas en Cataluña, por lo que envió un comisionado á Pavía á fin de que á todo trance y en breve plazo pacificase el país, valiéndose al efecto de las medidas más extraordinarias y absurdas, entre ellas la de fusilar á cuantos cogiese con las armas en la mano, lo mismo que á los que les auxiliasen. Pavía no encontró oportuno el plan de Narvaez, y fué relevado del mando con fecha 10 de Setiembre.

Reemplaza á Pavía el general Córdoba. Barbárie de éste

El 20 de Setiembre, el general Fernando Córdoba, sucesor de Pavía, se puso al frente de la capitanía general, y desde los primeros momentos, sabiendo que Estartús y otros jefes habian hecho proposiciones á su antecesor para entregarse por dinero y reconocimiento de empleos, más que en vencer á los montemolinistas por las armas, pensó en lograrlo por la corrupcion.

Por este tiempo penetró desde Francia en la provincia de Gerona Victoriano Ameller, titulándose jefe de las fuerzas republicanas de toda Cataluña. Era el más fervoroso partidario de Enrique Borbon. Creyó que se le uniría mucha gente y sufrió un cruel desengaño. Batido muy luego en el Ampurdan por el ya brigadier R. Nouvilas, vió á casi toda su hueste en triste dispersion. Cogió prisioneros Nouvilas á dos capitanes de la partida, llamados Barrera y Altimira, á los que condujo á Figueras, en donde les fusiló inmediatamente y sin tener en cuenta que no se hacia lo mismo con los oficiales y jefes carlistas que caían prisioneros.

Impresionó y mucho, sobre todo á Barcelona, el fusilamiento de Barrera y Altimira, pero habia de impresionar más á la capital catalana un acontecimiento en que Córdoba se acreditó de tan bárbaro como cruel. Deseando éste verter á toda costa sangre liberal y llenar de terror á todos los que no se prestasen á ser esclavos del poder, despues de ordenar al comandante general de Lérida que

expulsase de la ciudad al que le inspirara desconfianza ó le juzgase elemento contrario al órden, anunció que habia descubierto una horrible conspiracion republicana en la ciudad: presos, entre otros, por culpa de viles delatores, por él alentados (oficio que ya vimos habia desempeñado en Madrid), los comandantes de infantería R. Lopez Vazquez y Joaquin Clavijo y el teniente de caballería de Sagunto Juan Valterra, fueron sometidos á la comision militar permanente con encargo de que fallase la causa *con toda urgencia y* VERBALMENTE: hizolo así el consejo de guerra prescindiendo de todos los trámites legales, y el 8 de Octubre condenó á muerte á dichos Lopez Vazquez, Clavijo y Valterra y á presidio á otros encausados. Puestos los tres en capilla en la madrugada del 9, alarmose toda Barcelona á la vista de un fallo tan cruel como injusto, y las personas más respetables, las corporaciones todas, el clero, el mismo jefe político y hasta el cónsul francés rogaron á Córdoba que suspendiese la ejecucion de la sentencia para obtener el indulto de la reina: esto, despues de oír *verbalmente* al auditor de guerra, tan duro y bárbaro como él, le sirvió de aguijon para ejecutar inmediatamente la sentencia, faltando á la ley que ordenaba estuviesen los reos en capilla 24 horas, y á las 8 de la mañana del citado dia 9, hizo que les sacaran de la ciudad para el lugar del suplicio, que estaba próximo. Marchando á él manifestó Lopez Vazquez su indignacion por la injusticia con que se les privaba de la vida, oido lo cual, por Clavijo, imitando á Padilla en Villalar, le dirigió estas palabras: *serénate, amigo mio; hoy nos toca morir tranquilamente: nuestro partido llegará un dia al gobierno de la nacion y honrará nuestra memoria VENGÁNDONOS de este general que tan cruel ha sido con nosotros.* De allí á poco una horrible descarga ahogó el grito de libertad que salió de la boca de los tres heróicos jóvenes, convirtiéndolos en cadáveres. ¡Infelices! Su partido llegó un dia al poder, y Córdoba no fué objeto de venganza, sino que consiguió ser ministro radical de Amadeo de Saboya, y luego de la república!!! ¡Oh que mengua para la España liberal!

Lo que no quiso hacer Pavia hizo Córdoba, comprando á varios partidarios por dinero y reconocimiento de em-

pleos, siendo los principales que así se entregaron Pép del Olí y Caletrus, éste como comandante y aquél como brigadier. Tambien ofreció Córdova dinero á todo el que le presentase vivo ó muerto algun cabecilla. Pero no por esto disminuyeron las partidas montemolinistas, ántes aumentaron y cobraron nuevos bríos, logrando batir Borges al general Paredes junto á Esquirol, como Cabrera en Aviñó al ya brigadier Manzano, al que hizo prisionero con 400 de sus soldados.

Acobardado Córdova con estos dos desastres, que no pudo ocultar al gobierno ni al país, pidió su relevo, y Narvaez se apresuró á mandar en su lugar al general M. Concha.

Pacificacion de Cataluña por Concha. Salió éste de Madrid en el último tercio de Noviembre, y al llegar el 3 de Diciembre á Esparraguera se entregó Pozas, tiempo andando furibundo federal, con los 600 infantes que mandaba y unos cuantos jinetes, para lo cual tuvo el cabecilla que engañar á los suyos y huir de algunos que quisieron matarle. Inauguraba así bien Concha su mando, pero al enterarse en Barcelona del estado de la guerra, se convenció de que ésta no presentaba el mejor aspecto y así se lo comunicó al gobierno pidiéndole más tropas. La victoria de Cabrera en Aviñó animó mucho á las partidas, y una de éstas, al mando de Arnau, invadió el Alto Aragon y otra penetró en la populosa villa de Valls, miéntras que otras dos amenazaron sériamente á Reus y Vich. Seguian algunas presentaciones, y segun las órdenes que tenia del gobierno, las aceptaba Concha, aun cuando algunas eran deshonorantes para él y para la nacion: un jefe del ejército admitió á un partidario con la condicion de sobrerse las causas pendientes por delitos comunes contra algunos individuos de su partida: esto lo desaprobó Concha, pero no otras condiciones poco ménos vergonzosas.

Cabrera, que se habia propuesto y lo cumplió, no deramar en suplicios la sangre de sus enemigos, tuvo que fusilar algunos de los suyos por delito de infidencia y tratos probados con jefes de la reina, sin embargo de lo que no pudo atajar el mal, porque la corrupcion en el bando montemolinista por el oro del gobierno era tan grande

como irremediable; y hasta se dió el caso de que un Enrique Lazeu, catalan intrigante de primer orden y sujeto de malísimos antecedentes, que tiempo andando habitó por largos dias la cárcel de la corte, el cual debia hacer por encargo de Montemolin que Cabrera recibiese 6.000 fusiles procedentes de Lóndres, en vez de desempeñar su comision, se vendió al cónsul español en Marsella, frustándose de este modo el desembarque de las armas. As es que en principios de 1849 hubo muchas presentaciones de montemolinistas y republicanos.

Saliendo Concha de Barcelona en busca de Cabrera, que era el partidario que más cuidado le inspiraba, porque habia logrado organizar una division á sus inmediatas órdenes de 3.000 infantes y 150 caballos, esto sin perjuicio de otros 5.000 hombres que en diferentes partidas recorrían toda Cataluña, se fué á Gerona, y de aquí á Vich, en donde entró el 8 de Enero. En esta ciudad formó Concha su plan para batir á Cabrera, que ocupaba á Amer, villa asentada sobre las márgenes del Ter, y lanzó contra el tortosino diferentes columnas que habian de acorralarle tomando distintas direcciones. La columna encomendada al brigadier Felipe Ruíz, faltó á las órdenes del general en jefe atacando ántes de tiempo (el 26 de Enero) á Cabrera en el sitio llamado el Pasteral para ser rechazada con notables pérdidas. Nouvilas y Rios, que se enteraron los primeros del contratiempo de Ruíz, acudieron en su auxilio, logrando que aquel fuese ménos lamentable. Al siguiente dia, atravesando el Ter con el agua hasta la cintura, atacaron Nouvilas, Rios y Ruíz á Cabrera, quien despues de batirse con bravura recibio una herida de un balazo, que le obligó á retirarse á los próximos montes.

Volvió Cabrera á campaña, curado ya de su herida, á mediados de Febrero, cuando ya tenia perdida la esperanza en la causa que defendia por carecer de armas y porque las presentaciones de muchos partidarios le hacian dudar de todos. Desalentábanle tambien los medios de que se valian sus enemigos, que no reparaban en ninguno encaminado á deshacerse de él y desbaratar su hueste. Un capellan prisionero del ejército, al que Cabrera dió su

confianza, trató de envenenarle; pero fué víctima de su crimen, porque el tortosino se apercibió de la maldad del indigno sacerdote y obligó á éste á comer la vianda emponzoñada. El baron de Abella, gran propietario catalan, que propuso en bien de la paz á los Tristany, sus parientes y paisanos, que se presentasen, fué víctima de su buen deseo, porque, fingiendo éstos que aceptaban su propuesta, le llevaron ante sí con engaños, y presentándole á Cabrera, éste mandó fusilarle al momento. Inútil sacrificio. La última hora del bando montemolinista habia sonado por entónces. Las presentaciones, así de carlistas como de republicanos, entre éstos G. Baldrich, se sucedian unas á otras con rapidez; Marsal fué derrotado y preso, y si salvó la vida fué porque reconoció á la reina; Borges experimentó una terrible sorpresa en Salma: Arnau fué derrotado por el brigadier Dulce en Castellflorite; Montemolin, llamado por Cabrera, quien le escribió que si no se presentaba en Cataluña su causa estaba perdida para siempre, fué preso en la frontera por la gendarmería francesa, y Cabrera, despues de sostener una accion desgraciada en San Llorens, viéndolo perdido todo, abandonó la escasa gente que ya le seguia y entró en Francia el 23 de Abril acompañado de cinco partidarios.

Los Tristany, despues de haber engañado infamemente al general de la reina para sacarle 14.000 duros por su presentacion, merodearon unos cuantos dias por la alta montaña; pero ántes de mediar Mayo se refugiaron en el país vecino, quedando así pacificada toda Cataluña.

Expedicion de Claveria al archipiélago de Joló. Dentro del archipiélago filipino y á su parte meridional se hallan diferentes islas, todas pequeñas, que llevan el nombre de archipiélago de Joló, á cuyo frente se encuentra un sultanillo, ridículo por este nombre y más por la especie de autoridad que ejerce sobre sus semi-salvajes vasallos, divididos en plebeyos y dattos: éstos constituyen la aristocracia de las islas. Pertenecen los que las habitan á la raza malaya, profesan la religion mahometana muy desfigurada, son refractarios á todo trabajo, y más al del campo, y como tienen una propension casi irresistible al robo, ejercian en los años anteriores á 1848 actos tan repetidos de piratería

con sus pequeñas embarcaciones contra los buques mercantes que surcaban aquellas aguas, que Clavería, capitán general de Filipinas, tuvo que adoptar la determinación de concluir con aquel nido de bandoleros de mar, muy semejante al de Argel en 1830. Al efecto se presentó al mediar Febrero de 1848 con una respetable escuadra delante de las principales islas, y se apoderó primero de la de Balanguingui matando 80 moros y cogiendo 14 malos cañones, y despues del fuerte artillado de Sipac, en donde los bárbaros opusieron una terrible resistencia y no quisieron entregarse prisioneros, prefiriendo suicidarse y matar ántes á sus hijos y mujeres. El sultanillo reconoció la soberanía de España, mediante una pequeña asignación anual que se estipuló darle, y desde entónces puede decirse que desapareció la piratería del mar de Joló.

Córtes. Agios
y robos escan-
dalosos. Am-
nistia

No habia desaparecido aun el terror que la dictadura produjera en el país cuando el ministerio, bien hallado con esta, tuvo que convocar el 15 de Diciembre los cuerpos colegisladores, ya porque así lo reclamaba la opinion pública, sedienta de ley que reemplazase á la tiranía ministerial, y ya tambien porque todo el comercio y la alta banca lo demandaban á voz en grito para ver sí, abierta la tribuna, se ponía coto á los mil escándalos realizados en la bolsa y á los infames robos hechos á la sombra de contratas y con falsas emisiones de títulos de la deuda y hasta con el mismo Banco, en donde apareció un desfalco de quince millones de reales, lo cual costó ir á presidio á su gobernador Fagoaga, gran protegido de Cristina, y de quien se dijo entónces que fué condenado sólo por callar lo que no pudo ó no se atrevió á decir por respetos de varias clases á la madre de la reina. Así como en aquella época se arruinaron por estas causas muchas familias, más de cuatro bribones, alardeadores hipócritas de ideas de órden y de moderación y viles difamadores de los hombres de principios liberales, lograron levantar repentinamente fortunas colosales, que disfrutaban hoy día, ó sino sus descendientes, por haberse burlado de la santidad de las leyes á la sombra de poderosos tan corrompidos como ellos.

La apertura de las Córtes tuvo lugar con el discurso de

costumbre, en el cual de todo se trataba ménos de resignar el ministerio la dictadura que durante tantos meses habia ejercido. Quiso la mayoría nombrar como presidente á Rios Rosas, pero no agradó á los ministros este candidato, porque segun su costumbre no les trataba bien viéndoles en el ocaso, eso que habia sido el partidario más ardiente de la política de resistencia, y fué nombrado Mayans.

Entrándose en el debate sobre la contestacion al discurso de la corona, la oposicion progresista, como si temiese las iras del ministerio, le atacó suavemente; y fué lo más extraño que no alzase su voz para defender las leyes ultrajadas y la moral escarnecida y para denunciar los infinitos desafueros cometidos por el gobierno, una llamada fraccion *progresista-democrática*, mezcla incomprendible de republicanismo y monarquismo, compuesta de los cuatro diputados Nicolás Rivero, Aguilar ex-embajador en Portugal, Puig y Ordax AVECILLA, la que acababa de publicar un manifiesto que disgustó á los progresistas y no agradó á los republicanos. El gobierno, sin desprenderse por completo de la dictadura, hizo cesar con fecha 14 de Enero de 1849 las medidas gubernativas adoptadas contra multitud de personas, y como habian terminado ya las alteraciones de Cataluña, publicó en 8 de Junio siguiente una amplísima amnistía para todos los delitos políticos: por ella pudieron regresar á la patria los deportados, y casi todos los carlistas refugiados en Francia reconocieron á la reina, haciéndolo los primeros Villarreal, Eguia, Zariatogui, Sopelana, Montenegro y otros.

Cerróse esta legislatura en principios de Julio, despues de haber obtenido el gobierno autorizacion para plantear los presupuestos, que no procuraron examinar las Córtes, porque gustaban más de los actos y escándalos políticos que de mirar por los intereses de la nacion. No aprovechó á Mon la autorizacion, porque se indispuso con Narvaez y tuvo que dimitir á mediados de Agosto, siendo sustituido por J. Bravo Murillo, que quiso pasar por un gran hacendista, ya que llevaba nota de buen abogado.

Expedicion á Italia. Batalla de Novara. Refugiado Pio IX en Gaeta por consecuencia del asesinato de Rossi, demandó el auxilio de las potencias católicas para que derrocasen la

república romana y le volviesen al trono de la ciudad de los Césares. La república francesa, después de sufrir dolorosas convulsiones y pasar por las sangrientas escenas de Junio de 1848, debidas á los delirios demagógicos de L. Blanc y otros socialistas, convertidos en verdaderos fabricantes de sociedades, por no conocer más que muy superficialmente la en que viven, había caído primero en las manos del general Cavaignac, que procuró salvarla con la dictadura, y luego en las de L. Bonaparte, quien sólo pensó en devorarla, valiéndose para ello de engaños é hipócritas protestas en pro de la democracia. Pensando ya Bonaparte en usurpar el poder soberano, quiso atraerse, para facilitar su criminal empresa, al partido católico francés, y la Asamblea republicana fué tan cándida que accedió á su plan de mandar un ejército á la península itálica para destruir la república romana. La España, entregada á Isabel II, de quien eran dueños prelados, frailes y monjas, cuyos corazones rebosaban en fanatismo, ordenó á Narvaez el envío de una expedición que ayudase á la francesa á restablecer en el trono pontificio á Pio IX, y al mediar Mayo de 1849 se embarcaron en Barcelona 5.000 hombres al mando de Fernando Córdova, que, si bien no tenía nada de gran capitán, se jactaba de ser descendiente del que llevó este nombre y soñaba con reproducir sus hazañas en Italia. Córdova arribó á Gaeta, á donde ya había fondeado una escuadrilla al mando del brigadier Bustillos. El general francés Oudinot, que había intentado apoderarse de Roma con solos 6.000 hombres, fué rechazado por los republicanos, y al momento se le enviaron 24.000 más de refresco, que no quisieron, por envidia ó desprecio, ó por ambas cosas á la vez, que las tropas españolas se acercasen á la ciudad eterna, que ellos solos deseaban conquistar. Enojado Narvaez con Córdova por haber desembarcado en Gaeta y no en Terracina, mandó con más tropas al general J. Zavala para que tomase el mando en jefe, y mientras Oudinot asediaba á Roma, nuestro ejército se entretuvo en perseguir sin éxito á Garibaldi, que había salido de la ciudad en busca del rey de Nápoles, al que batió en Veletri. La república romana sucumbió ante el numeroso ejército francés, y el nuestro se volvió á España

sin haber disparado un tiro; pero gastando sendos millones en favor de un príncipe extranjero, condenado á perder bien pronto en aras de la unidad italiana la corona que ni él ni sus antecesores debieron llevar, y que ninguna falta les hacia para ejercer el pontificado de la iglesia católica.

En este mismo año de 1849 tuvo lugar la batalla de Novara, que perdió Carlos Alberto, rey de Cerdeña, quien se habia puesto al frente del movimiento liberal de Italia. Derrotóle el mariscal austriaco Radeski por traicion de Ramorino, el que en 1831 defendiera la causa de los polacos. No más perder la batalla, renunció Carlos Alberto la corona en su hijo Víctor Manuel, y abandonando la Italia, atravesó la Francia y la España rápidamente para ir á instalarse en Oporto, en donde muy luego falleció con los remordimientos de haberse hallado como voluntario en el Trocadero al lado de Angulema.

Ministerio-relámpago. Miétras se derramaban los tesoros de la esclavizada España con la insensata expedicion á Italia, la reina, complaciéndose en una indecente intriga de su marido, del beato y relajado confesor de éste, llamado el padre Fulgencio, que era su privado, y de la embaucadora monja de las llagas sor Patrocinio Quiroga, derribó en una noche al ministerio Narvaez, sustituyéndole por el que adquirió, á causa de su corta vida, el dictado de *ministerio-relámpago*, compuesto del C. de Cleonard, presidente y ministro de estado; del tristemente célebre Balboa, de guerra; de un pobre diablo mal abogado de Madrid, llamado Manresa, de gracia y justicia; de Bustillos de marina, y de Colombi de gobernacion. Al aparecer en la *Gaceta* este ministerio, fué tal la alarma é indignacion que produjo en todo Madrid, y tales las amenazas de todas las autoridades, que la reina tembló: llamó sin perder momento á Narvaez y le entregó de nuevo el mando. Se habia enseñado á Isabel por el mismo Narvaez y casi todos los jefes del moderantismo á menospreciar á las Córtes y á la Constitucion, y no era de extrañar que el presidente del consejo recibiese de vez en cuando el premio de las enseñanzas que diera por medio del músico Valdemoso y otros validos. Aceptó Narvaez el mando con la

condicion de castigar á los inspiradores de la burla hecha á todas las leyes y á la nacion; y la desmoralizada monja fué desterrada á Talavera; un hermano suyo, que de carabinero habia subido á gentil-hombre, á Ronda; el padre Fulgencio á Archidona; Balboa á Ceuta; Clonard á Jaen, y así otros varios de la camarilla de Francisco, quien quedó impune, á pesar de ser el mayor culpable. Poco duró el castigo de la monja y del padre Fulgencio, porque exigiendo el rey que aquella regresase á su convento y que á él le fuese devuelto su confesor y favorito, Narvaez tuvo que sucumbir: el fraile regresó á Madrid trayendo á su lado en la diligencia de Sevilla, con escándalo de los demás viajeros que en ella venian, una actriz de no buenos antecedentes. El 17 de Febrero se suspendieron las sesiones de Córtes, habiendo obtenido el gabinete otra autorizacion para cobrar las contribuciones, al discutir la cual Rios Rosas, que la combatia, y Gonzalez Brabo, que la apoyaba, se dirigieron terribles denuestos, provocando un duelo, de que salió herido el último. El Congreso no volvió ya á reunirse, y en verdad que no era digno de representar á la nacion, cuando ni á discutir los presupuestos se prestaba. El ministerio disolvió dicho Congreso, convocando otro para el 31 de Octubre, y miéntras tanto tuvo que sostener luchas terribles contra las exigencias del rey y su camarilla, compuesta de lo más fanático y corrompido de la sociedad. Al propio tiempo el ministerio, sin contar para nada con la representacion nacional, derrochaba el pobre tesoro público en reformar el teatro llamado Real ó de la Opera, en establecer el telégrafo óptico, cuando en el extranjero se ponía en práctica el eléctrico, y en ensanchar la plaza llamada Puerta del Sol, medida útil y de hermosa ornamentacion para Madrid, pero que costó muchos millones á la España toda. Tambien por esta época se reanudaron nuestras relaciones con el gobierno de la Gran Bretaña.

Nuevas Córtes. Hiciéronse las elecciones para el nuevo Congreso, cometiendo el gobierno y sus agentes miles de violencias é indignidades, que dieron por resultado una mayoria inmensa de moderados: lograron ser elegidos unos cuantos progresistas, á los que un ministro trató de

cubrir de oprobio en una de las primeras sesiones calificándolos de diputados *consentidos*, insulto que obligó á Madoz á renunciar su cargo, cuya conducta imitaron sus correligionarios.

Solos los moderados, nació de entre ellos la oposicion, y entónces fué cuando J. Donoso Cortés, especie de loco profético, muy dado á la lectura de la Biblia, que hablaba bien y con la entonacion y serenidad de un inspirado, y cuyo espíritu se hallaba hondamente afligido por la extension de las ideas revolucionarias y los pensamientos y disparates consignados en ciertos libros que sobre socialismo y comunismo habia leído, sin comprenderlos, hallándose de embajador en Francia, anunció que los Borbones coronados moririan á manos de la revolucion, exclamando en medio del terror de la Asamblea: *¡Dios aparte de la cabeza de mi reina y señora la maldicion que parece pesa sobre toda su raza!* Sin que surgiese del parlamento, hubo crisis que inició Bravo Murillo al exigir sin resultado de todos sus compañeros de gabinete grandes economías. En vista de esto y cansado ya Narvaez de la lucha que sostenia contra el rey y sus intrigas, lo mismo que contra un nuevo favorito de la reina, presentó su dimision marchándose á Paris en últimos de Enero de 1851. Al ministerio caido se debió la supresion de los intendentes y el que los jefes políticos tomaran el nombre de gobernadores, mereciendo más bien el de mandarines, porque por sus atribuciones mandaban casi como soberanos sobre sus respectivas provincias. La reina encargó á Bravo Murillo la formacion de un nuevo ministerio, que quedó constituido del siguiente modo: Bravo Murillo con la presidencia y la cartera de hacienda, Beltran de Lis la de estado, Vicente Gonzalez Romero la de gracia y justicia, Arteta la de gobernacion, Fernandez Negrete la de comercio y obras públicas, y el C. de Mirasol la de guerra, que luego dejó al mariscal de campo F. Lersundi, mal recibido por los directores de las armas, que eran tenientes generales.

Tenia Bravo Murillo tres pensamientos capitales al aceptar la presidencia del gabinete con la cartera de hacienda: acabar en su calidad de abogado con la preponde-

rancia militar, lo cual era un sueño, dada la organizacion de la sociedad no sólo en España, sino en toda Europa, arreglar la deuda y reformar la Constitucion. La cabeza que á un tiempo abrigaba el primero y último pensamiento, debia estar, si no enferma, algo perturbada. Enemistándose con los militares ¿con quién podia contar Bravo Murillo para ir á una especie de despotismo ilustrado, como el que intentó Zea regalar á la España?

Presentó á las Córtes el nuevo ministerio diferentes proyectos de ley de reconocida utilidad, tales como la venta de las encomiendas de San Juan de Jerusalem, las minas de Rio-Tinto, Linares y otras del estado, y el arreglo de la deuda desde 1828 á 1849. El último proyecto de ley dió lugar á una escena jamas vista ni oida en los parlamentos: al votarla los diputados el 5 de Abril, como era consiguiente, puesto que todos los ministros le habian aprobado ántes de llevarle al Congreso, pronunciaron su *si* los ministros-diputados, pero al llegar á Negrete le dió éste un *no* tan redondo y sonoro que dejó estupefactos á ministros, diputados y oyentes, promoviendo tal confusion y tumulto, que el presidente se vió obligado á levantar la sesion, así que se acabó la votacion. Negrete dimitió su cargo, y el Congreso fué disuelto, llamando á los electores á nuevas elecciones para el 10 de Mayo próximo.

Otras Córtes
nuevas y nue-
vos ministros.
El 2 de Diciem-
bre en Paris.

Aun cuando Bravo Murillo anunció por do quiera que las elecciones se harian con entera libertad, animando con esto á todos los partidos para que acudiesen á las urnas, cometieronse por los gobernadores civiles y los alcaldes los más grandes desafueros y las más indecentes supercherías, privando á las oposiciones de participacion en las mesas, leyendo dichos alcaldes las papeletas al revés etc., etc., y Sartorius, que ya llevaba el apodo de conde de San Luis, fué derrotado en el distrito, que muchas veces le habia elegido, sufriendo así la ley de la expiacion por lo que él hiciera siendo poder. Los progresistas lograron nombrar al pié de 50 diputados y los demócratas ó republicanos uno solo.

El 10 de Junio de 1851 se abrieron las Córtes sin el ce-

remonial de costumbre por estar la reina embarazada. Constituido el Congreso, dió su aprobacion definitiva, como despues el Senado, al proyecto de ley sobre el arreglo de la deuda, la cual ascendia (entendiéndose la que se iba á convertir de 1828 á 1849), á más de 13.000 millones, y aun cuando protestaron tenedores ingleses y holandeses, llevóse á cabo la conversion sin ulterior resultado; despues se decretó una quinta de 35.000 hombres, y aunque se presentaron los presupuestos no se discutieron por ser cerradas las Córtes al mes de su apertura. Volvieron á abrirse en Octubre próximo, y nada hicieron de provecho en el poco tiempo que estuvieron abiertas, pues que el gobierno las cerró por consecuencia del golpe de estado de 2 de Diciembre.

Llevó á cabo este acto L. Bonaparte para usurpar el poder soberano, que representaba como presidente de la república, convirtiéndose en emperador, despues de una farsa electoral, bajo el nombre de Napoleon III. Ayudáronle en la gran maldad muchos generales y paisanos sedientos como él de oro y de placeres, y al cometerla inundaron de sangre las calles de Paris y de varias poblaciones de Francia, y aprisionaron á los más ilustres representantes del pueblo. Animó á Bonaparte á realizar su crimen la anarquía en que los exaltados tenían al país, pues sabido es que las anarquías engendran los tiranos como los magistrados supremos carezcan de virtudes.

El golpe de estado de Bonaparte animó á Bravo Murillo para llevar á cabo su insensata reforma de la Constitucion en la idea de acabar con la escasísima libertad que habia en España; y para que la prensa le contrariase lo ménos posible, dió un decreto con fecha 10 de Enero de 1852 amordazándola más de lo que estaba. Como ya era una verdadera necesidad en la reina el cambiar de ministros por cualquier antojo, ó por exigencias de su tolerante marido ó del nuevo valido, llamado Arana, al que luego hizo duque, hubo reforma ministerial, saliendo Lersundi y Arteta, á los que sucedieron Ezpeleta y Mariano M. Reinoso, antiguo liberal exaltadísimo de Valladolid, quien durante la guerra civil pretendia nada ménos *que inundar de fuego las cuatro provincias rebeldes.*

Con motivo de dar entónces á luz la reina una niña, los soldados esperaban que se les rebajase algun tiempo de su servicio, y como fueron defraudadas sus esperanzas, hubo en la guarnicion de Madrid algunos individuos que pidieron tumultuosamente la rebaja, y el ministerio contestó con el bárbaro fusilamiento de un cabo del regimiento de Gerona y un corneta del batallon cazadores de Baza.

Expedicion de Narciso Lopez á Cuba. Su prision y muerte. Por este tiempo Narciso Lopez, el general que adquirió algun renombre, así por prósperos como por adversos sucesos durante la guerra civil, realizó su última expedicion á

Cuba, su patria. Favorecido por el gobierno de los Estados-Unidos y de muchos particulares norte-americanos, que aun sueñan en la anexion de la rica Antilla, cuando lo que ocurrirá con el tiempo será su independenciam, desembarcó el 12 de Agosto de 1851, procedente de la Florida, en el punto llamado Morrillo de Bahía Honda al frente de unos 800 aventureros, los ménos cubanos y los restantes verdaderos bohemios, por más que se llamasen yankees, alemanes, italianos, ingleses y franceses, sedientos todos de pillaje y oro á cualquier precio adquirido. Dirigióse Lopez con su gente al pueblo de las Pozas, en donde así como en otros creyó encontrar muchos partidarios por los informes que le tenia dados un cobarde intrigante llamado Morales Lemus, y al instante cayó sobre él con una pequeña columna el general Enna, al que rechazaron los filibusteros; pero reforzado el general español logró sorprenderlos el 17 en el cafetal de Frias. Refugióse Lopez con los que pudieron escapar de la sorpresa en los próximos montes á donde les persigió Enna, al que una bala traidora hirió mortalmente. Nuevas fuerzas que salieron de la Habana acorralaron de tal modo en los dias 22 y 23 á los filibusteros, que Lopez se vió obligado á escapar en busca de la costa con sólo siete hombres; pero cogido por dos cabos de ronda cerca del ingenio llamado Limones, y llevado á la Habana, acabó su vida en patibulo de garrote el 1.º de Setiembre. A los pocos dias fueron fusilados 51 partidarios de Lopez, mandándose los demás aprehendidos á presidio y á la deportacion.

Expedicion de Urbiztondo á Joló. En principios de 1851, hallándose Urbiztondo de capitan general de Filipinas, vióse obligado á castigar la pirateria de los joloanos no escarmentados con la dura leccion que les dió Clavería. Presentóse Urbiztondo en persona con respetable escuadra delante de Joló y demás islas del archipiélago, y despues de inútiles tentativas para hacer entrar en su deber al sultan y sus dattos, arrasó con la artillería y el incendio las más importantes poblaciones, obligando á aquellos naturales á reconocer la soberanía de la España, que más adelante habian de desconocer promoviendo nuevas guer-ras. La ad ministracion de Urbiztondo en Filipinas dejó gratos recuerdos por sus atinadas reformas y laudable moralidad.

Atentado del cura Martin Merino. El dia 2 de Febrero fué teatro el real pa-lacio de un atentado horrible. Saliendo Isabel de la real capilla con su tierna hija para ir de seguida á presentar á ésta á la virgen de Atocha, un sacerdote, que por su traje no encontró impedimento para penetrar por donde quiso, y estaba esperando á la reina en la galería que con precision tenia que atravesar, se acercó á ella armado de un puñal que la clavó en el costado derecho con tal sangre fria que bien podia confundirse con la in-diferencia. Embotóse afortunadamente el puñal en el rico vestido que llevaba la reina bordado todo de oro, y el arma sólo la causó una ligera lesion, que la hizo exclamar: *¡ay, que me han herido!*, cayendo al instante desmayada. El asesino la contempló un segundo con feroz fruicion, y es fama que dejó escapar estas palabras: *¡torpe de mí que no envenené el arma!* Desenvainaron sus espadas todos los cortesanos y militares presentes dirigiéndose contra el asesino, objeto de toda clase de denuestos, quien sereno como si acabase de ejecutar una accion heróica, dijo: *yo he sido, aquí me tienen ustedes, porque no pienso escapar-me.* Casi todo el mundo creyó que el asesino se habia disfrazado de sacerdote para ejecutar mejor su maldad, y que cuando ménos seria un enemigo de los tronos, miembro de una sociedad secreta, al que por suerte le hubiera tocado la ejecucion del regicidio; pero Martin Merino, que así se llamaba el asesino, era verdadero sacerdote,

salta-tumbas en Madrid, como él se calificó, de edad de 63 años, y natural de Arnedo en Rioja. En la declaración que se le tomó dijo, que estaba hastiado de la vida por las injusticias sociales; que tenía aversión á los hombres y que concibió el plan de asesinar á la reina para lavar el oprobio del género humano y concluir con la inmoralidad y el perjurio, no teniendo cómplices en el atentado, porque con nadie trataba ni á nadie, por consiguiente, habia descubierto su pensamiento. Sustanciada la causa rápidamente, faltándose á casi todas las formas legales, fué condenado á la pena de muerte en garrote, qu sufrió el 7 con verdadera alegría, quemándose en seguida su cuerpo, como se quemaron despues sus inocentes libros y papeles. En la capilla y en el camino del patíbulo asombró á todo el mundo con su extraordinario gozo y sus dichos repentinos, agudos y picantes. Manifestóse escéptico en religion y en política, y el acto de la degradacion sacerdotal le tomó como una verdadera diversion, dejando atónitos y escandalizados á eclesiásticos y á cuantos le presenciaron. ¿Era Martin Merino un hombre extraordinario, semejante al filósofo estóico Anaxarco que, condenado á la pena de ser machacado vivo en un gran mortero, decia desafiando á su verdugo, *machaca, machaca el cuero, que á Anaxarco no le machacas?* Su trato natural con todos los que se le acercaron, sus conversaciones sobre religion, literatura y artes, sus sorprendentes agudezas, sus citas fidelisimas de autores latinos que perfectamente conocia, su erudicion inmensa, en fin, para hablar de todo como si estuviera en una academia de sabios, daban á entender que se encontraba cuerdo; pero su carencia de remordimientos ó formal indiferencia por el crimen cometido, y su serenidad extranatural, verdaderamente espantosa ante jueces y altos funcionarios, y su pulso inalterable al notificarle la sentencia de muerte demuestran que era un loco. Y si á esto se añade que cuando le vistieron la deshonorante hopa de los ajusticiados, dijo que no la cambiaria por un manto imperial, y que al divisar el patíbulo afrentoso su alegría no conoció límites, hay que convenir en que era un loco rematado. ¿Por qué la ciencia no intervino de la manera que debió intervenir para resolver este problema?

Es que se queria una víctima, y cuando esto sucede, la ciencia es soberanamente despreciada por los que han tomado el papel de verdugos.

Caida de Bravo Murillo.

Dueña la opinion pública del plan de reformar la menguada Constitucion de 1845, pusieronse enfrente del ministerio casi todos los moderados, la prensa periódica, Cristina y el mismo Miraflores, que dimitió su cartera, reemplazándole Beltran de Lis, como á Reinoso reemplazó un desconocido, llamado Bordiu, que entró en el poder para comprar á Salamanca, vuelto ya al moderantismo, el ferro-carril de Madrid á Aranjuez, y luego arrendársele sin subasta en una exigua cantidad anual. Así moralizaba la administracion pública el que queria acabar con la tribuna. Tuvo tambien Bravo Murillo que combatir las intrigas de la sor Patrocinio y del rey, que querian otro ministerio relámpago, y mandó á aquella mujer mundana y embustera á un convento de Roma, cosa que aprobó el nuncio á cambio de admitir el ministro G. Romero unas 8.000 monjas en 300 conventos y tolerar las congregaciones de los Paules y de San Felipe Neri.

Convocó el gobierno para el 1.º de Diciembre las Córtes, á las que pensaba presentar la reforma, para condenar la cual bastará decir que las sesiones de los cuerpos colegisladores habian de ser secretas; pero en el dia de la apertura las oposiciones hicieron triunfar á M. de la Rosa, su candidato, que obtuvo 121 votos contra 107, que sólo logró el ministerial. Bravo Murillo se presentó á la reina para que optase entre su dimision ó disolver el Congreso: Isabel le dió el decreto de disolucion de Córtes, convocándose otras para el 1.º de Marzo de 1853. Alarmáronse entónces todos los intereses liberales, y se formó una coalicion de todos los partidos con el único fin de acudir acordes á las urnas contra el insensato que queria acabar con el sistema representativo por medio del proyecto de reforma, que publicó en la *Gaceta* para que se examinase. Como Narvaez habia sido declarado jefe de las oposiciones, Bravo Murillo, que se gozaba en menospreciar á los militares, le desterró á Viena con el pretexto de que estudiara la organizacion del ejército austriaco; pero así que

aquél llegó á Bayona representó á la reina contra el atropello de que era objeto, y fulminó tales anatemas contra la reforma, que Isabel exigió al gabinete su dimision, la cual llenó de contento á Madrid en términos que, á pesar de sus grandes y recientes odios, se abrazaban en las calles progresistas y moderados.

Entre las muchas cosas malas que hizo Bravo Murillo, le es deudora la villa de Madrid de una buena, la traida de las aguas del rio Lozoya, para lo que facilitó grandes sumas del tesoro nacional.

Ministerio Roncali. Sucedió al gabinete Bravo Murillo el que confeccionó Roncali, convertido en conde de Alcoy, del siguiente modo: él, presidente sin cartera; Lara de guerra; Mirasol de marina; Vahey, de gracia y justicia; Aristizabal, de hacienda, y de gobernacion A. Llorente, que luego fué reemplazado por Benavides. Como el nuevo ministerio se anunció enemigo de la reforma de Bravo Marillo, pero partidario de la enmienda de las leyes políticas, siguió la coalicion electoral, y abiertos los comicios el 3 de Febrero de 1853 acudieron á ellos todos los partidos; y si las oposiciones no obtuvieron mayoría, porque en España los gobiernos han ganado siempre las elecciones por la violencia y los amaños, lograron traer al Congreso una minoría respetable. Capitaneaban á la moderada del Congreso, Pidal, Rios Rosas y Sartorius, como á la del Senado Narvaez y O'Donnell. Constituido el Congreso á mediados de Marzo, fué elegido presidente el vohuble M. de la Rosa, que habia abandonado la coalicion. La minoría progresista del Senado presentó una proposicion para que no se adjudicase ningun ferro-carril á no ser por una ley, pues que con universal escándalo se habian concedido por dinero diferentes lineas; y cuando se estaba en la discusion de este asunto, el gobierno, sin motivo ni pretexto de ninguna especie, suspendió el 8 de Abril las sesiones de ambos cuerpos colegisladores. Este verdadero atentado fué exigido, segun pública voz y fama, por el favorito Arana, quien no sólo queria ver cerradas las Córtes, sino relevado el ministerio por otro que fuese más complaciente para sus exigencias, con las cuales quedaba muy mal parada la pública moralidad.

Ministerio
Lersundi. Es-
cándalos increi-
bles.

Suspendidas las sesiones de las Córtes, se exigió á Roncali que presentase su dimision, y Lersundi fué encargado de formar el nuevo ministerio, que se llamó como el que le sucedió, *de los polacos*, á causa de su nepotismo, de smoralizacion y desprecio á las leyes y á todo lo más santo y sagrado. Lersundi, que se encargó de la presidencia con la cartera de guerra, hizo que se diese la de hacienda á Bermudez de Castro, la de estado á Torre Ayllon, la de gobernacion á P. Egaña, la de gracia y justicia á Gobantes, y la de marina á Doval. Como la reina y el valido se complacian en burlarse del sistema representativo, hubo al poco tiempo mudanza de varios ministros, entrando en fomento Claudio Moyano, que luego dejó su puesto al que tanto le deseaba, Agustin Estéban Collantes; en estado C. de la Barca, y en hacienda L. María Pastor, quien sin ciencia ni estudios se jactaba de ser un gran hacendista, como se jactó de ser un gran liberal así que cambiaron los tiempos.

La entrada de Estéban Collantes en el gabinete se señaló con un acto bochornoso, que otro calificativo no merece la publicacion del real decreto de 7 de Agosto de 1853, á los cinco días justos de ser ministro, disponiendo, *que se llevasen á cumplida ejecucion las concesiones de ferro-carriles hechas ó aprobadas á virtud de reales órdenes ó decretos*. La opinion pública se soliviantó con tal decreto, que tan á las claras demostró la venalidad que corroia á la situacion; pero los ministros de Isabel despreciaban aquella reina del mundo, y era inútil invocar la santidad de las leyes y los fueros de la justicia: entónces se vieron nuevas concesiones de ferro-carriles, con escándalo hasta de los ménos escrupulosos en materia de moralidad.

En esa época de eterna vergüenza, aun cuando no la última para la España, hallábase la reina con su marido en la Granja, en donde los comensales de Tiberio en Caprea no hubieran echado de ménos las delicias proporcionadas por la sensualidad, ora natural, ora monstruosa... Entregado Francisco en el real sitio á toda clase de concupiscencias, porque de todas ellas gustaba su estragado organismo, era hasta no más tolerante, como tenia prometido, á título de que lo fueran con él, y tal y tan hedionda

su degradacion, que decia con la mayor naturalidad á su mujer: *mira, Isabelita, que el pollo Arana te la pega.* Este, dueño de los destinos de la patria, sumida en degradante servidumbre, sacaba allí fuerzas de flaqueza para complacer á la concupiscente reina, nueva Mesalina, siempre sedienta, nunca harta, de torpes y libidinosos placeres; y como la naturaleza tenga puestos sus límites á todas las cosas, hacíase llevar el valido para forzarla viandas estimulantes, así de tierra como de mar, y tomaba sendos baños en marmóreas pilas llenas de rico vino de Jerez, que en el momento de salir de aquellos era arrojado por el suelo. Con esto, su influencia ante Isabel era omnipotente, y él la aprovechaba para asuntos de interés particular, en los cuales habian de servirle los ministros, bajo la pena de perder sus puestos. No prestándose Lersundi á ser eterno y ciego instrumento de las exigencias del valido, pidióle la reina la dimision, y en el momento y por indicacion de Estéban Collantes, se encargó la formacion de nuevo gabinete á Luis Sartorius, flamante conde de San Luis, que fué digno jefe del partido polaco, provocador inmediato de la revolucion de 1854. Sartorius confecionó el 17 de Setiembre su ministerio del siguiente modo: él, presidente con la cartera de gobernacion, Castro y Orozco, marqués de Gerona, obtuvo la de gracia y justicia; Domenech, aquel progresista amigo de Olózaga, la de hacienda; Roca Togores, convertido en marqués de Molins, la de marina; Blaser la de guerra, y Collantes y C. de la Barca quedaron en las suyas de fomento y estado.

Córtes. Votacion en el Senado de los 105. Aunque despreciador insolente de las le-
yes, no pudo ménos el nuevo ministerio de convocar las Córtes, tanto tiempo cerradas, para mediados de Noviembre. Miétras que de todas las bocas honradas salia la palabra *moralidad*, como elocuente protesta contra la corrupcion apoderada de las alturas, el ministerio tuvo la audacia de presentar en el Congreso, entre otros, un proyecto de ley para que confirmase las concesiones hechas de ferro-carriles y de rogar al Senado que suspendiese la discusion pendiente ante él sobre el mismo asunto, por consecuencia de la proposicion de la minoría progresista para que no se concediesen líneas férreas, á no ser

por una ley. El ministerio abrigaba la confianza de que el Congreso aprobaria su proyecto de ley, y así triunfaria despues en el Senado, y para llevar á cabo este plan tan descarado como burdo, queria que el Senado le desechara, anulándose, y que además infringiera la ley de relaciones entre ambas Cámaras, que prohibia la presentacion del proyecto de ley al Congreso, puesto que estaba pendiente el mismo asunto ante el Senado desde Marzo anterior. Puesto á discusion en el Senado el asunto de los ferro-carriles, despues de acalorados discursos de varios senadores y de los ministros Sartorius y Collantes, se puso aquel á votacion el 9 de Diciembre, y 105 senadores condenaron al gobierno contra 69 que le dieron sus sufragios. La derrota no podia ser más grande, y el deber del ministerio era retirarse; pero como contaba con la influencia del valido, prefirió provocar la revolucion, empezando por suspender las sesiones de Córtes al siguiente dia, exigir despues un anticipo al país, que le dió por estar sumido en la servidumbre, y perseguir á los generales que, cumpliendo con su conciencia, habian dado su voto negativo á un asunto de pura moralidad. O'Donnell y Concha (M.) fueron los primeros desterrados: éste se refugió en Francia, y aquél se escondió en Madrid, decidido á jugar su cabeza en una revolucion; el ministerio dió á ambos de baja en el estado mayor del ejército. Zavala, Serrano, Concha (J.), Armero, Nogueras, Infante y otros fueron destinados de cuartel á varias provincias, y hubo remociones en masa de jefes militares y de empleados que no aplaudian la marcha desatentada y criminal de los ministros.

Arrojado así el guante al país, empezó la conspiracion, de que O'Donnell se constituyó en jefe, mostrando una perseverancia pasmosa y de que solamente era capaz su sangre fria irlandesa, porque estuvo escondido, saltando de una casa para otra, durante medio año, y algunos dias en lugares tan pobres como tristes. La prensa fué reducida al silencio, y protestaron de esta tiranía *El Clamor Público, La Nacion, El Tribuno, Las Novedades, El Diario Español, La Epoca y El Oriente*. Se prohibió la entrada en España de algunos periódicos ingleses y franceses

sólo porque hablaban contra la inmoralidad del ministerio por la cuestion de los ferro-carriles. Pero como á la opinion no se le cierran impunemente las válvulas naturales para manifestarse, surgió al instante lá prensa clandestina, y *El Murciélagó*, que atacaba al rey, á la reina y á Arana de una manera feroz, aun cuando merecida, y diversas hojas escritas como aquél por los moderados, que ya querian una revolucion, no sólo inundaban á Madrid, sino á todas las provincias. Encontróse un dia Isabel en su tocador con una de dichas hojas, en que leyó, entre otras cosas, «que el ministerio polaco no era el ministerio de la reina, sino el de un favorito imbécil, absurdo, ridiculo, sin reputacion, sin gloria, sin talento, sin corazon y sin otros titulos al favor supremo que los que podia encontrar en una veleidá libidinosa. Llamábase tambien en dicha hoja á Arana nuevo Godoy, y se la daba fin con las siguientes exclamaciones: «¡Muera el favorito! ¡Viva la Constitucion! ¡Viva la libertad!» En *El Murciélagó* se prodigaban mil dieterios al marido de la reina, siendo el menor de ellos el asentar *que un dia quedaria enredada su cabeza entre las ramas de una encina del Pardo*. La fama pública atribuia la redaccion de *El Murciélagó* y la de algunas hojas á A. Cánovas del Castillo, jóven malagueño, triste redactor entónces, y no de plantilla, de *Las Novedades*, quien, protegido luego por O'Donnell y en alas de su talento, adquirió gran prestigio y poderio. La revolucion empezó á dar señales de vida en Zaragoza, pronunciándose el coronel Hore al frente del regimiento de Córdoba en la noche del 20 de Febrero; pero abandonado de los paisanos que habian ofrecido secundarle, y de otro regimiento comprometido por su coronel el marqués de Santiago, fué muerto de un balazo, frustrándose con esta desgracia el movimiento: el segundo de Hore, teniendo coronel Latorre, salió de la ciudad al frente del regimiento para ganar la frontera francesa, que atravesaron todos los suyos ménos él, que cogido en una borda próxima á la raya, fué llevado á Zaragoza, en donde se le fusiló el 6 de Marzo.

Alzamiento de Dulce y O'Donnell en el Campo de Guardias. Accion de Vicálvaro. Programa de Manzanares.

Siguiendo O'Donnell en sus trabajos de conspirador, tuvo la fortuna de comprometer al general D. Dulce, el jefe de los alabarderos en la noche del 7 de Octubre de 1841, nombrado director del arma de caballería, quien supo inspirar confianza al gobierno cuando más comprometido estaba por la causa de la revolucion. Contaba tambien O'Donnell con el coronel del regimiento infantería del Príncipe Rafael Echagüe y con casi toda la oficialidad del de Extremadura. Arregladas bien las cosas, se determinó que el 28 de Junio, ántes del amanecer, sacaria Dulce al Campo de Guardias toda la caballería que habia en Madrid, consistente en cuatro regimientos, como Echagüe el suyo, y varios oficiales el de Extremadura. No pudieron estos realizar su empeño por impedírsele la guardia de prevencion al salir del cuartel; pero Echagüe y Dulce cumplieron su palabra presentando sus respectivas fuerzas en el sitio señalado, á donde acudió O'Donnell metido en un coche. En el acto se dió orden de marchar á Canillejas, y en este pequeño lugar, montando á caballo O'Donnell y rodeado de los generales Dulce, Mesina y Ros de Olano, arengó á las tropas declarándolas la empresa que iban á llevar á cabo, y diciéndolas, que el que no se sintiese con vocacion para seguirle podia volverse á Madrid, cosa que tan sólo hizo el coronel C. de la Cimera. De Canillejas partieron los pronunciados á Alcalá, en donde se les unieron otros dos regimientos de caballería, y desde esta ciudad dirigieron el mismo dia 28 los generales, coroneles y jefes de los cuerpos sublevados una exposicion á la reina acusando á los ministros de rapaces, concusionarios y dilapidadores, diciendo de ellos, como era la triste verdad, *que no habian concedido ninguna linea de ferro-carril sin percibir ántes alguna crecida subvencion, ni despachado ningun expediente sin haber tomado para si alguna suma, habiendo vendido hasta los destinos públicos de la manera más vergonzosa*, por lo cual la rogaban relevase del mando á semejantes hombres, añadiendo que ellos habian *saltado á sostener el trono de S. M., la Constitucion y los intereses de la nacion*. Como se ve, en lo que ménos pensaban los

pronunciados era en arrancar de raíz el mal que tenia á la España en la pobreza, la deshonra y la servidumbre.

Sin embargo de carecer el gobierno casi por completo de caballería, reunió en Madrid fuerzas respetables de infantería y artillería, que encomendó, despues de revisadas en el Prado, al ministro de la Guerra y al general G. Loigorri, conde de Vistahermosa, para ir en contra de los pronunciados, que desde Alcalá determinaron venir sobre Madrid en la confianza de que la capital se alzaria á su aproximacion. Diéronse vista las fuerzas de los pronunciados y las del gobierno en los campos de Vicálvaro el 30 de Junio por la tarde, trabándose una pelea sin importancia entre la infantería; pero luego Blaser enfiló los cañones contra la caballería de O'Donnell: viendo éste que la artillería de aquél le hacia algunas bajas, ordenó á varios escuadrones que se arrojasen sobre las piezas, lo cual hicieron con tal bravura, que la mayor parte de ellos las rebasaron alejando á los artilleros: el arrojado de la caballería intimidó á Blaser, quien no acertó á adoptar ninguna determinacion, visto lo cual por O'Donnell mandó tocar retirada hácia Vicálvaro, donde pasó la noche, mientras Blaser, mohino y avergonzado, y con la idea de que no podia vencer sin caballería á su contrario, se retiró á Madrid. Hubo en la accion unas 50 bajas de ambas partes. Al siguiente dia O'Donnell tomó el camino de Aranjuez, en donde se le presentaron muchos paisanos, con los que formó un pequeño batallon, y despues de dar una allocucion á los españoles, en que decia *que era preciso llevar al banquillo de los reos á los restauradores de los frailes*, partió para la Mancha, confiando en que las provincias secundarian su alzamiento; y para animarlas en esto, al llegar á Manzanares el 7 de Julio dió el manifiesto que lleva el nombre de esta villa, el cual, redactado por Cánovas del Castillo, decia, entre otras cosas, «que se habia alzado en armas para defender la libertad ultrajada; que queria la conservacion del trono, *pero sin camarillas que le deshonrasen*; la reforma de las leyes electoral y de imprenta, la descentralizacion, la milicia nacional y Córtes generales para que la nacion misma fijase las bases de su

regeneracion, porque su espada y las de los que le seguian estaban consagradas á la *voluntad nacional*.

Alzamiento de Valladolid, Barcelona y otras ciudades. Caída del ministerio polaco.

La publicacion del manifiesto de Manzanares, que circuló con profusion por Madrid y provincias, animó en extremo á todos los liberales, y las más importantes ciudades, las primeras Valladolid y todas las de Castilla, Barcelona y otras se pronunciaron, nombrando sus juntas de gobierno. En vista de esto la reina tembló, y haciendo que dimitiesen sus ministros, dió el encargo de formar nuevo gabinete de progresistas acomodaticios y de moderados que no lo fuesen ménos al general Córdova, quien, despues de diversas conferencias, logró tener por compañeros al duque de Rivas, al que cedió la presidencia, quedándose él con la cartera de guerra, á Rios Rosas y Mayans, moderados, y á Roda, G. de la Serna y Cantero, progresistas. Pero estos ministros puede decirse que no ejercieron sus cargos, y solamente dió señales de vida el de la guerra para ensangrentar á Madrid por su falta de prudencia.

Sucesos de Madrid. Llama la reina á Espartero. Abraza de éste y de O'Donnell.

El 17 de Julio por la tarde, susurrándose que se habian pronunciado Valladolid, Barcelona, Zaragoza y otras ciudades, empezó el pueblo á alborotarse en la plaza de toros, vitoreando á la libertad y obligando á la música á tocar el himno de Riego. Acalorados con esto los ánimos, salieron muchos jóvenes de la plaza en actitud revolucionaria y encamináronse al Principal en la idea de que se le entregase la tropa que le custodiaba, miéntras que de diferentes barrios, á donde habia cundido la alarma, salian grupos armados de cualquiera manera, y presentándose en la casa de la villa nombraron entre el barullo una junta, la cual desapareció, no sin redactar una exposicion á la reina, que Córdova recibió en palacio, diciendo á los que la llevaron, que él no sucumbiria al programa de Manzanares ni sostendria otra Constitucion que la de 1845. Interin esto sucedia, otros grupos de criminales invadieron el palacio de Cristina, refugiada al lado de su hija, rompiendo todos los cristales y haciendo una inmensa hoguera de su rico mobiliario en la inmediata plazuela del Se-

nado, así como las casas de Sartorius, Salamanca, Vista-hermosa, Quinto y Domenech, en donde ejecutaron la misma infame acción de poner fuego á los muebles que hallaron en ellas.

El atentado cometido contra Salamanca indignó á su amigo y protegido el coronel J. Gándara, gran liberal y constante conspirador hasta aquel día, y para vengarle pidió á Córdoba dos compañías de tropa y dos piezas de artillería, que al momento le fueron concedidas, y con ellas dispersó á balazos y cañonazos, causando inocentes víctimas, á los incendiarios de los muebles de Cristina, Salamanca y otros, pues que recorrió Madrid en todas direcciones con su pequeña fuerza no encontrando seria resistencia en parte alguna. El acaloramiento fatal de Gándara y la torpeza de Córdoba facilitándole la fuerza que le pidió, ocasionaron las desdichas que sufrió Madrid, porque aquél provocó insolentemente á todo el pueblo, cuando en caso debió limitarse á castigar á los incendiarios, á los que de seguro habrían ahuyentado del teatro de sus salvajes escenas 20 ó 30 guardias civiles, diciendo á las gentes honradas que les ayudasen á imponerse á criminales comunes de la peor especie. La correría de Gándara provocando á sus antiguos amigos los revolucionarios y causando muchas desgracias indignó á todo el mundo, y desde este momento la lucha se hizo inevitable entre las tropas y el pueblo, que poco á poco fué dando su contingente para sostenerla en varios puntos, siendo los principales de éstos la plaza de Santo Domingo y la Mayor, y las calles de Toledo, Platerías, Carrera de San Jerónimo, Montera y Fuencarral. El 17, apenas hubo más víctimas que las causadas por Gándara, pero el 18 ocurrieron diferentes desgracias de soldados y paisanos, batiéndose éstos tras de las esquinas y algunas barricadas que lograron levantar en los puntos estratégicos de la capital. Córdoba fué ya desde el 18 el único de los ministros que asumió la responsabilidad de la lucha dirigiéndola desde el real palacio con ceguedad y encono vituperables. El 19, viendo que la sangre corría sin necesidad, porque, pronunciadas las más importantes poblaciones, el triunfo de la revolución era ya seguro, se reunieron en casa del banquero narvaista

J. Sevillano, calle de Jacometrezo, unos cuantos ciudadanos para nombrar una junta de salvacion ó de gobierno, compuesta del general San Miguel, presidente, y varios vocales, entre ellos Sevillano, Escalante, Iriarte, Vega Armijo, Aguirre y Ordax AVECILLA, la cual dió en el acto una proclama á los madrileños en la que decia: *Se trata de engañarnos de nuevo exigiendo que reconozcamos un ministerio Rivas-Mayans. No más tiranos. Queremos una junta provisional nombrada por el pueblo, no un gabinete DESIGNADO POR EL FAVORITO. Madrileños: fijos en los puestos hasta que se arme la milicia nacional. ¡Viva el pueblo soberano!*

El lenguaje enérgico de esta junta, unido al de otras gentes más avanzadas en ideas, que se formó en los barrios bajos, quintuplicó el 19 los combatientes, hizo que se construyesen más barricadas y que la reina temblase en su palacio, que abandonaron cobardemente los cortesanos que más la debían temiendo una invasion del pueblo. Pero éste no pensaba en semejante cosa: se contentaba entónces con poco, y así es que cuando, al considerarse perdida la reina, anunció al medio día del 19 que se echaba en brazos de Espartero, todo el mundo se entregó á las expansiones de la más inocente alegría, y cesó el fuego aunque guardando las barricadas hasta que viniese á la corte el vencedor de Luchana. La junta de salvacion, considerándose entónces soberana, empezó á funcionar como tal, removi6 á la municipalidad y á la diputacion, reemplazándolas con las de 1843, como si en los 11 años trascurridos no hubieran ocurrido grandes y reprobadas apostasías, que así se vieron premiadas, y nombró capitán general y ministro interino de la guerra á San Miguel, quien apaciguó los barrios del Sur, más que con el aparato de las armas, con la oferta de unos cuantos empleos á los más gritadores, entre ellos un torero llamado *Pucheta* y un aceitero de apellido Valera, que fueron, segun voz pública, los que más contribuyeron para que se prendiese al polizone F. Chico, que estaba enfermo, y llevado en una camilla á la calle de Toledo fué allí asesinado á sangre fria con un infeliz que le habia servido de portero.

Antes de recibir Espartero el aviso de la reina para

entregarle el poder, habia salido de Logroño para ponerse al frente de la junta de Zaragoza, que, instalada el 17, le mandó una comision rogándole aceptara la presidencia. Recibido el 18 con entusiasmo delirante en Zaragoza, en el mismo dia llegó á esta ciudad el comisionado de la reina para que se presentase en Madrid; pero Espartero se detuvo allí con ánimo deliberado de populachear, de lo que era muy amigo, miéntras que mandaba á la corte como en clase de precursor al brigadier Allende Salazar para que predicase por todas partes, « que el duque de la Victoria aspiraba á ser el Washington de España. » Ni el pueblo estaba para recibir á un Washington, ni él lo era, aun cuando hubiese deseado desempeñar el papel del héroe norte-americano, como bien tristemente lo habia demostrado durante su regencia. Para ganar tiempo impuso Espartero ciertas condiciones á la reina, que ésta aceptó, siendo la más importante el hacer una paladina declaracion, un verdadero *confiteor* de sus culpas y pecados en un manifiesto que, publicado el 26 de Junio, empezaba así: *Espanoles, una serie de lamentables EQUIVOCACIONES ha podido separarme de vosotros, etc.*

Espartero llegó por fin el 28 de Julio á Madrid, en donde tuvo un estrepitoso recibimiento; conferenció al instante con la reina, y no quiso formar el ministerio que se le encargó sin contar con O'Donnell, quien desde Andalucía, al saber que la revolucion habia triunfado en la mayor parte de España, se vino hácia la capital, en la que entró el 29. Abrazáronse en público Espartero y O'Donnell en muestra de reconciliacion de progresistas y vicarvaristas, nombre este que desde entónces se dió á los partidarios del último personaje, iniciador venturoso de la revolucion ó pronunciamiento que acababa de efectuarse.

HISTORIAS.

LIBRO XXXI.

(DESDE AGOSTO DE 1854 HASTA JULIO DE 1856.)

Sumario.

Ministerio Espartero-O'Donnell. Sus medidas. Destierro de Cristina.— Elecciones. Apertura de las Córtes Constituyentes: Su composicion.— Votacion célebre, del 30 de Noviembre.—Trabajos legislativos.— Anarquía.—Bases de la Constitucion. Leyes varias. La de desamortizacion.—Reforma del ministerio.—Extranjero. Guerra de Oriente, llamada tambien de Crimea.—Rompimiento con Roma.—Vuelven las Córtes á sus tareas.—Atentado contra las Córtes.—Nueva reforma del ministerio.—La prensa periódica.—Los incendios de Castilla.—Suspension de los trabajos de las Córtes. Caída de Espartero. Disuelve O'Donnell aquellas á cañonazos.

Ministerio Espartero-O'Donnell. Sus medidas. Destierro de Cristina. La reina estaba á salvo. La revolucion triunfante habia echado un velo sobre la *serie de lamentables equivocaciones*. ¿Qué más podia desear Isabel? Espartero, sin haber puesto nada de su parte para el cambio político que acababa de operarse, encontrose por la suerte, que tantas veces se le mostrára propicia, convertido en la primera figura activa del país despues de la reina, ya que no en Wasingthon, como soñaron, aun cuando por pocos dias, él y más que él unos cuantos aduladores que le rodeaban. Bajo su presidencia se formó el siguiente ministerio: para estado Pacheco, para guerra O'Donnell, dueño con esto del ejército, para hacienda Collado, para fomento F. Lujan, para gracia y justicia J. Alonso, que ya desempeñó este cargo en

la época de 1840 á 43, para marina Allende Salazar y para gobernacion F. Santa Cruz, rico propietario de la provincia de Teruel, que no tenia más títulos para obtener tan importante cargo que el haber sido diputado silencioso de unas Córtes unos pocos meses. Muerto por la revolucion el código político de 1845, el ministerio, segun unánimemente pidieron las juntas, convocó Córtes Constituyentes, que habian de reunirse el 8 de Noviembre inmediato, elegidas por la ley de 1837 con el censo de 200 reales.

Como era consiguiente, hubo numerosas remociones de empleados, eso que las juntas habian hecho muchísimas con grave daño del servicio público, impulsadas, cual lo fué el ministerio, por las exigencias y aun amenazas de miles de pretendientes que se decian héroes de la víspera, sin haber corrido el menor riesgo en la revolucion. Los gobiernos civiles se dieron, como era natural, á hombres identificados con la revolucion, y de antecedentes y servicios reconocidos: entre otros, Nicolás Rivero obtuvo el gobierno de Valladolid, como Madoz el de Barcelona, afligida por el cólera, que no se presentó en parte alguna tan asolador como en 1834. O'Donnell y San Miguel fueron elevados á la categoría de capitanes generales de ejército, y Allende Salazar á la de mariscal de campo, para que así tuviera más representacion en el ministerio. Después de esto se declararon caducadas (que fué lo ménos que se pudo hacer en el asunto) varias concesiones de ferro-carriles, y el ministro de hacienda nombró una comision para examinar el estado del tesoro, la cual fijó el déficit de éste por los últimos años en setecientos y pico millones de reales. Miétras en las provincias se entregaban todos los liberales á los trabajos preparatorios de las elecciones, unas cuantas docenas de bullangueros de Madrid, de los que componian el club de la Union, establecido en un pequeño teatro de la calle de Relatores, el cual tuvo que cerrar el gobierno porque no era más que un foco de escándalos promovidos por aquellos que, en su mayoria, no aspiraban á otra cosa que á obtener destinos ó á singularizarse para la consecucion de otros fines, lograron interesar á cierta parte del pueblo para pedir que se apresara y juzgase á Cristina, como si ésta debiera responder de

los actos de Isabel y sus ministerios, en la idea de imponerla un severo castigo. Las exigencias de los gritadores, así en su fondo como en su forma, no podían ser más injustas, por cuanto Cristina no era responsable ante la ley de nada de lo ocurrido en España durante los últimos once años; pero aquellas tenían que mirarse con lástima mezclada de desprecio, considerando que dicha señora no dejaba de ser la madre de la reina, á quién la revolución acababa de perdonar sus errores y extravíos. Las pretensiones, pues, de los gritadores encerraban tanta imprudencia como cobardía: respetada la hija, no había más remedio que respetar á la madre, máxime siendo inocente; y aun suponiéndola culpable, que no lo era, ¿cómo había de juzgársela y penársela reinando su hija? Sin embargo, el gobierno se mostró débil, y prometió que Cristina saldría desterrada de España. Entónces se manifestaron más exigentes los bullangueros, que formaban todos los días grupos con armas alrededor del real palacio para que no se les escapase la que decían debía ser su presa. Queriendo el gobierno dar fin á la intranquilidad que esto producía en la capital, hizo que una noche saliese Cristina para Portugal, escoltada por dos escuadrones al mando del coronel Garrigó, que se batió al lado de O'Donnell en Vicalvaro, cayendo prisionero de Blaser. Sabedores los enemigos de Cristina de la marcha de ésta, promovieron un alboroto el 28 de Agosto y construyeron algunas barricadas cerca del antiguo convento de los Basilios, sito en la calle del Desengaño, á los gritos de *¡abajo el ministerio! ¡venga Cristina!*; pero acometidos por la noche fueron desalojados en pocos minutos del citado edificio, quedando muchos prisioneros y escapándose los más comprometidos, que luego regresaron por indultarlos el gobierno.

Elecciones.
Apertura de
las Córtes
Constituyentes. Su composición.

Fueron las elecciones para las Córtes Constituyentes las más liberales que se han conocido en España, aun cuando no puede negarse la natural presión que respecto de ellas tenían que ejercer los últimos acontecimientos revolucionarios. El ministerio recomendó á sus agentes la mayor legalidad y no se opuso á las reuniones electorales, viéndose una muy numerosa en el teatro de la Opera de Ma-

drid, en la cual se dieron á conocer Castelar y Martos, que tanta fama de oradores adquirieron despues, y á la que tuvo la poca aprension de presentarse el tornadizo Gonzalez Brabo para *saludar á la jóven democracia*, reservándose la facultad de perseguirla de muerte cuando volvieren los tiempos reaccionarios. El 8 de Noviembre abrió las Córtes Isabel, que ocupó el trono rodeada de varias damas llorosas y del ministerio, leyendo, en extremo afectada, el discurso de apertura, en que aquel la hizo decir lo que no sentia, porque *ni se congratulaba, como se consignaba en el documento, de colocarse entre los elegidos del pueblo, ni cabia en su conciencia el dar á éste gracias por su admirable comportamiento, ni opinaba que los diputados fueran á cerrar el abismo de las luchas y de las discordias*, que ella abriria á la primera ocasion, ni por último creia en la frase de *quizá hemos errado todos*, porque los malos monarcas, si no se consideran infalibles, se juzgan impecables.

Al siguiente dia fué elegido presidente interino San Miguel, que dirigió las sesiones para la aprobacion de actas, acabada la cual, las Córtes eligieron presidente el dia 28 á Espartero y vicepresidentes á O'Donnell y á Dulce. Pero Espartero fué nombrado presidente pue le decirse que *ad honorem*, porque en el mismo dia 28, en que presentó su dimision, se encargó de la formacion de otro gabinete bajo su presidencia, sustituyendo C. A. Luzuriaga á Pacheco y J. Aguirre á Alonso, quedando en guerra O'Donnell, en hacienda Collado, en gobernacion Santa Cruz, y en marina Allende Salazar, al que, por lo mismo que habia alardeado tanto de democracia cuando vino de Zaragoza á explorar la opinion pública de parte de Espartero, se le obligó á que declarára ante la Cámara que él no habia sido nunca republicano ni lo era, sino partidario de una monarquía constitucional, sin embargo de lo cual tuvo que dejar luego su puesto al jefe de escuadra A. Santa Cruz, liberal tan firme como honrado.

Componíanse estas Córtes de distintos elementos, pero el predominante era el progresista, pues que el partido moderado sólo tenia cuatro ó cinco representantes, los vicalvaristas unos 40 y los demócratas ó republicanos 15

ó 16 segun luego veremos. Como desde ántes de abrirse las Córtes pudo observar el ménos avisado que la situacion era de O'Donnell por su carácter insistente y su cargo de ministro de la guerra, y que aquella nunca pasaria á las manos de Espartero por su natural indolente, muchos progresistas, más aficionados al cálculo que á la libertad, se inclinaron á la politica que O'Donnell representaba, mezcla de moderantismo y progresismo, y de aqui el formarse lo que se llamó centro parlamentario, rémora de todo progreso y tumba anticipada, en donde habia de encerrarse la revolucion con todas sus conquistas ántes de los dos años de realizada. Así la mayoría progresista quedó reducida á minoría, capitaneando á los disidentes los antiguos esparteristas, amigos de ídolos más que de la libertad, Infante, Lujan, San Miguel, Sancho, Heros y otros, que siempre votaban con los vicalvaristas, guiados por los generales Concha (M.), Serrano, Ros, Dulce y Prim, que se agregó á la revolucion al venir de Crimea, para donde le dió una comision el gobierno polaco.

Votacion cé-
lebre del 30 de
Noviembre.

En el acto mismo de constituirse las Córtes presentaron una proposicion, de que no se dió cuenta hasta el 30, San Miguel, Concha, Escosura, Cortina y otros, en que pedian que la asamblea acordase, «que una de las bases fundamentales del edificio politico que en uso de su soberanía iban á levantar, era el trono constitucional de Isabel II.» Apoyó San Miguel la proposicion en un ligero discurso, que le valió un cómico abrazo de Espartero y á ambos por dárselos grandes aplausos, y tomada en consideracion por 208 votos contra 21, García Ruiz pidió que pasase á las secciones, pero como el presidente Madoz, el gobierno y la mayoría ansiaban que se votase definitivamente, se puso en el acto á discusion. Combatióla el primero Orense, al que contestaron O'Donnell y Corradi: pronunció á luego un corto pero excelente discurso Bertemati, combatido por Escosura, y despues de hablar en contra García Lopez y en pro el ministro de fomento y Prim, quien se ensañó contra la democracia de una manera inconveniente, eso que se las habia echado de demócrata del 40 al 43, se puso á votacion en medio de un silencio religiosísimo y pocas veces visto en ninguna

asamblea del mundo. El asunto lo requería en verdad. Aun cuando era sabido que la inmensa mayoría de los diputados quería sostener el trono y la dinastía reinante, bastaba que hubiese una minoría que no quisiera ni uno ni otra, ó al ménos la última, para que el asunto se revisara de una solemnidad grave é imponente. La votación dió el siguiente resultado: 194 votos aprobaron la proposición; 19 la rechazaron. Dignos son de ocupar un lugar distinguido en la historia patria los 19 varones fuertes que votaron, todos contra la dinastía, y los más contra el trono. Hé aquí sus nombres: Eduardo Ruíz Pons, diputado por la Coruña; Eduardo Chao, diputado por Pontevedra; J. Manuel Pereira, diputado por Pontevedra; José Ordax Avecilla, diputado por Leon; J. M. Orense, diputado por Palencia; Eugenio García Ruíz, diputado por Palencia; J. Marugan, diputado por Salamanca; Nicolás M. Rivero, diputado por Sevilla; Manuel Bertemati, diputado por Cádiz, Patricio Lozano, diputado por Zaragoza; Fernando Madoz, diputado por Huesca; Francisco García Lopez, diputado por Huesca; Estanislao Figueras, diputado por Tarragona; J. Suris, diputado por Gerona; Miguel Ferrer Garcés, diputado por Lérida; J. C. Sorní, diputado por Valencia; J. Alfonso, diputado por Valencia; Alonso Navarro, diputado por Valencia, y J. Calvet, diputado por Valencia. Al día siguiente se agregaron al voto de los 19 el C. de las Navas, diputado por Cáceres, y P. Pomés y Miquel, diputado por Tarragona. Como se vé, el país andaluz, que tiempo andando gritó más que ninguno en favor de la federal y de la anarquía, fué el que ménos contingente dió para la república, y ¡cosa digna de llamar la atención! los dos diputados que envió para votarla se hicieron tiempo andando monárquicos, el uno por verse injustamente desairado y el otro por propia conveniencia. Cataluña sólo envió tres diputados, que votaron la república, y ninguno de ellos pertenecía á Barcelona. Valencia no mandó ningun republicano. En ese mismo día en que se agregaron á la votación de los 19 el C. de las Navas y Pomés y Miquel, hizo Fernando Madoz la declaración de que no habia votado contra el trono, sino contra la persona que lo ocupaba, y Sorní dijo que estaba con-

forme con el trono constitucional, pero no con que le ocupase Isabel, opinando como él los tres restantes diputados valencianos que votaron el dia 30, por ser aquélla nieta de Felipe V, que concluyó con las libertades de la antigua coronilla. Hubo muchos diputados que, comprometidos á votar con los 19, no se atrevieron á hacerlo, y á algunos de ellos los hemos visto despues motejar desde las filas de los federales intransigentes nuestra inquebrantable consecuencia. No ofrece la historia de ninguna nacion un ejemplo de valor cívico igual ni parecido al de los 19 diputados que votaron contra la proposicion de San Miguel. Cronwell y sus secuaces votan la muerte de Carlos I teniéndole aherrrojado en Lóndres. Los convencionales franceses, que pasan ante los espíritus impresionables y superficiales por modelos de valeroso patriotismo, votan el suplicio de Luis XVI, cuando ven á este infeliz monarca reducido á la más triste impotencia en la prision del Temple. Los 19 ven á Isabel II sentada en su trono, saben que van á provocar las iras de ésta con su voto, anulándose por completo para la vida pública con perjuicio propio y de sus familias, y sin embargo la dicen de una manera solemne y elocuente: *no te queremos por reina; arrostraremos toda clase de compromisos y contrariedades, pero nuestra conciencia nos dice que no eres digna de regir los destinos de la nacion española.*

Trabajos legislativos.

Habia afan en la mayor parte de los diputados de estas Córtes por establecer reformas, pedir economías y castigar á los concusionarios, falsificadores y tiranos de los últimos once años. La minoría democrática presentó una proposicion de acusacion sobre el último punto; pero como ya los que más prometieran llevar esto á cabo al pronunciarse, lo habian olvidado en las delicias de la Cápua gubernamental, dicha proposicion no dió ulteriores resultados. El furor por las reformas, aun cuando laudable, era tan ciego que todos los dias se daba cuenta de algunas proposiciones, buenas en el fondo, pero que no podian admitirse porque se reducian generalmente á privar de recursos al gobierno, sin pensar en proporcionarle entradas para soportar los cargos públicos. El despilfarro en las administraciones de los últimos once

años, y la incesante predicacion de algunos hombres, sobre todo de Orense, en pro de la teoría tan halagüeña como fútil del *gobierno barato*, impulsaban á los diputados noveles á demandar impremeditadamente la abolicion de tributos y establecimiento de grandes economías. García Ruiz reclamó la abolicion de la contribucion de consumos sin que se buscasse equivalente, castigando el presupuesto de gastos en lo que ella importase, y tambien pidió la proscripcion del juego de la lotería que la Cámara no acordó, no porque no juzgase dicho juego inmoral y funesto, sino por no privar al tesoro de un rendimiento pingüe sin arbitrar otro en su reemplazo. Más partidarios que para concluir con el juego de la lotería contaba la abolicion de consumos, tributo odioso y tan detestado del pueblo, que en casi todas las ciudades habia quemado las casetas de los guardas, apaleando á algunos; y al ver el ministro de hacienda que las corrientes de la cámara iban encaminadas á abolir tal tributo, tuvo que pensar en un equivalente á él; pero considerando que éste no se realizaria, dimitió su cargo, que ocupó Sevillano, quién, si habia sabido aumentar de un modo asombroso su fortuna, no servia para salvar la de la nacion. Como era de suyo socarron, dijo al emitir en la cámara sus opiniones sobre el estado de la hacienda, que éste no era desesperado y que podia mejorarse, y mucho, con que las Córtes fueran Constituyentes en vez de *interpelantes y proponentes*, como de ello daban diaria muestra; pero cansado muy luego de las tareas del ministerio presentó su dimision, no sin decir ántes con el mayor desenfado, contestando á un representante que le habló de ciertas opiniones de algunos economistas, «que él no habia leído más que dos libros: uno que en una cuestion decia que *sí* y otro que *no*, y que al ver esto les cerró y determinó no leer más.» El insulto que este dicho envolvía contra la respetabilidad de la Asamblea fué tomado á risa, que esta y no indignacion producen generalmente las necedades ó groserías de los opulentos, mas que las digan en el santuario de las leyes ó en otros sitios respetables. A Sevillano le sucedió P. Madoz, que se lamentaba de no haber sido ántes ministro, y en su reemplazo fué elevado á la presidencia de las Córtes el general Infante.

Collado habia presentado poco ántes de abandonar el ministerio los presupuestos para 1855, sumando los gastos 1.567 millones y los ingresos 1.562, por lo que el déficit era solamente de cinco millones, pero esto era engañar al país, porque se consignaban en los ingresos partidas que, ó no se harian efectivas ó no lo serian en la cantidad presupuestada: tal sucedia, entre otras, con las de giros sobre las cajas de Ultramar, que se hacian subir á más de 45 millones, y el equivalente á la contribucion de consumos y derechos de puertas, que fijado en 168 millones, tenia que producir ménos de la mitad.

Anarquía.

Mucho adelantó el gobierno en la cuestion de órden público con cerrar los clubs, focos perennes siempre de anarquía, de inmoralidad y hasta de crímenes sin fin; pero como dejó en pié el más poderoso elemento de disturbios, que era la milicia nacional, no trascurria una semana sin que se recibiesen en Madrid noticias dolorosas de alteraciones y bullangas ocurridas, ya en una poblacion, ya en otra de la Península. En Málaga hubo un fuerte alboroto, en la apariencia por causa de la eleccion municipal, en la realidad por la introduccion de un contrabando. Quiso la autoridad que se castigase á los culpables, que eran nacionales, pero se tocó llamada y tropa y poniéndose la milicia y la municipalidad del lado de los delincuentes, hubo que declarar la poblacion en estado de sitio, y el capitan general de Granada fué á restablecer el órden y á desarmar una pequeña parte de aquella, por no considerarse con fuerzas para disolverla toda. En Zaragoza hubo otro alboroto por robar leña de los próximos montes é introducirla en la ciudad; se expulsó de las filas á varios racionales, autores ó patrocinadores del delito, y así se restableció el órden. En Valladolid, en Sevilla, en Teruel, en Valencia y otras ciudades hubo tambien alborotos precursores de la pérdida de la libertad, que sólo puede arraigarse con el respeto á las leyes y á los magistrados. Espartero se lamentó ante las Córtes de estas continuas alteraciones del órden público, pero como era el más ardiente partidario de la milicia nacional, á cuya sombra ó por su iniciativa se promovian aquellas, á si propio más que á nadie debia culparse de las desdichas

del país, condenado á vivir entre las dolorosas convulsiones de la anarquía y la vil abyeccion de la servidumbre.

Bases de la
Constitucion.

Despues de decretarse la fuerza del ejército para 1855, que sólo fué de 75.000 hombres; de presentarse un proyecto de ley de ferro-carriles que aprobado vino á moralizar este asunto, objeto en los dos años últimos de universal escándalo; de acordarse una informacion parlamentaria, que ningun resultado podia dar ni dió, «para averiguar los abusos cometidos en beneficio de Cristina y de su esposo Muñoz;» y de darse cuenta de multitud de proposiciones, ridiculas unas, baladíes otras é inútiles todas, se presentaron las bases de la Constitucion, destinada á no ver la luz pública, por ser las Córtes, buenas en el fondo y animadísimas del mejor deseo del acierto, las más gárrulas que ha conocido y probablemente conocerá el pueblo español. Dichas bases, en número de 27, estaban suscritas por V. Sancho, presidente, M. Heros, A. Rios Rosas, M. Lafuente, M. Lasala, C. Valera, y Salustiano Olózaga, como secretario. Basta fijarse en el nombre de Olózaga, como secretario de la comision constitucional, para no extrañar que las citadas bases no contuvieran otro derecho político que el consignado en el Código de 1837, continuando para España la deshonra de la intolerancia religiosa, desterrada hasta de la Roma papal. En la primera base, se consignaba la soberanía de la nacion; en la segunda, piedra de escándalo para todos los clericales y fanáticos, que soliviantaron todas las malas pasiones del vulgo produciendo alteraciones por do quiera y discordias en el seno de muchísimas familias, despues de decir «que la nacion se obligaba á mantener el culto y los ministros de la religion católica que profesaban los españoles.» se añadía, como si sólo se pretendiera colocar al pueblo español del siglo XIX á alguna, muy corta distancia del en que estuvo sometido á los Felipes, *que ningun español ni extranjero podria ser perseguido CIVILMENTE por sus opiniones*, MIENTRAS NO LAS MANIFESTASE POR ACTOS PÚBLICOS CONTRARIOS Á LA RELIGION: en la tercera se reconocia la libertad de imprenta *con sujecion á las leyes*, y se la sometia al jurado: en la cuarta y quinta se garantizaban la seguridad individual y

la del domicilio, pero nada se decia de los derechos de reunion y de asociacion: en la sexta se proscribia la pena de muerte por delitos políticos: en la sétima se facultaba al estado para ejercer la dictadura cuando su seguridad lo exigiese, prévia la correspondiente ley: segun la base octava, se compondrian las Córtes de Congreso y Senado, y segun la novena los senadores serian *vitalicios*, nombrándolos el rey: segun las bases diez y once habria un diputado por cada 50.000 almas, y su cargo duraria tres años: por la catorce se creaba, como en la Constitucion de 1812, la comision permanente de Córtes: las atribuciones del rey, marcadas en algunas bases, eran las mismas que en la Constitucion de 1837: segun la base diez y nueve, habria en cada provincia una diputacion provincial, y en cada pueblo un ayuntamiento, que habian de elegirse directamente *segun la ley*: la base veinte y dos establecia *la gran conquista*, que dejó estupefactos á cuantos tuvieron de ella noticia, de que el año económico y parlamentario comenzaria el 1.º de Octubre: la veinte y seis reconocia la existencia de milicia nacional, cuya organizacion y servicio se arreglarian por una ley; y por último, la veinte y siete decia que las leyes determinarian la época y modo de establecer el juicio por jurados para toda clase de delitos, que era lo mismo que dejarlo para las kalendas griegas.

Aun cuando los siete individuos de la comision firmaron las anteriores bases, no estaban conformes de todo punto con ellas, y así es que Olózaga presentó voto particular para que los senadores fuesen nombrados por los mismos electores que los diputados á Córtes, debiendo tener una renta de 30.000 reales ó pagar 3.000 de contribucion directa; Rios Rosas hizo el suyo para que los diputados fuesen elegidos por cinco años y los ayuntamientos por los vecinos *á quienes la ley concediese este derecho*, facultando al rey *para intervenir en el nombramiento de los alcaldes en la forma que determinase la misma ley*, y Valera y Lasala formularon el suyo para que se reconociese el derecho de votar diputados á todo el que pagara cien reales de contribucion directa, y fuesen nacionales todos los solteros y viudos de 18 á 50 años y los demás ciudadanos que tuvieran derecho á elegir ayuntamientos.

En verdad que hecha la revolucion, otra cosa esperaba el país que la que se le daba en esas bases, proclamando la intolerancia religiosa, dejando en pié el censo electoral, estableciendo la milicia nacional como áncora de salvacion para la libertad, no siendo más que una institucion anárquica, el senado vitalicio y más que sobradas atribuciones al poder real para burlarse de la Constitucion y del pueblo cuando así lo tuviese por conveniente.

La mayor parte de las bases dieron lugar á empeñadas batallas, sostenidas en pro de la civilizacion por demócratas y progresistas verdaderos, aun cuando para perderlas en las votaciones. Las dos que dieron lugar á más largos y solemnes debates, fueron las referentes á la religion y al derecho del sufragio. Hablaron los primeros, sosteniendo sus enmiendas en pro de la libertad de cultos, Ruíz Pons y Surís, á los que contestaron Heros y Lafuente. Desechadas unas enmiendas, á imitacion de los buenos generales, que se ven obligados á batirse en retirada, presentaban otras los librecultistas para ver de sacar el partido posible de tan vital asunto, pero perdieron hasta la en que sólo reclamaban los cultos libres para Madrid y principales ciudades marítimas, como Cádiz, Barcelona, Málaga, Santander, Valencia, etc. C. S. Montesino, de los progresistas avanzados, abordó de nuevo la cuestion de la libertad completa de cultos en la sesion de 9 de Febrero: á su discurso lógico y nutrido de sana doctrina, contestó con otro extenso, empalagoso y lleno de citas históricas, todas contraproducentes, el mencionado Lafuente, el autor de la *Historia general de España*, que tantas enseñanzas debia haberle dado para opinar de diverso modo, y puesta á votacion la enmienda de Montesino, tuvo 99 votos contra 103. En aquel dia fué proclamada, ó mejor confirmada, por solos cuatro votos de mayoría la intolerancia religiosa, primera causa de nuestro atraso, de nuestra pobreza y de nuestra deshonra. ¿Qué extraño es que esto sucediese si la voz autorizada de Olózaga se dejó sentir para asentar con tanto aplomo como estúpida satisfaccion que habia oido decir al lord inglés Clarendon, «que el timbre más glorioso de la España era no tener otra religion que la católica?» ¡Pobre patria y pobre causa de la civilizacion

entregadas á Olózagas, Heros y á historiadores Lafuentes! En las votaciones sobre todas las enmiendas referentes á la libertad de cultos, se distinguieron entre los progresistas, por su amor á la civilizacion, Calvo Asensio, Romeo, R. Calatrava, Antonio Concha, Alonso Cordero, Seoane, Portilla, Salvá, Torre (J.), Torre (C.) y Garrido (J.), y por su intolerancia, los ministros, Olózaga, Heros, Lafuente, Lasala, M. de Perales, Roda, Laserna, Alonso Martinez y Sagasta (P.). Algunos demócratas faltaron cobardemente á los deberes de su conciencia, por dar gusto á sus fanáticas mujeres ó á ciertos prelados (1). La base sobre el censo electoral fué desechada por prevalecer el voto de Lasala y Valera, fijando aquél en cien reales, no sin que la minoría republicana defendiera palmo á palmo el terreno en pro del sufragio universal para toda clase de elecciones. Olózaga hizo salir triunfante su voto para que los senadores fuesen elegidos por los mismos electores que los diputados á Córtes y por provincias como éstos. Las restantes bases se aprobaron casi como las presentó la comision constitucional.

Leyes varias: El ministro de la guerra pidió y obtuvo de la de desamortizacion. la cámara una quinta de 25.000 hombres, la cual fué muy combatida por los demócratas, que querian un ejército de voluntarios como el de los antiguos tercios castellanos, pocas veces vencidos; el de la gobernacion presentó un proyecto de ley, que más adelante se aprobó, para el establecimiento de un sistema completo de líneas

(1) Hé aquí los nombres de los que votaron la libertad de cultos. *Demócratas*: Marugan, Pomés, Alfonso, Calvet, Suris, Rivero, Bertemati, García Ruiz, A. Navarro, Sorni, F. Madoz, Orense, Ferrer y Garcés, Ruiz Pons, y García Lopez. *Progresistas*: Calvo Asensio, González de la Vega, Lopez Grado, R. Calatrava, P. Avevilla, A. Gonzalez, Montésino, Montemar, Gurrea, Falcon, Herrero, Forgas, Navarro Zamorano, Zafra, Nicolau, Vargas, Ruiz Gomez, Gutierrez Ceballos, Vazquez Bugueiro, Patiño, R. Somoza, Amado, Romeo, Galvez Cañero, Aguilar, Corradi, Carballo, Egozcue, Climent, Ugarte, R. Perez, Gil Virseda, A. Concha, Gomez de la Mata, marqués del Reino, Llanos, Godinez de Paz, Laberon, Seoane, Figuerola, Alcalá Zamora, Poyan, Alonso Cordero, Moreno Barrera, Ribot, Degollada, Codina, P. Bayarri, Bueno, Villar, Batllés, Salvá, Portilla, Acha, Vincat, J. Torre, Masadas, Franco, A. Collantes, Sandoval, Centurion, Mascarós, Labrador, Gaminde, Guzman y Manrique, Sanchez Silva, J. de la Cruz, Herraiz, Ferriol, Caruana, Jimena, Moncasi, Gutierrez Solaña, Martell, Garrido, Rosique, Escalante, Vera, Muñoz Diaz, C. Torre, Fernandez Cid, Arriaga, Martin.

electro-telegráficas, invencion maravillosa y hasta no más útil, debida á Morse, la cual en pocos minutos trasmite por medio del alambre los sucesos y los pensamientos á inmensísimas distancias; presentó tambien Santa Cruz otro proyecto, que se aprobó, el cual produjo cierta sensacion en Madrid, negando á la milicia nacional el derecho de representar, deliberar y pedir nada como cuerpo armado, porque en calidad de tal abusaba escandalosamente, queriendo imponerse en muchos negocios de estado, incluso el nombramiento de ministros; y el de hacienda logró ver convertido en ley su proyecto de desamortizacion, adquiriendo cierta celebridad, no sólo por sacar de manos muertas muchos bienes que, sin contar los que se habian devuelto al clero, seguian estancados, tales como los de propios de los pueblos y beneficencia, sino por lo mucho que facilitaba la adquisicion de ellos á clases poco acomodadas. Faltaba, sin embargo, bastante á esta ley para ser completa, porque exceptuaba de la venta las inmensas propiedades territoriales del llamado real patrimonio y casi todos los montes del estado y de los municipios.

La ley de desamortizacion hizo ver, aunque en vano, por cuanto no les sirvió de escarmiento al ministerio-Espartero ni á los diputados, que Isabel II, rodeada de su antigua camarilla, de la sor Patrocinio, que vuelta de Roma se instaló de nuevo en Aranjuez; del amigo de ésta el rey Francisco; de Trillo, gran privado de éste; de Solano y otros por el estilo, no habia renunciado á su constante sistema de mofarse del gobierno representativo ni á su fanatismo respecto de todas las cuestiones mundanales que interesaran al clero, siempre en rebeldía contra la civilizacion. Sabiendo el ministerio que Isabel se resistiria á sancionar la ley de desamortizacion, acordó que Espartero, como el más autorizado de los ministros, se la llevase á la firma á Aranjuez, en donde se hallaba á últimos de Abril, y el presidente del consejo se encontró con una respuesta negativa. Regresó á la capital Espartero en extremo disgustado, y enterando del caso á sus compañeros, determinaron ir todos á Aranjuez, en union del presidente y dos secretarios de las Córtes, para ver si convencian á Isabel, á quien habló O'Donnell con entereza respetuosa,

contestando ella, «que su conciencia no la permitia sancionar la ley, porque varones doctos la habian dicho que no se salvaria si la sancionaba.» Apelando Espartero y O'Donnell á todos los medios para disuadirla de sus propósitos, lograron que sancionase la ley, y así se calmó la gran efervescencia en que estaban el pueblo de Madrid y los diputados. El Gobierno desterró en seguida á varios puntos á la beata Patrocinio, á Trillo, á Solano y á otros cuantos.

Por aquellos dias, dos curas, á cual más corrompidos é ignorantes, uno que habia servido de ordenanza á Cabrera y otro que, á pesar de su gran joroba, se alistó en Palencia en la expedicion de Gomez el año de 1836, inventaron la gro era especie de que un Cristo de la iglesia de San Francisco el Grande sudaba sangre por lo mucho que le aquejaba la impiedad de los tiempos. La autoridad dió con aquellos dos bribones en la cárcel del Saladero, en la cual murió á los pocos meses el jorobado palentino.

Reforma del Sin razon que la justificase, hubo crisis á ministerio. los pocos dias de lo ocurrido en Aranjuez, dejando todos los ministros sus puestos ménos Espartero y O'Donnell. Reemplazaron á los salientes J. Zabala, que entró en estado y ultramar, M. Fuente Andrés en gracia y justicia, J. Huelves en gobernacion, Juan Bruil, especie de Juan Sevillano, pero desconocido, en hacienda, y Alonso Martinez en fomento. Recibió muy mal la Cámara á la generalidad de estos ministros, especialmente á los dos últimos. Hubo en los pasillos escándalos y amenazas de parte de muchos ministeriales, á causa sobre todo de ver elevado al alto puesto de ministro, por obra y gracia de O'Donnell, al jóven M. Alonso Martinez, abogado de Búrgos, recién salido de las aulas, sin historia por sus pocos años, y sin méritos y servicios de ninguna clase; pero como el poder tiene sus irresistibles atractivos, unos se aquietaron en la esperanza de suceder cualquier dia al que era objeto de sus murmuraciones, y otros por mercedes inmediatamente recibidas; y así, sólo se quedaron en la oposicion los que la formaban ántes del sorprendente encumbramiento de aquel jóven afortunado, que, en su edad de veintiseis ó veintisiete años, se presentaba en ex-

tremo reaccionario, despues de haber suscrito un manifiesto electoral muy avanzado para obtener así la investidura de representante. En la sesion del 8 de Mayo, en que se presentó á la Cámara el nuevo ministerio, habló Espartero con el imperio de un dómine á sus discípulos, y la mayoría se quedó perfectamente satisfecha y tranquila.

Continuaron las Córtes en sus tareas, mereciendo los calificativos que les dió el socarron de Sevillano de *proponentes é interpelantes*, pero cansadas por un lado y amedrentadas por otro á causa del cólera, que ya se habia extendido por toda España, acordaron el 17 de Julio suspender sus sesiones. Antes decretaron dos leyes, basadas más que en la justicia en los intereses de partido; tales fueron la que premió los padecimientos de todos los deportados, presos ó desterrados por los sucesos de 1848, y la que reconoció el abono de los once años trascurridos de 1843 á 1854 á los funcionarios públicos que hubieran permanecido sin destino durante todo ese período. De ambas leyes se hizo un escandaloso abuso en perjuicio de los intereses públicos.

Extranjero. La incurable ambicion de Rusia habia pues-
Guerra de Oriente. to otra vez sobre el tapete la cuestion de Oriente. Rompiendo bruscamente aquella potencia con el sultan, hizo que un ejército formidable invadiese las provincias turcas que baña el Danubio cerca de su embocadura en el mar Negro, con la esperanza de derrotar las tropas otomanas y apoderarse de Constantinopla. La Inglaterra, interesada más que ninguna otra potencia en combatir las pretensiones ambiciosas del moscovita, logró comprometer á Francia en el sostenimiento del imperio osmanlino, y al momento se presentaron delante de Constantinopla grandes escuadras francesas y británicas, con numerosos ejércitos de desembarco, que no se limitaron á combatir á los rusos en territorio turco, sino que llevaron la guerra á la península de Crimea, (antiguo Quersoneso Táurico), arrebatada por Catalina II en 1783 á la Turquía despues que esta destituyó al último kan, su tributario. La guerra fué tan empeñada como sangrienta; diéronse batallas campales en que perecieron miles y miles de hombres, y asediada la ciudad de Sebastopol, resistiéronse

en ella los rusos durante largo tiempo y de un modo tan heroico que hicieron comprender al mundo que tambien en Rusia habia hombres capaces de conquistar las glorias inmortales de Jerusalem, Numancia, Gerona y Zaragoza. Tomada Sebastopol, cuando no era más que un monton de escombros, por tropas otomanas, francesas, inglesas y piamontesas, se celebró la paz quedando el ruso muy quebrantado, aunque no lo bastante para que no volviese tiempo andando á sus tenaces pretensiones de apoderarse de la conquista de Mahomet II en el siglo XV.

Durante esta guerra adquirieron los artículos de primera necesidad un precio exorbitante, y la España ganó tanto dinero vendiendo sus trigos, vinos y aceites, que fué conocido su bienestar durante algunos años. Bulló en la mente de nuestros gobernantes la insensata idea de tomar parte en la lucha á favor de Turquía, como lo hacia el Piamonte por consejo de Napoleon, que le prometió ensanchar sus fronteras á costa del Austria y de los duques soberanos de la Italia central; pero como nosotros no teniamos que adquirir territorio en parte alguna, el ministerio no se atrevió á acudir á las Córtes con su pensamiento y éste quedó en la cabeza de los que habian soñado realizarle.

Por entónces ocurrieron dos conflictos, que al fin acabaron pacíficamente, uno con los Estados-Unidos que pidieron y obtuvieron indemnizacion para un vapor mercante que habia sido multado sin razon en la Habana, y otro con Méjico, en donde mandaba como tirano el cojo presidente Santa Ana, quien por ciertas reclamaciones nuestras mandó secuestrar los bienes que allí tenian todos los españoles; medida brutal de que tuvo que volverse atras por miedo á una escuadra nuestra que se presentó en Veracruz á exigir satisfaccion.

Rompimiento con Roma. La ley de desamortizacion produjo, como era consiguiente, protestas violentas de parte del papado, que consideró roto el concordato celebrado en 1851 por el mismo Castillo Ayensa, que estipuló el de 1845, del que aquél era segunda edicion. Más que por nada, por dar gusto á la reina, mandó el gobierno á Roma á Pacheco para que viese de hacer entrar en razon á la

corte pontificia; pero sus gestiones fueron del todo inútiles, porque los clericales querian que la nacion española contribuyese con 170 millones al año para el culto y clero, y que además éste siguiese gozando de las respetables propiedades que aun poseía y que no sufriera el descuento que todos los servidores del estado sufrían para hacer más llevaderas las cargas públicas. Pacheco tuvo que pedir los pasaportes para sí y toda la legacion, dejando encomendados á la francesa los intereses españoles.

Vuelven las
Córtes á sus ta-
reas.

Reuniéronse de nuevo las Córtes el 1.º de Octubre de 1855, cuando ya algunos progresistas, que habian apoyado ciegamente al ministerio, alardeaban de querer votar contra él para que le sustituyera uno presidido por Espartero, en el cual no figuraran O'Donnell ni su *ad latere* Alonso Martinez, ni ninguno que no fuese progresista puro; pero como Espartero no queria desprenderse de O'Donnell, á pesar de los consejos que se le daban y de las reflexiones que se le hacian, los que más protestas de independencia formulaban eran los que más pronto cedían en el momento supremo. Por otro lado, O'Donnell, que tenia concebidos sus planes, y para llevarlos á cabo logró al fin y sin que de ello se apercibiese Espartero ponerse de acuerdo con la reina, cual lo estaban Alonso Martinez y otros llamados progresistas, no era escrupuloso en materias constitucionales, y así como un dia dijo en el parlamento *que no moriría de empacho de legalidad*, se propuso no morir de empacho de parlamentarismo. Aconteció que, para llevar á cabo los planes reaccionarios y concluir con las Córtes, puesto que ya estaba confeccionada la Constitucion desde el momento en que se aprobaron las bases de ella, propusieron en consejo O'Donnell y Alonso Martinez, que la reina pudiera disolver las Córtes cuando la acomodase, en uso de su regia prerogativa; los demás ministros, incluso Espartero, no opinaban como O'Donnell y Alonso Martinez, y las Córtes, que se apercibieron de que se intentaba acortar su vida, adoptaron un acuerdo, convertido en artículo 92 de la Constitucion, segun el cual debían formar parte integrante de ésta las bases de las leyes orgánicas del consejo de estado, electoral, relaciones entre los dos cuerpos colegisla-

dores, gobierno provincial y municipal, organizacion de tribunales, imprenta y milicia nacional. Con esto las Córtes se declararon indisolubles hasta que fueran aprobadas esas siete leyes. Parecía natural que O'Donnell dimitiese su cargo viendo adoptada una política enteramente contraria á la suya; pero tuvo por más conveniente seguir en su puesto y aguardar la oportunidad de hacer que prevaleciera su opinion á cañonazos.

Las intenciones de O'Donnell y su reconciliacion con la reina eran demasiado sabidas de todos los demócratas y progresistas puros, y por esto presentaron contra él solo un voto de censura que sostuvo García Ruíz; pero como Espartero salió con insigne torpeza á la defensa de su compañero, el voto fué desechado aun cuando por muy exigua mayoría.

Intentonas carlistas. Aprovecharon los carlistas la exasperacion que en las gentes ignorantes y sencillas produjeron la segunda pobrísima base constitucional y la ley de desamortizacion para echarse al campo á últimos de Mayo y principios de Junio en Alava, Búrgos, Navarra, Aragon, y Cataluña. Ofreció tan sólo algun cuidado la sublevacion en la misma Zaragoza de un escuadron del regimiento de Bailén y unos cuantos jinetes de los de Cataluña y Aragon al mando de un capitan, llamado Corrales, que salió de la ciudad en busca de Marco, Puelles, Hernando y otros partidarios, quienes le ofrecieron gran contingente de guerreros en tierra de Belchite y Caspe, así como en el Maestrazgo. Perseguido Corrales por el capitan general de Aragon I. Gurrea, hijo del muerto en el puente de Andoain, le dió cara ántes de llegar á Cariñena, causándole sensibles pérdidas: pero el liberal, ayudado por tropa que acudió de Madrid, pacificó en poco tiempo el país, recibiendo muchos carlistas á indulto y cogiendo prisioneros á otros, en cuyo último número se contaban el mismo Corrales, Puelles, y Hernando, que fueron fusilados inmediatamente. En Cataluña se lanzaron á la lucha, procedentes de Francia, el indultado Marsal, Borges, los Tristany, Estartus, Pons y otros; pero como no los secundó el país, vieron muy luego deshechas las pequeñas partidas que mandaban, cayendo prisioneros Mar-

sal y Pons, que fueron fusilados: uno de los Tristany murió en un encuentro cerca de Castellfullit, y Borges y otros tuvieron que refugiarse en Francia.

Atentado El 7 de Enero de 1856 fueron las Córtes ob-
contra las Córtes. jeto de un atentado tan infame como estúpido, el cual condenaron todos los diputados, los primeros los demócratas, siendo por lo tanto una torpe invencion de los reaccionarios, ya que de grosera calumnia no la calificuemos, el querer atribuir el suceso al partido republicano, ajeno de todo punto á él. Un sargento de la milicia, de apellido Mayor, memorialista de oficio, que despues ejerció muy á satisfaccion de los clérigos el de enterador de uno de los cementerios de Madrid, embriagó á varios nacionales de su compañía, que daba aquel dia la guardia á la asamblea, y les propuso disparar sus fusiles desde la tribuna pública sobre los representantes del país, sentados en sus bancos. No se atrevieron los nacionales á cometer semejante maldad, difícil de ejecutar por otro lado; pero sí dispararon al aire en las calles próximas del Florin y del Sordo, dando gritos subversivos contra las Córtes y otros, que no significaban más que el estado de ebriedad en que les habia puesto su sargento. Todos los diputados, llenos de justa indignacion, condenaron la conducta de los nacionales en el instante de saberla, y todos tambien se ofrecieron de buena fe al gobierno para el restablecimiento del orden y pronto castigo de los delincuentes. Espartero apaciguó en unos minutos el tumulto, y se prendió á Mayor y á unos cuantos nacionales, que fueron expulsados de las filas y sometidos á los tribunales. A los pocos dias el diputado astur Lopez Grado, que de progresista pasó á la llamada union liberal, jactándose de ser padre de ella, se aprovechó del escándalo de Mayor para pedir la union *sincera* de Espartero y O'Donnell, sin la cual, segun él, la libertad estaba perdida. Dicho escándalo aprovechaba como no podia ménos á los reaccionarios, porque desacreditaba la causa liberal. Promovido aquél por un beodo, instrumento de la reaccion, ésta sola era la que iba ganando. La libertad se abre paso y se consolida en todos los pueblos con la cordura y el respeto á las leyes, como se pierde ó se oscurece

por los escándalos y las violencias: por esto promueven unos y otras los reaccionarios, para luego decir en son de triunfo á los buenos: ¿no veis que la libertad que quereis es imposible?

Nueva reforma del ministerio.

El acuerdo de la asamblea declarándose indisoluble, miéntras no se votasen las bases para las leyes orgánicas, obligó á Alonso Martinez á dimitir, siguiéndole Fuente Andrés y Huelves, aun cuando no por el mismo motivo. Tan cándido era éste último ministro, que interpelado un dia sobre la cuestion de orden público, que corria por su cuenta como encargado del departamento de gobernacion, contestó muy satisfecho: *debemos dar gracias á Dios de que cada dia no haya un motin en cualquier punto de la peninsula*. Reemplazó Lujan á Alonso Martinez, Arias Uria á Fuente Andrés, y P. Escosura á Huelves.

La prensa periódica.

Como de 1820 á 23 y de 1840 á 43, hubo multitud de periódicos que, echando á un lado su mision civilizadora, nada respetaron por sagrado y venerando que fuese, ni nada hallaron que escapara á los tiros envenenados de su envidia, de su alevosía, de su codicia, de sus cálculos ruines y de otras miseras pasiones. Como el jurado popular, obedeciendo al miedo, lo dejaba casi todo impune, absolviendo lo mismo las injurias y calumnias que los ataques á las instituciones y al orden público, el desbordamiento en ciertos periódicos fué hasta no más horrible. A la raiz de la revolucion apareció *El látigo*, periódico desvergonzado y anárquico, en el que trabajaban algunos jóvenes tan llenos de ambicion y de audacia como faltos de verdadero mérito, los cuales tiempo andando habian de plegarse á servir á las situaciones más deshonorantes: entre ellos se distinguieron M. del Palacio y P. A. Alarcon. Vió tambien la luz pública durante el bienio otro periódico satírico, llamado *Pero Grullo*, no tan deslenguado como *El látigo*, pero que entre sus incesantes ataques á los reaccionarios sostenia, aun cuando de buena fe, muchas ideas disolventes. *El Olamor Público* y *La Iberia*, periódicos dirigidos por Corradi y Calvo Asensio, defendian con dignidad las doctrinas progresistas, obrando de la propia manera, en cuanto á las

democráticas, *La Discusion* y *La Asociacion*, fundadas respectivamente y en un mismo dia por Rivero y Garcia Ruiz, los cuales se decidieron á publicarlos, porque *La Soberanía Nacional*, dirigida por Sixto Cámara, quien cuando el casamiento de la reina habia dedicado á ésta en su fervoroso entusiasmo monárquico composiciones poéticas, bien malas por cierto, predicaba un socialismo mal digerido, pero peor estudiado; una federacion absurda y detestablemente comprendida, y lo que es más malo, el terror á la francesa, que era ridiculo por injustificado y sobre todo por innecesario y repugnante. Exasperado por la envidia de ver los dos periódicos democráticos, que representaban bien á la minoria republicana de las Córtes, ansiosa de reformas, pero enemiga de horrores, publicó un dia el Cámara el siguiente terrorífico suelto, que sublevó á todas las conciencias honradas: *es preciso inmolar en sanguiento tablado á todos los cínicos apóstatas y traficantes de la fe pública, que vienen unciéndonos al carro triunfal de sus vicios.* *La Discusion* y *La Asociacion* no podian callar ante tal lenguaje, más que nada soez y estúpido, dadas las circunstancias en que se hallaba el país, y juzgándolo así, el último periódico le calificó de necio, diciendo el primero que ni el partido democrático ni ninguna persona que se respetase en algo podian adherirse á semejantes predicaciones. El joven Emilio Castelar, que trabajaba en *La Soberanía*, abandonó este periódico y se fué á escribir á *La Discusion*. Los dos periódicos, entre reaccionarios y escépticos, *El Diario Español* y *La Epoca*, animaban á O'Donnell á seguir en la senda del retroceso, y ambos, sobre todo el último, no reparaban en medios, incluso el de la perfidia, para desacreditar á la democracia y á sus principales hombres. Hubo por fin durante el bienio otro periódico, más que satírico desvergonzado hasta el mayor extremo, que redactaban moderados y neo-católicos, el cual hizo un daño inconmensurable á la situacion. Titulábase *El Padre Cobos*, y era tan cínicoy perverso, que no perdonaba á ninguna reputacion por bien sentada que estuviese; que continuamente injuriaba por el placer de injuriar á los que consideraba como enemigos; que calumniaba á los mismos, ó claramente ó con

aleves reticencias, y que allí donde no habia materia para hincar el venenoso diente, difamando ó desacreditando, la inventaba á fin de satisfacer las pasiones más viles. Varios hombres de honor, que vieron ultrajado el suyo de una manera tan infame como cobarde, convencidos de que el jurado no les haria justicia, fueron á la redaccion del periódico en busca de su ruin ofensor, y se encontraron con que no habia ningun redactor ostensible, y solo sí un miserable portero encargado de decir que, no conociendo á ninguno de los que escribian en él, mal podria dar razon de su domicilio. La opinion pública designaba entre los principales redactores de este verdadero libelo infamatorio á Cándido Necedal, que de demagogo en su juventud tenia que ir á parar al carlismo en su edad madura, y á Adelardo Lopez Ayala, quien, empezando en medio de pobrísima situacion por ser beato y moderado, habia de ir á la revolucion para medrar y luego apostatar de ella y volver de nuevo al campo reaccionario, teniendo la avilantez de decir desde el banco ministerial á las Córtes de la restauracion, *que la consecuencia era hija de una soberbia satánica*, con lo cual no sólo deificaba el vicio, sino que ultrajaba la virtud.

Los incendios de Castilla. El 23 de Junio puso el gobierno en conocimiento de las Córtes los sucesos ocurridos el día ántes en Valladolid. Todos los diputados, especialmente los progresistas puros y los demócratas de Castilla, oyeron la triste nueva con indignacion y espanto: no acertaban á creer los últimos que su laborioso y pacífico país, en donde no hay grandes poblaciones, siendo la mayor Valladolid, que contaba entónces con unas 40.000 almas, fuera teatro de las horribles escenas que acababa de anunciar el telégrafo óptico, llevadas á cabo por la hez más inmundada de la sociedad, por hombres ignorantes y groseros y haraposas mujeres convertidas en arpías, que con la tea en la mano y diferentes materias inflamables, compradas en las farmacias y droguerías, pusieron fuego á las fábricas de harinas y almacenes de trigo con todas sus existencias, so pretexto de que el pan habia adquirido, lo propio que otros artículos de primera necesidad, un precio exorbitante. El capitan general de Castilla, J. Ar-

mero, declaró la ciudad en estado de sitio despues que vió con punible impasibilidad, á pesar de los avisos de la autoridad civil, que las turbas habian llevado la destruccion por medio del fuego á los almacenes y artefactos sitos á la conclusion del canal de Castilla. Al siguiente dia de estos horrores propagóse el incendio á Rioseco y Palencia, que presenciaron escenas más lamentables aun que las de Valladolid: ardieron en aquellas dos ciudades varios almacenes atestados de trigo y harina y dos ó tres fábricas: algunas de éstas, sitas sobre el rio Carrion y el canal de Castilla, término de Palencia, se salvaron porque sus dueños, ayudados por milicianos nacionales, rechazaron á balazos á los incendiarios, y esto impidió que la destruccion se extendiese por todo lo largo de dicho canal, en donde existen unas cuantas docenas de fábricas harineras.

El diputado por Valladolid Calvo Asensio pidió explicaciones al gobierno, y Escosura contestó, *que los incendios reconocian por causa el encarecimiento del pan, que si bien era grande, en cambio los jornales habian subido proporcionalmente*. En la sesion del 24, más conocidos ya los crímenes llevados á cabo por unos pocos cientos de miserables, hablaron Seoane y Orense, diputados por Valladolid y Palencia, y Escosura y O'Donnell, éste para envenenar la cuestion y hacer pedir la palabra con objeto de combatir sus imprudencias sobre que aquellos eran hijos de trabajos socialistas, á varios diputados de Valencia y otras provincias, despues de lo cual las Córtes dieron por unanimidad un voto de confianza al gobierno para que restableciese el orden completamente y castigara á los delincuentes.

Dijose entónces, y aun hoy se sostiene por algunos espíritus ligeros, que los incendios de Castilla fueron el producto de un plan concebido por gentes malvadas, de quienes eran viles instrumentos los incendiarios: si hubo ese plan, cosa que no pudo averiguar Escosura, eso que al efecto le envió el ministerio á la misma ciudad de Valladolid, sin duda que seria hijo de los reaccionarios por aquello de *á cui prodest*, porque á ellos y sólo á ellos aprovechó, desacreditando la situacion liberal, que mira-

ba O'Donnell con horror, estando preparado para soterrarla por la fuerza, de acuerdo con la reina y los progresistas y moderados, que ya formaban bajo su poco disimulada jefatura el partido de la union malamente llamada liberal. En Castilla no habia socialistas ni el incendiar era artículo de ningun dogma político ni social: los demócratas sabian demasiado que, no el incendio en que ninguno de ellos soñó, pero ni los más ligeros motines podian traer entónces otra cosa que la pérdida de la libertad. Nosotros creemos firmemente, por el estudio que entónces hicimos de estos lamentabilísimos sucesos, y averiguaciones de todas clases á que nos dedicamos que los incendios fueron hijos de la barbarie de los pobres (que siempre miraron y mirarán con envidia á los ricos), creyendo que, puesto que los fabricantes de harinas eran los que promovian la salida de España de los granos en bruto y elaborados encareciendo su precio, éste bajaría con poner fuego á las fábricas. Al intentar esto en Valladolid unos cuantos miserables, pudo evitarlo la autoridad y no lo hizo, ó por debilidad ó por torpeza ó por otra causa, y de aquí el que el mal se propagase como un contagio á Rioseco y Palencia. No es nuevo en la historia este crimen bárbaro de incendiar por carestía los artículos de primera necesidad, pues, entre otros, nos da cuenta de uno parecido en su excelente obra *Misopogon* (ódio la barba), el inmortal emperador filósofo Juliano, satirizando á los afeeminados antioquenos por haber incendiado las casas de los ricos y de los magistrados, culpándolos de ser la causa de la carestía de los víveres, que habia de ser mayor poniendo fuego á gran cantidad de ellos. Los incendiarios de Castilla, en su grosera ignorancia, buscaban un remedio al mal de la carestía, y éste, á un lado su criminalidad, no podia ser más equivocado. O'Donnell, al que tanto sirvió esto para sus fines políticos, era quien ménos derecho tenia para hablar: tambien él, sin ser un criminal comun, pero sí un guerrero cruel, habia acudido durante la guerra civil y en la idea de acabar ésta, á un remedio bien equivocado, reduciendo á cenizas todos los caserios de tierra de Hernani y Andoain, lo que le valió, en vez del laurel de la victoria, una vergonzosa derrota y tener

que escapar del teatro de sus horrores en ajeno caballo y sin tricornio.

El gobierno hizo ejecutar á varios criminales, ensañándose en los de Palencia, sin duda porque dos de los cuatro diputados de la provincia eran republicanos: fusiló en Valladolid, poblacion la más criminal, á dos ó tres miserables; en Rioseco á otros dos y en Palencia á cinco, dándose además muerte de garrote á una vieja y á una desventurada sirvienta de 22 años de edad, que fué acusada de animar á las turbas cuando iban por las calles con la tea incendiaria.

Suspension
de los trabajos
de las Córtes.
Caida de Es-
partero. Di-
suelve O'Don-
nell aquéllas á
cañonazos.

Los incendios de Castilla sirvieron admirablemente á O'Donnell para acabar con la situacion, por él más que por nadie creada dos años ántes. Lo extraño fué que las Córtes, que no habian acabado de confeccionar todas las leyes orgánicas y eran sabedoras de las intenciones de O'Donnell, quien continuamente y sin rebozo decía que era preciso salvar la sociedad, como si estuviera amenazada de un diluvio, suspendiesen sus tareas el 30 de Junio, dejando así el campo libre á aquel general para que realizase sus planes reaccionarios. Y era tal la creencia en todos los liberales de que el ministro de la guerra meditaba de algun tiempo atras algo grave contra la libertad, que pocos dias ántes de los sucesos de Castilla, con motivo de haberse promovido un debate político, terció en él el diputado republicano Figueras, de alma tan impresionable como de fácil y galana palabra, para encararse á O'Donnell y decir en medio de estrepitosa risa de éste: *Sabremos sostener la libertad contra el insensato que intente arrebatarla. Y seremos Catilinas, y no nos detendremos como el romano ante la emancipacion de los esclavos, no: por todo atropellaremos, á todo acudiremos á titulo de salvar aquélla.* Y era natural la carcajada de O'Donnell al oír este lenguaje, pues sabia muy bien, siendo él el conjurado, que no tendria enfrente de sus planes ni un Catilina de comedia.

Regresado que hubo Escosura de su viaje á Valladolid, conferenció con Espartero en la idea de oponerse á los planes de O'Donnell, que ya, contando con el bene-

plácito de la reina, conspiraba abiertamente para derribar el ministerio y soterrar la Constitución no publicada, ayudándole Rios Rosas, Cantero, Collado, Pastor Diaz, Alonso Martinez y otros conjurados; pero el de Luchana, débil é irresoluto, no quiso acceder á lo que le propuso el ministro de la gobernación de destituir á O'Donnell y á los directores de las armas, publicando sin la firma de la reina en la *Gaceta* la salvadora medida. Creyó Espartero en la palabra que acababa de darle Isabel de estar de su parte y no de la de O'Donnell, *al que nunca perdonaría la jugada que en unión de Dulce la hizo en Junio de 1854.* Escosura, que reconocia en la hija de Fernando VII la misma perfidia que éste demostró á muchos de sus consejeros, no creyó en las protestas de afecto y confianza que le hizo al visitarla á su regreso de Valladolid, y así, aun cuando en vano, se lo dijo á Espartero. Como éste tenia la palabra de Isabel de que, presentando la dimision el ministerio, él y no O'Donnell seria el encargado de confeccionar otro nuevo, vió la aproximacion de la crisis con nécia confianza, porque, sobre que debia conocer el carácter de Isabel, habia dejado á O'Donnell que arreglase el ejército de manera, que casi todo él se hallaba á su devocion, y á todos era notorio que muchos cuerpos, especialmente los de caballería existentes en Alcalá, hablaban insolentemente de venir á Madrid *y disolver las Córtes á latigazos*, distinguiéndose entre los principales jefes por sus torpes vociferaciones el coronel Blas Villate, tan ardiente odonellista entónces, como despues furibundo narvaista, adornado con el titulo de conde de Valmaseda.

Reunido el consejo de ministros para oír la opinion de Escosura sobre los incendios de Valladolid, dijo despues O'Donnell, que la situacion de interinidad que se atravesaba era insostenible, y que peligrando los más caros intereses sociales, habia una precision absoluta de ampararlos por medio de una política de razonable represion. Entónces le dijo Escosura, que estaban de acuerdo en el último punto, y que era indispensable refrenar por medio de un decreto, que ya tenia redactado, á la prensa moderada, para la cual no habia nada respetable, ni Córtes, ni leyes, ni reputaciones, ni servicios, ni siquiera el sagrado

del hogar doméstico. Convino en esto O'Donnell, pero añadió que era también de todo punto indispensable reorganizar la milicia nacional y disolver dos batallones de los llamados ligeros. A O'Donnell le sobraba razón, no sólo para pedir que fueran disueltos los dos batallones, sino toda la milicia del reino, mas no podía el ministerio complacerle en el acto, porque la disolución tenía que ser objeto de una ley, que Escosura prometió confeccionar; pero como aquél había escogido por pretexto la disolución de los batallones referidos en la seguridad de que, habiéndosela otorgado, habría salido luego con otra exigencia, quiso Escosura acabar de una vez con la política del disimulo diciendo, «que O'Donnell y él no podían seguir juntos en el ministerio, y que por lo tanto presentaba su dimisión.» O'Donnell, conviniendo en lo mismo, como que era lo que había ido buscando, anunció la suya. El 13 fueron todos los ministros á celebrar consejo ante la reina, cuando ya O'Donnell tenía confeccionado su ministerio, y al anunciarla Espartero la dimisión de los dos ministros que no estaban acordes, añadiendo que si cualquiera de los dos salía del gabinete, él dimitiría su puesto, quedó atónito escuchando de los labios de Isabel lo contrario de lo que dos días ántes le ofreciera; esto es, que entre Escosura y O'Donnell, ella optaba porque éste quedase en el ministerio, lo cual implicaba que quería que saliese también el presidente del consejo. Este anunció entre colérico y avergonzado su dimisión, y la reina le dijo con cierta ironía que no la presentase, pero insistiendo Espartero, le repuso con la satisfacción pintada en su rostro: *si tú me abandonas, O'Donnell no me abandonará... ¿no es verdad,* añadió, dirigiéndose á éste, *que no me abandonarás?* La comedia se había representado bien: faltaba la tragedia con sus víctimas, y éstas serían la libertad, unos cuantos nacionales amantes de ella, y otros pocos soldados compelidos á combatirla por la fuerza de la ordenanza.

Al alumbrar la luz del sol del 14 de Julio, juraba el ministerio confeccionado en pérfida conjuración días ántes por O'Donnell y compuesto de las personas siguientes: O'Donnell, presidente y ministro de la guerra; Cantero, de hacienda; Rios Rosas, de gobernación; Pastor Diaz, de es-

tado; Collado, de fomento, y el desconocido jóven abogado castellanense Pedro Bayarri, de marina. Alonso Martínez fué encargado del gobierno civil de Madrid. Los diputados residentes en la capital, una buena parte del vecindario, las autoridades populares todas y la milicia nacional no vieron en el nuevo ministerio más que el guante arrojado por palacio y los reaccionarios á la nacion, condenada por falta de cultura y carencia de dignidad para arrancar de raíz el gran mal que la aquejaba, ó á la degradacion de la vil servidumbre ó á las convulsiones dolorosas de la anarquía. El ayuntamiento y la diputación provincial se reunieron inmediatamente, la milicia se puso sobre las armas y los representantes del país fueron citados para celebrar sesion á las cuatro de la tarde. Leida la lista de los diputados resultó que acudieron á su puesto 91, número suficiente para deliberar y tomar acuerdos segun el reglamento, y que solamente no lo era para votar leyes, porque para esto exigía aquél la mitad más uno de todos los representantes. En el acto se dió cuenta de una proposicion de censura contra el ministerio, la que, sostenida por P. Madoz, fué aprobada por 82 votos contra uno (1). Se trató despues de enviar una comision á la reina para hacerla saber el acuerdo de las Córtes, pero O'Donnell tenia tomadas sus medidas para impedir que se diera tan inútil paso, porque para nada queria reconocer á las Córtes, á las cuales Rios Rosas, muy amigo de palabras de efecto, calificó con vituperable ligereza de *mino-*

(1) He aquí la lista de los votantes.—*Demócratas*: Rivero, García Ruiz, Sorni, Bertemati, Pereira, Gatell, Figueras, y García Lopez.—*Progresistas*: Calvo Asensio, Gonzalez de la Vega, Pastor, Gonzalez (D. Ambrosio), Miguel Romero, Moncasi, Lavina, Ugarte, Reus, Rivero Cidraque, Garrido, Lasala, Salmeron, Llorente, Vinent, Madoz (don Fernando), Bazan, Perez (D. Ramon), Bulnes, Ortíz, Frias, Fernandez Moratin, Suarez (D. Gregorio), Puig, Mascarós, Bayarri (D. Pascual), Figuerola, Rodriguez (D. Vicente), Perez Zamora, G. Campoamor, Alonso (D. Juan Bautista), Matheu, Alonso Cordero, Portilla, Gomez (M.), Güel, Sanchez Silva, Benitez de Lugo, Muñoz Sotomayor, Franquet, Montero, Zorrilla, García Jove, Perez (D. Tomás), Sagasta, Villar, Pasarón, Bugueiro, Gonzalez de las Riberas, Royo, Fuentes, Fuente Andrés, Moriarty, Gonzalez Alonso, Serrano Bedoya, Sarabia, Gurrea, Pardo Osorio, García Briz, Torre (D. Juan de la), Madoz (don Pascual), Concha (D. Antonio), Montemar, Seoane, Olea, Santibañez, Fernandez de los Rios, Gassol, Alegre, Gomez de la Serna (D. Manuel), Iranzo, Valdés, Alonso Colmenares, señor presidente Infante.

Señor que dijo que no: marqués de Tabuérniga.

ria facciosa. En esto, uno de los batallones ligeros, mandados accidentalmente por los demócratas M. Becerra y S. Cámara, habia sostenido en la plaza de Santo Domingo y otros sitios cercanos al real palacio corta pero porfiada lucha con el batallon cazadores de Madrid, que ocupó el teatro de la Opera por debilidad de Sagasta, comandante de los ingenieros de la milicia, que desalojó aquel edificio á una intimacion terrorífica de O'Donnell. Las Córtes, viendo que habia empezado la lucha, acordaron ya al anochecer declararse en sesion permanente. Entónces fué cuando una porcion de cobardes diputados se fueron á ocultar su miedo á ajenas casas, no pareciendo ya por el palacio de la representacion nacional.

La noche del 14 se pasó en una ansiedad terrible, eso que habia cesado la lucha iniciada en el extremo noroeste de Madrid. La milicia nacional ocupaba toda la villa, ménos el referido edificio de la Opera, y las tropas, bajo la direccion de O'Donnell, del capitán general de Madrid F. Serrano, y del general M. Concha, tenian como cerca-da la poblacion, ocupando la caballería la mayor parte de las afueras, y la infantería y artillería el Prado, el paseo de Recoletos, el Retiro y alrededores del real palacio para sostener la lucha, acometiendo de un lado las importantes calles de Alcalá, carrera de San Jerónimo y Atocha, y de otro la Mayor y del Arenal, y la plaza de la Constitucion. La milicia constaba de unos 18.000 hombres, sin contar la seccion de artillería, que manejaba unas 12 piezas, y las tropas no pasaban de 7.000. Iba pronto á verse lo inútil que era la milicia para defender la libertad en el momento supremo.

Durante aquella tremenda noche, y miéntras que los nacionales y gente del pueblo levantaban algunas barridas, y O'Donnell, Serrano y Concha disponian bien las tropas y baterías para obtener al siguiente dia una fácil victoria, los diputados que no habian abandonado su puesto y serian próximamente unos cincuenta, ideaban planes de todos géneros y proponian diversas medidas, á su juicio salvadoras; pero como Espartero se habia ocultado desde el primer momento de la crisis y sin él no era posible hacer nada, se presentó á las doce de la citada no-

che una proposicion suscrita por su amigo y admirador Seoane, Alonso Cordero, R. Perez, Bulnes y Solera, Garcia Ruíz, Perez Zamora y Pastor, reducida á que se nombrase al diputado B. Espartero para mandar las fuerzas necesarias á la defensa del Congreso amenazado, á cuyo fin debería comunicarse el nombramiento á todos los cuerpos del ejército y milicia nacional. Para animar al pueblo á la lucha y atraerse algunas tropas que se decian dispuestas á fraternizar con la milicia se presentaron además las tres siguientes proposiciones, suscritas por J. N. de la Torre, Bulnes y Solera, Garcia Ruíz, Rivero y otros; 1.^a, licenciando á los soldados de la guarnicion de Madrid que se presentasen á las órdenes de Espartero; 2.^a, concediendo una pension á las familias de los que muriesen en la lucha entablada, y 3.^a, dando un voto de gracias á la milicia nacional de Madrid por lo espontánea y prontamente que habia acudido á defender la libertad. Presentadas las proposiciones sobre la mesa, y no sabiendo si Espartero aceptaria el espinoso cargo de comandante de todas las fuerzas, se consultó con él, y si no le rehuyó, tampoco dió palabra formal de aceptarle: el caso era para bien pensarle, puesto que, por efecto de su incuria, la inmensa mayoría del ejército se hallaba á la devocion de O'Donnell. Por otro lado, el presidente de las Córtes y otros antiguos ayacuchos, dispuestos ya á saludar al sol naciente, le significaron que si se ponía al frente del movimiento revolucionario y éste vencía, la proclamacion de la república era segura, y esto le colocó en una actitud más retraida de la en que se hallaba en la casa que le servia de hospedaje. Quiso no obstante Espartero tantear, como vulgarmente se dice, el vado, y en la mañana del 15, antes de las seis de ella, se presentó en el Congreso, en donde los diputados y público le recibieron con delirante entusiasmo, creyéndole su salvador. Entró en el salon de sesiones, en donde dió dos vivas á la libertad y á la *independencia nacional*. Despues el presidente mandó dar lectura de la cuarta proposicion, ó sea la relativa á tributar un voto de gracias á la milicia nacional de Madrid, y Espartero pidió que el voto se hiciera extensivo al ayuntamiento y diputacion provincial. En esto, y siendo las sie-

te en punto de la mañana, dilatando dicho presidente con estudiados pretextos el dar cuenta de las otras tres proposiciones, salió con Espartero del salon de sesiones á la sala presidencial á conferenciar en union de otros que miraban de reojo la revolucion, y de allí á poco rato, cuando mas descuidados estaban los representantes, desapareció Espartero sin siquiera mentar su famosa espada de Luchana, todos los dias ofrecida, para no ser desenvainada en el momento supremo.

Si Espartero acepta el referido cargo, probablemente habria rodado por el suelo el trono de Isabel II, pero no para ir á la república, como decian los amantes de la reaccion y algunos cobardes, sino para ir á otra monarquía, fiel al sistema representativo, porque para la república no habia entónces republicanos: cierto que para sostener la causa del progreso, tampoco habia progresistas sin milicia nacional, esto es, sin el elemento que hacia aquella imposible, y así la libertad tenia que salir de Scyla para entrar en Caribdis. Espartero lo miró todo, lo calculó todo, y siguiendo por más cómodo el consejo de los antiguos ayacuchos, se decidió, en vez de desenvainar la careada espada de Luchana, por ir á ocultar á Logroño sus torpezas y su ciega confianza en O'Donnell durante los dos últimos años.

A poco de ocultarse Espartero, y siendo ya las ocho y media de la mañana, comenzó por tres puntos á la vez el fuego de fusil y de cañon: fué el más horrible el que hacian las tropas desde el Retiro y sitio llamado el Tiboli, junto al Museo de Pinturas, contra el 5.^o batallon de milicianos mandados por P. Madoz, que ocupaban los palacios de Medinaceli y Villahermosa, y contra el Congreso: los defensores de aquellos dos palacios se batieron con bizarría, haciendo lo mismo los que ocupaban las plazas Mayor y de Santo Domingo y la última casa de la calle de Torija que da á la plazuela del Senado. Conteniendo con sus acertados disparos el batallon de Madoz á las tropas, ordenó Serrano que las piezas colocadas en el Tiboli, mandadas por el brigadier B. Pierrard, tiempo andando furibundo federal intransigente, arrojasen sin interrupcion metralla, bombas y granadas: de una de éstas, que